

José Ferney Ramírez P.



Cementerio San Juan de La China Tolima.

**Amores Moribundos, Gladiando Vida, en Jardines
Féretros, Remojadamente Perdidos, y Encerrados en
Recuerdos Olvidados...**

ANEXO

Antes de elaborar la novela, tomé de apertura un método muy cercano a la praxeología. Por ejemplo, en el libro *La Praxeología: Una teoría de la práctica de Carlos G. Julio Vargas*, aborda como una metodología la noción de juego. La teoría de los juegos, cuya finalidad explícita enfatiza en organizar y solucionar problemas, aprender de ellos, al mismo tiempo que hay campos de distracción. En mi caso, inventé un juego llamado el Turista, y él viaja buscando letras e ideas. Si yo no hubiera tomado este proyecto a manera de juego literario, como lo plantea Gianni Rodari para con los niños en su gramática de la fantasía, y si no lo hubiera articulado con el método praxeológico de la CUMD, hubiera sido una tediosa tarea de escritura monótona y sin sentido práctico.

Por tanto, mi novela fue creada bajo dos importantes tópicos: A) El campo imaginario y fantástico desde el plano subjetivo, entrando y saliendo de la realidad de los días, y motivado por un juego (Llamado el Turista); y B) en el campo praxeológico, iniciando con el método procesual de la CUMD, su forma de evaluar, junto a sus cuatro dimensiones, las cuales apliqué en los pasos de escritura: Ver, Juzgar, Actuar y Devolución Creativa.

En primera instancia, hablaré de la creación literaria como tal, planteada con el juego del Turista y la cercanía que tiene ésta con la praxis. La novela se originó con la idea de un juego, y mencionado juego ha sido, de algún modo praxeológico por la intencionalidad colectiva en acción, sin dejar de lado la parte individual, (aunque la parte subjetiva corresponde a la psicología y no voy a explicar dichos fenómenos). *La teoría de los juegos describe las formas complejas de los procesos de interacción y los diversos tipos de orden que resultan. No pretende ofrecer una respuesta completa a los problemas particulares de interacción social pues*

*busca determinar el conjunto de sus posible soluciones.*¹ La apreciación de juego en los niños es parte de su desarrollo personal, y en los adultos genera una connotación de retos por mejorar y respetar las reglas, el juego así como se juega en solitario (por ejemplo el solitario), se juega colectivamente en la mayoría de los casos, como forma de distracción, pasar el tiempo o integración, etc. Según el diccionario Larousse de 1974, en su séptima edición, define la palabra juego en una de sus acepciones: “*Ejercicio re-creativo sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde*”. Ahora bien, existe una gran semejanza entre la noción de juego y la academia: hay una serie de reglas por cumplir, respetando los compromisos trazados. Aquel que estudia “gana” y el que no, “pierde”. Al iniciar mi ejercicio de escritura partí de esa premisa. Como en una partida de ajedrez, estructuré mi juego, elaboré un plan de defensa y ataque, estudié mis medios y recursos con los que contaba, me percaté de cada detalle minuciosamente, corregí los errores para tener mejor posición en el tablero letrado, cuidé con dedicación mi territorio para darle jaque mate al enemigo, que me bombardeaba con la ofensiva de la mediocridad, la pereza, la falta de dedicación e interés, junto al pesimismo, el hastío, el desinterés y otros ardides astutos.

Entonces, jugué yo mismo al Turista, y como un buen viajero, empaqué las maletas de la creatividad, y me tomé la novela como un viaje donde inventaba realidades ficticias, me adentraba en paisajes polifónicos y en el museo de los sentidos, los relataba a maceta, cincel, pincel y esfero. Iba yo por mundos encantados de libros vírgenes y mentolados de misterios muy raros que me mostraba el país del inconsciente. Así mismo, el yo único, exploró y cotejó su aprendizaje significativo con su entorno rural en Cota, San Juan de la China Tolima; y en la parte urbana de Bogotá e Ibagué.

Un ejemplo del párrafo anterior, surge al leer la Biblia e investigar sobre el Diablo. Tuve que viajar por varios pasajes, capítulos, versículos concretos para tratar de conocer por qué él es inicuo en el marco del contexto

occidental, y al volver de dicho viaje yo recopilaba, (no literalmente) lo que aprendía allí; sino que lo transformaba, o en algunos casos degradaba lo que investigaba porque para mí, dentro de la literatura lo imposible es posible, y gracias a esto tuve autonomía para evocar atmósferas tensas y así lograr una armónica libertad artística y creativa; igualmente intenté difundir espacios de distensión cíclica y encaminada a constantes ejercicios de reflexión.

En segunda instancia, expondré el método praxeológico para llevar a cabo el proyecto. Entonces surge una pregunta: ¿qué es un método? Según Quivy *El método es el procedimiento (camino ordenado con determinada lógica, conjunto de pasos conducentes hacia un objeto) que un investigador prevé para resolver un problema que cree posible desentrañar; en otras palabras, es la puesta en acción de un dispositivo de elucidación de lo real.*² Esto alude básicamente a transformar, o llegar a un fin concreto, ordenar, estructurar, llegar a cierto conocimiento teórico para encaminarlo a la práctica social; o de la práctica para teorizarla. Desde el punto de vista de la novela, tiene que haber un puente recíproco entre escritor, texto, y lector o comunidad lectora, a través de la interacción donde subyace la propuesta dirigida a la práctica: describir el contexto, mirar, indagar, escuchar versiones; plasmar ramas interdisciplinarias en el papel; después leer el “producto” por aquellos que le dan vida al texto; y finalmente, que haya un crítica o una especie de cambios entre los individuos en acción involucrados en el proceso.

Ahora, abordaré sucintamente las cuatro etapas de la metodología utilizada en la novela.

1. **La observación. VER: La práctica como saber útil es el punto de partida.** La información de cada capítulo, la estructuré en mapas conceptuales. Al corregir la ortografía, y al tener los temas en desorden, tuve que retomar y organizar fondo y forma, detenerme en un párrafo y no salir de allí hasta que estuviera

“aprobado”. Ya con estos elementos, hubo una segunda mirada crítica y algo profunda para tratar de colocar cada cosa en su sitio o suprimir lo poco relevante, fortificar debilidades, hacer cuestionamientos en mi tarea de observador, y así como en la música “resolver la cadencia”, o como en la agricultura “amarrar” los manojos para que hubiera claridad ortográfica, concordancia de ideas, coherencia, cohesión para llevar un hilo lógico o acorde en todo el texto tratado.

2. La interpretación. JUZGAR: Comprender qué se ha visto y, por tanto, justificar qué se quiere

hacer. Cuando terminé de escribir la novela, me di cuenta que necesitaba una reformulación. De hecho, tuve que discernir entre algunos temas ya desde el punto de vista netamente “global”. De modo que al tener un rebaño amplio de párrafos, fue esencial comprender la dinámica de la lógica interna, y en el slang vulgar “despulsar” lo trivial y confuso, modificando contenidos, haciendo un auto-debate y reflexionando, según mi criterio, para clarificar la interpretación socio-cultural, intentando ser pertinente, y apropiando ya las ideas generales e ideológicas inmersas allí.

3. Para la intervención diferente. ACTUAR: A partir de lo que se ha visto. En este nuevo paso, ya se

abarca la realización del proyecto en acción, como dice Juliao (2002:103), *“Los objetivos generales son la eficiencia (rendimiento) y la eficacia (resultados) al servicio de una transformación real de la práctica”*. Por lo tanto, rendimiento y resultados de: A) vertiente procesual, B) con la novela física en buen estado, más el anexo donde justifique la didáctica del libro (Metodología praxeológica), C) para luego con la sustentación, culmine la actuación ante docentes y la comunidad invitada. Por mi parte debo justificar verbalmente mi proyecto de grado (acción), y esperar a su respectiva aprobación.

4. La prospectiva. DEVOLUCIÓN CREATIVA. Es notable inferir a un corto, largo y mediano plazo referente a la culminación del proyecto. El futuro ideal del proyecto (Novela), tiene como finalidad primaria a corto y mediano plazo, que los estudiantes de la CUMD tomen ésta propuesta como opción de grado. La idea radica en que yo no sea el único gestor; sino que en cada cohorte haya más escritor@s reflexiv@s, creativ@s, con espíritu investigativo, de la mano de una didáctica o una pedagogía apropiada para justificar los medios. La noción secundaria e hipotética a largo plazo, es que la novela sea un instrumento para que los docentes la dieran a sus estudiantes para ser leída y de ese modo, elaborar reseñas, críticas, ensayos, puntos de vista divergentes con el simple fin de que el sacro ejercicio de leer y escribir, sea una fuente de distracción, un juego fantástico, una forma de hacer praxis, y una fuente inherente en beneficio y progreso de la Comunidad Universitaria.

BIBLIOGRAFÍA

1 NEUMANN, J. Von y MORGENTERN, O. *Theory of Games and Economic Behavior*, Princeton University Press, 1944.

2 QUIVY, Raymond y CAMPENHOUDT, Luc van. *Manuel de recherche en sciences sociales*. Paris: Dunod, 1988. p.5

JULIAO, V. Carlos Germán. *La praxeología: una teoría de la práctica*. Bogotá: 2002. p. 99

RODARI, Gianni. *Gramática de la fantasía: Introducción al arte de inventar historias*. Barcelona: Ferran Pellisa, 1992.

GARCÍA Ramón. *Diccionario Usual Larousse S.A. Francia 1974*.

PREFACIO

No es necesario escribir por escribir para astillar imágenes deformes. De pronto, al escribir se puede descubrir un dios interno que no es conocido. Desconocerse es conocerse, así se escudriñe hasta la semilla del alma, que se desliza en unión con el puente protuberante colectivo, que es realmente no conocerse en una función macro.

Las más grandes sorpresas modifican las ideas. Las lecciones embriagadas por la experiencia y la influencia de libros embrujados por la magia literaria, hacen que los dedos asimétricos del corazón, con el vigor de un latido, empiecen a crear arte; que para algunos es ridículo y sin valor, para otros pocos un concepto crudo.

Desenterrar lo escondido traduce riesgos, aunque puede ser curación al techo de la conciencia. Cuesta mucho compartir las vergüenzas de un pasado “maldito”, que a veces se refleja en el espejo del presente. El dolor es como una escala musical que vive en constante ascenso y descenso, tal vez sufrir es aguzar los sentidos y afinar el alma para enseñar a otros la distinción entre “lo que está bien y lo que está mal”. El libre albedrío respira bajo una atmósfera tensa de libertad, que puede rediseñar un fétido rostro de olor a café molido, dependiendo la tentación que se quiera alterar.

Recordar es vivir para algunos; recordar es morir para otros. Dicen los malos lenguajes que los pensamientos manipulan al ser, aunque también plantean por ahí, que el ser es capaz de manipular sus pensamientos, cada uno es libre de saberlo, porque no todos hacen lo que conviene.

La nostalgia es una mezcla, pero no de agua y aceite, sino de alegría y tristeza misteriosa, como las disertaciones secretas de Dios.

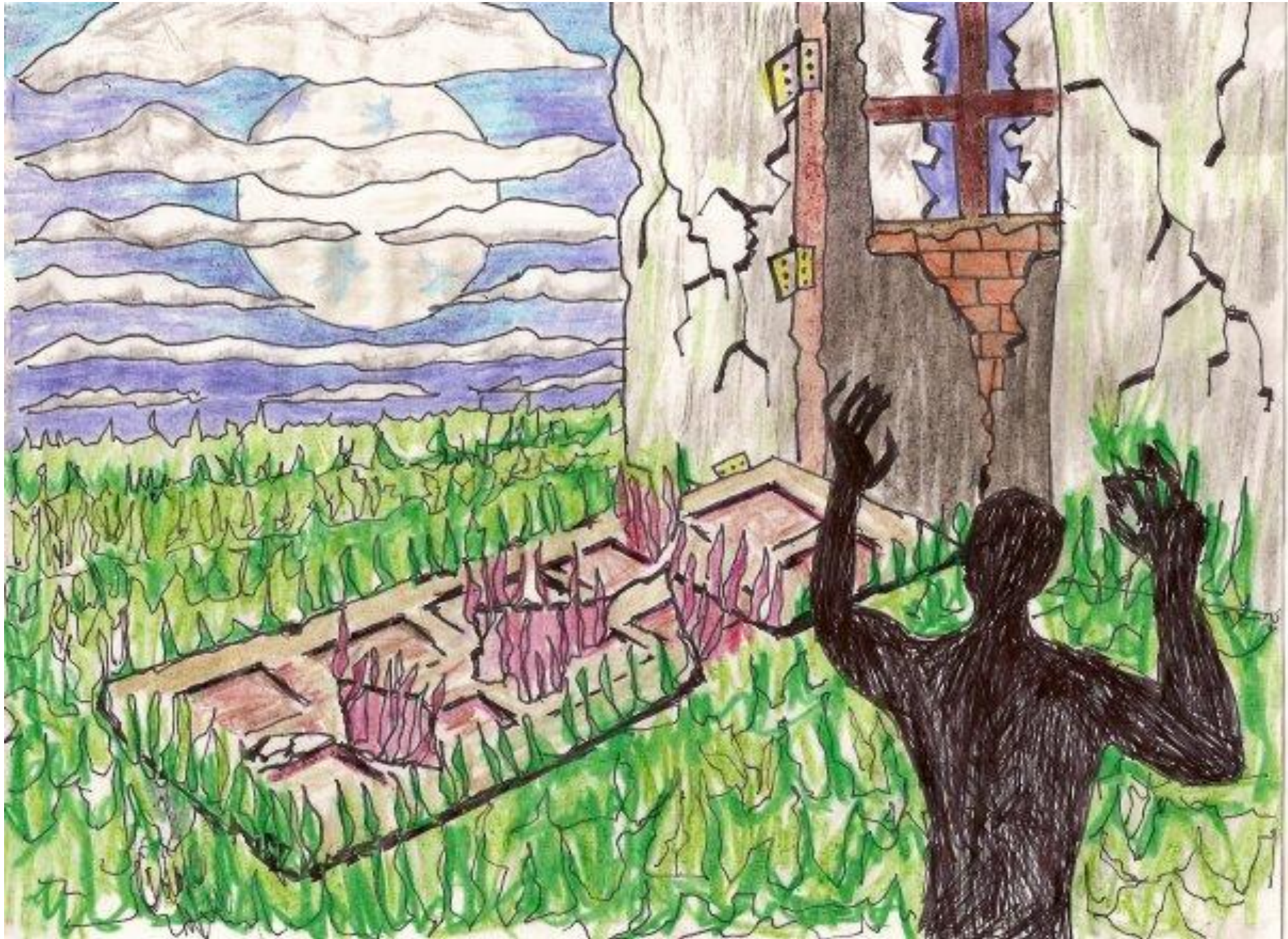
Cuando las flores de la muerte desaparecen, es porque darán el humus que impulsa a las nuevas formas de vida. Cuando un mortal, por obligación se casa con la fealdad de la muerte, el divorcio no será concedido, y el sello de ultratumba se pega como lapas. El antónimo de esto es la ignorada e increíble resurrección.

La vida se torna celosa ante su enemiga la muerte. La gran diferencia de ambas, es que la muerte es temporal; la vida es eterna. Elegir es difícil cuando cierta depresión unida a los virus

de la desesperanza denigra los sueños, pero dignificar la existencia es relativo a un mundo muy complicado. Entonces, el objetivo de los trazados que están inmersos en los corazones, dictamina que El Altísimo siempre ha logrado transmitir un zarpazo de aliento de vida que llena de savia alegría, y es el amor el presupuesto en inventario que nos mantiene con esquelas de dulce vivir sin el infierno del empalagamiento, ni con el fuego de la diabetes y de la hipoglucemia. Just a sweet life for all of us, oui oui oui.

**Dedicado a mi padre Jorge Ramírez
a mi novia Angélica Gil,
y a la poca fuerza de mi mano izquierda.**

**Todas las obras artísticas fueron hechas por: Danilo Navas.
Un especial agradecimiento a éste gran maestro.
Gran amigo y persona.**



1

Despite of my rage I'm still just a rat in a cage.
Then someone will say what is lost can never be saved.
Despite of my rage I'm still just a rat in a cage.

Smashing Pumpkins, Bullet with butterfly wings

We'll crucify the insincere tonight, we'll make the things right,
we'll feel it all tonight, we'll find a way to offer up the night tonight,
the indescribable moments of your life tonight,
the impossible is possible tonight,
believe in me as I believe in you, tonight.

Smashing Pumpkins, Tonight.

No sé como en la distancia del abandono, mis pasos derretidos de LODO llegaron hacia ese barzal aborrecible de casa qu'estaba a lagunas amplias del pueblo tenebroso. En la noche negra me acerqué plagado de miedo, y vi como las dos ventanas del frent'estaban rotas por las corrientes pesadas de muerte que salían con ímpetu solitario. La puerta de madera carcomida por el olvido, descansaba sobre el pasto elevado, qu'era parecido a un monstruo de cabellos rojos puntiagudos. Aquell'apariencia frontal d'ese sitio inhabitable y vacío, se asemejaba al rostro desfigurado, descuartizado, totalmente cortado, asimétrico, húmedo en fuego, y maldadozo del más antiguo diablo. La voz de mi alma decía que me alejara del interior de la construcción fulgurante en cenizas pero, el olor doloroso no expoliado que salía del interior, me invitaba a entrar por l'alfombra dominante de la curiosidad. Mi corazón temblaba frecuentemente al dirigirse por la senda invisible, que insta al refugio de infinitas tinieblas. Al entrar en la casa con innegables dudas, vi muchas ratas encima de unos papeles, y al tocar por accidente las paredes palpé seis rectángulos en secuencia, uno dentro del otro. Los cielos nocturnos se desmigajaban en lluvia de gotas de fuego sobre'l fracasado hogar sin el lomo del techo. El agua negra y roja derretía los roedores, y los transformaba en palabras escritas por sí solas que flotaban en mil papeles esparcidos por todo el piso de madera'stillada. Sentía, de repente, calma en la dens'atmósfer'aguada de humo que s'escondía en mi barba de muchos meses sin cortar, porque hubo interés en interpretar las hojas aladas que se manifestaban con sutileza. Así que, los abismos de la existencia se deformaron en un pacto de sangre de rosas trémulas, que son aceptadas por la volición de un arte sin rumbo fijo. Entonces comencé a leer la revelación de las hojas que se tornaron en un remolino tormentoso del cual jamás logré salir.

Al esperar su esperanza distante, como una costumbre pueril, bajé al sótano de la casa de mi madre, y me metí en la caja de madera grande que tantos años había estado allí sin estropearse, y con cinta gruesa sellé la parte de arriba, y en medio de la oscuridad, ya en el interior de la caja sin puertas ni ventanas, trataba de olvidarme de todo y nada, como si las paredes de un nuevo horizonte se descubrieran ante mí, como un sarcófago de ideas relativas a procedimientos alimentados por el olvido desmembrado, como un hogar desconocido muy dentro del alma. El nivel de recuerdos y experiencias ha cambiado, y es la decrepitud de pellejo, un cauce con ansiosas ideas que no quieren flotar como destino. Yo podría ser una espesa sombra dormida

en el camuflaje de las tinieblas, haciendo contraste con la esperanza de que fuera rescatada por los brazos felices y protectores de una cálida compañía que no se perdiera en el LODO, que me diera a entender que en toda esta vida extrañamente breve, y a veces vacía se buscara: “LA PROFUNDIDAD DE UN AMOR VERDADERO Y PURO, QUE DESPLOMA LOS MUROS DE LA MUERTE”.

El viento presente se forra fielmente en la perspectiva de una multitud de mortales, que se desparraman en la llama de tantas estructuras simples, donde hay encuentros pálidos colectivos con mascararas impenetrables, y el movimiento desordenado de sus pasos, muestran su dulce afán por seguir hacia la calidad de beligerantes pensamientos carentes de MUROS con ladrillos pegados con el cemento de culminar una casa o una lápida segura.

Sobre el techo del cielo, la brillante lámpara del sol apunta su luz a cada individuo que, con el cansancio de los años, ha acumulado el registro ineludible que recae en el área de su mente: El mundo parásito del pasado. Los días reversos plasman distintas reacciones. Especificando, se puede deducir que habitan todo tipo de recuerdos y reacciones. El recuerdo feliz y grotesco; el secreto y delicioso; el amargo y dulce aunque ese dulce cause un terrible mareo; el molesto y refrescante; el fascinante e infaciado; el placentero y depositado en raspones que arden; el gracioso y serio; el no resistido a recordar. De hecho, son encuentros inherentes que la imaginación modifica, construye, destruye y viola increíblemente.

Las nubes cubren el manto del cielo fresco, la plaza de Bolívar se oscurece parcialmente. Las palomas grisáceas flotan por las autopistas del viento, e ignoran el ayer vivo. El reloj de la iglesia siempre apunta la misma hora, una denominada tres y veintidós, aunque no es comprensible frotar un a.m., o un p.m. Igual, eso no importa porque el tiempo martilla inexorablemente contra el breve aliento de vida que se desploma más rápido qu’el brazo del segundero que respira implícitamente un ritmo invisible.

Los niños corren, los adultos caminan con pasos inexplicables, los viejos no pierden la esperanza en el piso de la plaza que siente demasiadas punzadas. Luego, el solapado sun vuelve a asomar su rostro sucintamente, no obstante, él sale un rato y después se encoge en las sábanas grises cobijadas en nubes de cenizas condensadas. La entera atmósfera parece no cambiar. Mirar atrás simple y llanamente para que lo distinto se mueva y haga una mueca con gracia, atisbar los ojos hacia delante y concluir que todo lo que estaba en su lugar ya no está. Se llena un espacio d’existencia que nunca será inamovible porque la hiperactividad sucumbe hasta lo

inerte, lo virgen, lo censurado. Las mayorías ausentes y el aliento congelado del mundo jamás será estable y definido. La actividad clara y oscura se eterniza. El bien y el mal parecen vehículos automáticos que no se detienen por las carreteras construidas de acertijos. ¿A dónde irá el ser intrínseco único cuando construye o constipa su moral de vidrio?

Hace unas pequeñas decenas de meses, he presenciado con oídos atentos, el calor de una voz extraída de las más profundas entrañas. Voz de un hombre que desnudó el sótano de su alma contando su pasado. Era muy raro. Tendré algo muy claro en lo confuso, y es que voy a reconstruir su semblante de ultratumba por medio de estas letras llenas de LODO y manchadas, porque en mi caso, el tiempo galopa con amplias zancadas y tiendo a olvidar, así que tendría que re-inventar. Todo lo contrario le pasaba a aquel hombre de edad media y barbas rojizas que se asió con el embudo del pasado, se embriagó con los pasos retrógrados que la libre moral le brindó.

¡El completo espacio del recuerdo es tan nostálgico! Desde qué él se fue, el tiempo se estropeó como una masa visitada por los hongos. Pasando tan lento la hoja del día y el revés de la noche, ya tengo a quien escuchar, tocar, leer, hablar, amar. Las gotas de las horas eran LLUVIA ROJA de buena energía a su lado, y ahora se ha desdibujado su cordialidad latente. A veces siento ese tiempo hediondo que padezco, y es un presente transparente manchado con el más cruel error de no creerle absolutamente nada de lo que me decía. Lo único que quería era llamar la atención y atrapar en una cajita musical mis sentidos. Sin embargo, todo fue una cruel mentira real, un ducto invidente en mi realidad, en mi falta de realidad, en mi realidad digesta con partículas lamentables. Siento el peso de la culpa sobre su corazón. Ya es tarde, ya es tarde y cuando se hace tarde no se pueden retroceder las horillas.

Aquel domingo dopado de aire puro, paseaba con mi amada madre. Hablábamos acerca de la vida en su más loable ebullición. Los pájaros afinaban el paisaje con voces distantes, adornando escalas de tranquilidad ante el pueblo protuberante. El día era verde abajo, azul profundo arriba. Mi madre y yo irradiábamos un brillo nunca antes visto en nuestros ojos de soledad. El frío era insoportable. El mismo sol de siempre se arropaba con la gigante montaña lineal crepuscular sobre sus esquinas puntiagudas. Deliciosa era la conversación hasta que hubo algo que con palabras de años atrás, desmoronó el encanto.

-Tengo mucho frío –dije-, creo que es hora de regresar a la ciudad.

-Hija mía, cuan feliz me siento de que estemos juntas, dando vueltas por las calles de este delicioso pueblo que no cambio por otro, riendo y saboreando cada nueva parte que conozco a la perfección, disfrutando cada instante de este material. Es una lástima que la tarde se haya consumido fugazmente. Ya se desvaneció.

-Si madre, me place mucho estar a tu lado, estando bien juntas.

-Lástima que te vayas y yo me quede en este paraíso tan sola. De todas formas estoy tan dichosa de haberte visto hoy, ya que tantos meses nos separaron.

-¡Igualmente madre mía! Es grato verte con esa energía y vigor. Eres mi fuerza positiva que me impulsa a hacer las cosas. Gracias enormes por estar pendiente de mí y agradezco plenamente el ánimo y consejos que me diste hoy.

-No es nada hija mía, ya veo que tienes un semblante diferente después de tan bochornoso incidente. Sí, Esteban ya no está y no convenía que estuviera aquí. Lamento mucho que él te hubiera dejado solamente porque te deprimías casi todos los días y porque no logró comprender la lógica inmersa en ti, ¡si tu misma no te entiendes a veces! Aunque no es tu culpa, las cosas terminan porque vas a experimentar un nuevo e inexplicable rumbo. Pero no te preocupes, los hombres son unas bestias carentes de pensamiento, que cuando conquistan el mejor galardón con esfuerzo y uñas rotas; se aburren de él y lo tiran a los cerdos y no les importa nada, –hizo una larga pausa-. Recuerdo con tanta tristeza cuando tenías tres años, tu padre construía todos mis sueños y era diestro en el arte del amor. Yo lo amaba más que a mi vida. No obstante, el argot de los tiempos empezó a cambiar abruptamente. Su dulzura, calidez, afecto, amor, desaparecieron de él como si alguien se hubiera robado todas sus cualidades vitales. Mis manos siempre lo interrogaban, ¿qué te está pasando? -Le decía con el espejo de la ternura-, pero tu padre hacía una mueca de total desprecio y latigaba las flores de mi corazón dándome la espalda, despreciando mi calidez. Un día, descaradamente y sin decir “hasta luego” nos abandonó y no hubo vestigios de él, y con la oscuridad de su ausencia, sentía que me iba a morir, lloraba con ímpetu y los meses delirantes se adherían a mi dolor. Al aullido de los años, había lágrimas en tu rostro con preguntas que no quería responder. Inconscientemente lo buscaba hasta el fin del mundo sin hallar ni siquiera los armónicos de su aroma. Los años pasaban y yo alimentaba esperanzas, hasta que volátiles chismes llegaron a casa con la versión de que él se había ido a vivir con otra mujer en Ciudad de México. No lo creí. Que infamia de su parte al tratar de enterrar el pasado que habíamos construido.

- ¡Madre! ¿Por qué me repites tantas veces el mismo cuento? ¡Pareces un disco rayado!**
- Hija, es que es muy difícil olvidar. Después de él no hubo otro hombre que fuera tan...
- ¿Tan &%\$#&=/ \$"@? -Se me enjugaron los ojos con lágrimas de mantequilla derretida.

La conversación literalmente se cayó y con el callo del pie de la res de la noche el silencio se encadenó en compases tristes. Varios minutos pasaron para que nos enchufáramos de nuevo. Las palabras sobraban en caneca de punzadas e incomodidad. Hubo un abrazo. Una conexión. Mi mentón descansaba sobre su hombro encogido y retraído.

- Siento mucho haber dicho eso, hija mía. Lo lamento tanto. ¡Me quiero morir!**
-No te disculpes madre, -le acariciaba la cabeza lentamente-. Total, tú no tienes la culpa de esa situación. Y no digas esas palabras, porque si tú te mueres yo me muero.
-No me hagas caso, solo bromeo. Quiero decirte que a pesar de aquel desplante, he tratado de no desfallecer. Mira, no me he rendido porque tú eres todos mis sueños y victorias. No he desfallecido porque añoro que te rías en todo momento a pesar de las decepciones, te ruego que no desfallezcas, que el ser abismal de la depresión no te hiera tan hondo y déjate poseer por el demonio de la felicidad.
-Madre, por mí, desearía nunca tener una maldita depresión. Puedo estar contenta pero cuando ella llega hace que mi alma le dé ganas de salirse por la boca y el corazón se ahogue en su propia sangre. ¡Dios mío! Es algo inexplicable, muy raro. Madre, madre el amor que siento por ti es más intenso que esos tipos de amarguras.
-Hija, te amo. Yo sé que con el tiempo ese estilo cabizbajo desaparecerá y creo yo que permaneceré latente cuando únicamente la alegría fluya en todo tu ser, estaré incondicionalmente en todas tus estaciones. Estaré, estaré, estaré allí o allá.

Una maner'absurda de llorar galopaba con rienda suelta. Toda la tarde conversábamos respecto a lo que se había hecho durante la semana, mientras que torrenciaba la noch'empapada con gotas cálidas que se desmayaban sobre nuestras mejillas de helado puro.

Nos soltamos y caminábamos tímidamente, el frío era siniestro e inclemente. Un par de estrellas palpitaban con luz secreta. No sentíamos la luna decrepita. Llegamos a la casa. El jardín estaba más hermoso que el comienzo de la eternidad. Rosas de todos los calibres, junto a

misteriosas astromelias, cartuchos, pensamientos, dalias, azucenas, clavelinas, margaritas, mirtos con sus pepas anaranjadas, azaleas, orquídeas, agapandos, lirios, gradiolos, cartuchos, hortensias, anturios y un arsenal de colores vivos, qu'eran la envidia de las dos estrellas en las alturas, porque al ver aquel jardín, era mejor que observar lo inobservable.

-¡Quédate conmigo hija mía! ¡Por favor! No quiero estar sola.

-Tú sabes que tengo que trabajar mañana. No quiero dejar a mis estudiantes tirados. Vuelvo a eso de las 6 de la tarde, ¿te parece bien?

-Que pena ser tan posesiva. Vete y mañana a las 6 te espero.

Antes de irme la llené con un manojo de besos. Ella con cientos de recomendaciones y caricias. Era tan cruel la soledad que se respiraba al solo instante de haberla dejado y eso que mi ausencia se sintetizaba en menos de un litro entero de día. La separación era una cuerda molesta que rozaba mi mente. A medida que iba más lejos, se incrementaba el vacuum.

Ya en la ciudad, no sentía mucho frío. Abrí la puerta de mi cuarto afanosamente porque debía estar lista para trabajar. No hice nada, simplemente me paralicé en la esquina de la cama, tratando de no resucitar mi pasado porque era demasiado ajenjoso. Me embarqué en reflexiones nostálgicas, de lo profundo de un mar tormentoso que se mecía ante la chalupa de mis memoranzas diminutas. Las épocas pueriles fueron muy buenas, aunque pasaron como una flecha ciega. Hubo muchos momentos realmente plácidos en contraste con lo malo, agónico y burlesco. Dentro de la mente de niña todo era muy práctico y fácil, hasta las cosas sumamente difíciles tenían una solución eficiente. La palabra imposible no era parte de mi léxico. Hubo cambios en mi cuerpo y en mis absurdas ideas. Los tiempos de adolescencia fueron muy molestos porque inicié mi culto al total aislamiento. En el colegio me causaba pereza hacer amigos. Así que los compañeros de clase siempre pensaban que yo era muy orgullosa y ellos seguían sus vivencias en manadas. En contraste siempre anduve sola y no es bueno estarlo. Por fortuna, en octavo grado tuve un compañero muy especial que me hacía reír, eso sí era muy feo, todos lo bautizaron El Habichuelo, (Nunca supe por qué le decían así) y así fuera ordinario, guache desadaptado, hediondo, mueco, mugroso, etc., etc.; yo lo apreciaba por sus cualidades y gracia incondicional. Ahora él es carpintero y de vez en cuando canta totalmente fuera de tono con un color de voz opaco y se acompaña de su guitarra engomada en polvo, que es un clásico

modelo 50, similar a la que tenía Son House cuando tocaba Dead Letter, con cuerdas de acero y un slide metálico para deslizar las notas de fogueado blues.

Después del día de grado, empecé a buscar trabajo en la ciudad X. Fui contratada en una empresa de muebles suizos. Allí conocí a mi ex. La vida me sonreía en todos los aspectos, empecé a estudiar inglés e interactué con todo tipo de personas, que después desaparecieron en la fosa común de sus vidas. Gradualmente, tantas ocupaciones no fueron suficientes para que hubiera una desazón de sorpresivas depresiones que acababan con mi ánimo, con mis pensamientos correctos, era como si un ser negro con un halo afilado se metiera a la fuerza dentro de mi pecho y no me dejara mover, ni respirar. Somebody or something que retorció mis acciones normales. Esto era increíble, no tenía ninguna enfermedad grave o un soma angustioso. Supuestamente nada y, de repente la depresión llegaba como un fantasma reverso en el día y en la noche, como un vampiro que succionaba la alegría circulante, dejándome sin un fluido de poder. Más aún cuando renuncié a mi trabajo porque por culpa de esa enfermedad que estaba padeciendo el mundo, (Denominada BI: Black Impotence, en español IN: impotencia negra), la gente adulta quería volver a estudiar los grados primarios y secundarios porque un ataque epidemiológico de nostalgia los había cundido y los estaba desesperando. Entonces me contrataron en un colegio para enseñar las materias básicas a personas de todas las edades, ya que no había casi niños menores de 10 años, eran apenas contaditos, y al ser una “raza” extraña para el resto de los mortales, eran tratados mejor que a reyes.

La enfermedad se manifestó primeramente en Latinoamérica, arrasando con casi todos los hombres, ya el 75% del mundo está agobiado con este problema. Cuando ellos eyaculan, su semen no es blanco sino negro y su poder de procreación se pierde por completo. Negro espeso petróleo con un olor hediondo. Gradualmente ellos dejan de tener deseos sexuales, y no vuelven a tener siquiera una pequeña erección, ni un pequeño indicio de lujuria siquiera. No había receta, ni medicamento, ni planta en infusión, ni Viagra que valiera. Todavía es un misterio su nivel altísimo de contagio, pero ya está en Norteamérica, Europa, África, Asia y el Medio Oriente. Australia y todas las otras islas también padecen del brote. Los científicos dicen que es un virus letal refugiado únicamente en los testículos, secándolos, achicándolos, y mata los espermatozoides. No hay datos concretos a cerca de su origen; había aparecido como por arte de magia. Hay algunos individuos aún sanos en todo el planeta, y ellos se han hecho multimillonarios a causa de su semen, pero igual, al pasar los días, por más que tengan un riguroso

cuidado, contraen la enfermedad. Se habían invertido millones de dólares para encontrar un antídoto, y hasta el momento no ha habido cura por lo menos parcial. Los hombres no mueren, pero la mayoría sienten una enorme frustración al no tener más relaciones sexuales y al no poder dar hijos a sus mujeres. Los burdeles, el mercado pornográfico, las tiendas de productos eróticos, las empresas de preservativos, los bancos de semen, (Pagan millones de dólares, por semen sano), las empresas de pañales y juguetes, registraron una caída infalible en sus servicios. Los suicidios se incrementaron en un 80% en mujeres y en un 1500% en hombres a nivel mundial. Aunque las mujeres no padecen el virus BI, ellas, a causa de esto, han tenido cambios abruptos en sus conductas y una vez más el miedo se ha vuelto a apoderar de las naciones. La brecha de géneros se ha incrementado, hay mayor compatibilidad entre bestia y mujer. Los hombres ya no quieren pasar el tiempo con las mujeres y ellas son un cuento aparte, aislado. To be born for not procreating. The world will be alone, without people.

Al ver las noticias, retornó la angustia. Apagué la tele. Escuché Bohemian Rhapsody de Queen y Good Bye Cruel World de Pink Floyd. Se arrastraban unos minutos más para sentir la voz afinada que salía de los bafles: “Too late, my time is come... Good bye everybody, I have to go... mama uUUU, I don’t wanna die”. Sentí frío y sueño, desenchufé las canciones, apagué la luz. Me desplomé en la cama. Estaba muy cansada a causa de la rutina acumulada de la semana que se marchitaba. Dormía pero no dormía. Mi corazón gritaba con rápidos y fuertes latidos. El sueño era profundamente liviano y muy molesto. Me levanté. Prendí la luz. Mi espalda se recostó sobre la pared y me senté en el piso. Presentía algo muy raro. Sentí frío de nuevo, apagué la luz y regresé a la cama. Me volví a parar, levanté el auricular y marqué a la casa del Habichuelo.

-Aló aló ¿por favor con William?

-Si con él, ¿con quien hablar yo?

-Con tu amiga Amanda, ¿cómo vas?

-Todo vientos pelada. Con un sueño ni el hijueputa. Estaba durmiendo sobre la taza del inodoro.

¿Y ese milagro que llama a los pobres?

-No podía dormir, solo te llamaba para saludarte y saber de ti.

-Pos yo al peluche en la carpintería. Casi me bajo otro dedo con la sierra la semana pasada y en una tomata ni la más madre, me abrí la porra contra un andén jincho de la perra, pero nada grave, y ¿sumercé como anda?

-Ten más cuidado Habichuelo. Yo bien, leyendo libros de pedagogía porque no soy realmente profesora y el nuevo trabajo me ha dado muy duro. He tenido que recordar los temas para enseñarlos. Además la mayoría de estudiantes ya dominan ciertos contenidos, saben dividir por 3 cifras, conjugan verbos, en los ejercicios manualidades y Geografía vuelan, pero me he dado cuenta que lo único que quieren es recordar su niñez y no sentirse solos, casi no me dejan hablar, no quieren perder tiempo.

-Que bueno por tí corazón. Y ¿yo me puedo meter para ser tu alumno?

-No lo creo, como es una institución de carácter privado, el rector incrementó la matrícula en un 150% de su valor porque en años anteriores había decrecido la educación. Si tienes 5 millones para la matrícula, te reciben con los brazos abiertos.

-Tú estás loca o ¿qué? –Protestó Habichuelo con su estilo ordinario que hace reír-. En la carpintería apenas me gano 600 militos, y no pagan en la catorcena ni en la quincena, sino cuando a la gonorrea con ojos de mi patrón se le da la gran puta gana. Y yo, como un marica, rogándole a ese triplehijueputa pa' que me dé lo mío, y el perro ese me mama gallo o me da chichiguas. El sueldo apenas me alcanza pa' tragar la comidita, soplar Griin y chupar Costeña con Antioqueño junto a los vagos del pueblo, o cuando estamos en escasez de abundancia de lucas, bajamos vodka del más barato y Chinchin. Prefiero leer libros en el monte y no darle mis centavitos a un viejo avariento por el dinero...

Me echó de su cuarto gritándome, no tienes profesión.

Tuve que enfrentarme a mi condición...

Sui Generis

ES - CUELO N - UEVO

El enfermedad me tenía deprimido. La semen negra salpicó las senas emparchadas de la meretriz. Acuilillado, me limpié el vergo con una pañuela que tenía en la bolsilla. Me había llegado el horo de contraer la virusa y sudaba frío al darme cuento que era mi última orgasma. Con pasas trémulas entré al caso, y los puertos y ventanos estaban abiertos de para en para. Los lágrimas se despellejaban de la rostra, mientras la diluvia del noche pasaba sin frenas; el luno menguantado no estaba. Me daba vergüenzo contar mi peno a los parceros. No volví al carpinterío, y más aúna cuando me trocé las cinco dedas de la mana, y yo, churriento en

tristezos dejé a una lada el guitarro, porque cómo putos iba a tocar, ¿con los patos? Entoncas, opté por arrojar todos mis cosos a la fuega. La inventaria consistía en: 25 películas en Betamas, 20 cintos en VHS, 792 DVDIs y 85 Revistos, todos de material pornográfica.

Hice un montañó con las artículos mencionadas, y en la patia de atrás del caso, rocié gasolino y con una fósfora el fogato creció. Volví a berrear y másaún cuando tiré a la fuega los guitarros eléctricos y acústicos, el trompeto artesanal, el armónico en C, el organeto junta a una resta de escritas y poemas que había elaborado en mis ratas de ocia.

Puto vido, ¿por qué yo? ¿Por qué diosa mía fui vilmento pringado con esa virusa de mierdo? Yo que fui adicto a la sexa, a los vaginos, a las glúteas, a las pezonas y a los abejorriados. ¡No puede ser cierta! Pasaron los díos, y yo me hacía con esfuerzo sobrehumana el pajo pera la estrolina no se paraba. ¡Puto! Me sentía como una bueya y los bolos se me embalsamaron. Sin embarga, opté por aceptar el situación y con la secreta en hombras fui a beber cerveza y a jugar una chica de billar.

Me frustracioné al notar que las mujeres me botaban cartona y eso me enardecía de cólero. Luego, me topé con unos amigos y me ofrecieron una cigarra. Boté un bocanadazo y hablaba chacharo con ellos. En la parla, impartí mi manifiesta: Crear un escuelo nuevo en secreto, ya que la gobierna, al ya no haber casi niñas ni niños, prohibió la educaciona y no es justo el vaino. El religión nadie lo procesionaba ya y los creencios estaban abolidos.

En la patia donde tosté mis recuerdos adapté un aulo e hice una pregona a escondidos, y cobraba poca billulla por la mes. De 3 alumnas se extendió el llamado a 10 y así tuve que elaborar una Pei pecueco, ya que no había un ley local o internacionalo que subordinara las contenidas. La genta quería aprender cosos nuevos por más absurdas que fueran. Bauticé el programa del siguiente manero: “Modificación técnica de la génera Españolita”

Hubo una soplona y el policios nos guardaron varios díos en la calaboz. Por tanta, tenía que dar los clasos en la monte. Los estudiantas me preguntaron porque yo era buen profesor, a lo cual yo respondo:

- 1. Yo analizaro conocimientos traseras de ustedos los masos, sus maños, sus mejores horas pa’ ver las temas. El clima, el salud, el hambro, la estada de ánima incide en vosotros. El formo como ustedas trabajan por medio de las sentidas. A yo noté que tú es más águila con los manualidades y usted eres más**

- diestra en las dibujas, y busté mejor pa'los artes y el músico, tú pa' echar carreto, anton yo articulé sus destrezos y así aproveché sus puntas de visto.
2. Luega que supe esa, como un buen cocinero, PRE-PARABA las contenidas con unidades e intetabo a_cercar el teorío con el práctico, eso ser imposible en una 100 por ciento pera se puede cumplir el meto presupuesto, siendo recursivo y usando todas las medias de la entorna.
 3. Como docento inexpertado, me di cuento que las saberes no son lo único coso. Hay lazas de afectividad, así muchos la nieguen. Si el profe se aísla y los estudiantes también, las aprendizajes serían insignificativas. Si no hay una afectación recíprocada e interésa mutuada, todos quedarían como la ternera: mamando.
 4. Este es mi secreta y lo voy a decir: no pongo primero la billulla y NO ME JACTO de mis microscópicas conocimientas. Cuando el profe se cree el putas boy, ustedes notan eso y la distanciamienta con brechos en mayora aúna. Si en saberes, suponienda, uds están en la loda y yo en la pavimenta, anton, tendré que bajarme de la pavimenta y untarme con uds de loda, pa' que ustedes lleven a la pavimenta de los conocimientas en USO y salgan de la loda del ignorancio.
 5. Yo hacer referencio a esto con sumo importancio: EL IMPARCIALIDAD. Sé que ese vaino es imposible. Con embarga, uno debe excluir predilecciones y ser JUSTO en las procesas de enseñanzo aprendizaje.
 6. No confiarse del experiencio. Muchos se jactan de los años que llevaban ejerciéndolo y se creen unos magas, pero creánme que el experiencio sirve de algo pero puede ser contraproducento.
 7. La actualizaciona funciona. La técnica biena utilizada puede ser más fructuosa qu'el experiencio, aunca juntas van de la mana.
 8. Se debe tratar de no ser 100% autoritario, ni 100% pasivo, dejando que los estudiantos hagan lo que quieran. Las extremas son mortales y hechan todo plano didáctico y toda métoda a perder. Debes moderar, limar asperezos entre pro y estu, y constantemento investigar a cerco de los otros ramos transversales de la educaciona. Si alga te queda grande, consúlta en los polifoníos de otras profesores y libras de consulto. Es dejar que la procesa

completa llegue a ti, y tú, endulzado o empalagada con la pragmática puedas ser docente de formación muy llamada: “integrala” casita completada.

9. Antepenúltima punta: Seguridad en sí mismo. En el músico paso lo mismo. La cantanta si es tímida le será difícil llegar a una buena afinada. Si muestras miedo, te la montarán.

10. Última punta: La creatividad e inspiración. Cuando una docente tiene las temas y las hace de un manera fácil, diferente de la tradicional: modificar, pero para poder “modificar”, es relevante saber conocer la tradicional y toda al rededor.

Y aunque digan que va ser muy fácil
Es muy duro poder mejorar
(...) Solamente muero los domingos
y los lunes, ya me siento, bien.
Confesiones de Invierno, Sui Generis.

LA FINA, EL MARGARINO.

-¿Y tú Habichuelo vas a votar por tu gran amigo C para que suba al consejo?

-Nu nu nuu. La política me da asco. No tengo más que decir. O más bien tengo claro que la mayoría de políticos se asemejan mucho a dos sobrinos que llegaron a la casa de su tío que tenía 3 hijos. El tío los recibió con mucho cariño y los atendió comedidamente en el rancho, y bajó el colchón y dio sus cobijas para que pudieran dormir apaciblemente las tres noches en las cuales se iban a hospedar de vacaciones. Ellos, mejor tratados que príncipes, se despidieron del tío y partieron con extensas sonrisas. Transcurrió una semana y el tío feliz sacó el marrano de barro café qu’ estaba debajo de la cama, sumamente pesado por la cantidad de monedas que había vertido en él. Con martillo en mano despedazó la pancita del animal y cayeron sobre la mesa monedas de 500 y billetes de 2, 5, 10, y 20 mil. Los organizó según su denominación y como hobby contó lentamente el producto de sus ahorritos. Asombrado, volvió a contar, contar, y con piedra, contar. ¡Qué ingrata sorpresa! Había menos plata de la que él presupuestaba. Le había prometido a sus hijos un T.V de 26 pulgadas para ver al Inspecteur Gadget y el noticiero Criptón. Holy shit! La recolecta no alcanzaba para comprarlo, llegaba a menos de la mitad.

Pasaron 5 años, y como la verdad siempre sale a flote, una hermana del tío le contó a él que el par de joyitas de sobrinos, vieron el marrano debajo de la cama. Ellos analizaron cómo era el marrano original, compraron uno igual de grande, con el mismo hocico y color. Rompieron el original, sacaron varios billetes de 10 y de 20 mil para ambos y las monedas y los otros billetes los metieron en el flamante chancho y fue a dar de nuevo debajo de la cama. Después los triplehijueputas esos salieron del rancho juagados de risa como si hubieran cometido una hazaña increíble, aterrizaron en una cantina a beber cervecita, comer carne asada e ir donde las niñas. Con mencionado ejemplo yo trato de sintetizar vagamente los confines políticos.

-Claro que algunos roban cínicamente, pero no creo que todos tengan malas intenciones. Bueno querido amigo Habichuelo te cuidas, me iré a dormir.

-Aja, aja, gracias Amanda por el fonazo y me iré en compañía del papel periódico.

Volví a la cama. Soñé tantas cosas raras que al otro día no pude recordarlas. Ya en el trabajo, era complicado concentrarme. Ya casi era medio día y allá afuera seguía lloviendo con resentimiento. El pavimento gritaba con las cataratas de aguas negras. Una rata colgaba de un pedazo de madero, mientras la corriente impulsaba su empapada fisonomía por el hueco de la alcantarilla.

Las altas elites del comercio junto a los estamentos políticos de todo el mundo, al notar un desinterés abrupto por todo tipo de religiones, optaron por abolirlas. No había menores de 10 años, y la gente empezó a culpabilizar a las religiones y a la ciencia por no poder procrear, tumbaron los laboratorios y los recintos de reunión colectiva. Paradójicamente, los gobiernos en su ineptitud perpetua, no dieron continuidad al proceso para hallar una vacuna efectiva, y disuadidos por las masas, no dieron vuelta de hoja. Gradualmente, la educación se aniquiló y aunque los adultos querían seguir estudiando, ya la ley prohibía instruirse.

Eran las 5 de la tarde y no paraba de llover. Abrí el paraguas. Caminé dos cuadras para salir a la calle 72. Cogí el autobús que a esa hora no le cabe ni un alfiler. Después de la mojada apretura, me bajé en la cll 80, me subí al carro que iba para Cota. Eran las 5:25. Yo calculaba que llegaba al pueblo a las 5:45 y luego a pie, llevaría a casa en 15 minutos, o sea a las 6; pero las cosas no pasaron así.

Llegando a Parcelas hubo un accidente terrible: un camión Ford chocó de frente con un Mazda 323 y lo dejó como un papel bien arrugado. Yo vi cómo sacaban por pedazos los cuerpos ante la

furia de la lluvia insaciable. Tuve un escalofrío terrible. Miré el reloj y eran las 6:30. El trancón más madre, el agua, la ambulancia, los pitos de los carros, el humo de los radiadores, la consternación de la gente, las ruedas medio rodando. Las 7 p.m., oscuridad negra, granizo blanco, y la ansiedad rebotando en mí, porque mi señora madre no le sienta bien la impuntualidad. Llegué al pueblo a las 7:45, y de inmediato, llamé a casa de mi madre en el Telecom que estaba al lado del Banco de Bogotá. Nadie contestó. Me dije a mí misma: “Mí misma, ¿dónde estará mi madre sabiendo que no tiene amigas donde estar? ¿Estará dormida?”. La segunda pregunta me dejó tranquila, a lo mejor estaba profunda en su cama con esa forma tan absurda de llover. A las 8 estaba yo sacando las llaves para abrir la puerta de la casa sin hacer ruido alguno. El jardín denotaba una apariencia extraña a causa de los detonantes chorros de agua que se desdoblaban del cielo.

Entré a la sala, tiré las llaves encima de la mesa. Dí vueltas en la cocina, restregué la cortina del baño, pasé por su cuarto mientras gritaba en son de broma:

-¡Mamá, ya estoy aquí! ¿Dónde estás? ¿Vamos a jugar a las escondidas? ¡No juegues ma!

Al acercarme a mi cuarto, un pesado sabor a pólvora se desprendía, era un olor muy parecido a las fiestas del 6 de reyes donde todo el pueblo se congrega a observar cómo queman a los tres tipos convertidos en muñecos de trapo que visitaron a Jesús hace ya más de dos mil años.

Al lado de mi cama estaba mi madre tirada, bocabajo, ahogada en la pintura roja de su propia savia. Yo, la cogí con mis manos, la giré, la alcé y la recosté en mis piernas. En su mano izquierda había un revólver, y al verla a la cara, fue realmente horrible. Las órbitas de sus ojos se habían salido de una manera exagerada, era una monstruosidad completa. Un mar de sangre en el suelo recién encerado trataba de decirme algo. Había llegado muy tarde pero al tocar su piel y líquidos coagulados todavía estaban calentitos, frescos, recién saliditos. El humo levitaba estático aún muy cercano al techo. Esos signos eran como una especie de mundillo traumático: con el mencionado mar rojo abajo, y nubes elaboradas con el tote de un arma, y una pareja de espantosas lunas salidas.

No podía creer lo que estaba viendo. Yo untada de sangre flamante, dejé a mi madre allí tal y como estaba, e impresionada, fui al jardín y vaya sorpresa se toparon mis ojos al ver que ya no había rosas de todos los calibres, junto a misteriosas astromelias, ni cartuchos, pensamientos,

dalias, azucenas, clavelinas, margaritas, mirtos con sus pepas anaranjadas, azaleas, orquídeas, agapandos, lirios, gradiolos, cartuchos, hortensias, anturios, ni siquiera un arsenal de colores vivos, porque, con el fallecimiento repentino de mi madre, el jardín se inmutó abruptamente en arrumes de polvo bien molido, y en pastales de aproximadamente 90 centímetros de alto. Las flores se perdieron con el aroma de la hermosura de ella, dejando un barzal de LODO al frente de la casa.

Volví a mi cuarto ensimismada. Había una breve nota escrita. La leí, y aquella nota me remitía a una carta que me había dejado debajo de la almohada. Con cólera ardiente de mi parte, me dirigí al cuarto de los checheres, abrí el candado, saqué una pica y una pala que nunca habían estado allí, y respetando una última voluntad, hice un hueco sobre el barzal y la enterré allí. Llovía de un modo distinto a “Mientras Llueve”, diría yo, que suena mejor “Mientras Muere”. Mis manos lloraban callos con caldos de desesperación, pero mis ojos no cultivaban lágrimas, ni ellos se negrearon con el matiz del nuevo luto.

Esta vida es un naufragio de contradicciones. Muchas personas padecen penosas enfermedades que paralizan sus facultades, cohibiendo las actividades inherentes y básicas con impotencia bruta. No obstante, piensan que por alguna u otra manera están viviendo porque necesitan comprender EL POR QUÉ denotado en una protección vulnerable en el hogar dulce del mundo. Nada es comprensible ahora, y antes todo era muy claro porque se sostiene en el presente, y de sobremesa, el futuro se transforma en un “hasta luego”, como si fuera un triste y humillante viaje a las escalas del misterio. Es evidente que lo orgánico se transforma en polvo y que el recuerdo de los seres queridos es como el viento frío de campanas que ya no suenan. La experiencia dictamina que es mejor quedarse aquí ante la más horrenda crisis, que ha sido agobiada ante las “dudas de los tiempos”, con la vulgaridad de la muerte y el abandono que se despliega como rollos de sombras perdidas en las tinieblas brillantes de crisólito. Es tan cruel que se largue ella, que tanto la amé, que es tan necesaria y vital para mí, que asimilarlo cuesta un valor alto y espeso peso. Es tan increíble que aún sigo pensando en su figura corporal de roble que se fue de paseo con el jardín hermoso que ya no está, y que pronto volverá ante mí, ante aquella señora que me invitó a la existencia. Con su rostro de azules pétalos de rosa, y cuencas anaranjadas como pepas de mirto, y las demás plantas derivadas que están a su lado con raíces caminando dentro de su leal compañía, porque mujer que irradiara tanta vida como ella, no la hubo ni la habrá. Aunque su camino no fue un ataúd ni una tumba estructurada de

pavimentos perdurables; ella debe seguir esperando como sueño paciente y profundo, bebiendo la leche negra de las tinieblas, hasta que vuelva a despertar, porque estoy segura que volverá aquí, así haya decidido con voz propia irse. Volverá a mí, de eso no me cabe la menor duda.

Debemos morir y ese es el salario de la cíclica perspectiva, que nadie desea como objetivo principal, aunque unos y unas se han tostado pero con razones deprimentes de peso insoportable. El ataúd es la caja que es como una cama simple, donde “el sueño profundo” recae en el racionamiento del aliento de vida que la ciencia no ha logrado ni logrará controlar, solamente en Dios se puede suplir. Si la carne es quemada, el sabor humeante del cuerpo se pierde por los ascensores del cielo, pero su esencia personal de ella, El Altísimo la registra en la memoria de su corazón y el camino enclaustrado de la resurrección se amplía. No creo que lo que hagamos aquí sea en vano y que todas nuestras experiencias se desperdicien. Un animal muere y la naturaleza se lo come y lo descompone con las moscas y los blancos gusanos que lo procesan. Tal vez como una cadena trófica, el ataúd de un ser vivo, es el estómago de un animal hambriento, y el cementerio subyace en un sistema digestivo. Definitivamente, esta carnicería de planteamientos esperanzadores serán el dulce reflejo de continuar, sabiendo que una pieza musical debe ser completa y simétrica, con un comienzo, un coro y un motivador final, igual sucede con un cuento, y éste por más sucinto que sea, debe ser trascendente y yo tengo que seguir así, guardada sobre el sinsabor de la soledad.

No sé que días hayan acaecido, realmente no quiero saberlo. He estado en casa de la ausente. Cada perfume expresivo de su dulce personalidad se empañaba en los espacios internos de la casa, en las fotos colgantes de su inmortalidad pálida. En mi renovado odio hacia ella. Una soleada mañana me di cuenta que ella no estaba personalmente, de modo que yo empezaba a sollozar en notas de desesperación:

-¡Madre! ¿Dónde te encuentras? ¿Por qué no llegas a esta casa que te acompañó en cuadros azulejos de protección seca?

Con rapidez, abría el closet a ver si ella estaba vestida en los extremos de ganchos llenos de polvo y moho, sacaba los cajones para ver si en cada recuerdo guardado estuviera riendo su cara arrugada, dentro de las aguas del lavadero me asomaba para poder apreciar su reflejo, por todos los lugares busqué, pero no estaba. El llanto brotó bajando en mis senos de gata, mojando

mi estómago, deslizándose en mis piernas suaves y frías, consumiendo mis rodillas, refrescando los pies, inundando el piso de madera de barcos enterrados en lo profundo.

Yo tuve la culpa, yo tuve la culpa, ¿por qué no llegué a las 6? Mi madre se murió por mi causa, por ser tan egoísta y refugiarme en las esclavizantes actividades de siempre. Siento un odio recíproco hacia mí misma y a ella, era tan insoportable aquel dolor tan lleno de inconsistencias. Desde luego, soñaba con el embate de la muerte, para que en mí viniera ella, y de esa manera podría ver su manto y pedirle perdón una eternidad de veces. El peso de la culpa fractura en pedazos pequeños el alma que se quiere escapar de mí e ir impulsada hacia ella.

El tiempo de polvo y aliento congelado paseaba corto por momentos y estirado sin romperse, con tormentas de horas, con guillotina de tragos mojados de minuterios quietos. Viento en mi cabello que estaba alborotado con palmeras revolcadas por un mechón rasta, mis labios tenían un aspecto blancuzco por tanta resequedad del espacio áspero de su partida, sin la espera de apertura nueva, y las ojeras cubrían como una noche oscura mi rostro cafeínico y tóxico. Estaba con la misma ropa del día sábado, me sentía sucia, y los alimentos no me pasaban. La casa era un total desorden: el piso lleno de grietas, empaques de galguerías por todos lados, botellas de vino vacías, latas de cerveza rondando por la sala, zapatos por el suelo manchado de leche de plantas biches, ríos de espuma de cerveza vertida en la terraza-techo, papel periódico con jugo de limón, vasos rotos encima de la cama, cobijas aguadas sobre las sillas amarillas, libros tostados en la estufa de carbón, cintas de recuerdos musicales y festividades monótonas descansando en el viejo horno descalzo, en fin... La estantería se había desplomado fracturando los muebles con paños sumidos de tanto tiempo y olvido, el desorden impulsaba a que lo sostenido fuera caído, como esas ganas de vivir ante tanta fealdad.

Lo único que me impulsaba era el color de gloria del alcohol, pero ya no había ni gota. Podría comprar hasta una barra de líquido fuerte pero la saliva se me desvaneció y no tenía ganas de hablar, ni siquiera conmigo misma. Las palabras se desaparecieron de mi mente y boca, dentro de mi propia perspectiva era mejor así porque con el ánimo desafinado, tenía una idea atorada llamada llamarada: “El pantano de la muerte”.

¡Qué bonito Sábado! La cabeza me daba vueltas, mi debilidad era tan evidente. Los oídos se agudizaban ante cualquier ruido. Pensaba muy seriamente en como auto-destruirme, pero paradójicamente no era capaz. Había un manual de opciones como lanzarme de un puente para que los carros de la autopista trituraran mi amargura, o elevarme a la punta de la montaña y

agarrarme de las manos del abismo para caer hacia otra existencia, o pedir la escopeta que está en el trabajo y volarme la capa del corazón, o esconderme dentro de las aguas del pozo que utilizan para regar los pecados alimenticios de otros cuando no llega la lluvia de la expoliación. En fin, es lógico que algo así podría pasar, aunque muy dentro de mí, una voz cortante me decía que siguiera viviendo, era como si tuviera dos rostros venteados en mis pulmones: el de la muerte y el de la esperanza.

Acampaban las tardes agobiantes y la desesperación atacaba a estacazos sobre mi silueta de césped. No me aguantaba estar en Cota porque el pueblo amenazado en quietud me hacía girar la ilusión de mi madre. Aquella atmósfera era peor que una pesadilla. Con dificultad de respirar escapé supuestamente para sentirme mejor en la Capital. Aunque así viajara a la espalda del mundo, a un sitio nuevo y diferente a Bogotá; no podría olvidar el martillazo de dolor que se manifestaba con cuotas de pésima energía vital.

De regreso a la ciudad, fui a un lugar llamado “El Chorro de Quevedo”. Hace un año estuve aquí con Esteban y aquel lugar me gustó de sobremesa y manera. Pasaba mirando los muñequitos colgantes sobre el muro de ojos cuadriculados. Ese día bebimos Chicha, jugamos un rato con una bolita de trapo y reíamos como si nunca lo hubiéramos hecho. Luego salimos de allí, bajamos por unas cuadras con nombres acogedores, entramos a varios sitios y bebimos capuchinos. La multitud con toda su bagaje socio-cultural se infiltraba por la Calle del Embudo. Nos relajamos un rato entre chiste y parlamentos deliciosos que irradiábamos al mirar las casas coloniales de la Candelaria, al dar vueltas sin que nos preocupara nada. Éramos dos personas que parecíamos seis, buscando diversión y abriendo los peldaños gratos de las presentaciones singulares. Sin darnos cuenta, una hora después, entramos a un bar con paredes artísticas y colores vivamente sombríos. Había sillas amplias y cojines pueriles. Ambos, en una orgía de besos achocolatados, chupábamos el pico de la cerveza helada. Él hablaba de sus amistades, de dos tipos que estuvieron al borde de la muerte, padeciendo todo tipo de padecimientos padecidos en los hospitales marítimos donde rodaron sin parar. La figura de la muerte estaba paseando para llevarse a ambos, lo fascinante de ellos fue su lucha y amor por la vida, aguantando lo inaguantable. El lienzo de la paciencia no destruyó su arte de vivir. El mango de la tristeza nos cubrió un rato, recordando tantos sufrimientos, que se volvieron dicha en un cuarto de una residencia cercana a la Carrera Séptima con 61, costado oriental.

Al comienzo, me hice al lado de la pila del Chorro de Quevedo, la poca agua que había sobre ella era verde y flotaban decenas de colillas cafés y blancas. Di unos pasos y me senté en una silla mueca, completamente sola, tratando de curar todas mis heridas pero no sabía cómo. Inhalaba el aire denso de aquella tarde y podía sentir huecos del tamaño de un alfiler sobre mi pecho. No podía asir el viento dentro de mí, no podía mover mis sueños, ni mucho menos gesticular un "Hola". ¿De qué servía escuchar si yo no lograba hablar?

El clima estaba inconcluso o, tal vez, no sentía nada. No tenía ganas de apuntar la mirada al cielo, había un puñal de debilidad. Creía que me encontraba física y mentalmente en otra esfera, en el mundo diminuto, no en el texto macro cultural de aquel sitio. Frente a mí había muchas personas sentadas sobre el pavimento bebiendo chicha y fumando, eran alrededor de 15 personas enfrascadas en varios grupos. La sorpresa más inexplicable y mística fue cuando pegué mi vista a un árbol enano y debajo de éste, descifré un tipo solitario, como un monje, un bicho raro con una capucha negra que le cubría la cabeza. Digo con sorpresa porque él clavaba sus ojos melancólicos sobre los míos. Acto seguido, descargué la mirada hacia otro lado, a mi mano derecha, y mis ojos buscaban la iglesia de juguete. Pasaron unos segundos, yo no miraba fijamente pero estaba segura de que seguía observando. Lo miraba disimuladamente y me daba cuenta que aquella mirada profunda, no era morbosa o de lástima, y yo dentro de mí, tenía un gran presentimiento de que él me iba a hablar y yo sin poder hacerlo. Pasaron 15 minutos, él se puso de pies, caminó perezosamente al lado de la pila. Sacó un encendedor, -no me quitaba la mirada- prendió el cigarrillo, estuvo con pies inseguros, estuvo inmóvil un rato y cada bocanada llegaba hasta las dos cuevas de mi nariz.

Deslizó su paso hacia la calle reducida. Él bajaba, se marchaba. Alguna vaina rara, al rincón de mi mente, hacía incrementar una fuerza enorme para que no se alejara. ¡Quédese, que se quede, por favor quedese! Pero todo fue en balde porque se perdió entre las rocas del sitio, se desfiguró en los murmullos de la gente. Fue muy extraño, era como si el veneno que él estaba aspirando flotaba hasta donde yo me encontraba, COMO SI AQUEL HUMO TUVIERA LA SAGRADA INTENCIÓN DE UNIRNOS.

Pasaron seis minutos en el tiempo del mundo, pero en el tiempo de mi realidad pasaron tres días y yo congelada, quieta, frágil en mi silla. Viejas y viejos me mostraban su arte, un individuo excesivamente barbado me ofreció unas manillas, yo con un gesto respetuoso le decía que no. Alguien me preguntó que si estaba bien y yo moví mi cuello con vertiente positiva, es decir, un

"si" mayor callado. Los tipos que narran cuentos divertían a su auditorio. Reían juntos, se aterraban de las porquerías verbales con tinte verídico de sus propias creaciones lingüísticas. Yo alcanzaba a escucharlos con su gracia característica pero no prestaba atención porque tenía la ilusión plena, o una gotita de esperanza ante el regreso del individuo que me estuvo mirando sin parar.

Giré el rostro hacia abajo y el tipo salió del embudo en el cual estaba imbuido. Tuve una emoción eufórica, respirando un color expresivo. Él se situó debajo del arbolito como antes, y llevaba en su mano derecha una botella escondida con una bolsa de papel. Sus labios de terror se pegaban al pitillo. Llegó la apertura de la noche y ella se parecía a él, su manto era el cielo negro y su rostro era rojizo como un eclipse lunar.

Transcurrió un tiempo incalculable y él se apartó del arbolito. Yo estaba ya resignada, creía que se iba ir definitivamente. Él se detuvo en la pila, la escupió de vituperios un par de veces, suspiró e hizo una mueca en la cual retorció la caverna de su nariz. Dejó la pila y se acercaba, se acercaba, se acercaba a mí, se sentó a mi lado, suspiró. Iba a decirme algo, cuando se acercó un tipo pidiendo plata, y lo ignoramos. Luego el aire se entrecortaba. Estaba ansiosa... FOR HEARING HIS VOICE. Otro rato más, me volvió a mirar, entreabrió sus labios y llegó un muchachito ofreciéndonos incienso. Hubo otra negativa. La gente se movía, unos se iban, otros se quedaban, los únicos congelados en escena éramos nosotros dos.

Él dio un sorbo largo con un suspiro breve entrecortado sobre el espacio que era perfecto. Quería conocer el alma de su voz. Con disimulo, volvió a mirarme y se animó a gesticular: "Eeeehhh".

Parecía un ternero relatando fonéticamente un bee de abeja. Creo que me iba a preguntar algo, cuando dos tombo le dijeron que era prohibido beber en la calle. Ellos hablaban secamente, con un aire desaliñado y posesivo, como si el disfraz que llevaban puesto les diera aires altos de dioses flamantes.

-¿Por qué no contesta? -Dijo el tombo con un falsete de bajo y bigotes poblados- ¿Se le tragaron la lengua? ¿Está drogado? Contra la pared que lo voy a requisar.

Él obedecía sarcásticamente y el otro tombo sin bigotes olía con olfato de perro sus papeles.

**-¿No lo llevamos al calabozo? -Le dijo el bigotudo al otro con un convencimiento inoportuno.
-Creo que no es necesario. –Replicó el tomo lampiño mientras botaba el preciado alcohol por la rendija de la alcantarilla. Unos franceses veían la escena y se reían, ¡muchos perros!**

Le devolvieron la billetera y le preguntaron su nombre. Él no dijo nada, solamente se limitó a sacar su cédula de ciudadanía y a mostrarla. Después de mirarla un buen rato hasta que no cotejaron minuciosamente sus facciones con el documento, no quedaron satisfechos. Antes de que ellos se perdieran del mapa dijeron unas frases ofensivas e ininteligibles, intentaban imitar el porte de los soldados alemanes, aunque estos cops no llegaban ni a los desechos del ejército romano en comparación. Por fortuna, desaparecieron junto a su autoridad por otros casos entre los ladrillos. No dieron ni las gracias, a mí no me dijeron nada. Cinco minutos de silencio no albo. Él miraba a la derecha, a la izquierda, a lo alto del piso y al darse cuenta que nadie importunara se le dio por hablar.

-Qué pena molestarte, estoy en el centro de la ciudad desde las 10 a.m., y desde esa hora no había hablado con nadie. Mis amigos están demasiado lejos y ocupados para tenerme en cuenta hoy. Tú sabes, estudiar, viajar, laborar, son prioridades básicas. Estoy cansado de discurrir estas calles sin aprender algo útil, o disfrutar de una conversación que se trague el espacio, la grandeza del cielo, todo. Me siento agotadamente solo, derrotado y abandonado. No estoy pretendiendo plasmar lástima de mi parte, sólo que soy muy pesimista y directo.

Hubo una pausa sobre pausa. Él pensaba que yo lo ignoraba completamente. No había explicaciones que brindar.

-No le hablé a esos &\$%#”@?=?\$\$& policías porque el que calla otorga, y he dado papaya. Discúlpame por causarte incomodidades con mi presencia. Me iré ahora mismo.

Cuando él dijo eso hice un ademán con mi mano como congelando la situación, dándole a entender que permaneciera en su sitio. Abrí rápido mi morral, saqué una hoja de papel y un esfero y sin pensarlo escribí:

-Hola, por favor quédate. No te he dicho palabra alguna porque desde que mi madre se fue al bálsamo indeseable de la muerte, yo dejé de hablar, pero te puedo escuchar con mucha atención.

Le pasé la hoja y con delicadeza la leyó. Me pidió el esfero y replicó mientras yo miraba al otro extremo de immaculados nervios.

-Lo siento mucho. Si hubo una mujer que te dio luz de vida al tener el cariño y el cuidado cuando saliste del antiguo mundo no recordado, fue porque merecías la senda líquida de existir. Una madre que de sus senos salieron trochas lechosas que te hicieron calcificar cada fragmento único de experiencias, enseñándote el manual de rincón a rincón junto con la luz moral determinada. Ella te presentó los globos azules para que disfrutaras bajo la diatónica de tiernas épocas. Sin embargo, como viento helado, llega el hastío, los muelles del cansancio, la ansiedad del destino o el destino de la ansiedad sin rumbos directos. Tantas pendejadas no escritas. La seriedad de una tenaz sorpresa: "la estancia de la distancia". El lado claro de un alma fundida en la parte de arriba o abajo, en el fondo contrario de la líquida desaparición de lo amado, en el producto total reverso, algo nombrado conservación de vida y reproducción de la misma, que se amplía en ramificaciones sin daños. El equili-brio natural es toda esta farsa, la defunción de la distancia movable equivale al na-ci-miento de la estrechez de brazos secos, al fundimiento de ideas que no se llevan a cabo porque si ellas llegaran a morir no habría modos de padecer registros. Con tus lágrimas puedes subordinar la victoria que se desliza en la lluvia de nueva sangre en la inyección de millas recorridas. Los senderos del vacío llegan fácilmente a la devoción de sentir un prospecto resu-citado que siempre estará detrás de ti, como una sombra de mancha madura.

Mientras escribía, observé sus ojos melancólicos (ojos parecidos a los de un cantante de blues llamado Son House), enfocados sobre la figura asimétrica de sus letras. Movía el esfero como un pincel tratando de no transmitir el Líbano engañoso del encanto. Me brindó la hoja con sus trazos. No tenía fuerzas para leer. Sin embargo, necesitaba safarme de aquella realidad áspera que consumía todos los procesos existenciales aburridores y carentes de motivos. Trataba de analizar sus palabras de aliento retardado, de ánimo perdido. Él se parecía demasiado a lo que nunca quise buscar, que con una simple oración me hacía mostrar profundamente lo más

interno de mí. Para llamar la atención, rompía el círculo perfecto con sombría retórica. En la última esquina del papelito, musité con tinta ahogada lo siguiente:

-No he hallado el timón de la vida. El ancla subterránea de la muerte me espera pronto. Nadie podrá cambiar el rumbo de estas letras rígidas que no van al paraíso que emana leche y miel.

Ese individuo me daba una cálida confianza. Lo cogí del brazo y entregué el papelito. Leyó atentamente el epitafio profético de la valentía cobarde que exprimía mi corazón y manipulaba la mente. Nunca en mi vida, alguien dominaba el campo magnético de aluminio confidencial. ¡Era un desconocido familiarizado como mi compatibilidad indefinida!

Él se quedó mirándome un buen momento, mientras un morral sucio se sostenía en el suelo de piedras macizas. Abrió el morral y con mucho afán sacó un libro de pasta roja, con páginas de fondo negro y letras blancas en el revuelto de los párrafos que alcancé a ojear. Era como una secuencia complicada de descifrar. Se revolcaban las páginas de principio a fin como la historia de unas pizcas de sucesos ocultos. Me dio a entender que me lo iba a dar, pero, con una voz de desaliento dijo:

-Bueno mujer silenciosa, hay una interconexión con un grado perfecto d'encaj'entre tu desmayo ante la vida y la diarrea existencial que pudre ilusiones con la solidificación os-cura. Somos un puñado de personas que tenemos algo en común. Tú completas la construcción de las manos trágicas ceñidas a terminaciones de planes siniestros, eres el sexto dedo que desea acariciar la herramienta de la marcha fúnebre. Te invito una cerveza en el Café 101, donde la música pinta los muros con una atmósfera artísticamente cortante estilo Floyd the Barber, haciendo flotar los oídos por dimensiones narcóticas. Acepta la invitación, porque quiero leer este libro manchado de estilos vividos muy raros que buscan la lógica en contra-vía. El aporte de cuatro espíritus humanos tornados en no respirar ante condiciones irracionales. Unos de ellos soy yo, que trato de construir la destrucción, o segurament'esa destrucción imaginaria me reconstruye conceptos zánganos. Te lo ruego, sería un privilegio que tú fueras la sexta, para terminar este libro incompleto y quemarlo en el fuego destilado del olvido biensano. La idea es qu'empieces a escribir tu propio esquema, hasta que llegues al castillo revestido en esmeraldas de curación de tus heridas. Entonces, ¿qué dices ante lo absurdo de mi planteamiento vano?

Su voz de electrones afinaba la armonía de ideas de troncos. Pueda que él estuviera más loco y beligerante que una cabra, sin embargo, yo no temblaba a su lado porque él no era fuente de temor en mí. De hecho, su textura era una cosa rara e inverosímil. No dudé en afirmar un noble si bemol o un simple “sí”, con la palidez de mi cara ahumada de un entramado rejuvenecido. Los dos dábamos pasos torpes sobre los ladrillitos estucados del piso. "El Bobo del Tranvía", (que ahora no está), no tenía mucho que pensar allá colgado, no me importaba la gente que chocaba con el vaivén de las figuras. El desconocido ese, iba a releer su escondite de puzzle para desarmar la melancolía que me llenaba el cuerpo de repentinos temblores.

Entramos al Café 101. El sitio estaba plagado de chucherías antiguas, como si intentara reconstruir la historieta de la historia misma. El piso era de vidrio transparente con figuras de superhéroes atrapados en botellas verdes, curvas en desorden, e iluminaciones con extensiones sombrías. Todo era añejo allí adentro, hasta la corriente invisible del aire perfumado de neutralidad. Las paredes pintadas con colores que nunca hubiera ocurrido imaginar se derretían en mis pupilas. En los rincones, colgaban retratos a blanco y negro de personajes tronchos con guitarras eléctricas consumidas por el fuego del blues pistolero del lejano Oeste. Nos sentamos en un pequeño rincón junto a una ventana abierta, él pidió dos cervezas y se tragó un sorbo con la rapidez de un sediento. Con eso me dio a entender que le gustaba mucho beber. ¡Oh my God, me salió en verso! Anteriormente, lo vi chupando como a un ternero las ubres de una botella. Sin embargo, conservaba el equilibrio y sus cabales, ¿cuántos cabales? No lo sé, pero una energía de alegría me contagiaba con su agripicante compañía. Abrió el libro. Miró al techo empedrado con madera de puntillas dulces por un momento, mientras que unos murmullos destilaban garabatos en otras mesas. Había parejas empatadas en chupalinas de ternero y abejorreadas de miel. La música era un viaje místico, haciendo del ritual más unido en hondas de devoción dual narcisista por las letras de natas. En un volumen perfecto, las sondas se pegaban a nuestra armonía al llegar con su estirado poder hasta nuestra, ¡nuestra! Sí, nuestra e imperturbable privacidad abstraída en curiosidad. Él arrojó su mirada torrencial por un momento, luego apuntó su mirada abajo y comenzó a leer.

Nostálgica Perdición, de Buscar sin Sentido Concreto, el Lazo Desconectado de una Vida Indescifrable.

Sobre las montañas deformes y tupidas de vegetación, recuerdo el recuerdo no desvanecido de mi padre, que me llevaba encima de sus hombros cuando yo apenas tenía seis años. Yo veía entonces, la carretera inclinada por el lazo vertical, como si pudiera ver el rostro del agudo abismo flotante. Era increíble, como yo era dueño absoluto del paisaje frente a mí, y él, se caía ante los cimientos de mis sencillas vistas, que se alimentaban con los colores de la incomprensión por sentirme algo feliz, sin dar pasos ante el espacio perpetuo de lo inconcluso.

Buen tiempo, buen día, buena tarde, buena noche o sino que duerman. Que las pepas de segundos, minutos, horas, días, semanas, años, decenios y siglos de frustración sean de buen agrado y salud imperturbable para todo aquel que lea la danza sin ritmo de esta incalculable vida. Yendo de atrás hacia delante como si se estuviera urgiéndole al birriñaque, pasa la pasa arrugada de imágenes reconstruidas en el seso que no cesa. Sé que todo esto es una sopa llena de trivialidades sin un orden esquemático, de todas maneras, alguien sugirió que podría plantear mi mundo de pala, palabras, pa-las brasas del caldero. Yo no me hago el pendejo, cuento lo que me conviene. Hay muchos secretos que si son realmente "secretos", cosas que mueren con uno. ¿No nos pasa la misma vaina a todos? Yo creería que si, queso, eso.

¿Estoy interesado en buscar el amor verdadero que no tengo!? Qué es más seguro entonces, ¿las rosas moralejas del amor saladito, o el pantano de la soledad mortal asintomática? Todo esto es una moraleja incompatible que deseo expirar, pero me inclinaré a tomar una sola opción. Comenzaré escribiendo acerca de lo que no quiero recordar: de mi pasado.

Cuando yo era apenas un niño estudiaba en una escuela en mis recuerdos de blanco y negro. Me la pasaba jugando bolitas, fútbol, basketball, corriendo de esquina a esquina, brincando en la arena, sintiendo sus grumos en mi piel y masticando dulces y congelados. Un niño literalmente feliz que disfrutaba aprendiendo cosas nuevas y se asombraba de sus preguntas, un niño con la certeza a costas de la felicidad, con energía perpetua y para nada podrida. Un simple niño con una familia dedicada de lleno a la agricultura, sembrando un puñado de sueños largos y cosechando la efímera realidad de los mismos. Cuarto de primaria y ese mundillo enano de peladitos viendo historia, matemáticas, recreo, problemas por diferencias, clase de educación

estética, donde nos ponían a bordar, enhebrar una aguja y a competir entre nosotros, porque el primero que terminaba la misma tarea le incrementaban la nota, le ponían una E. Irónicamente el niño más vago culminaba elegantemente los bordados. A la hora de salida comprábamos colbón y stickers para llenar el álbum de las Tortugas Ninja, comprábamos billetes de mentirillas con los rostros del Pibe Valderrama, Freddy Rincón, René Higuita, Andrés Escobar y el resto de los integrantes de la selección Colombia de Italia 90. Totiábamos el ruido en la carretera con piedras grandes, con la mitad de un ladrillo. Apostábamos los billetes que comprábamos. Esto era como jugar piquis pero a ladrillazo seco, así que era una guerra de roces, cada uno de nosotros teníamos que cuidar la roca o el bloque y ganaba aquel que lo hiciera chocar contra la del compañero. Nunca faltaba el descachado que se le iba la mano lanzando la piedra y golpeaba las canillas hasta hacerlas sangrar, cuando esto pasaba, el niño afectado brincaba a gritos sobre el lago de fuego disecado.

Algunas veces, nos parábamos en la carretera empolvada y jugábamos al trompo. Cogíamos un trompo viejo y lo colmábamos de golpes con nuestros trompos rojos y con rayas azules. Para culminar, con la piola asegurábamos nuestros trompos y con la punta de éstos la intentábamos clavar sobre el trompo viejo que lo poníamos de punta en la montaña de arena, porque había una casa en stand-by para arreglo, creo que estaba en obra... negra. Cuando los dos trompos quedaban pegados, los niños cantaban con burla y agrado esta canción simple: “Una empachadita, una empachada ai jai jai, una empachadita, una empachada ai jai jai”. Cuando nos entraba el anhelo de destrucción jugábamos seco alemán. Cogíamos la piedra más grande y la lanzábamos hacia el trompo y las astillas y pedazos salían a volar. Después entró la moda de las marranas, que eran trompos más grandes y peligros. Desafortunadamente, se impuso un nuevo trompo: el de plástico, con colores más llamativos y gays según nuestro criterio, con esos se nos quitó la afición porque al no ser de madera no se podían hacer empachaditas, y con el seco alemán era inútil destruirlos.

Una tarde... cualquiera, después de salir de la escuela iba a comprar en la tienda de la esquina un par de congelados. El clima estaba apestado de nubes corpulentas que trancaban y obstruían el cielo azul, así que entré con otro niño y el tendero no se presenciaba. Una lora en el mostrador y un niño al que apodaban “El Pecas”, adelgazaba 3 octavas su voz y decía con picardía: “Diga hijueputa, hijueputa”; y la lorita con imitación tierna replicaba al instante con

una pragmática técnica: -¡Hijueputa! ¡Hijueputa! (Escuela Tradicional... ¡animal de monte! Repeter without knowing).

El tendero salió a despachar pero no escuchó la vulgaridad que la lora gesticulaba. Pedí los congelados y un par de panelitas de postre y subí por la misma calle de siempre. Había muchos charcos, gire a mano derecha todo alborotado por la energía pueril que me acompañaba. A lo lejos vi un individuo en moto que se aproximaba a mí. Así que cogí una piedrita y con buen pulso, calculé la distancia entre un charco y la cercanía del motociclista, entonces lancé la piedrita con tanta fuerza contra el charco y el agua se elevó tanto, que mojó y ensució su cara y vestimenta. Él parecía ser un profesional en asesinar. Era un moreno grande con botas negras puntiagudas, jean ceñido, claro y roto, chaqueta de cuero negra y gafas del mismo color. Yo quedé consternado al ver ese tipo lleno de odio con la ropa y la cara manchadas de barro. El tipo me insultaba y me amenazaba con palabras que no conocía pero entendía. Se bajó de la moto e indignado me gritaba: “Te voy a matar niño desgraciado, te voy a matar chino %&”!??/(@@”. Entonces, empecé a correr muerto de pánico y terror, me descarrilé de la senda rutinaria, y me perdí por los cultivos de maíz y espinaca, con paso prestísimo y sin detener el ritmo. Llegué a casa, me refugié en el cuarto, asomé mi cabeza por la ventana y noté que el tipo estaba merodeando alrededor tras mi búsqueda. Yo, como una rata en una jaula no salí de los grilletes de ladrillos y por suerte, no me atrapó. Se le notaba la rabia ciega que poseía su cuerpo. Después de un rato mi mamá me mandó a ordeñar la vaca pero fingí estar indispuesto. Aquella vez no salí ni a la puerta del frente.

Fueron cuatro días seguidos donde el individuo de la moto sostenía una pistola junto a tres tipos similares a él, que lo acompañaban para encontrarme. Yo salía de la escuela directo a la casa arrastrándome por los cultivos, desvaneciendo rastro y rostro sin alimentar vestigios y durmiendo sospechas. Menos mal los tipos no continuaron con el jueguito macabro de las escondidillas. Tuve la muerte respirándome en la nuca, me querían eliminar pero no pudieron. Era tanto el miedo, que en las mañanas no salía al recreo y prefería quedarme en el salón de clase porque imaginaba la entrada forzante de ellos a la escuela. Cuando llegaba la hora de salida yo era demasiado cauteloso, me quitaba el saco y me cubría la cabeza. Entre los cultivos húmedos me desplazaba acurrucado como rata silvestre. Los maizales eran murallas de gran ayuda y seguridad, cada mata de maíz era casi cuatro veces mas alta que yo, y mi pequeña figura se camuflaba con el verde de las matas y mi saco. El tiempo líquido de mi vida en ese momento

era afanoso con los zapatos pegados de barro, con las gotas del rocío tardío que lavaban mi cuerpo acalorado, tales gotas en las hojas agudas como cuchillas que me empapaban con el sabor del irrefutable triunfo.

La vida del ser humano es un nubarrón de contradicciones, mucha gente busca con ahínco destruir miserablemente sus identidades y hay otros que ante un ataque, como si fuera por instinto protegen sus vidas con las mejores bondades, con mejores recursos y loables estrategias. A veces, se voltean los mundos que subyacen en cada mente. De hecho, jóvenes y adultos radiantes en poder, aún pensaran y desgastaran sus proteínas en buscar la falsedad del jardín de la muerte. Mientras ocurre, que los más viejos con sus oídos tapados de penas horrendas, con ojos de telón de hierro, con un pie casi en la tumba y el otro en la misma realidad; no añoran morir sino que resisten lo evidente que les espera. Los viejos dormitan menos para tener conciencia de que son útiles y valiosos guerreros. Nunca piensan en desmigajarse porque la lentitud y los huesos de porcelana, impiden desplazarse como águilas de rapiña como si repitieran la niñez. Mis abuelos todavía beben cerveza para relajar la carne, viajan al pasado, nutren sus épocas sosteniendo una conversación insostenible a la orgía de hechos y falencias, destartalados en gritos disonantes al tejer el traje nostálgico existencial que los embriaga de la más desgarradora alegría. Las arrugas abonan aquellas experiencias que nunca vuelven porque el silencio del mundo es activo y la mueca sociocultural se retuerce en fruncimientos de cambio, en descubrimientos que facilitan los oficios titánicos, en la hinchazón demográfica, porque se decía que antiguamente el esqueleto rural se forraba con los tejidos y tendones de unos pocos pelagatos que se unían para progresar colectivamente en amor y tierras. Nunca faltaron los agujones del mal. Sin embargo todos garlaban con todos y nadie tendía hacia el aislamiento, porque el espíritu de los acontecimientos ha representado una bonita comunión entre ellos. Ahora la tecnología les ha brindado a muchas personas un alejamiento pasivo, alimentado de libre albedrío pero en últimas contraproducente y peligroso. Dicha tecnología está diseñada para darle un fin práctico a los campos laboral y académico, y no para llegar a ser como una treta de esclavitud inconsciente. Actualmente poseer Ipods, Palms, Portátiles, Celulares, X-Box, etc.; pesa más que juntarse con personas de pensamientos y edades distintas. Paradójicamente, hay una interacción entre personas por medios magnéticos; pero no es tan real como tener a alguien al frente de uno. Ahora está en boga elaborar muros densos de desconfianza por la cantidad de prejuicios que se respiran fácilmente en la atmósfera de

globalización y tratados de libre comercio. De todos modos negocio es negocio, y somos parte de él, lo queramos o no.

Los integrantes de una cultura desarrollada siempre se burlarán implícita o explícitamente de una cultura subdesarrollada. No hay civilizaciones mejores que otras, veo aquí una contradicción: las superpotencias con engaños sutiles extraen por fuerza bruta los materiales preciosos, las propiedades de la naturaleza fresca, las mentes creativas del sub. La irónica realidad radica en que no se respeta el mundo de otros. Políticamente hablando, si las potencias mundiales fueran culturas “respetuosas” de su soberanía, no hurtarían descaradamente el patrimonio y expectativas de otras culturas ricas en arte y tradiciones escondidas. No estoy marquetizando una certeza, simplemente es una mirada impertinente que influye al papel, de modo que, no es un insulto profético o un acercamiento a la verdad. Una película gringa de los 70’s profetizó esa realidad que acaecerá en decenios: *V La Batalla Final*. Humanoides disfrazados de lagartos venían a la tierra a robarse el agua e imponer su poder. Hay lagartos peores que éstos en el Congreso y en el honorable Senado de la República. ¡A lo bien! ¡Amén! ¡Y no hay polvo rojo para protegernos de ellos que nos empobrecen en el halo del elegante disimulo!

Hizo una larga pausa, se tomó la cerveza. Yo ya había terminado la mía. La forma como él leía era fascinante, quería hablar y decirle que me diera ese libro rojo, pero eso era una pésima idea porque él mismo me iba a involucrar en sus escritos y me obligaba a escribir sobre mí misma, cosa que pueda acarrear un riesgo por el interés complejo de sellar con saliva un libro para colocar únicamente hojas en blanco sin ideas ni nada de nada.

Él me dijo que todas las noches iba a estar en el Café 101. La oscuridad exterior era una mezcla de inseguridad y delicia. Me acompañó a coger el autobús. Hice un ademán con mi mano derecha de gratitud y adiós. Las sillas del bus estaban tan vacías y pintadas con la frescura del hielo que me sentí fresca, sin el alma podrida. Miraba hacia la calle intentando no buscar moralejas a lo que él musitaba con los trofeos de sus escritos ajenos en leche caliente y gotas de jabón para lavar la loza. ¿Qué pretendía hacer con todo ese enredo pálido? ¿Ensalzar la muerte y humillar con tiras redondas la vida? A lo mejor disuadirme indirectamente para hacer desaparecer toda esperanza de surgir, de obedecer las leyes, de no lastimarme, de no desenchufar los sentidos y la materia gobernante que todos los años se contradice.

El apartamento estaba hediendo, el aire que estaba enterrado allí hace más una semana alteró mi olfato. Abrí plenamente las ventanas. Tanta humedad soplaba las paredes que colgaban los cuadros ilegítimos de frutas putrefactas, paisajes de montañas erosionadas por el color mas barato, animales esqueléticos navegando en aguas infecciosas de púrpura fosforescente, junto a rejas de árboles flacos que mostraban enfermedad en el chamizo de sus suaves ramas y hojas de costillas trituradas por las pesadillas de sus encantos. Realmente, mi estado de ánimo hacía ver tragedias en mi espacio personal. Las ganas de vivir se enmohecían. Mi señora madre ya no está, y la presión de su falla faltante me bota al espacio cruel sin fin. El desorden de este cuarto incomoda el orden no esquemático de la mente perdida e insociable. No puedo hablar, la lengua se ha paralizado y los labios retraídos no se ríen ni gota. No queda más nada que esperar la noche para sostener un instante de paz y tranquilidad cuando él hunda sus ojos melancólicos en lo borroso de su lectura divina, y despliegue a recubrir lo más recóndito de mi ser.

El viento penetra en las pupilas de las ventanas abiertas. Siento como esa corriente demente golpea mis brazos de leche y me relaja. El aliento de ese nuevo viento raspa como pavimento todo el cuerpo y dentro de los pulmones, refresca el amplio desierto del corazón. La mezcla de desconocidos componentes se inundó en el tacto desnivelado, al recaer la invitación de un sedoso frío arropado en mi manto.

En la fría luz de la mañana, entré a la ducha helada en pequeños fragmentos de vidrio brillante. Exfolié el apartamento y el cuerpo pesado, haciéndome sentir mejor. Cuando hay orden y buen olor, se despeja la idea más enredada. Mi carta de renuncia sobre el escritorio cerraba un capítulo más en mi vida. Me despedí de mis compañeros de trabajo con las manos danzando un último adiós en la perspectiva vacía. Una lágrima de espada se fundió en mi piel y tratando de no construir bellos recuerdos allí, fui al Centro de la ciudad tratando de respirar porque no podía ni siquiera con el viento.

Entré al Café 101. Él ya estaba sentado tomando la misma marca de cerveza. Le brindé mi manito en signo de saludo, él la agarró y la apretó con ternura. Chupó su cigarro con fastidioso placer y desfiguró la colilla contra el cenicero de madera rojiza. Después de una corta pausa, me comentó que había tenido un conflictivo día y breve en nuevas cosas. Pidió una cerveza para mí. El cigarro lo dejó como idiotizado por el espíritu que aspiró, entonces se concentró a leer.

Pasó un año, mis padres me cambiaron de escuela. Entraba a quinto de primaria y no tenía un solo amigo en la primera semana. No conocía a nadie. En aquel salón de clases, no había pupitres individuales sino en parejas. Me situé en el último pupitre doble de la esquina derecha del salón de clases, junto a un niño flaco y extraño. Con aquel nuevo compañero, nació una grandiosa amistad, tan innovadora, que compartía mi mundo imaginativo con él, un clip y un *Colbón* representaba el inicio de la mitad del arte vivo y de signos mágicos que sólo conocíamos los dos. Fue uno de los mejores años de la niñez, hubo diferencias abruptas con otros niños. Todo el salón planteaba nociones beligerantes entre mi amigo eterno y yo.

Una mañana, la profesora de Biología estaba en una reunión urgente y no había llegado a clase. Entonces todos los niños empezaron a jugar con fervor desenfrenado. Un niño gordito al que lo llamaban “El Pocho”, nos tenía siempre en la mala y buscaba la manera más humillante de vernos caer. Él era demasiado entrometido y todo lo quería saber, y sufría de constantes expresiones quejumbrosas al aire libre. Ese perturbador niño junto a casi todo el salón de clases nos decía en voz alta: "Sollados, ustedes son unos Sollados". Obviamente se dirigía a mi amigo eterno y yo. Nosotros no nos habíamos metido con él y su grupo de amigos y "causa y efecto" salieron a flote. Mi amigo eterno no se dejó sublevar con algo que no conocía muy bien y contestó con fuerte ritmo: "Pocho homosexual, homosexual". Todos los niños quedaron aterrados ante esas palabras, para ellos extremadamente inmorales y ofensivas. Una niña mucho mayor que yo, empezó a pelear conmigo, me empujaba, porque desde comienzo de año jugábamos así. Entonces, yo tenía la cara tapada con mis brazos porque ella me estaba pegando y de repente, saqué mi mano para alejar su cuerpo de mí, con tan mala suerte que le toqué un seno porque ella era más alta, pero fue sin intención alguna. Todos al ver eso, se escandalizaron aún más. Alguien dijo que yo le había cogido los senos, y luego la niña en su estado de asombro, estaba sumida en perturbación, no sabía que hacer y pensar. Acto seguido, llegó ahora sí la profesora a clase y el niño más fastidioso y nombrado anteriormente al lado de toda la masa del salón, comentaron con lujo de detalles lo que había ocurrido.

Nosotros dos, estábamos sentados en las sillas y con la mirada apuntando hacia el piso porque creíamos que hubo una falla imperdonable. Todos los niños del salón nos rodearon con ojos sarcásticos y con enorme burla. La profesora se dirigió primero a mí con tales palabras:

-Usted como puede tocarle los pechos a una niña. ¿No le da vergüenza? Si los senos son lo más íntimo de una mujer, a usted que le pasa, ¿no sabe qué es respetar a una dama? Eso es algo impuro, falta de educación.

No dije nada, solo me limité a escuchar y seguirle la cuerda. Luego se dirigió a mi amigo eterno de esta manera:

-¿Usted cómo es capaz de decirle homosexual a un niño? Él es su compañero y como tal merece respeto, estoy aterrada por su actitud vulgar, chino atrevido.

La profesora estaba realmente indignada, enojada, revolcada en cólera, y nosotros dos nos íbamos a defender pero no fuimos escuchados. Podríamos haber replicado con nuestros argumentos, que todo era un accidente infantil, pero ella en su ética, pensaría que nosotros teníamos connotaciones pornográficas y oscuras, o algo parecido a eso. Lo que me dolió mucho fue la crueldad y el cinismo desbordante como ella nos miraba, con un fuego inclemente de odio en aquel momento, como si hubiéramos hecho un acto inexorable. Los otros niños se unían en actos burlescos y se reían de nosotros. Puede que la docente haya estado indispuesta por la reunión y no estoy tratando de decir que por la vaciada, ella fuera culpable del todo, sino, más bien, que el error siempre estará allí, factible, fresco, porque nuestros sentidos y mente nos engañan y se desgastan todo el tiempo. También, es un hecho que hay connotaciones afectivas entre preceptor y alumnos, y contra eso no hay discrepancia alguna. Fue una agria reacción, y como tal grande confabulación.

Ese caso trajo a la memoria algo muy similar cuando yo estaba en primero de primaria. Dos compañeros y yo, en una mañana cualquiera, nos escapamos de la escuela desde muy temprano y con honesta inocencia, abrimos nuestras puertas a nuevas e interesantes calles, aquellas muy alejadas del establecimiento educativo. Al otro día, todos mis compañeritos de la clase y la profesora me acorralaron en un mini-círculo y repetían la misma frase que nunca se me irá al olvido: “Gustavo y Mauricio se confesaron en la Iglesia por la inasistencia y usted no”.

Ellos lo pronunciaban en un tono burlesco y disfrutaban mucho repitiendo el mismo discurso barato. Constantes empujones, risas por un lado, carcajadas rebotando en los grandes vidrios y la profesora con desprecio transmitía la misma frase, en la cual yo no le hallaba sentido, porque

en aquel entonces no la podía entender. ¡ilógico era todo eso! Entonces como Gustavo y Mauricio fueron a la Iglesia y se confesaron, por tanto, recibieron el perdón divino y como yo no hice lo mismo, recibí toda la carga humillante. Todas las experiencias tienen una secuencia tan perfecta que no puedo diferenciar que pecado practiqué cuando no había orientación de nadie. Dicha experiencia me desvinculó de la religión Católica a causa de un acto de injusticia. Insisto, merecía un llamado de atención del profesor y de mis padres de familia, pero el procedimiento fue traumático para mí. Nunca podré perdonar a la profesora de tan bochornoso incidente.

Los tiempos de adolescencia fueron horrendamente frustrantes y demasiado tristes. Por ejemplo, en la niñez, nunca pensaba en suicidarme, al contrario, era un guerrero en contra de la muerte. En aquel tormentoso cambio de niño a hombre, hubo una serie de hechos que desmotivaron y lograron desestabilizar mi volición. Cuando debía escoger una senda o tomar decisiones sabias, cometía muchos errores. Aprendí a incrementar el orgullo a tal nivel y escala, que me tragaba las palabras que eran pertinentes decir las para curar tanto dolor, y era demasiado tarde para calibrar el camino, muy tarde. La metamorfosis de niño hermoso a un total monstruo se matizó de un día para otro, con cordilleras de barro ciegos plagando las mejillas suaves y la frente en todo el espacio. Era tan asqueroso mirarme en el espejo y cuan desfigurado y asimétrico me hallaba que, empecé a descifrar aislamiento ante la sociedad. Incontables eran mis amigos. Tenía que ir obligatoriamente a la institución infernal, donde los diablos eran profesores a los cuales odiaba. Día tras día arrastrado, yo mostraba la faceta de bicho nuevo que miraban con asombro y burla.

Todos esos molestos eventos no fueron los únicos que desafinaron mi existencia. Hubo muchas guerras entre mi familia y yo. Recuerdo que, en una confrontación absurdamente injusta, mi padre lanzó sobre mí, un reloj despertador antiguo, uno que era de hierro y de tamaño mediano. Si no fuera porque lo esquivé, me hubiera roto la cara. Tanta era la fuerza que llevaba aquel aparato, que se separó en resortes y latas de ocho piezas, desfigurándose totalmente contra la puerta. Por poco pensé que aquella puerta de madera se había desplomado con el ruido escandaloso de la ira de mi pariente. Salí corriendo lejos de él. Afortunadamente, las cosas se apaciguaron y todo volvió a instancias normales. Otro recuerdo no muy grato, fue cuando una de mis hermanas me dijo un día con tanta rabia: "¡Ojalá que se lo lleven para el ejército y que lo maten como a un perro allá en los campos de combate!". Cada vez que llegan a la mente esas fuentes profundas y punzantes, era mejor no alimentarlas. Ella me dio a entender

que era mejor estar muerto para no ser un estorbo para la familia. Creo que ellos me aman, pero a su manera, lo único que no debo hacer es imaginarme cosas donde no las hay, podría ser, a lo mejor, que mi hermana estaba tan cundida en su furia y sin pensarlo, en aquel entonces dijo eso sin querer. De todo corazón espero que no lo haya dicho en serio.

Cuando estaba en octavo grado, me dio una rara enfermedad que me mandó a cama con alta fiebre, desaliento, escalofríos y vómito. También veía muchas manchas negras a mi alrededor. Creía seriamente que iba a helarme sin necesidad de hacer o efectuar los deseos de mi corazón voluntariamente. La imperdonable lluvia y la densidad condensada de la tierra me torturaban con una gama de nuevos padecimientos porque el espíritu era una lanza débil, abandonado el norte de tanta gente, dolido por tantos sucesos sin solución, sabiendo que muchos problemas abrían sus extensas alas y no poseía un cuchillo bien agudo para cortar la libertad humillante de tantas diferencias irrespetadas por el cinismo como la figura de un ramillete de malentendidos, de atacar, defenderse y vengarse cuando había oportunidades de hacer sentir mal a alguien para poder respirar bien o, compartir el dolor con otros y no aguantarlo en las hojas secas sobre el piso sucio de la soledad. Cuarenta días encerrado en un cuarto petrificado y horizontalmente cubierto por las chucherías insignificantes que compraba con el contar de los años incontables, y junto a piedritas amarillas que dormían en el piso desnudo. Una ventana sellada que no la violaba ni la luz del mediodía, un hueco en el techo era la senda para que el frío y el viento desposeído empacaran mi columna de un cariñoso desdén. Y así como recitaba el poeta amateur: quería morir sin morir. Estaba tan lento en mis cortos análisis que dormitaba con la ilusión contradictoria de no volver a despertar en estas condiciones tan deprimentes.

En aquellas noches virulentas, pegado a las tablas de la cama, tuve un sueño muy raro. Dizque estaba encerrado en una casa con paredes de cráneo y derretidas por curvas densas sin sabor y escasas en calidad artística, me sentía incómodo e inundado de miedo porque creía que detrás de mí alguna cosa me quería decapitar de un solo tajo. Bajaba escaleras roías por el color espantoso del café oxidado, llegando siempre al mismo lugar. Abría puertas y puertas sin poder salir de esa casa que se desfiguraba en atmósferas de inquietud. De repente y sin saber cómo, me exterioricé, ya estando fuera de la casa y mirando la amplitud de la libertad, corría y corría sin detener mi paso angustioso. Me aproximaba a un portón de madera mojado forrado en lama verde-clara. Dentro de aquel sueño, si pasaba al otro portón tendría como premio: tranquilidad, bienestar, felicidad y descanso. Sin embargo, cuando ya iba a pasar la puerta, abruptamente

estaba de vuelta en la casa maldita. La misma secuencia se repitió como cinco veces y avanzaba al lugar donde no quería estar, como si fuera un acertijo sin salida. Con mucho cansancio, respiraba la presencia de un fantasma deforme con un hacha de humo. Desperté cuajado en sudor y con un corazón tratándose de reventar por el ímpetu y velocidad del susto tan profundo que me causó esa pesadilla. Fue tan real la impresión que estaba convencido que aún no salía del abrazo triturador de la casa con esas paredes acumuladas de arrugas, hasta que recobré y recordé mi identidad como persona consciente y no como un ente fantasioso.

Vaya año de contradicciones. Pensé que me iba a morir y esa enfermedad dio vigor al cuerpo, pero no al alma. Fui el alumno más destacado con excelente promedio en todas las materias. Así como el agua moja, me di cuenta que lamberle a los profesores era una estrategia muy buena, y así me gané hipócritamente el cariño de ellos y de sus notas. No había asistido al colegio como mes y medio, y creía que me iba a ir pésimo. No obstante, desperté la envidia de mis compañeros de clase porque ellos estaban inmersos en la presencialidad y al ver que tenían menores calificaciones se enojaban. Fue muy gratificante ser el mejor cuando yo estaba cundido de tanta consternación. Hubo grandes halagos y fue realmente dulce el galardón que obtuve, pero tenía yo un cuerpo sensible liquidado con el balde de tristes escondites que no me dejaban tranquilo.

En grado 11, ya en el último peldaño del colegio, fui físicamente más fuerte. Los alumnos de la clase, eran sumamente insoportables. Ellos buscaban el modo o intención de que me enfrentara a golpes con cualquier tipo. Eran tan humillantes en su trato que sostuve varias peleas. Jamás olvidaré el último combate, fue contra el hijo de un boxeador, (por lo menos eso decían). Un muchacho de hierro apodado "Mike Tyson". Él tenía nariz de cráter y manos de tigre o más bien, garras de gigante con cuerpo de gorila, estatura media y mirada penetrante de brujo chiflado.

Nos pusimos cita en la calle diagonal de la Iglesia, ahí al pie del Colegio Suramericano. Yo no había llegado aún y todo el colegio me estaba esperando. Sentía algo de rabia, un poco de miedo, algo de pena al ver tanta gente. La adrenalina bailaba por mi estómago. Tyson no incumplió, los alumnos hicieron un ring inconscientemente, la lucha a puño limpio se inició, apuestas, chicas emocionadas.

Intercambiamos patadas de mula y puños desatinados que descansaban en el vacío. Había unas muchachas que me gustaban mucho, eran compañeras de mi hermana mayor. Ellas gritaban

muertas de risa y asombro: “¡Es el hermano de Elisa, miren, es el hermano de Elisa dando puñetazos como un energúmeno!”

Al escucharlas, las miré por un diminuto instante, me dio una visceral vergüenza al ser yo el centro negativo de atención por pelear. ¡Qué oso tan grande! De todas formas, esas mujeres nos daban más poder para gladiar. Desafortunadamente yo ya estaba tan cansado, que él con agilidad de animal me dio un puño en todo el hocico y la llave del chorro de sangre se abrió. Yo, muerto de rabia insensible, atisé un nudillazo en todo su cuello, él casi se desploma pero no se dejó caer. Sentí pánico mezclado con furia. Otro descuido de mi parte y otro golpe donado, pero esta vez en la boca, quebrándome el labio con el filo de los dientes. No faltó mucho para que yo perdiera el equilibrio, pero no me dejé desplomar porque el orgullo no me dejaba languidecer, y además él con sus piezotes hubiera rematado mi cara contra el andén. Vomitaba yo tanta sangre que se unía a la respiración y el color rojo se revistió en un pleno escándalo, así que se detuvo la pelea por sí sola. Una compañera de la clase abrazó a Tyson con un succulento beso de postre. Toda la muchedumbre se fue detrás de él menos mi amigo eterno que no quiso abandonarme. Él me dijo que era una idea interesante ir al centro de salud para que curaran tantas heridas. Me daba pena desplazarme allá, pero con pasos rápidos llegamos. Una enfermera de edad media y ojos acogedores, limpió el rostro ensangrentado, revisó detenidamente el cuerpo y preguntó los detalles del porqué estaba tan hermosamente jodido. Después de un rato en silencio, le dije que había tenido una pelea. Ella con lentitud y cuidado sanó mis labios y miró con detenimiento un chichón que yo tenía en la cabeza y me preguntó que de dónde había salido esa protuberancia tan evidente. Seguramente ella pensaba que era de aquel combate hace minutos previos pero no era así. Con voz muerta de pena dije que ese chichón había sido causado por otra pelea que había sostenido la semana pasada. La enfermera entre chiste, chanza, un poco pasmada, con boronas de indignación y plenamente aterrada al mismo tiempo, exclamó extasiada: “¡Usted como que se la pasa de pelea en pelea!”.

Qué vergüenza de goma sentí en ese momento. Lo más extraño de todo fue que en años posteriores, mi amigo eterno y yo, recordábamos ese hecho y éramos jugados de la risa, muertos de carcajadas, porque yo lo decía en una tonalidad muy graciosa. Qué bueno era sintonizar aquel recuerdo tan raro y cambiado por el olvido que, efectivamente ya se fue por un canal largo, o un túnel de cemento incumplido.

Llegó el tan anhelado día del grado agrado. Todos vestidos como chulos azules, menos un pelagato formal. La numerología del programa, el alcalde, el rector, los docentes y todos los de elevada arcunia en la mesa principal. Los invitados reluciendo el flash blanco de sus cámaras, una orgía de aplausos, los cincuenta himnos que sonaban sordos por las lámparas oscuras vociferando voces arrinconadas, la entrega del cartón adornado con letras divinas, los padres de familia hinchados de orgullo al ver como su sangre germinal de hijos cumplían un objetivo en el sistema con la porra cuadrada y TIRAS BLANCAS similares a la de un reinado de belleza. El parlamento de un futuro alado y quimérico. El discurso de un escrito filosófico pronunciado por un compañero influido por la peste de la filosofía, de mechas y patillas largas, con algo de loco e intelectual que dos años después se suicidó en iglesia del Lourdes en Chapinero por ser parte puntuda o esquinera de un triángulo amoroso que se desplomó con cerveza y espuma de cianuro, argumentando un afecto no compartido e imposibilitado con la barca insoluble de tres concepciones enchufadas a la misma toma. Tal discurso pronunciado por el futuro difunto daba la vana idea de que el hombre debía dejar trascendencia por todos los caminos que pudiera con o sin dignidad atravesar. El aplauso del recordatorio de dos alumnos héroes que no estaban presentes porque la patria y el compromiso con el país, -me refiero al dios ejército-, los había alejado más allá del fin del mundo, alimentaron el valor y el heroísmo apagado de todos los presentes. El último punto del programa con otro aburrido discurso. Luego seguir posando para las fotos. Salir para siempre del Colegio sin retroceder la mirada a tantos hechos que acaecieron con dicha en los muros de la nostalgia insoportable. Comer pollo asado con mi familia y mi amigo eterno. Afrontar la ausencia de los docentes que al principio odié porque no eran como yo, pero que amé porque me dieron ejemplo de vida y paciencia, y darle un punto culminante a ese ciclo que murió precisamente ese día. Día a la apertura del párrafo y día a la culminación. Hay día de días y días que agradecen un esfuerzo sin razón alguna.

No fui admitido en el ejército por las secuelas de una enfermedad, aquella misma que había comentado no recuerdo dónde. Además, un problema en un testículo acabó con mis ganas de servirle al país. Fue muy duro eso, porque creía que esa falla me iba a dejar estéril y como tal, la perturbación era el detonante que no se detenía. A pesar de tantas confrontaciones personales, soñaba teniendo esposa e hijos. Era como si mi horizonte se nublara con tantos inconvenientes. El sueño despierto que yo apetecía entonces, era que yo me marchara a tierras lejanas sin despedirme de nadie, para que sintieran el terrible peso de mi ausencia, y en la distancia

desconocida, ser un hombre de un irrefutable éxito seguro. Ya con el pasar de los años volvería triunfador ante todos mis conocidos y los llenaría de bienes y regalos, para luego, todos ellos junto a mi familia, me levanten el alma caída con sus abrazos y poder escuchar sus propias palabras tales como: “nos hiciste mucha falta”, “no te vuelvas a ir porque esta casa quedó con un hueco y oscuro vacío cuando no estuviste”, “te amamos mucho y eres de gran importancia para nuestros corazones”. He pensado muchas veces en irme a la bohemia del ambiente y desenterrar los tesoros escondidos que cubre la tierra, para ser muy rico y conseguir una novia bella al extremo, para ayudar a los pobres que se quieren superar, a los que siempre estarán pidiendo afecto como yo, para compartir con los míos, para producir capital bajo una cadena intermitente de jugosos ingresos, para ser un agricultor con miles de hectáreas cultivadas. Todo se puede hacer cuando hay esfuerzo y perseverancia. Sé, que los billetes no caerán del cielo, y debo buscarlos para canalizar mis intenciones. ¿Quién no ha pensado en abandonar su casa? El amor pesa más que lo material, pero realmente es mejor anclarse en compañía para poder aportar tangiblemente una chequera de afecto; porque la sospecha de unos los lazos invisibles no me dejan salir a donde mis sueños no alcanzan a llegar.

Hubo una pausa. Leía sin afán. Nuestros ojos se encontraron. Dijo que necesitaba el baño. Dejó el libro abierto y mientras él no estaba, miré el libro con mucha curiosidad y tenía muchos tachones de esfero, la letra era de diferentes formas y tamaños. Los párrafos desproporcionados como si se fueran a derretir y en las esquinas había dibujos sin sentido, como si no quisieran imitar la naturaleza, como si desearan salir del libro dando nacimiento a los ojos de fondo, jugando con lo que la mente no logra descifrar, algo que no puedo comparar con nada de las formas que ofrecen las texturas y perspectivas de los paisajes más densos, exquisitos, imaginarios y profundos. Dicen que el valor de todo tipo de arte, sin importar de donde se pueda desmembrar, es volver a la imitación cíclica de la naturaleza, el reflejo inerte de ella, los productos que se moldean con el cerebro de las manos. Anteriormente discurrían mis sentidos sobre el cimiento de esa idea, al ver lo que no puedo escribir con palabras en la ondulación de lo que yo conozco, es otra clase de arte que no es nuevo ni viejo, sino que da a entender nada en absoluto para deslizar una lluvia de interrogantes sin el vapor de una respuesta racional, porque no existe o nunca ha existido respuesta a una inmensa pregunta.

Regresó del baño y bajo una sonrisa tímida sostenía su rostro. Cerró el libro rojizo con dedos trémulos, en secuencia lenta lo guardó en su añejo morral andino. Con total calma y sin un serio acto de afán, agarró la botella y se tragó un cuncho de cerveza y dijo:

-¡Cómo me gusta el sabor agrio de la cerveza! Su color de oro soleado extirpa la sed de los segundos que incrementan las raíces del tedio. Una cerveza llena el buche de mi alma con razonamientos efectivamente alegres. Cada eructo es un canto de odio que trato de sacar y cuand'orino, me imagino qu'el chorro qu'expulso es el desprecio, la inanimidad, la depresión, el hastío, l'ansiedad negativa vengativa, la soledad extasiada con el padecimiento de un piano devastado por la melodía de las ratas que empiezan a roer la escala de sol. Soy más fiel a una cerveza que a una mujer porque su líquido gaseoso me calma y pasma los huesos, y su espuma de nubes suaves no da cantaleta con cualquier error cometido. No mentiras, ambas son necesarias, la diferencia radica en que la ceba-da quita el aburrimiento, mientras que ellas ahondan la melancolía y la piedra causada por enfermizos celos y discre-pan-cias adormecidas.

Hice un ademán de disgusto y rechazo ante sus apuntes que caían fuera del tiesto. Quería defender mi género pero no podía hablar. Él notó la indignación de mis gestos, así que volvió a abrir el pico:

-Puedes refutarme, puedes refutarme mujer de ojos de color profundo. Si no quieres morir, refútate a ti misma y refuta todo lo artístico así sea horrendamente precioso. Trae de vuelta la refutación del espíritu materno. Refútame todo el tiempo porque yo no existo, o hazme vivir con la contravía de tu sigilosa expectación. Ellas y la bola de squash, más duro le dan, más rápido vuelven.

Mis cejas se mecían de un lado a otro, nuevos gestos inundaban mi cara y el vientre se ponía tieso de energía. Todo lo que me pasaba era fascinante, porque, él sin decir nada, estaba renovando mis ganas de profundizar con huellas distantes el atajo de padecer lo perecedero. Su voz podrida y fétida brindaba el abono necesario para crecer y creer en una fortaleza que pudiera pintar las paredes del cielo con un azul profundo, más fantástico que el océano añejo, llegando al escondite de copos vírgenes enredados en la mente deprimente.

Volví a mi apartamento. Todas las cosas estaban en su sitio. Los cuadros los veía demasiado diferentes, los percibía como árboles frondosos llenos de frutos frescos y muy vivos. Se fundía una enramada con una hora más. No me interesa la fecha, ni el martes o el miércoles que fuera, el silencio de mis labios ya me estaba perturbando. No pensaba ni en el pasado, ni mucho menos en el presente porque ahora escribo en el tiempo que me plazca sin buscar coherencia; porque pasado, presente y futuro se comprimen en una sola palabra: antahordes. Voy a colocar un nuevo matiz al nacimiento de un signo que únicamente me pertenece a mí: el "antahordes". Antahordes es como una bestia cíclica con un sentido inverosímil, que no estandariza un estado en sus peldaños colmados de lodo, porque vivo en los tres tiempos al mismo tiempo: resucitando el pasado por medio de los recuerdos que no son iguales a ese pasado, estando pegada al presente del momento obedeciendo al ahora a-hora, e inquiriendo del futuro indagando al *godfate full of sickness* como una cosecha de resultados hipotéticos. Antes-ahora-después se dice en un solo trozo: antahordes.

Hoy estuve en el Café 101, caía la tarde y no fui a estudiar. Lo estoy esperando en la misma mesa, mientras tanto, pedía un capuchino pasado en dulce con una nota que le di al mesero de antemano. La música que sonaba no la pude colgar en el gancho de un género definido. Las voces que salían del bafle, paseaban de un rincón a otro, entraban al baño y se aflojaban en el techo del piso, se destemplaban con la vibración de los vidrios empañetados en polvo consistente. Las antigüedades tales como una balanza romana, dos ruanas mexicanas, un costal de perro muerto, una linterna sin bombillo, un radio gigante setentero, un tocador sumido por el gorgojo, LPS, registros inusitados y sucios; tenían vida propia y nadie los destruía. Al contrario, con la lupa rayada del inclemente abandono, subyacían a los pasos del exhibicionismo, y volvían con fuerza porque son rarezas que ruegan a gritos sinceros ser vistas. Las antigüedades son parte sagrada de una vertiente artística. Tales artefactos con el cúmulo de tiempo adquieren magia y un poder pasivo, por eso mismo dichos objetos se resisten a morir. Él llegó, y con un aire de energía se lanzó y me saludó con un caluroso "hola". Veía sus orejas gigantes y atenuadas, los labios perdidos con el sabor de muchos cigarrillos exprimidos y sus cabellos perdidos por el descuido del abandono.

Trabajar la tierra es un buen legado y ejemplo de mis padres. Somos hormigas que segamos alegremente los bienes benditos que la tierra empieza a parir. La vida misma no es solamente

necesidades básicas como un refugio, abrigo, comida, alcohol, hacer del cuerpo, asearse, comer, dormir y pasear a ningún lado, hasta el más bestia reconoce esto. De allí se sintetiza la infelicidad.

He sufrido por ser como soy. Con un carácter fuerte y fermentado, porque no logro olvidar las cosas malas que me han hecho los aprovechados cobardes que me la montaron. El asma de la venganza intenta dominarme, pero me contengo. Gente arrogante y altiva me humilló como si fuera una herramienta incompleta, hubo unos imbéciles que se unían y disfrutaban mi dolor. Es tan duro perdonar. Tengo algunos desgraciados entre ceja, y no me agradaría mucho encontrármelos en el camino porque me llenaría de odio y les echaría en cara toda la cólera que me hicieron derramar. Me mediría y probaría con ellos a golpes macizos. Sin embargo, debo admitir que ese pasado ya se fue y no quiero asir la equidad con mis emociones de hace años. El destino ha pavimentado sus caminos, seguramente para que no se unten de barro, o para que cuando se desplomen a gran velocidad se les raspe la conciencia, o tal vez, se rasgue el corazón por ser lo que desean ser, o más bien lo que no han acumulado con su esfuerzo.

El invierno se ha entrometido elegantemente por los campos de grandes cultivos de brócoli, maíz, espinaca, coliflor y papa, dando un frote corpulento y armónico que se prende en el aire frío de esta tarde aburridora y depresiva. Son cantidades de mujeres a las cuales he abierto las puertas pesadas del corazón, con la ilusión de ser correspondido, pero no he tenido éxito o suerte en este tipo de estupideces. Nunca he tenido el sol de una señorita refinada en el cielo de mi taciturno corazón, que se apaga con los sorbos evidentes de las tinieblas más espesas. Gracias a Dios, la época del acné murió, por suerte fue así porque en todo el bachillerato no tuve cara para hablar con nadie. Ahora mi rostro ganó la lozanía y esplendor de la niñez, y no hubo cicatrices de por vida. El retrato ajado de mi silueta en el espejo floreció y se plantó de vitalidad, pero no era suficiente un cuerpo inexpresivo y además por dentro me hallaba vacío e inexperto para conquistar una buena chica.

Son muchas las mujeres que a uno le gusta, pero hay muy pocas o son escasas aquellas en la que uno sin darse cuenta muere atrapado en su deliciosa construcción, en donde uno queda enterrado bajo el mundo de su aroma. Dominado por los videos que uno empieza a inventar, la infección del amor lo puede a uno afectar y desestabilizar con sus tretas, con espontaneidad del ridículo, con los celos estúpidos sin ser posesión de uno. El miedo al rechazo, a la indiferencia, o a la escalera de sentimientos no correspondidos, emite unos juicios de repulsión temerosos y

uno queda como en una especie de castramiento afectivo. La ruleta en el parque de diversiones se desplaza, en el tambor de un revolver que gira a la derecha, el azar desatinado, aunque hay una verdad completa: yo me enamoro de ella, ella de él, él de otra, otra de otro y así sucesivamente, ¡qué orgía intocable de sentimientos se desborda en el interés desposeído de poseer lo que no se puede tocar ni en las celdas de la imaginación!

La sangre frita en el sartén arenoso del corazón ha atraído muchos disgustos. En mi niñez hubo una sardina llamada Emilce que fue la inundación de mis pensamientos. Paseaba de niño al frente de su casa, ella salía y me pedía prestada una bicicleta. Le contaba chistes flojos, ella me enseñaba música sin yo ponerle cuidado a la clave de sol, sino a su rostro atrayente. Emilce, con suave paciencia, repetía, repetía y repetía desesperada la lección de la escala, pero yo estaba idiotizado por el magnetismo de sus ojos picantes y claros. En ese entonces yo tenía 10 años y la niña de mi corazón si no estoy mal, tenía 9. Ella era muy destacada en la escuela, sacaba excelentes notas, estuvo en la banda de guerra como bastonera, siempre desprendió alegría con su estilo extrovertido y directo; en cambio yo era callado, muy simplón, y los eventos sociales no eran interesantes para mí.

Jugábamos con un montón de arena, caminábamos sin apresurarnos en las tibias calles adoquinadas sin importar la corriente dulce del viento, nos dirigíamos donde no nos hallábamos. Las vueltas en bicicleta fueron en los mismos lugares no sitiados, con la misma lentitud. Ella jamás supo que yo estaba caído en amor por ella, nunca se lo dije, pero toda mi familia sí me molestaba con ella y me achantaban feo. Fue genial lo que pasó en esos agostos inolvidables elevando cometa por el cielo enorme que ya no será visto nunca más porque pertenecía a ese tiempo que es totalmente ajeno a éste. Ella, como los mejores días completos de felicidad siguió su marcha con el alejamiento mutuo. Emilce fue como un fantasma de leche y miel que se perdió para siempre en mis asuntos. No volví a su casa, no la volví a ver. Algo raro de todo esto es que ella no se ha marchado del mismo hogar en un pedazo rural. Los otros niños se enamoraban e inventaban las mejores historias dentro de su cajita movable de sus deseos sin corrupción. Ya en éstas alturas, siendo un adulto más de la montonera, atravieso las afueras de su casa montando en una cicla cross. Ya nadie sale en la lluvia veraniega colocándose las pantuflas, caminando al mismo tiempo con ansiedad y diciendo: "Déjame dar una vuelta en tu cicla".

En los tiempos tortuosos del bachillerato ya recorrido, una prima fue la causa de mi tristeza. Ella era como palmeras y olía a flores azucaradas, a agua de colonia, dándole figuras olfativas a su cualidad de incienso blanco, al perfume natural que lloraba en sus amarillos poros. Su nombre era el rosario que yo recitaba todos los santos días: Elvira, Elvira, Elvira. Oler su voz era volver a nacer, era ignorar el mundo y enfocarse en sus manzanas gesticulares. Yo no contradecía sus oraciones, ni ella las mías. Era hablar con sus labios, y con hambre digerir su parlamento, siguiendo su hilo con aguja circular. Mi amigo eterno emparamado en consejos inútiles decía que no era muy correcto perturbarse con una prima, y yo con voz risueña en rizos cabelludos, le replicaba que el enredo entre primos y parientes la relación era más caliente. Era colocarle ají a la papa salada del amor.

Trabajaba en los cultivos de mi padre por la tarde y en la mañana estudiaba. Para verla, bastaba visitar a mi tía y hacerme el pendejo. Un X de diciembre del año X, toda la familia estaba reunida. La noche destilaba toda su belleza energizante. Todos bebíamos aguardiente y vino, mis hermanas bailaban, mis primas reían, mi papá con sus amigos de época se desquitaba de las amarguras acabando el palo de cerveza. Mi amigo eterno aislado viendo un árbol sombreado con la niebla que según él, era como ver lo nunca antes visto, y yo pensando en Elvira. Saltamos como locos por la fogata rebelde, y al conjuro de los tragos me animé a bailar una pieza musical con ella. En estado preñado le iba a transmitir todo lo que sentía las vendas de mi corazón, pero se me truncaron las palabras que ya tenía calculadas. Llegó el alba con el cansancio y ni siquiera el alcohol fue de gran ayuda. La alborada monótona traía el color plateado de nuevo, y mi tarado amigo eterno veía hipnotizado un árbol que se perdía entre la niebla, niebla que le daba belleza única a la distancia grisácea, fundida en la imagen bien hecha de una dimensión que sensibilizaba las vistas salidas de contexto.

Así como Emilce no supo nada acerca de lo que yo sentía por su encanto, Elvira quedó en las mismas condiciones de incertidumbre. Mi prima desmigajaba el tiempo siendo MUY CORRIDA teniendo sus más alegres secretos. Años después, resultó embarazada y se fue a vivir al otro lado del mundo sin casarse con su flamante novio. Agradable persona y una amiga arcaica vislumbré a través de cada pendejada que respiraba. Me hacía reír a carcajadas y ella se mofaba de mi risa escandalosamente alborotada. Ella se fue y tuve que soportar el plomo de su ausencia.

Para no entusarme ásperamente en mi cuarto, mi hermano y dos amigos me convidaban a que subiéramos a la cancha del Resguardo Indígena a jugar basketball. Con el tiempo, conocimos unos veteranos que también practicaban ese humilde deporte de la bola que rebota inquieta que es tirada con o sin puntería al aro oxidado. Los veteranos tenían sus mañas de antaño para engañarnos, así que eran decrépitos en jugar honestamente, y sus movimientos estratégicos eran como muñecos de goma y hierro mezclado. Todos nos encontrábamos a la misma hora temprano en la mañana para construir un partido, y la confrontación estaba allí porque ellos imponían sus reglas. Mi amigo eterno con un sarcasmo fascinante, ensalzó aquellas deidades poniéndole el título de "dioses" a cada jugador.

Entonces nació el dios Jorge, el dios Don Alberto, el dios Octavio. Esas idioteces me producían mucha risa. Los griegos tenían sus dioses que interactuaban con los humanos y daban rienda suelta a las cascadas de lujuria, placer, oposición y dolor. Ahora las creencias han cambiado, muchos refutan a un Dios, muchos lo aceptan con desprecio o cuando les conviene, y otros muchos tienen una fe ciega ante Él. Tengo claro que hay seres mejor estructurados y poderosos que los humanos. Los mortales racionales, pueden inventar un cable, sogas o lazo al llegar al hoyo de la muerte, cavando un pozo largo de ideas líquidas, justo después cuando alguien se sopla y vuelve al polvo. Los planteamientos que se acercan o se distancian son inescrutables. ¿Cuál mortal conoce o está enterado de los planes del Dios Vivo? Si los dioses griegos, tan creativos y poderosos que fueron, ¿por qué no son adorados directamente como antes? ¿Los adoramos inconscientemente? ¿Todas las fiestas en las cuales abunda la tradición son puras y provienen de Dios, o de las deidades añejas que fueron creadas por la imaginación? ¿Por qué una cultura tan genial como la griega tuvo que desaparecer? El tema se me sale de las manos y del entendimiento, es mejor no abrir por el momento el hocico para no rebuznar.

Los dioses eran muy engañosos y bruscos con ganas. Nos rasguñaban las manos, nos daban palmadas en los brazos. Un héroe chiquito casi le saca un ojo a mi hermano. Otro héroe colapsó contra mi cuerpo y juntos nos dimos un totazo contra el pavimento. Nosotros éramos jóvenes y más ágiles que todas las deidades pero ellas poseían toda la experiencia. La mayoría de veces ganamos y ellos detestaban perder, así que se llenaban de mal genio. Una mañana un icono falso se desplazaba muy sucio contra mis piernas, entonces yo lo empujé con toda la fuerza de mi cólera y él respondió a "hijueputazos", y tomando un aire de fe hacia un ladrillo gigantesco, se asió fuertemente de él, y no faltó nada para que me lo hundiera en la cabeza. Se calmaron los

ánimos y afortunadamente no pasó nada, además no podía golpear a un anciano. Con los deportes al raso, las lecturas de libros de aviones, la cálida pornografía, y las re-vistas de Condorito, me la pasaba como una melodía sorda tostando las horas de vida.

Entrando a la etapa de adulto joven, mis sueños murieron. Quería ser piloto. De hecho, era una ilusión trancada que despertaba de niño cuando mi padre me alzaba en sus hombros. Pensaba que con mi propio esfuerzo iba a surgir, pero lamentablemente no hubo oportunidades de estudiar. No tenía dinero y, aunque mi padre poseía muchos terrenos, creo que él podría haber vendido un lote y me hubiera ayudado con la carrera. Propuse esa idea a sus ojos con el fin de que cuando ya estuviera en capacidades para ser un excelente piloto le devolvería el dinero del lote y con intereses. Él me dijo que los terrenos eran sagrados y por ningún motivo los vendería. Mi mente interpretó eso como: primero las tierras y después el hijo. Fue realmente frustrante, pero ante eso no podía hacer algo útil con éxito seguro. Él mismo, me ayudó con fines económicos pagando el primer semestre en mantenimiento de helicópteros y aviones en una academia irregular. Estudié y saqué buenas notas pero no pude continuar estudiando porque no tenía medios para seguir pagando y no había otras alternativas ni medios de financiación para sostenerme. Lo que más me puede dar rabia es, como un par de años después, mi padre me echaba en cara con reclamos, la plata que me dio para ese semestre en vano.

A finales de Noviembre del xxxx, otra prima fue mi otro amor no correspondido. Ellas eran de la ciudad, y hago referencia a “ellas” porque eran dos hermanas y una de ellas me gustó de cuerpo y mente de mujer, porque las pocas veces que la había visto era apenas una niña o no me agradaba. Después de insistir tanto, salimos a ver películas, a comer helados, a tragar parque, y fuimos a varios parques de diversiones. Cuando estábamos juntos, me tornaba serio y durábamos mucho tiempo sin decir palabra. Volví a enamorarme profundamente y, mi gran anhelo era tener un hijo con ella, que pretensiones tan estúpidas. Pasaban las lluvias de Noviembre y Kathy fue la alegría después de tanto sufrir. Año y medio duramos saliendo de un lado a otro de la ciudad, pero no por los alrededores del pueblo. No era capaz de decirle cuanto la amaba, no podía.

Mi amigo eterno, con la persuasiva característica de su discurso romántico retrógrado, me convenció de que era necesario decirle todo lo que el rostro escondido y secreto de mi corazón debía plasmar sobre ella sin importar las consecuencias negativas o positivas. "Es mejor

arrepentirse de algo que nunca se hizo y no de algo que si llegó a hacerse", -decía con voz de convencimiento inútil.

La llamé por teléfono y le dije brevemente que necesitaba decirle algo muy urgente y personal. Nos quedamos de ver a principios de semana, creo que fue un miércoles. El tiempo pasaba invisible por los peldaños de días y las noches que marchaban normalmente. Trabajaba rápidamente para encerrarme en mis pensamientos. Obviamente, empecé a analizar las dos opciones. Si me acepta como su flamante amado leal, daría todo el cariño y amor que ningún tipo le haya brindado y si la decisión es contraria a la anterior, entonces sería soportar el luto de nunca tenerla como el ímpetu desbordante de desocupar las proyecciones y abandonar mi cinismo de tenerla. La noche antes de vernos, nació una velita muy diminuta en mi mente de esperanza. ¡Será mía! ¡Será mía! -Me decía a mí mismo-, y cerrando las cortinas de los ojos, me dispuse a dormir plácidamente.

Nos vimos en la ciudad, estaba tan hermosa que mis brazos deseaban asirla suavemente. Hubo un saludo recíprocamente delicioso. El clima caía en su punto por la rica atmósfera de polución que no se veía. Fuimos a cine y no recuerdo como se llamaba la película y que contenía por dentro. La invité a un bar de músicaailable y no le puse cuidado a las vibraciones armónicas. Una mesa sencilla y dos asientos sin espaldar nos esperaban para sostener la conversación que a toda costa yo quería evadir u ocultar. Comencé diciéndole que estaba cordialmente invitada a ciertas regiones del país en meses posteriores, más que todo al Norte. Luego ella preguntó qué era lo que debía decirle. No esperaba esa cuestión a quemarropa. Yo, lleno de ansiedad por saber de una vez por todas lo que la incertidumbre evocaba dije fonéticamente derrotado:

-Te, te... te amo, si, siento una dimensión nueva de cosas por ti. Siempre te pienso, estas todo el tiempo conmigo, en la distancia y en la cercanía, así que, que, que, quiero que seas mi novia.

Casi que no podía hablar. Mi voz temblorosa aseguraba un planteamiento dicho con entendimiento, bajo el efecto demorado de una telaraña pegada en el espacio desocupado. Kathy se quedó callada por un momento insoportable y ansioso. Pasaron más de 10 minutos y nada que cogía palabra. Yo intentaba mirarla y fue una eternidad breve, con una sensación de limbo mentoso. Yo esperaba una respuesta mientras tomaba la tercera cerveza en ese tiempo silencioso. De repente, llegó el puñal de su réplica estremecedora:

-¡Lo siento tanto corazón! Pero en este momento estoy enamorada de otro tipo. Él tiene una adorable hija de 6 años. Bueno, en este momento él se encuentra sin empleo pero está buscando. Qué pena contigo pero no puedo tener nada contigo, solamente una fervorosa amistad.

No podía ser su amigo, ¡NO! Esto era, es y será muy doloroso. Sé que fui muy cruel con ella al dejarla tirada. No esperaba ese tipo de reacción de mi parte. Dije que si no era noviazgo no era nada. La dejé plantada como a un cúmulo de hojas secas ancladas al albedrío del viento, y yo solito, acogía la estopa del dolor. Esa noche no pude dormir. Era una amarga pérdida que me incomodaba. La barca de la soledad tiene un hoyo en su centro vital, se hunde, el presente arde sin remedio, se hunde la chalupa de ideas hacia el fondo imperdonable de la desesperación. Deduzco que me cuesta esfuerzo seguir viviendo, ¿para qué respirar el aire del arrogante desprecio? Sabiendo que fueron prolongados unos días en los cuales, tuve que desintoxicarme de su recuerdo de cólicos. ¡La amaba en grandiosa manera! Me va hacer mucha falta. El dolor repetitivo lo intenta desmoronar todo. Mis sentidos se han acomplexado. Como me gustaría dejar su sabor femenino, fuera de mi razón pero es imposible, sabiendo en cuentas de paños insípidos que estoy diseñado para buscar y conservar el pedazo de costilla restaurada. No me voy a rendir tan fácilmente porque es un constructivo de libre albedrío escoger alguna cosa, y tengo la fortuna de escoger lo que quiero y no me siento ardidado. Cuando no lo aman a uno es mejor no obligar, porque esto sería más deprimente que andar con locura en los círculos de la ausencia infernal. Si el amor no es correspondido, es mejor dejarlo fluir a donde se le dé la gana ir. Entonces, ¿no hay que buscar afecto? ¿Es mejor esperar a que llegue un amor leal a uno mismo?

El tipo de barbas rojas cerró el libro rojo en una noche roja, sus palabras eran rojas, sus manos y cara roja, sus pantalones y chaqueta rojas, su mirada roja, las paredes del Café 101 rojas, las botellas de whisky y vodka con alma roja, la música deliciosa era una sonda roja, la mesa roja, el piso rojo, mis sentidos rojos, la montaña roja, las estrellas rojas, el oxido rojo de los aullidos de gente roja, la espuma roja en la boca roja, todo se desdibujaba en fiebre roja. El taxi rojo con ruedas rodando rojas, y yo chupaba limones rojos con acidez roja, aterrizando en el

apartamento rojo con mi interior rojo. Sábana roja, almohada roja. Sueño rojo y una pesadilla roja, mañana roja, tarde roja, y otra noche flamante roja, el Café 101 rojo y el tipo de barbas rojas volvía a abrir el libro rojo con lectura roja e ideas rojas.

Juré que nunca iba a desfallecer en las redes del amor. Sólo bastaba acariciar la tierra con manos emprendedoras y pactar el total olvido de mis humillantes derrotas sentimentales y con la sombra del temor de una nueva adquisición. La sonrisa se apagó de mi espíritu, se me estaban nublando las ganas de continuar tan enormemente solo, estando solo con todos los parásitos que succionaban mi compañía, cuando los remojaba en quebradas de alcohol... y me auto-aconsejaba con el peso del resentimiento... y con cualquier mujer atravesándome... y saciarme de sexo hasta el hastío... y luego llenarlas de madrazos... y despedirlas con desprecio entonado. No entiendo ni el más mínimo compás de amor, sólo el despertar del pensamiento perverso de lujuria, que consume los palos de la fogata de la suciedad y odio carbonizado, haciendo brincar las cenizas del egoísmo, con una apestosa diversión que se transforma en un vacío más amplio de aguantarse y no dejarse llevar. Todo es un registro al revés: dé su líbido a cualquiera como una vana tergiversación, así debe ser según sus experiencias para que hagan ensayos con su influencia oculta.

Había otra realidad escondida. Era aquella inaceptable que lograba atraerme con sus facetas de embates duraderos que tajaban el mundo que respiraba con asco. Eran los años con expectativas no cumplidas. Niebla blanca fosforescente mezclada con faros de luz en el traje de la noche, daba a los espacios de mi cabeza rodante, ideas incalculables de armonía derretida en miel de la desdicha.

Mi amigo eterno siempre salía con bromas absurdas. Una vez me dijo que una manera evidente de no caer en los vacíos abismales era, abrir a medianoche la ventana y dejar que la vecinilla pueril, secretamente entrara para descansar sobre mi álgida cama. Esa estupidez me causaba mucha risa. Con el tiempo olvidé aquella pendejada. De hecho, había muchas cosas sin sentido que él decía, aunque eran algo raras y cómicas, pero nunca me imaginé que precisamente esas pendejadas me animaran a seguir inconscientemente sus consejos.

Cuando cumplía tantos años en el mes de Abril, la vecina me pidió el favor de ayudarle en una tarea de álgebra. Ella era una niña de quince años muy callada, con caraniñamujer y con una figura de hembra ya definida. Transcurrió una semana en la cual compartimos palabras de

fresas. Nos cuestionábamos acerca de oficios rutinarios y muy poco respecto al lado personal de cada uno. Nos lo pasábamos jugando como un par de niños juegos de adultos. Tenía la capacidad de escucharme amablemente y con total atención. Me prometí a mí mismo no volverme a enamorar pero, nació una nueva preocupación y era que ella me estaba mirando con ojos de niña mujer idiota. Además, yo no sentía nada por ella, aunque sin explicarlo la estaba queriendo como una amiga. Una vez de las tantas veces, iba caminando solo hacia la Iglesia y sorpresivamente vi a mi chiquilla amiga agarrada de la mano con un joven, tan pronto me vio, alejó la mano de la de él y siguió disimuladamente creyendo que no la había visto por su camino. Otra semana se fue y ella iba a mi casa a pedir favores que yo, con mucho cariño y desinteresadamente le hacía. Llegaba una noche exageradamente fría, donde el viento estaba quemando la piel de la hostia del mundo, ésto era un cúmulo de hielo flotante en el cielo que disonaba la temperatura como si estuviéramos en un polo o algo así. Ella con sus piernitas juguetonas gateaba sobre el sofá mientras que yo, la miraba sin los ojos, mientras se desencadenaban unos pensamientos inescrutables. Luego sin planificar nada y con el procedimiento de una experiencia espontánea se me ocurrió decirle por molestar:

-He sentido frío como agujas parpadeantes en mi carne. Nada ha podido calentar mi alma con el fuego indecente del día que se marchó. Quisiera que algo fuera mi sol a medianoche para despertar mis emociones con la más noble dicha, pero nada ni nadie se introduce por mi ventana secreta para que impartiera luz placentera.

-¿A qué te refieres? Sé más claro. -Dijo ella muerta de curiosidad.

-No me hagas caso, es solo una idea ideota de mi amigo eterno. Era una posibilidad caliente de darle vida a lo muerto, eso es todo. Además que si lo interpretas como yo, podrás saber a que me refiero.

Ella con sus pasos de lentitud se fue, y el cansancio laboral de limpiar surcos de cebollina, me obligaba a dormir. En los otros cuartos mis padres y hermanos se fundían en la profundidad del sueño. Me acosté y perdí la razón. Ya como a medianoche, la ventana empezó a sonar, ¡empezó a sonar! Yo creía plenamente que estaba soñando. La ventana, la ventana, ¡la ventana! ¿Qué pasaba con ella? Fue una abrumadora sorpresa el sonido de afuera. Con mucha curiosidad estaba aquella niña empapada de frío y con unas gotas de lluvia. Los corazones latían con fuerza y carisma. La agarré de un brazo y con afán la entré por la ventana. No hubo palabras porque

todos dormían tranquilamente, solamente ella y yo despiertos. Aquella niña sin combustible en su voz tierna empezó a buscar mis labios dormidos en la negra oscuridad y con destreza y profesionalismo los encontró. Acosté su cuerpo helado sobre mi pecho y la abrigué con mis brazos. Fueron cinco horas de las más secretas expresiones de cariño, hubo un sol literal en la alborada, era tan pequeña en edad pero experta en el desenfreno. La niña de esqueleto de azúcar me magulló con su creatividad de corporeidad firme y sin tabúes. Sus clases clandestinas y personalizadas de amor, hicieron cambiar abruptamente mi concepto hacia ella. Pasó un mes donde todas las noches invernales con sus manitos de inocencia, abrían la ventana sin hacer un silencio de redonda de ruido. Nadie en la casa se dio cuenta de aquellas caricias y besos que golpeaban como un tambor sordo.

Todo el espacio singular era productivo en los cultivos azules de alegría. La niña con disimulo me llamó a un lugar aparte, y yo como un tipo juicioso y disciplinado me arrimé ante su rostro lleno de preocupación y miedo. La luna con el periodo lleno, controlaba todos los ciclos irregulares de las mujeres, pero en este caso era como si una nueva vida se asomara como avalancha, así que con voz de afán le dije con dulzura que era normal que no haya llegado el sol con este invierno tan crudo.

-No, no, no, me refiero a esas palabras que no te entiendo -dijo con carita retorcida-, no ha querido llegar y tengo un retraso de tantos días. Dime, ¿por qué tuvo que pasar eso?

-No te preocupes joven encantadora, vas a darte cuenta que nada grave pasará, -hice una eterna y sorpresiva pausa-. Vas a ver la luna roja y todo volverá a ser como antes.

Prueba de embarazo ante nosotros. Fueron tiras positivas. Yo pensé que ella me iba a odiar porque ya no iba a seguir estudiando. Raro que no hubiera sido así. ¡Irradiaba una felicidad tan perfecta! Algo nunca antes visto, aunque estaba muerta de miedo al mismo tiempo, sabiendo que sus padres se iban a enterar, o debía decirlo pronto así que una gran incomodidad me molestaba.

Dos meses escondiendo nuestra nueva vida cuando en un transcurso sorpresivo e inesperado, un denso chorro rojo se deslizaba por sus piernitas. Me llamó plagada de angustia y en cuestión de pocos segundos la llevé al médico. Era un síntoma de mal presagio, el médico dijo que una tentativa de aborto se convertía en un hecho concreto, si ella no estaba atenta y que era muy probable que hubiera otro sangrado. A los cinco días después fue más fuerte y tenebroso aquel

flujo. Cuando salimos del hospital, creíamos que lo íbamos a perder y ella daba todas sus energías vitales para que se quedara en su vientre de marfil, porque sabíamos que el peligro de perder la criatura divina era enorme.

Por esos acontecimientos, tuve muchas pesadillas. Una de ellas era que el feto se acercaba a mí y decía que juntos nos íbamos a morir porque la muerte nos estaba buscando. En esos días perturbadores, nos veíamos en todo momento nocturno, y yo con cariño, tocaba su esfera de carne y con el corazón de mi mano lo sentía, se movía y yo besaba su atmósfera con delicadeza. ¡Cómo se parecía el planeta a un vientre apenas protuberante! Es increíble como una nueva vida contagia esta vieja existencia mía, de seguir con las venas fluyendo con una sensación inexplicable de alegría recíproca. Ya no deseaba enredarme con análisis polvorientos de maleza que brotaba dentro de mis intestinos huecos.

Este fue mi escrito frívolo. Un párrafo más como un amigo menos, del cual me cuesta esfuerzo contar igual y escribir diferente mi estereotipo de fundida desgracia. La familia de aquella niña afectiva y bondadosa, al enterarse de su embarazo, la mandaron a un lugar que no he encontrado. ¡La alejaron de mí vista! Sus egoístas padres se desaparecieron sin dejar un rastro, y yo, sin saber a dónde carajos se había ido. Quedé con la carga doble de la ausencia. Ya no quiero abrazar el abismo roto de la muerte hasta que la encuentre. Viajaré errante por las piedras y mares a la vuelta del fin del mundo. Inquiriré sus huellas, buscaré sin cansancio y hastío. Yo sé que esa criaturita que no he conocido junto a mi joven divina necesitan del afecto, devoción, tiempo, dedicación y pulpo amor de ésta alma quebrada que sufre un nuevo padecimiento, porque de las tristezas llenas de ansiedad que he tenido, ninguna me había hecho regresar a la vida guerrera y miserable al mismo tiempo. Se marcha el fragmento con unas cuantas líneas estrechas, se desvanece dentro de una mancha de marcha retrógrada. Voy adelante y regreso atrás sin nunca poder avanzar... ¡Mi amigo eterno ya no está conmigo!

Estaba tan decaído que, adormecido por la inercia cojí la escoba y barrí debajo de la cama. Un papelito con la letra de mi amada se asomó, y yo desperté de mi letargo y lo leí: Hoy compré una lápida en el banco de los secretos, te escribí algo para que lo sepas en determinado tiempo. Tel: 8766187. Sin esperar más llamé a ese número y me contestó una voz seca diciendo: “Banco de Secretos Buen día”. Pedí la dirección y al instante estuve allá pero el tipo, dueño de tan descabellado invento, me acabó de desconsolar al decirme que esperara 20 años, (Supuestamente voluntad de ella) para poder leer la nota que había depositado allí. La rabia se

me fue descajando, y furibundo, le senté un tramacazo al tipejo que se negó altivamente a darme el supuesto escrito de la niña de mi corazón. Él cayó al piso, y antes de levantarlo a pata, tres mancos llegaron a defender al idiota de los secretos por negocio, y como un balón de fútbol jugando al bobo, me castigaron, y me zanparon hasta que se mamaron de hacerlo y hasta que yo perdí la vista y la capacidad de pensar. Yo, estaba tirado como una bolsa negra de basura llena sobre el pavimento, mientras la gente disfrutaba del circo de codos, nudillos, cabezazos, llaves, rodillazos. Toda la gran puta sociedad contra mí. Se fueron todos felices y comiendo mierda de pernices. Yo solo, inerte, aromatizado en piedra, berreando sangre, perdido en mi condición, con los dientes tragados y atorados en la gargantilla, triturado como maíz en molino, sin poder vital, débil y jodido. Pasó una hora y mi padre llegó por mí. Me alzó como un pedazo de gancho y llevó mis huesos de panorámico roto al hogar dulce hogar. ¡Niña desgraciada! Nunca le voy a perdonar sus planificaciones sin sentido. ¡Niña desgraciada! Algún día tendrá que buscarme, algún maldito día, algún día niña...

Sobre las montañas deformes y tupidas de vegetación, recuerdo el recuerdo no desvanecido de mi padre, que me llevaba encima de sus hombros cuando yo apenas tenía seis años. Yo veía entonces, la carretera inclinada por el lazo vertical, como si pudiera ver el rostro del agudo abismo flotante. Era increíble, como yo era dueño absoluto del paisaje frente a mí, y él, se caía ante los cimientos de mis sencillas vistas, que se alimentaban con los colores de la incomprensión por sentirme algo feliz, sin dar pasos ante el espacio perpetuo de lo inconcluso.

Aquí se pierde el primer rectángulo...



2

**My reflection dirty mirror, there's no connection to myself
I'm your lover, I'm your zero, I'm the face in your dreams of
glass.**

Zero, Smashing pumpkins.

**Can you hear me? Can you hear me calling your name girl?
In the morning I'm standing in the red red rain girl...
If there is a lie, then there is a liar too,
and if there is a sin, then there is a sinner too.**

Red Rain, The White Stripes.

Un suspiro largo acabó destruyendo el desvanecimiento de la historia que apuntaba a ningún lado. El tipo de capucha dijo con voz seca de corrientes turbias, que había una cantidad de sucesos que se omitieron, tantas fuentes inglosables, adheridas sobre el corazón desdichado de aquel individuo abandonado, que llegaron a ser un caucho irrompible acerca de su moral. Cosas que su propio pensamiento escondía. Recuerdos nítidamente cíclicos de hechos en los cuales aquel ser desdichado deshilaba para desatar la razón de su naturaleza secuencial en desorden ante el Dios Vivo. La culpa de no ser lo que no fue y el fastidio de ser lo que él no quería padecer, lo conllevó a estar en el mundo exterior sin aportar nada y, en su mundo interior con una horrenda herida abierta y ondulada bajo una esperanza ciega. Los sueños de robles cambiaban y su constante lucha de odiar esa repentina artritis del corazón retorcido era inevitable. En la desesperación del dolor incurable, fundado en el fondo solitario de una vista global encogida en dicha, resolviendo la lógica musical, modificando un tipo con rienda suelta a la felicidad de blindaje al contacto social sin afectar aparentemente en nada su condición, y tal vez, gradualmente desmigajado cuando no había ojos, energías, ni voces detrás de él. Nada tenía, sólo su aliento frondoso en incertidumbre tardía.

Cerré los ojos. Traté de imaginar el rostro de aquel que puso palabras de vidrio y pegante amarillo sobre ventanas inconsistentes. Intenté verlo con el constructo de mi esfuerzo mental, pero fue un legado imposible. Descontextualicé el olvido de su porte embalsamado en ruidos perturbadores que se tragaban el Café 101. Había redes azules de sombras flotantes y aguadas moviéndose rápidamente por mi cráneo, que intranquilizaron los pensamientos que no querían dilucidar por pasar en la garganta aquella esencia insípida, mutante bajo las chispas electromagnéticas del pozo de mi espíritu de rompecabezas con piezas aisladas. Abrí los ojos de nuevo con el jugo de un llanto que acariciaba las mejillas afiladas. Él con sus dedos limpiaba mis ojeras y mi melancolía sucinta pasaba a su mano como un árbol frondoso.

Sentir lástima ajena es muy molesto. Recordaba a mi madre con más pena que de costumbre y esto me enternecía. Al hombre encerrado en el libro rojo lo pintaba en mi mente con sórdido pesar, sabiendo que las lágrimas estaban de vuelta. Él desaparece en la imaginación y yo inundando el apartamento con gritos retorcidos de labios babosos y verticales. Sola otra vez, abrigándome con el páramo de las paredes sopladas de humedad. Tenía que hablar, pero me daba miedo resucitar su eco y timbre que arrullaba mis épocas de inseguridad e incertidumbre. En mi cuarto, recordando la dulce tristeza y de cómo el hombre de barba roja leía de llano en

llamas. Los cuadros eructaban cejas arqueadas de aquella misma dulce tristeza que ocupaba el vacío en el fondo del fondo, y en el revés del fondo del fondo estaba yo, suspirando, viento profundo, denso y suave en melancolía de los vestigios nostálgicos perdidos en lo cotidiano y ausente, tratando de calcar afecto a lo inerte pero, la energía de una fogata con melena de león fugaz y vigor sombrío del combustible de los árboles divididos; no se pueden comparar con el calor de un abrazo sin hipocresía, o la pólvora de una voz sorpresiva, o la caricia lenta del dedo índice en la espalda, o la compañía fantasmal y la gracia de un ser humano cuyo ofrecimiento es su cariño leal. Necesitaba, necesito, necesitaré afecto siempre, lástima que ese afecto se ha desaparecido, que lástima, que lástima. Es ese hombre que lee el libro rojo un aliciente que retarda la lejanía contundente de seguir adelante o, ¿de seguir atrás?

El día nuevo se cansó de ser tan actual y se disfrazó de arrugas nocturnas. La misma escena de lunas jorobadas iluminaba tenuemente el libro escarlata que iba a ser leído.

-Mujer roída y oída por el silencio, voy a leer la segunda experiencia. Se basa en un joven que decidió desahogar toda su indignación escribiendo el resentimiento acumulado que podía soltar y liberarlo por medio de frases auténticamente empolvadas. Voy a recitar sus errores y virtudes, no tendría una descripción exacta de la cantidad de veneno que circulaba dentro de él.

Las Rosas Rojas Anuncian Balas Lluviosas, como un Pregón de Muerte que se Marchita en Vida.

No hay algo útil que contar y mucho menos inventar la técnica de una existencia perfecta. Perturbación de tantas fuentes llega, y causan mareas de preocupación. Pienso entonces en correr hasta las selvas indescifrables de la muerte para tener refugio seguro allí, porque la hipocresía y el calor afectivo falso que se respira en el círculo tormentoso de la gente que sube y baja por las calles iluminadas de cruel oscuridad, plantean desconfianza un poco aguzada. Al contrario, si lo cotidiano se camufla en quietud, uno queda paralizado de que nada pase, nada de sufrimiento, nada de crisis. Me refiero a un estado sensacionalmente tonto, donde no hay deudas, conflictos, gritos, lágrimas, iras no controladas, miedos no manifestados y absolutamente nada. Un estado de torpeza donde no abunda un rumbo a dónde parir. Puedo plantearlo como la ciudad abundante de oasis. Sólo ves palmeras, sombras calmadas y agua

fresca en grandiosas cantidades incontables, con vientos frescos de boomerang que sonríen siempre, los escorpiones no pican, los individuos no pelean y no están en la capacidad de tomar desplazamiento indudable hacia lo temible y desconocido. A veces me incluyo en aquel espacio pacífico de aburrimiento tratando de salir del detestable oasis, dando pataletas y buscando la aridez del desierto. Aquel idiota que arriesga su vida por lo que teme no es un héroe. Todo no es un putrefacto desperdicio y tampoco es procesado en el inclemente olvido. Pero, ¿qué es todo? Todo es igual a nada.

Las sendas donde se desplaza la luz traicionera del sol caen en un sistema organizado de pavimento, ladrillos, carne humana y arte impenetrable. El movimiento es observado porque la luz lo permite así. El día está abortando cada instante mis huellas que buscan un estado sintético de apetitos esclavizantes, que alteran la respiración, buscando el objetivo imperfecto. Las palmeras inquietas dentro del útero de la ciudad pecaminosa, incitan a derramar su cuajo de leche e introducirla para calmar el amargo sabor que produce una vida desolada y tan vacía como la mía, en succionar ese humor en la sangre que descansa sobre el látex contaminado de cada punto culminante, y pensando en la terminal sensación monótona que un vicio inmoral enseña, en el lapso efímero de salirse por completo de las alas traicioneras de un demonio y caer con el impulso entre una espacio cultivado con espadas agudas, sabiendo que el mango de ellas representa las raíces inexplorables del pecado. Los vasos rojizos vierten su jugo sobre árida piel para desnutralizar los hechos sombríos, que en cada instante mi mente filtra con campanas de sonidos coagulados por los golpes contundentes que doy a mi existencia que subyace hace muchos años seis metros bajo tierra o, tal vez, desde que tengo uso de razón. El baño podrido en grisáceas formas respira el horror de la desgracia, el lavamanos está roto en figuras negras y cafés tirando al oxido. El espejo está manchado con el sudor de muchas caras y dedos untados de vino verdoso, la caneca de basura estaba copada por papeles blancos que guardaban el otro lado de los secretos no enunciados de tantas historias sin contar sino, que colocan un candado para no sacarlas al exterior. Mi autoestima hedía sobre el piso mojado y quebrado de conceptos malolientes. Después me acostumbraré a observar lo inmoral con pupilas de pureza, aunque sé que no está correcto.

¿Es interesante llevar una vida de vida agrídulce y doble? Es muy cómico pensar que mi familia y amigos creen que soy una excelente persona. Creo que mi eficiencia ante ellos redundará en que no llevo sus cargas directamente y no me interesa refrescar las heridas torpes que circulan en

sus cuentos pendejos. Los reproches silenciosos y reclamos de amor desvanecen porque según la retrógrada versión, somos seres demasiado autosuficientes. De todas maneras, cada persona formula fronteras cuando está en el abismo insufrible, encontrando un fósforo mojado para prender y convertir en cenizas su padecimiento.

Sin embargo, es muy peligroso lavar y perfumar la ropa para sentir paz y, luego llegar al tedio y revolcarse en el lodo. Repetir la misma secuencia es desgastar las vestiduras. El desgaste de culpabilidad secreta empieza a roer los muros lechosos de mi alma. Esconder los logros y pecados es creer que se puede salvaguardar un tesoro lleno de piedras ordinarias. El narcisismo es manifestado cuando poseo las herramientas prohibidas: me amo amo, me odio odio. La debilidad se desplaza sobre el sombrero despelucado que destroza mis pies débiles y tallados en hielo, es evidente que no soy tan fuerte como antes, tan eufórico y chiflado cuando los días eran más extensos, simpáticos, magníficos. Soy una cosa lenta, discapacitada que se la pasa desperdiciando energías, blasfemando el lienzo contra la abertura putrefacta de rocas muy internas, dejando cicatrices de por vida en el cuadro de miles de filas que intento destruir pero no he podido. Creo que nunca podré. ¿Para destruir lo que nunca ha tenido un orden?

Eran tantas las amistades que tenía. Sería muy cómodo darles satisfacción conjunta, pero veo que cada pequeño instante del pasado y gran parte del presente, lo he machucado con el desprecio que va creciendo y fluye en un hasta nunca. Se han acabado aquellas gratas y dudosas conversaciones acompañadas de un sabroso tinto oscuro y un apetecido *Piel Roja*, que ahogaban las sílabas. Saludables mofas confabuladas y ensopadas de íntimos prospectos, no alcanzaban a escuchar voces risueñas. En disertar sobre el más allá y el menos allá, sabiendo que las teorías funcionales de circo eran las mediocrementemente aceptadas por la confusión. Las charlas con viejos y nuevos vínculos jactaban el flojo nivel intelectual del yo mismo. La idea consistía entonces, en no prestar atención al que pronunciaba un discurso coherente, sino en recordar el que yo mismo sabía y complementarlo con más desechos.

Las estrellas se paralizaban de belleza en una de esas noches en las cuales tapaba mi rostro con ambas manos. La mujer amada que más quería en el mundo, lanzaba palabras brillantes de amor complejamente completas y yo, enterraba al calor del enigmático destello, los terribles tonos deprimentes que podían destrozar la relación. Puede sonar muy exagerado, pero es mejor que haga falta una caja de antidepresivos y no la llama fantasmagórica de sus caricias junto a la gracia de su voz, revuelta con un poquito o mucho de dulzura, y con la sonrisa que produce al

burlarse de mis gestos. El fantasma delicioso de sus facciones me asusta de tanta alegría, me hace recapacitar y tratar de cambiar para ser un ser licenciado en monogamia. No obstante, me acostumbré a mentir bajo una partida doble: a ella y a mí. Aquel autoengaño era en parte maravilloso porque podía pasar de un extremo al otro, sin necesidad de rendirle cuentas a nadie, ni si quiera a la incoherencia de mi conciencia.

-Me siento mal, -dijo él disonando. He bebido mucho y tengo sueño mujer. Ven te acompaño a coger el bus. Límites delimitados. Hasta la libertad tiene parámetros definidos. Cuando la enfermedad llega, lo único que debemos hacer es aguantarla y cuidarnos más para que nuevos alientos lleguen. Gracias por escucharme, es algo que a muchos se les ha olvidado hacer.

Le hice un ademán negativo con mis manos y le di a entender que me quería quedar en el Café 101. Él entendió la seña y mareado de virus y debilidad tenue se fue. Estaba sola bebiendo y la realidad me daba vueltas. Por sorpresa, una nueva depresión asomaba sus garras. Seguía bebiendo para intentar sacar lejos los recuerdos de mi madre, pero me era imposible estar contenta en esa mesa llena de espuma de cerveza y whisky. Mi espíritu también estaba débil porque pensaba en el mismo parásito que me perturbaba desde hace muchos años atrás.

Era la era perecedera magullando la madrugada roja y negra en el fondo lineal de las montañas invisibles después de salir del bar pesado en el incienso cafeínico y grumoso que quebraba una genial exhalación sin inhalación. No quería volver a mi rompible revivir de facetas llenas de unión. Bajo las sombras, decidí dormir acurrucada debajo del mismo arbolito donde ni siquiera el frío cortante me desangraba en instantes cortos de alegría, tocando a sorbos las raíces externas plagadas de colillas, y observando debajo de las hojas la rara imagen nutrida sobre el tipo ido, arrullado en el lugar mencionado.

El sueño insiste en derrotar el lado consciente pero no era óptimo dormir allí porque algo malo podría pasar. Levanté mis huesos y desplazé los sentidos hasta el abandono de la carretera inamovible. Pesqué un taxi con el anzuelo de mi brazo. Llegué a las paredes externas de la fachada borrosa, las toqué con algo de desprecio y tumbando la puerta entré a mi cuarto estructurado de carne viva negra. La cama se tragó mi rastro y perdí desde luego, el conocimiento bestial.

Casa antigua y tranquila de luces opacas. Calles albas encharcadas con piedras lejanas. La tajante perspectiva de colinas vistas desde lo alto. Río grueso que ruge en desesperación turbia. Corriente de velocidades saturadas en un impulso de flecha indeclinable. Subir protuberancias verdes y entrar a una cueva con infinitas recapitulaciones encerradas, sin vislumbrar el otro lado del fin libertino. Pasos secos y agua forrada profunda. Caminar sobre piedras para evadir el agua de plata. Cambiar las piedras que apoyan los pies por esqueletos desnudo agachados soportando el peso para que no haya hundimiento hacia el fondo de la superficie misteriosa. Pasear por el vértigo nublado de no caer en el vacío irreal.

Desperté con el pulso volando. Tenía alteraciones repetitivas en los nervios. Todas las cosas que tocaba se derretían ante mis manos llenas de sudor helado. Había libros aislados y sillas deformes junto a la cama desteñida con las almohadas hediendo a alcohol. Abandoné mi propio desorden molesto, me la pasé leyendo novelas extenuantes de Slowkink Frierch. No alcancé a almorzar, copié unos textos por la tarde y en la noche de vuelta al Café 101 donde él me esperaba para continuar la farsa.

Encuentro un estado de tensión inaceptable. Podría cambiar mi senda de vida con una labor más baja y desmotivante. Estaría obligado a desparramar un llanto de ónices líquidos, para evaporar encima de la corriente de un lago, las millas curvas de los padecimientos humillantes de perder el horizonte. Gritos internos de bien adentro perturban ciegos colores en un nuevo dolor que es más grande que el anterior, creando punzadas que intentan reventar el corazón. De tanta desdicha, puede almacenarse un cambio tan abrupto en la tinta magistral de este punto, que puedo sorbetear los segundos monótonos, para no esforzarme en succionarlos bajo el rigor de un inadmisibile esquema.

La experiencia es el ser móvil más engañado por el balde mental de mi propiedad y no alcanza la percepción de un aroma fiel. Aquella experiencia no tiene pruebas en las vestiduras del cielo, ni en la voz grave del sol y mucho menos en la mente nuclear de la tierra. La tranquilidad de estar perdido sin dirección alguna en la fábrica que está encima de los tejados, y pequeñas redes que con el tiempo se pueden reventar con las tijeras del viento desplegando opciones disonantes en la atmósfera espumosa, era igual en el hogar de globo y en las deformes tierras interiores incivilizadas de mi espacio pulmonar ampliamente abatido por todos los ambientes polvorientos que corren y corren sin parar. Tenía tan presente que las sogas de mí mismo me

atarían y delatarían, como la mirada montañosa de unas palabras no descubiertas que cambian de semblante, y decepcionan las rosas más rojas que escuchan cada compás infeliz al intentar configurar un mensaje sellado en un baúl hermoso y ultrajado en los inmensos desechos de saladas aguas de un mar in vítreo, en que ninguna nave de vapor a dejado sus planas huellas de asfalto y crisólito.

Hay cuentos en la esfera de hierro que, admito, producen decepción. Mascaba ideas facilitas, adormecidas, confusas bajo el sentimiento del bien, que todo calor de pensamiento productivo era un asunto sazonado con especias de victoria y, sin embargo, el choque sería inminente por tanta presión esforzada incorrectamente. Las puertas bañadas en oro se cerrarían ante las más agresivas oportunidades de conjuros perfeccionistas que fluirían las dichas del martirio, porque todo lo hermoso es instantáneamente breve de material y las trabas insoportables del escondite conocido, por el paciente paciente que pregona el arrollador embate, se suman a los aullidos de darse por vencido, alborotando la quietud que se había acumulado en las selvas irrespetables de una colectividad solitaria.

Cuando la inmortalidad retumba la tumba de tantos colores poéticos retorcidos en el fundimiento hirviente e hiriente de burbujas flotantes. Cuando la carne se renueva con el eco en contravía y despluma el canto del cianuro amargo de tantas hojas vacías arrugadas en los dientes de la falacia. Cuando la vida es muerte centelleante mezclada a través de los años no pensantes, de dos fuerzas cogidas de la mano que nunca conciliarán separación. Habría marchas de un mordisco amorfo, diferenciadas que escurren en los espejos horizontales que se derriten al observar las extremidades de uno mismo, tratando de descifrar el fondo de otro inquilino dentro del desatinado pecho trancado, u otro ser de albo humo que perturba al verdadero yo ficticio. Es como una renovada y recreada inversión, dedujera el cuarto ya fabricado por los muros de las costillas de madera, que no soportarían la desgraciada e infame visita de incontable tristeza que no desearía marcharse nunca. Sería un parásito que succionaría toda energía de felicidad. Un témpano de rabia y desilusión que desembocaría en infalible muerte. ¿Sería egoísta recitar en la mente todo esto? ¿La risa es un artificio confuso en las sobras deshilachadas de nubarrones que tapan la otra cara costosa de lo jamás antes experimentado? ¿Hasta cuando debo esperar lo que no quiero?

A veces es útil no sacar los secretos del alma. No tanto. No siempre. Tampoco es consecuente y adverso en salud, escribir lo que se quiere leer en actos valorativos de elegante heroísmo y

altivez, para con los títeres en las grandes áreas fragmentadas que estructuralizan un orden de masas fascinantemente agrietadas.

Todo alrededor lo absorben los sentidos. Los mismos ojos indagan el engaño de la preciosa naturaleza que destila solamente la eterna distancia e inmensidad inalcanzable de los límites procesados en texturas místicas y profundas, como descifrar el código de la muerte. Lanzar la vista allá arriba en puramente maravilloso en todo tiempo. No obstante, mirar los cielos produce cansancio por lo incomprensible a cualquier razonamiento, es por eso que nada es lleno en las alturas y allá bajo greda porque los exprimidos deseos con formas y colores, son vientos de insatisfacción. Los oídos campanales se inundan de voces conjuntas, de canciones fracturadas, en el tambor tieso de lluvias demarcadas de alegría humedecida, desorbitando deseos iracundos. Los gritos hondos de descanso plasman planos en fuentes ruralmente arrinconadas de ruidos infernales que no han llegado aún. Notar con evasivas el tacto de países dormidos a causa de tanto odio reventado y evadiendo el sentimiento afectivo, rogativo, subversivo, en migajas de vino desperdiciado, y refrescando la piel fronteriza con el aliento libre de los regímenes mutilados en las noches guerreras con sabores insípidos de un hueco prendido en fogatas afiladas de humo desmayado y circular, que trata de salir pero no puede. Mojar con saliva dulce la frente de un fuerte sirviente que liquide y reestablezca las entradas de los cielos, para que haya mediación entre los prospectos del más, más lejano y yo, que he escupido en el lecho de blasfémicas ideas sobre el caño negro de ratas rosa.

El latido del placer me llama. Tendría que hacer el ritual pecaminoso que he repetido sin cansancio. Sutilmente enlazo angustia a los míos para sentirme bien. Debo transmitir un reproche divergente, regañar con palabras ofensivas la hipocresía de los amigos sanguijuelas cuando desean arreglar la fachada de mi ciega moral. El interés de la pasión recorre toda la realidad por los bloques rectangulares individuales. Es por eso que es imperdonable dar confianza para que luego, me traten de enderezar y copiar la silueta ejemplificada de un maldecido molde del cual jamás desearía imitar. Hace unos días evadí un par de amigos, y una amiga que necesitaba ser confundida con mis consejos, mi amigo Pornografía que estaba muy mal de ánimo, y mi novia que quería estar conmigo fastidiando un rato. Sin embargo, evadí sus urgencias de afecto y rapté las delgadas calles nocturnas y mojadas de lujuria por las calles con combos del mal. El procedimiento a seguir es fácil: Despertar el habitante indeseable y perturbador que está muy dentro de mí, como una factible probabilidad de evadir la vergüenza

y tirarme al fuego del vacío de la carne, al vino fino, a la total independencia, para luego tragarme las cenizas con el sagrado objetivo de jactar mi mente hasta el tope del cielo cafeínico, metiendo bocanadas endemoniadas para darle gusto al ser maligno que vive muy dentro de mi alma escarlata. La noche era breve como si el tiempo de vida de ella fuera tan solo una simple hora. Una hora que cuesta un desgaste, manchando inclementemente la piel del alma, disminuyendo la expectativa de avanzar. Mi retroceso es evidente. Ser caníbal y vampiro chupador adicto de vino, repercute en largarse con pasos de cangrejo. No progresar ni jactarse, y no elevando los logros hasta el infinito firmamento, sino hacer un ritual indirecto para morir en un antro de mala muerte, descomponiendo el mismo destino corriente del norte utópico con el cual todo mortal sencillo añora. ¿Es cobardía sacarle el cuerpo a la rutina moral que prohíbe hasta respirar?

El tipo de barba roja hizo una pausa. Era tan descomplicado y parsimonioso su estilo que marcaba con crudeza trazados de elegancia. Empecé a toser con fuerza y movía la boca junto con la lengua que inconscientemente bostezaba porque iba darle fin a mi silencio. Entonces con voz ronca dije con gesticulación poco sostenida:

-Quieres confundirme y utilizarme como una herramienta para después morir. Créeme que en parte deseo quitarme la vida prontamente, pero no voy a elaborar mi propia defunción de rosas negras porque la tormenta amarga morirá y seré muy feliz y entonces, si estoy viviendo, ¿cómo podría saber que puedo arrepentirme de una decisión irónicamente cobarde?

-¡Qué gran sorpresa! Has hablado. Por fin sale el reclamo de tu conciencia, brota el sonido indignado y agobiante de preguntas no jamás vistas. -Gritó fastidiado en sorpresa.

-No, no, ¿cuál reclamo de conciencia? Nada que ver. Estoy hablando ahora porque en estos pocos días estaba guardando luto a mi madre que murió. Ahora podré evacuar la sutil indignación que recorre el cause de mi derrota. Las cosas que me haz leído son tan contradictorias.

-¿Por qué dices eso?

-Si, le diste vida a dos murciélagos solitarios que se quejan constantemente de estar vivos. Creo que si quieren morir, ¿por qué no lo hacen?

-No tengo idea. Estos escritos pasaron a mis manos por un indigente que me los dio. Fue un trueque: yo le di mil pesos y un muñeco viejo de madera que me había encontrado en la basura hacía mucho tiempo; y él m'entregó ést'extraño libro con hojas pegadas a una estructura de cartón y cinta atravezada por el torso. La curiosidad ganó la partida y entonces comencé a leer y estaba inconcluso. Entonces me propuse culminarlo y le puse una pasta roja, y en el cual descubriría que el jinete pálido y el individuo que gobierna el hades, están al acecho con macabra esperanza de destrucción. La mano con formas rectangulares se de-for-man con la mezcla insoluta d'ello con mi vida. –Dijo como si no comprendiera sus propias palabras.

-No te creo. Es tan simple lo que postulas que no me convence. Uno es libre de elegir lo que quiere, es increíble que intentes meter a la deriva algo de mitología bíblica al realismo existencial de nuestras almas, interactuando con los sentidos que registran y acumulan los pasos más cercanos a esa latente dimensión circundante.

-Mis argumentaciones jamás se caerán porque, las creo más qu'ésta realidad ficticia. Soy tan trascendental, que busco las respuestas en el mar vítreo de mi propia imaginación con las influencias de libros en desorden.

-Y, ¿de dónde salen las preguntas que tú mismo formulas?

-No tengo idea. Supongo que no desearía cuestionar la vida no vivida. Todo posee un "no" como respuesta. Salen las dudas como un bulto de espontaneidad negativa, para poder avanzar y quedándose tranquilamente paralizado.

-¿Qué te preguntas? –Pregunte sin querer preguntar.

-Nada. Nada es nada. Si no hay preguntas, ¿cómo carajos buscaré las respuestas? Creo que intento hacer un análisis del génesis como un árbol sin hojas, sin fruto y sin ramas. El origen de lo impensable se separa en un tronco desnudo de raíces.

-Como lo había mencionado, mi madre se suicidó. Murió hace unos días, justo una semana después de haberte visto. He pensado en irme detrás de ella, pero no, no puedo. El mundo está patas arriba y enfermizo por los pétalos suaves de tantas tragedias. Pensaría que estando tan inmunda la situación, podría perderme en la tercera esfera desconocida, donde la primera era el vientre materno, y la segunda es lo que estoy descubriendo. No puedo, creo que la depresión, la soledad compartida y la desazón tediosa, no son y nunca serán un aliciente para no seguir. Estar en los estadios seguros de la vida es mejor que hacer una injusta justicia con mis propias decisiones putrefactas.

-Me encanta cómo encajas las palabras al aire. ¿Ahora si me puedes recitar tu nombre por favor?

-Yo soy Amanda, ¿y tú? –Dije con interés diáfano para que mi nombre quedara impreso de profundo en sus oídos.

-Pues me dicen Esteban. Qué raro, tantas noches juntas y hasta el día de hoy sé tu divino nombre. Muchísimo gusto.

-El gusto es mío. ¿Sabes? Me caes muy bien, aunque no compartamos las mismas ideas. De hecho, es muy bonito disertar y confrontar nuestras facetas profundas. –Canté con tono desafiante ante él.

-Tienes toda la razón. Me encanta tu estilo que desbarata todos mis planteamientos. Sería muy monótono que siempre me sigan la corriente, probablemente así se llegarán nuevos conocimientos a algún lugar, aunque podrían ser desacertados e interesantes, y hace que la vida adquiriera un nuevo matiz. Fue genial haberte conocido.

-Si, pero continúa leyendo. El rezo de tu voz debe seguir.

-Gracias por el halago pero no me lo merezco.

¡Estoy tan hondamente cansado! Se anida un vacío en mí a causa de tanta maldad. ¡Dios mío! Siento mordiscos en el pecho, esta situación se me ha salido de las manos. La incertidumbre despliega un final tan evidente. ¿Cómo soy capaz de dar la cara ante mi amada, llevando en las espaldas las astillas volátiles del pecado? ¿Será que en algún lugar de mí, existirá algún tipo de conciencia?

Una serie de acontecimientos llegaron ante mí. Varias noches viendo su rostro con el halo de la dulzura, ante el paisaje como un espejismo marítimo que estaba más azul que el cielo nítido. Caminando juntos y con una espina aguda en la garganta, mis palabras fueron una sutil traición, de todas formas nada de oscuridad quería mostrar ante los ojos de mi bella, con pies que se hundían ante la arena ficticia y tibia que yo inventaba en aquel momento. Nada salía de mi otro yo, del cual anhelaba botarlo con piedras gigantes a la más profunda y oscura profundidad. En fin, no hallaba deleite en hacer eso. No podía soportar tanta maldad. Era imposible callar, me estaba ahogando en aguas negras y yo pensaba que podría cambiar el color oscuro, purificando mi actitud subordinada en el más increíble desorden con sangre de cordero degollado, que evocaba una sorda esperanza de que ella me pudiera perdonar y pasar la cerca

encogida hacia el horizonte de un nuevo cambio. El descarado del engaño, traicionó mis metas para con la mujer que en realidad me amaba.

Flotaron las palabras que cruelmente le dije, palabras indirectas, dolosas. Comencé diciéndole con mucha dificultad que tenía algo no muy bueno que contarle y ella con el peso de la curiosidad me preguntaba capciosamente cuál era el asunto. El silencio rompía las olas vertebrales, hasta que con aire de cinismo le conté que tenía una moral hermafrodita. Que llevaba tres años acostándome con todo tipo de vagabundas y amigas personales, con toda clase de humores, sabores y texturas... Mujeres altas, blancas, negras, bajitas, gordas, flacas, feas, horribles, divinas, carentes de alma pero voluminosas en pasión, unas que no se dejaban chupar las tetas ni besar los labios, etc., etc., y la suciedad de culpa se arrimaba justo después de sentir un orgasmo. Al ratito, desde luego, volvían maquinalmente las ganas de hacerlo otra vez y con un nuevo impulso regresaba fielmente a los cuartos salados y podridos de carne viva de lo inmoral, como una deliciosa y -al mismo tiempo-, cíclica pesadilla que me encantaba.

Mi novia se fue cundida de ira, no me dijo nada en absoluto. Corría sin detenerse en la distancia inmersa y se perdía ante mi vista. Yo quedé inmóvil, pensando en el sufrimiento de botella vacía que tenía, como una botella de vidrio rota dentro de nuestros pechos, cortando fácilmente el corazón. Realmente la quería a pesar del engaño, pero la energía desapareció de nuestros cuerpos y nuestras mentes se adormecieron. No había consuelo en la frescura perfecta de ese día. Yo estaba convencido que ella me iba a perdonar y que acariciaría por mis fallas, así que fueron ilusiones congeladas, donde los rayos del sol disonaban en horrísono en la extenuidad de la tierra, pero esos suaves y claros rayos jamás llegaron a mi ser, o nunca me cercioré de aquello.

Me sentía mal al extremo y era porque me colocaba en los zapatos imaginarios de ella y con ese desplante ya era un hecho que había dejado para siempre mi apego. El tiempo era inmensamente corto, roto, insincero. En frente de mis propios pecados me encontraba arrodillado sobre la arena movediza que me dejaba fuera del triángulo del mundo. Círculos imperfectos estaban detrás de mi corazón. No había nada elevado en la cima panda de mis sueños fracturados. Esa noche siniestra, estaba jadeando en sueños de ausencia y era por el recuerdo incómodo de la perra que amaba con algo de certeza.

Pasaron varios soles y de vez en cuando la llamaba a su casa. Una apestosa indecisión me impulsaba a escuchar su voz. De todas maneras, una soez voz familiar de rabia me decía que

ella no quería ya ser parte de mí. Fui a su casa y ni rastro. Era demasiado tarde para remediar las cosas, la única manera loable para sacármela de mi reflejo, era evadiendo la pesada ciudad e ir a la lejanía de un pueblo montañoso y muy bien conocido. Fin de semana interesante, así lo atrapé con éstas disonantes letras de sedante:

Se abren las cortinas para que la luz pase lentamente. El picante de punteos eufóricos, rápidos y organizados se desplazan en un escenario rojo, negro y combinado. Me alejo del espacio estático que sostenía mi espalda por horas. Los residuos móviles cambiaban las figuras que proyectaban el cielo desnudo en el horizonte, el oro del ojo flotante clarificaba la dimensión encubada en una serie de renovadas perspectivas. Revolcaba los nostálgicos papeles cafés en un par de ruedas, apoyado en el manubrio inclinado por las carreteras del pasado. Cada casa que se manifestaba era un sobresalto inútil a la mente, porque podía ver una nueva casa, justo al frente de una casa moribunda y meciéndose en el desplome seguro. El cuerpo pedaleaba levitado entre cada esquina modificable. Ya nada era igual al espacio retrogrado. La tierra estaba más negra y húmeda, enterrando mil fresas mordidas por los pájaros que desfilan por el azul que sale de sus propios matices.

Un par de viejos amigos fueron compañía ante el ascenso, mientras que otro amigo se quedó en casa lavando la ropa con jabón de quietud. Los tres caminábamos sobre productos de sendas gruesas y luego por reducidos esquemas como embudos. El ascenso desfila en el pozo de un río inundado, sintiendo elevación con líneas en la frente de la mitad del punto erróneo de la montaña. La planicie en las alturas condensas, hacía tomar un descanso en la conversación enfocada en asuntos del ejército ininteligible. El descenso fue lleno de maleza y palos de caña simple que obligaba a inclinarnos, el piso era alto y complicado. Piedras cubiertas de musgo fino hacían presencia. El sol estorbaba y el frío era un rey que fabricaba una pequeña atmósfera con el olor gris de la calma. Mis dos amigos bajaron rápido -me gritaban que dónde estaba yo, pero les dije que me dejaran solo-, y me quedé en la abertura de una roca que sacaba el agua más fría, densa, viva, diáfana, deliciosa que había tenido en mi vida. Aquella agua era tan transparente que podía ver hojas muertas negras, tostadas por la corriente lenta. Esas tantas hojas interiorizadas, eran como una alfombra para el paso del líquido virgen que transmitía un sonido que desarmaba el más fuerte estrés, como el golpe suave de un canto que renovaba la configuración del oído cargado del ruido monótono de la polución, y yo estaba solo con la corriente que moría en cinco metros de largo. Podría pensar que el impulso sería un hilo

mojado que en cada paso vertiginoso aumenta el grosor, creando una quebrada que quebraba a la conversión de un río profundo, con secretos subyacentes que desembocarían en la libertad del mar de cualquier imaginación motivada. El bajón fue molesto pero delicioso. Otras corrientes de agua, eran las lágrimas de piedras gigantes como si tuvieran marcas de tejos sobre la arcilla, pero estáticas con su forma tiesa y enmohecida. Escuchaba la caída de cinco pedacitos de cataratas que se unían en la armonía de unas notas musicales apareándose con la fuerza del pulso. El temor de los abismos era un hemisferio trémulo en mi espíritu a causa del vacío eterno y creería yo, que el totazo desportillaría todos los huesos. Los musgos, helechos y la maleza junto con los lazos de raíces libres, sostenían mi sustancia completa para no caer. Toda la inversión natural rayó mis brazos. Seguía bajando con total cautela y las aguas se desmayaban sobre otras piedras verdosas, adornando otro sonido caprichoso que trataba de imitar la voz tenebrosa del viento invisible pero poderoso. Fue inolvidable la sensación con los dos pies y ambas manos sosteniendo el cuerpo que miraba hacia arriba con la boca en el sentido del revés de las hojas vivas, descubrí entonces que la naturaleza en su estado completo, mostraba plantas, musgos y helechos colgantes, maleza, otras especies divinas, y que eran una mezcla recíproca entre la combinación de la vida y la muerte. Palos vivos y muertos al mismo tiempo, musgo vivo y muerto plantado en un mismo sitio. Lo vivo y lo muerto estaba presente en unos ciclos de arte refinado y embalsamado en paradojas duales. El amor y el dolor, o el odio y el amor eran un verdadero ecosistema, los colores sombríos combinaban con la tajante depresión que hacía deslizar la cubierta de los tenis mojados y levemente untados de fresca tierra.

Sensación de pesado sueño y constantes totazos eran repetitivos, mientras todo se tapaba dentro de aquel lugar para hipnotizar los cuentos gaseosos saliendo de nuevo a la planicie y sintiendo una gama de rayos tranquilos que ya eran necesarios.

Llovió bien duro y al instante volvió a escampar. El sol infundía a través de los sentidos y chocaba contra unas nubes negras, el poder del astro hacía que aquellas manchas al lado de la dominante montaña lineal se consternaran en un infrarrojo delicioso que saltaba hacia los ojos interrogativos. El crepúsculo parturiento llegaba con sus formas indescifrables, revueltas con armónicos coloridos, la dinámica del mito del cielo azul pálido se rellenaba con figurativas cicatrices en la máquina del dínamo turbio de fin a principio. Todo lo visto en el hogar de las alas de águilas, canalizaba la ilegible inmensidad infrascripta en el dolor de ese nuevo cielo, que con las huellas de los minutos oscurece el arte, y refleja un fondo espeso sobre la idiosincrasia

magnética de gigantes parpadeos de estrellas hipotéticas, pegadas con la hogaza sin levadura ninfa de crepúsculo roto con los huecos de velas que se pueden aplacar en desesperanza infactible.

La parcial oscuridad monopolizó las calles púrpura accesible al inusitado aburrimiento. Todo ese capítulo era hedónico dentro de mi vital vigor. En la distancia alguien caminaba por el mismo sentido, me aproximaba a la silueta de una mujer. Entonces logré catar una energía dulce que me recordaba a un ser muy conocido y yo creía que ella era un ser tan familiar y conocido que yo, con mano burlesca froté su espalda con ternura, así que ella giró su cabeza y tenaz sorpresa al darme cuenta que era una alguien que nunca había visto. En la noche, debajo de los faroles zanahoria su rostro nuevo y delicado era el resultado de formas finales en la relación de imaginación de un logotipo de ángel caído, sus ojos eran brillantes como las piedras de esmeralda mojadas con las que me había divertido, su boca profunda y marcada de un rojo atrayente irradiaba el perfume de las más finas estrellas, su cabello negro como un tinto cargado, se partía en una recta carretera de sabrosos centímetros y representaba cataratas estáticas que descansaban un poco más abajo de esas divinas montañitas que colgaban en su pecho. Su cuerpo seductor era un nuevo lenguaje que comunicaba el amor por la locura y la perdición, y como no nombrar la botellita inclinada del conjuro de extremidades juguetonas y delgadas envueltas en glamour. Las telas que cubrían su piel resaltaban su prospecto sensual, procesando las delicadas curvas que de su figura de porcelana alba se manifestaba y contrastada en la ausencia que se vanagloriaba con la palidez plana de su vientre frutal. Su centelleo era abreviaturas que acicalaban la actitud de azúcar. En la perpetuidad de un segundo, descifré sus cualidades con el escaner de mi corazón. Pensé que iba a morir cuando adjuntó su voz adrenalina y adelfa sobre mis pulmones paralizados e inservibles. Aderezó un movimiento en sus cejas simétricas diciendo:

-¿Que pasó? ¿Qué pasó? –Me miró con sorpresa y tierna curiosidad.

- Que pena, sólo fue un afable accidente, te confundí con alguien y por eso te toqué, y yo sé que no me lo vas a creer pero es la pura verdad. –Dije casi sudado en nervios.

-No te preocupes. Yo te creo, además no es nada lineal. Un error y otro error es común ante los hu-manos.

-Buena noche se ha desprendido, ¿cierto?

- Pues si, no podría refutarla en el momento. –Contestó riendo.**
- ¿Te caíste del cielo amovible? –Sentí confianza al vislumbrar su sonrisa de simetría lunar.**
- ¿A qué te refieres con eso? ¿Qué soy yo para que me trates de esa manera tan irregular?**
- Sí, puedo ser más específico, ¿qué haces pegada al suelo si perteneces mas alto que la cometa de la luna?**
- Je je je je je... Te entiendo pero no te entiendo, si quieres disfrazarte de un amateur de palabras mentirosas, pierdes el tiempo.**
- Este mundo anticuado es antagonista ante la irrompible belleza increíble de tu ambigua sustancia. Me asombro de hablar con un ser que se puede hacer detrás de las estrellas mismas. Al contemplarte, puedo traducir el antídoto de la eternidad aparte que sale de tus ademanes. No soy amateur de palabras sino un pobre profeta, porque Dios me dijo que te hiciera el reclamo por haberte fugado de su trono.**
- Je je je... Eres muy gracioso. Simple y llanamente soy una mujer normal que ama caminar en la quietud de estos exagerados caminos. La añoranza se manifiesta porque busco a mi amado y no lo encuentro. Gracias por tus palabras.**
- Es un contradictorio apogeo atisbar mis pensamientos aplastados de apoplejía y no vislumbrar el profundo bagaje antes de ti. La razón se derrite y la inspiración desborda el caudal secreto porque eres más bella que la misma belleza refinada por las máquinas de refinamiento.**
- Gracias, siempre me lo dicen aunque tú lo dices diferente. –Dijo con el ego debajo de tierra.**
- Lo digo diferente porque eres más honda que el arte del Renacimiento, mas alba que la Piétra, más romántica y tranquila que la indescifrable naturaleza que degusté en la tarde. Eres la disertación balsámica para el cerebro reseco. Tú tienes el poder de monopolizar el amplio espacio de mi corazón que es ajeno y distante.**
- Pero es muy extraño que diga esas cosas de mí, sin conocer las celdas de los jardines emocionales e intelectuales que se sitúan en el mar sin fin de las falencias morales que salen de la copa de vino de mi alma. –Recitó ella con la voz de su sensibilidad.**
- No te das cuenta que soltaste el gatillo de la inspiración perdida. Puede que yo sea un total desconocido para ti. No obstante, mi corazón escupe expresiones cariñosas y selectas ante el mar que enunciaste para llenar de burbujas el sonido del vino añejo que suena tranquilamente sobre tu copa cristalina, deja que vierta vino nuevo a los cabos de tu abismal alma, déjate**

embriagar por el fermento sagrado de mis expresiones anti-retóricas y de efecto retardado, pero con un sentido raro.

-Para esas cosas no hay necesidad de relacionar ideas, porque mi mundo está percibiendo el aroma dominante de mi marido.

-¿Tienes marido? Que bien. Entonces mujer, es mejor que me aleje. Todo este día y un cuarto de noche actual me he sentido inalterablemente feliz y sería un espejismo que tú me dijeras que nos viéramos alguna vez. Cuídate mucho y que disfrutes tu espacio. No quiero fastidiarte.

-¡Es tu día perfecto! Si tú quieres veámonos la otra semana en la mentira oscura del Monumento que enfrenta la Cruz Colgante. ¿La conoces bien?

-¡Más que a mí mismo! Encontrémonos allá a esta misma hora, ¿Te parece bien? –Dije con un evidente entusiasmo.

-Listo. No diciendo más debo largarme ahora mismo. Me exasperaste con alegría un rato y no es nocivo del todo

-Bueno... ¡Chao Divina Alteración del Alma! –Me despedí así con tono tímido y con algo de miedo.

-Adiós. Espero que estés esperándome.

-Okay, allá estaré más cumplido que los retazos imperdonables del tiempo que está pasando ahora.

No podía negar que mi ex novia me hiciera mucha falta cada instante y que la pensara todo el tiempo, pero fue un error inoperable, haber relatado cínicamente la fuerza descarada de esa vida tan oscura y putrefacta en la que una inmensidad misma ampliaba el agravio hacia su inocencia fémina. Soy reconocido por mis malos actos y, ya había agorado yo mismo la cruel negativa de sus tiernas tonalidades, que derretían para siempre los pensamientos agusanados que no dejaban en paz la prisión aberrante de malditos errores que causan un arrepentimiento ignorado.

Aquella semana de ajeno fue una total parálisis. Los días ajetreaban congelados a base del desdichado aluminio rodante. El alcaloide en el encierro cohibido destilaba bajas energías que mi cuerpo acostumbrado a la lujuria alelaba una implosión insensible. El aletazo de su insoportable ausencia conllevaba sin clemencia al choque contra el piso de la desesperación.

Sin embargo, debo aprender a perder y tomar conciencia que la vida no culmina cuando el afecto suave de manos dulces como manzanas rojas dejan de acariciar tiernamente mi espalda huesuda, como cuando un beso honesto de amor es más delicioso que probar los labios del engaño. Admitir la aleación lógica de una unión orgásmica al instante inconfundible, se transmite ante “el amor verdadero”, y no teniendo el cuerpo finas especias ni el aromático más apetecido de la tierra, se detonaba el deseo que perseguía la carne y no el sincero querer de verdad fingida pero soportable a las secuelas del tiempo.

Esteban dejó de leer. Dentro del silencio conversábamos para llegar al fondo del conocimiento de nuestras experiencias confusas y distantes. Cada sílaba que sacaba me confundía más y disonaba tensamente en todo mi cuerpo mental. El Café 101 se teñía borroso por cada deducción del pasado. Sabíamos que estábamos ocultando algo y era una razón conjunta, recalcar que no desnudábamos nuestros lados totalmente oscuros. La noche esa noche era un paño de oscuridad que cubría los ladrillos rojos que abrigaban en rededor. Era más oscuro aún recordar la agonía de los pecados vergonzosos que persiguen la razón con la autopsia del saber, porque el barro del desajuste volitivo aislaba el punto de la quietud y al llegar la perturbación que era como un hermano maligno, podía ser creíble que se habría enterrado el sarcófago demente de los errores manchados y defecados, para dejarlos pasar por el vientre delicado de un bosque desértico.

Las palabras erosionaban el ambiente. Él con sus ojos melancólicos me hipnotizaba en el vacío distante, y esa idea loca de llenar el papel con los registros sin sentido de mi vida, se repetía en la penumbra. Fue tanta la influencia que Esteban gatillaba que, tan pronto llegué a mi cuarto empecé a conocer mi espíritu oculto por medio de la escritura nocturna y retirada. Resucité un mundo no abstracto con seis rectángulos dibujados en la pared distante y tenebrosa. Donde hay un primer rectángulo grande; y dentro del anterior hay un segundo rectángulo; y dentro del segundo otro, es decir, el tercero; dentro del tercero, el cuarto; y dentro del cuarto rectángulo hay un quinto y dentro del quinto un sexto. Esa sexta forma rectangular es, por decirlo así, el núcleo principal que está dentro de todos los cinco anteriores. Según la perspectiva, si se ve aquel dibujo desde las alturas engañosas, todos los rectángulos vistos son una prueba cíclica al interiorizar o exteriorizar al mismo tiempo ciertos parámetros, y se hace notar cómo el primero o más profundo, está sobre el alma quemada. Si la secuencia se hace al revés quedaría

prácticamente igual. Los ojos que miran los rectángulos, podrían cambiar el núcleo por la punta de una torre. La ilusión óptica es confundida al observar el núcleo profundo en la distancia o al contrario, como una protuberancia o punta en el final de una altura. Yo soy parte de un rectángulo por decirlo así, los otros cinco nacen con el canto que sale del libro escarlata de Esteban. ¿Cuál será mi número dentro del hueco o la torre?

Después de estar perdida en pesadillas dulces, se asomó el enchufe del recuerdo materno y brilló como una luz diminuta sobre mi cuerpo plasmado horizontalmente. Hubo un cortocircuito de chispas depresivas que salían de mis senos secos de leche. Levanté mi carne hacia el espejo. Pensé que mi madre estaba detrás de mí, pero era la falacia de su figura que no estaba donde debía estar. Fui a la cocina y sobre un plato desportillado, vertí un puñado de arroz tostado con fresas exprimidas y remoqué eso con dos tazas de ron, revolví lentamente y desayuné con una felicidad entera en demora con las cucharadas soperas pero muy perezosas. Mi estómago sentía fiebre, como algo de fiebre en alegría por admitir nuevo alcohol. Después mis manos se tornaron mantequilla y dejaron caer el plato que, ante de morir en pedazos contra el piso de madera y puntillas protuberantes, gritó con tanta gloria su cambio de figura. El poco ron que quedaba fue tomado por las tablas de madera que se embriagaron de nostalgia al recordar que eran altos árboles y, que se rendían de sucia tristeza, al ser conscientes de que mis pasos torturaban sus lomos. Salí y di una vuelta. La tarde era una lata de sol abierta con el ruido amoroso como rugidos de un león urbano.

Cielo oscurecido. Café 101. Esteban leyendo. Sigo escuchando los nudos que se unen en enredos flotantes de desconcertación.

No todo podía ser doloroso. Llegó el fin de semana y ya estaba listo para ver aquella renovada mujer de apariencia ambrosía. Mi corazón debía ser un amianto para que no se derritiera en el fuego seductor de su cuerpo esbelto y cara amolada por la irrefutable disuasión que amplificaba de lleno la decisión contraria de cualquier individuo. Mis amorfos nervios amueblaban todo bajo la carne temblorosa.

Cuando por fin llegué a la Cruz Flotante, trataba de no pensar absolutamente nada para recobrar algo de tranquilidad. Había luna llena sin destellos de nubes en las arrugas nocturnas del antaño presente en la presencia de sombras que espiaban en silencio las náuseas de las sombras dominantes y gigantes de mi espíritu liviano. El antiquísimo tiempo del viento era una

invitación a construir una mansión transparente llena de ventanas invisibles. No había gente. Me aplasté sobre una de las sillas.

Al verla, estrellas por todo el cuerpo se movían dentro de mí. El aroma del deseo se incrementó al ver succulenta mujer con curvas y atributos tan pronunciados y para nada exagerados. Me puse de pie y con toda la energía le di un beso en la mejilla.

-¡Hola tu! –Dije esas dos palabras con lo más exquisito deleite.

-Hola. –Replicó con una cálida expresión de dulzura.

-Pensé que no ibas a venir.

-Pero aquí estoy. Luego, ¿no me ves?

-Sí, aunque todavía no me resisto a creer este espejismo tan rico.

-Ja ja, y ¿qué más de tu vida? –Cuestionó con mucha gracia.

-Un poco enfermo porque las defensas del organismo se durmieron por pensarte tanto y los virus se infiltraron.

-¿Será por mi culpa? ¿Pero cuéntame más sobre eso? -Preguntó mamando gallo.

-Sí, sigo sin salir de mi asombro al conocer la semana pasada a un ángel que se volvió hoy precisamente una Diosa que manda y da equilibrio al universo del cielo del cual ningún ser humano no ha podido hasta ahora ver.

-Ja, ja, ja, pero sólo tendríamos que ser muy buenos amigos porque yo amo a mi esposo. Debo aclarártelo de antemano, eres interesante y muy gracioso como amigo.

-Entonces, ¿por qué viniste a la cita? –Dije indignado.

-Porque es bueno y saludable tener amigos. Todo sería muy monótono si mi único amigo fuera mi esposo. ¿O me equivoco?

-Para nada mujer, y ¿cómo se llama tu esposo? –Pregunté incomodamente.

-Que interés por él, jajaja, mentiras, se llama Kevin Cruz.

-Me alegro tanto por ti. –Aunque por dentro yo estaba molesto-. Nada en este mundo es seguro e inamovible mujer. Si Kevin te llegará a poner el cuerno y tú lo descubrieras, ¿qué harías divina?

-Terminaría con él y jamás lo perdonaría. –Contestó 100% segura.

-Sí, aunque es necesario perdonar, los errores están ahí. Se repiten de una u otra manera.

-¡Eso depende del error que cometa claro está! Y del nivel de respeto que le proyecten y deduzco que mi esposo es íntegro en todo el sentido de la palabra.

Hablamos como buenos académicos acerca de nuestras vidas y rutinas. Obviamente yo saqué a relucir mis victorias acumuladas y hechos excelentes, lógicamente, todo lo sucio y malo lo escondí. Nos fumamos seis cigarrillos y pareciera incierto pero logré encontrar fuentes mágicas de perfección a su lado, mientras el humo ascendía muy lentamente hasta lo alto del horizonte y se perdía. Tenía que volver a la ciudad a rectificar unos asuntos de último momento. Entonces le rogué que nos viéramos la semana siguiente para seguir hablando en ese lugar tan sombrío. Juana aceptó pero lo más seguro era que iba a ir acompañada Kevin.

Es increíble el fenómeno tan contradictorio que pasó. Un clavo saca otro clavo. Otros clavos se entierran con placentero dolor pero se modifican fácilmente. A mi ex novia no la volví a llamar y el pensamiento la traía a mí muy poco. A veces la melancolía invadía mis recuerdos diminutos en Juana, en lo putamente hermosa que era a mi gusto personal, en las expresiones que utilizaba con tranquilidad e inteligencia. Tendría que ser solamente mía y de nadie más. No me conformaría con que fuera compartida entre Kevin y yo, amada y comida por dos y, aparentemente feliz, apoltronándose en mis garras por unos instantes y luego cayendo en los labios de su hombre. El día apergaminado resuena en una nueva faceta. Todo nublado, hasta los sigilosos planes para persuadirla ante mis peticiones cundidas de enfermizos apetitos de afecto. Juana absorbe muchas extrañezas de mí, no he vuelto a beber con mis amigos los burdeles; sino que he estado tratando de que se adhiera por lo menos parcialmente a mi carne. Estoy asombrado con ella. Ninguna mujer hasta ahora, había dominado con brevedad todo mi mundo y sentidos embotados en un impulso demente que se convertía a lo sumo en un desafío, que no podía dejar mi alma tranquila hasta que fuera capaz de cumplir los objetivos para con Juana, y yo estaría entonces dispuesto a adorarla con agobiante apoteosis dulce, así ella no sintiera un poquito de interés en mi loable aprisco.

Estuve aburrido, eso no es para nada raro. No puedo creer que todo el pasado conjunto vuelva tan fuertemente a mí y yo lo ignoré por completo. El mismo clima y paisaje con toneladas de luz se desborda ante las calluelas y casas cambiantes. La misma cosa amorfa de todos los tiempos. ¿Qué logros HABÍA tenido en la vida? No, creo que sería mejor cuestionarme de esta agobiante manera: ¿cuántas manchas imborrables han aparecido sobre el pecho vacío? Los arañazos profundos siguen siendo culpables de romper el arca de la esperanza, para curar el tumulto inmoral que me persigue todos los mismos días como si fuera una humilde pesadilla recortada a

medias. ¿Qué debo hacer entonces? No dejarme ganar por la mente embustera y negarme al corazón traicionero para encarar esta ardua batalla. No debo estar presente ante el mar del mal, ni caer en el capricho de no volver a soñar en la superficie anormal, y no contaminar el espíritu con nuevas y placenteras prohibiciones que con el tiempo desmorona en carne viva, el vacío abismal que se retrata al repetirlo constantemente.

La percepción es asombrosamente efímera o tal vez esté diseñada para la posteridad. La bolsa negra donde se vierte la basura está vacía ahora, pero en un breve espacio de erróneos segundos se podría llenar de desechos idealistas e inorgánicos tales como: papeles de armiño, cajas de condones desarraigados por la arritmia del constante uso, un arsenal de pruebas de embarazo, artefactos oxidados por el degenero y no por el medio ambiente, cuerdas de electricidad rotas sobre la asfixia del asiduo ventarrón, dos tipos de tablas podridas que descansan sobre una hamaca de hierro, una partida de ajedrez sin ganadores y perdedores pregonando un jaque perpetuo de dos fantasmas inertes que discurren por los escaques del mundo dualista de negros y blancos en el tablero denso de perdición y error, cobijas arrugadas para taparse de la vergüenza, artimañas de piedritas redondas para asestar la más pertinente excusa asexual cuando las versiones de testigos fieles recaigan sobre el descubrimiento de aseverar la tenaz verdad a secas, etc. La bolsa negra de basura se llena hasta el tope máximo y por tanto, no se puede cerrar. Mente, subconsciente y muerte son tres materiales compuestos de asteroides sin cola que derriten sus redes hipotéticas. La mente no es como la bolsa negra, sino más bien, es una diminuta relación desacertada; como un cajero que constantemente le meten y le sacan billetes de alguna denominación estipulada y condicionan el cajero para que funcione. El cajero no posee autonomía como el ser racional observante, me refiero a un mortal cualquiera que no ve lo que es literal y no logra traspasar con una cálida y gruesa pincelada la tela de la realidad. “La mente es cíclica en cuanto a la perversa transacción: Objeto visto y objeto subliminalmente olvidado”. De pronto, se podría abrir la bolsa negra de ideas e imágenes, aunque debo ser tajante: “La epopeya de la muerte corroe bastante y los secretos de la mente y el subconsciente, derrumban un kilometraje existencial que se hecha todo a perder”.

Muerte en mente y mente en muerte como subproductos que no refinan bondades majestuosas, sino atajos evasivos que duermen en columnas de nubes verticales que atarean formas de escalera y ductos tubulares dirigidos, aunque no son raíces bien plantadas en el cielo. No, allá no van, sólo terminan en aplomada oscuridad flotante, porque con la luz se conocen los hechos

y lo conocido tiende a aburrir con exasperación. ¿Es el temor a la oscuridad el principio de la santa duda?

A lo mejor, poco o demasiado probable es que el factor genético sea el espejo más grande y claro de la rota arcunia. Cuando hay fallas en el ADN, o un pecado oculto se transmite de padres a hijos, se tornaría esclavizante modificar por ejemplo, la depresión, el inconsciente traicionero, las adicciones y un montón de secuelas que pasan de-generación en generación. Más complicado aún cuando entra una dicotomía sagrada o aversiva: La sociedad fragmentada y el medio externo. Ininteligiblemente, los circuitos de la profundidad mística interior envejecen y cuando éstos se elogian en un sustrato putrefacto o empiezan a fallar, entonces aquellos chips quemados y humeantes brindan una lectura existencial e intrasensorial, dando concretamente una información degradante y errónea. Esos circuitos hacen creer por engaño que el humano posee patas de gallina en su rostro firme en lozanía, un firmamento de arrugas, ojos apagados por exceso de uso, labios flácidos, cabello marchito y escaso; hasta que la voz angustiada de la muerte arrulla sus prospectos porque, los estúpidos e impotentes circuitos creen que no hay vestigios de eternidad y el cuento es tragado por un desenlace finamente acabado.

Disertar sólo en estos vientos esquemáticos era una locura. ¿Quién soy yo para cuestionarme? Todas las recapitulaciones existidas son una sopa de agonía con la sal de la desesperación. Desarmo mis conjeturas al pasar su azul recuerdo, retraído en una singularidad compartida en dos mujeres que nublan la razón. Una de ellas, sumergida en el pasado y otra presente en el presente. Las tantas deliciosas ponquecitas en ambos tiempos. El niño endemoniado que sale de mis negruzcas dudas no se manifiesta, pero cuando se la da por salir, hace dar vueltas circulares a la conciencia embustera, llevándome inconscientemente al abandono y a la perdición. ¿Será que toda esta farsa se reduce a una simple rutina?

Esteban cerró su lectura con esa pregunta que se escondió en mi inconsciente. Tenía mucho que pensar y escribir. Era como una manera cálida y entretenida de salir del paso. Habíamos bebido en cantidades alarmantes pero no estábamos en ebrias márgenes.

-No tengo dónde ir esta noche, -dijo Esteban con inseguridad-. Mis padres me dan más que suficiente dinero para solver mis caprichos, pero me preocupo de no estar con ellos y estando

en el mismo techo, somos unos desconocidos. Ellos y todo el mundo me dejan subordinado al destino del olvido, hasta yo mismo sé ni quién o qué soy.

-No te pongas triste Esteban, la tendencia a quedarse en solitario es una buena opción o, ¿no te parece bien?

-No tengo ni remota idea. Es algo raro. Realmente somos bestias inexplicables. Cuando no estamos solos, queremos estarlo y, al contrario, estando fríamente solitarios, añoramos el manto cálido de alguien, así sea la persona más impertinente o petulante.

-Bonita paradoja. Si un ser cualquiera empieza a escalar una cima extenuante, debe apoyar sus pies sobre la cabeza de muchas influencias, de no ser así, la caída sería un temible abismo sin fin. U otros, solos, han salido de la nada y han conquistado el mundo con suma facilidad, sin inquirir de nadie...

-Todo tiene un desenlace Amanda. MI DESTINO YA ESTÁ ESCRITO y no puedo hacer nada para modificarlo. Seré un individuo no trascendente y pobre de afecto, sin ningún tipo de reconocimientos por mi emblema inicuo e incorrecto. Todo en general es tardío y sufrido.

-Yo siempre he pensado lo mismo de mí. Si hay un Dios en los cielos, podría decir que me ha mantenido. Mira Esteban, el ser humano no se llena con nada. Si un tipo tuviera dominado el mundo a sus anchas, incrementaría su egoísmo a tal elevación que, no compartiría autonomía sino que monopolizaría hasta sus propios pensamientos.

-Aunque es una honesta exageración porque los grandes muñecos que han separado y transformado los ideales de la tierra en sistemas fronterizos; son almas colectivas y detrás de los muñecos efímeros, hay centenares de sombras que irónicamente subordinan y tienden a dominarlos.

-Era un planteamiento idiota, es algo creado por la imaginación. ¿Por qué desbaratas lo inventado? –Dije con inmensa preocupación.

-No sé ni me interesa la información ni los conocimientos porque constantemente los están deformando. Es mejor empaparse en la nada y no vivir engañado con el seso bien exprimido.

-Si no hubiera información ni conocimientos interesantes, sería saludable inventar un sistema teórico para predicar tus vainas y así tendrías muchos adeptos.

-No me llama la atención eso. Una farsa tras otra desemboca en un dogma. Prefiero salir y ser otro, pero soy yo y soy el resultado de las experiencias y expresiones que me afectan e impresionan.

-Ya es medianoche, me está venciendo el sueño. Me tengo que ir. –Salimos del Café 101 con pasos rutinarios.

-Déjame dormir esta noche en tu cuarto Amanda, por favor.

-No sé... mmmm... Déjame pensarlo...

Pasaba un taxi y con inercia nos subimos en él. Luego caminamos hacia una licorera cerca al apartamento. Compramos vodka y un paquete de chicotes. Con pasos de frescura sobre la noche estrellada de tanta tristeza nos encerramos en el cuarto. Llenamos el espacio silencioso y adormecido con algo de música. Destapamos la botella que habíamos comprado y encendimos con un estilo libertino los cigarros. Abrimos la ventana para que las bocanadas antiguas o primarias se marcharan para sacar unas nuevas con lentas y deliciosas ondulaciones. Entre más chupábamos la botella, más risas brotaban de nuestras bocas torrenciales, y ajuntaditos, arrunchados de dicha, grabábamos toneladas de palabras poéticas, brillantes y con redención romántica. La conversación íntima detonaba una pintura más afectuosa y rica. Era como si él fuera en aquel momento toda mi realidad y yo fuera la suya. Asimilábamos gestos y expresiones risueñas con el más minucioso detalle. Nuestros ojos se unían con una excitante asonancia que barnizaba las ondulaciones de nicotina. Todo era borroso, hasta la misma llegada del alba. Las puertas de mi vida se mojaban con la entrada armónica de un visitante que al pasar la noche se mantenía haciendo una mágica fricción de sílabas poco comprensibles al desinterés, y yo, extasiada succionando-lo inexorable con la saliva de su encantamiento.

Él con instinto y finura, despojó la cáscara gruesa de la fruta que nadie había tocado. Cogió el vodka y lo vertió en aquella fruta que indirectamente deseaba ser comida por el arte ordinario de sus labios profundamente fríos. La luna en forma de cuernos de toro entraba por la ventana abierta con mucha dificultad. Era entonces muy doloroso penetrar la pulpa con los colmillos más afilados que los de un lobo nocturno lujurioso. Muy complicado descansar en el monte planetario donde no había actividad constante. Las dos montañas estaban sitiadas por un par de protuberancias que crecían a gran escala. Mientras él creaba un globo casi redondo, y defecaba una bocanada por sus fosas palpitantes.

-¡Aléjate de mí ahora mismo! –Le dije al sentir un desgarrador dolor.

-¡Qué? Ah, mmmm... mmmm... mmmm... ¿aja! ¡?, ¿! Mitad pregunta-exclamación. ¡Si no?

La felicidad pasional se convirtió en un “no delicado recuerdo”. Nos estábamos abrigando de caricias perdidas, pero llegó esa repentina escena a mi mente. En aquel entonces tenía 12 años. Me encontraba en la casa pintada con el CO2 urbano de una tía y salí por las calles desconocidas sin pedirle permiso. Caminaba por un callejón oscuro en una noche sin luna. Sin dejarme reaccionar, los brazos de un fornido individuo de abundante barba me atenazaron. Él tenía más o menos 40 años y desplegaba un aliento de muerto. Sus manos abusivas de un solo zarpazo recorrieron todo mi cuerpo, y sus dedos endemoniados por el impulso pecaminoso me apretaban mis nalgas, mi vaginita. Yo tenía un saquito con rayas de un arco iris pero éste cayó al piso como un montón de piedras. Sus malditas palmas raspaban todo mi inocente cuerpito y ahogaban mis intentos de gritar. El tipo se bajó la cremallera y estaba a punto de punzarme con su monstruo cuando, en aquel bendito momento, pasaban seis borrachos coterros por ese callejón. Ellos al ver aquel procedimiento tan irregular, agarraron sin clemencia al tipo que me tenía poseída con su apestosa energía que me paralizaba de lleno en miedo. Uno de los ebrios, arrebatado por el más desesperante odio con una botella oscura de cerveza en mano, se la reventó en la cabeza de mi agresor. Hubo una explosión de vidrios y líquido espumoso que se lamió todo el pavimento, los otros dos tipos sacaron sus flamantes navajas y empezaron a acariciar con sus puntas el estómago y luego, maquinalmente molieron todo el cuerpo, así que las vestiduras de los cuatro irradiaban la sangre más escandalosa que haya podido ver desde que nací. Los tres borrachos, con ternura escalofriante degollaron al tipo y primero arrojaron la cabeza de una patada al agua negra y como un montón de basura, tiraron su cuerpo a las mismas aguas de un caño que estaba cerca de allí. “Hija, estás a salvo, véte a tu casa” –Había dicho roncamente uno de los tipos. Yo estaba paralizada y privada. Después de un buen rato perseguí el hilo de sangre que cubría el andén hasta llegar al caño, miré el cuerpo que flotaba lentamente bañado en podridos líquidos de tinieblas añejas y costales que parecían barcos antiguos. Había un sofá flotando sobre una isla de tierra en el caño, la imagen se asimilaba a una sala con el olor fétido de un asesinato contundente e imprevisible. Nadie supo eso, ni siquiera mi madre que en paz descansa. Volví a la casa de mi tía y ella me regañó por haber salido a la calle sin su autorización. Luego, al verme tan pálida y cubierta de temor, me preguntó qué había pasado. Duré casi un mes sin gesticular palabra. Me llevaron al médico pero mi boca

fue una tumba, y a la tumba llegará mi secreto; a excepción tuya y a excepción del que lea alguna vez mis escritos esparcidos por hojas separadas que descansan debajo de la cama.

Un molesto dolor de cabeza me desesperaba. La migraña sin piedad me atacaba y yo, con un mareo terrible, vomitaba el jugo gástrico que salía de mi boca calientito, espeso y con flemas amarillitas. Salí a comprar unas pastillas y, perdida en mi propio pretérito, se me reventó el tiempo literal y, sin darme cuenta ya era tarde. Los detalles metidos en más detalles no me dejaban tranquila y, llegué a la conclusión sencilla y, en algo elemental, de no asir hojas sueltas y papel para perfeccionar más estupideces, siendo yo el fulcro de atención. La conversación con Esteban es un asunto muy personal y, de hecho, me propuse que no lo escribiría nunca. Cuando llegué de nuevo al apartamento, él ya no estaba pero había dejado una nota: “Te espero en el Café 101 para seguir leyendo el libro”.

Efectivamente esa noche llegué y él transformó su mirada, ésta era tan brillante y mil veces más abierta que antes. Parecía un farol con alto voltaje.

Después de una estresante semana en la ciudad contada con los dedos y rogando a que se desvaneciera pronto, fui con pasos rurales a la cita. Una tarde plagada de blancura en las alturas... ¡Baf! Estaba muy ansioso por volverla a ver así fuera con su esposo. El cielo estaba forrado de una movible neblina que hacía que los árboles en secuencia parecieran almas flotantes, veía aquella neblina tan cerca, como el humo de una fogata sin sabor. Pareciera que estuviera en un acogedor templo lleno de aromas de un albo cielo de donde dicen que vive el Dios Excelso: Todo blanco. Entonces el dios sol rompía las nubes de hilos y la neblina huía y se perdía por los cerros tapizados de un increíble perfume verdoso.

No se dignaban en llegar. Maldita espera. Ciertamente, estaba más enredado que piola de cometa en aquella Cruz Flotante, llena de simétrico césped y piedras desnudas colocadas en un orden establecido, aunque con esta orgía de paisaje y perspectivas enmarcadas, las ideas lubricaban más fácil y la angustiada espera no se incrementaba, sólo intentaba evadir mis confrontaciones leyendo constantemente las corrientes descifrables del viento con quejidos radiantes de libertad. Me concentré luego en escuchar los conciertos de los pájaros que colgaban del cielo y no prestar atención a los murmullos que salían detrás de las ramas.

La espera ordeñaba el corazón y lo vaciaba en rotunda desesperanza, ya no había ni una sola gota de sangre y la taquicardia me puso depresivamente enfermo. Era como salpicar a alta

velocidad en un corazón que no palpitaba un fluido rojizo sino solo un aire vacío e interno en las venas. Maldita espera esclavizante. El corazón se astillaba en pedazos pequeños, de tal modo, suponía que el mejor remedio era pegarle curitas para cubrir las miles de grietas que llevaba y decirle que no me traicionara. El corazón, el corazón, corazón estúpido erudito de pecho lleno de letras sin sentido, era un inquietante molde indefinido en su ansia consumible.

Un par de horas esperando, mientras tanto las garras del recuerdo pasado me esclavizaban, los constantes errores enterrados formaban una bola de hierro caída en inseguridad de mi ser e iban creciendo más rápido que un infante. Cada paso retrógrado se alimentaba en mis sentidos como una ruleta rusa o un campo minado, así que tendré que camuflarme bajo cautela y retomar el líquido caminante de nuevas decisiones, que al galopar la noche se dirigían a otra noche, confundiendo la glíptica del destino de piedras preciosas.

Todavía las llamas negras de aquel recuerdo raro de mi ex novia trataban de congelar mi alma. Un amor con desenlace de fracaso no era plenamente oculto por los matices del olvido. Así hubiera retorcionones en mi cabeza porque el chocolate de su piel y la leche de sus ojos vírgenes y su sagrado porte, de la mano de su inocencia; hacían reconstruir una imagen de suave aroma de su cuerpo dulce y su inteligencia inconfundible. Gradualmente cesaba de pensarla pero igual buscaba un clavo nuevo para sacar ese clavo oxidado y retrogrado que había envenenado mi desnudo y repetitivo corazón. Por tanto, Juana estaba en escena de espera en el siguiente capítulo del libro muerto de páginas doradas en el cual no estaba cerrado por completo.

Es horrible que en la vida entera, así como en la leche enteratoda; todo el mundo tenga que esperar algo. Sin embargo es necesario estar en expectativa con los interrogantes más molestos para poder seguir por el abismo unidimensional que se acaba al fall-ecer. Esperar el viaje del tiempo para sumir las diferencias en la igualdad del regreso. Hoy más que nunca, ante esta espera, siento un profundo pavor al tiempo porque es el enemigo más grande, el guerrero más invencible para el ser humano. Es por culpa de él que los más anhelados proyectos y sueños decaen porque la vida es un sorbo de felicidad breve; pero es un mar tormentoso de mareas llenas de crisis, iras que nunca se van, noticias e informes inoportunos, incrédulas desilusiones, torturas verdaderas e imaginarias, dolores físicos e idealistas en embates salados y decepcionantes, monopolización de bienes morales pasivamente, en el tubo oxidado de engaños, en un mundo de escoria desinfectada por las olas de la esperanza escrita en el sentido más general del caso.

Ya me iba a ir. Un mar de emociones se manifestaba, hasta que una molesta rabia hervía con fervor. A lo lejos, vi dos siluetas que se acercaban. Efectivamente era Juana y Kevin que llegaron muertos de risa.

-Hola Juana. –Una gesticulación tímida de péndulo se desbordó en el aire.

-Hola ¿Cómo estás Tomás?

-Bien, ¿y ustedes?

-Contentos. Si, realmente dichosos. Amor, él es Tomás, Tomás, él es mi esposo, Kevin.

-Mucho gusto, -dijimos al unísono mientras nos estrechábamos las manos.

-Qué pena haber llegado hora y media después de lo acordado, -con tranquila voz dijo Juana-, lo que pasó fue que estábamos bebiendo unos guarilaques bien buenos.

-No se preocupen por mí, yo apenas había llegado hace 25 minutos.

-Hey Tomás, mi esposa me ha hablado mucho de usted. Dizque sus palabras no dicen nada o confunden y eso es muy interesante porque la ambigüedad lo pone a uno bajo efectos de geniales disertaciones. Perdón compongo: de geniales disertaciones.

-¿En serio? No es nada Kevin, soy yo apenas un mortal sin alma que amasa el cuerpo al molde del contexto que sea requerido. Artefacto de la estupides y aparato de vainas sin sentido.

-Ya me estoy perdiendo, -dijo jugado de una acogedora risa-, se le nota que su habitáculo es una biblioteca o algo así, ¿cierto?

-Aja compadre. Las bibliotecas han hecho de mí una masa no moldeable, menos humilde y más jactanciosa. Siempre leo literatura. De hecho, soy adicto a los clásicos y los devoro en mis extensos espacios de soledad.

-¿Cuál es tu libro favorito? -preguntó Juana con una voz muy distinta que cuando estábamos solos, con un toque de sensualidad retardada y humectante.

-La Metamorfosis de Kafka y un cuento de Julio Cortazar llamado el Perseguidor. Pero me identifico más con el sarcasmo y paradojas de El Retrato de Dorian Gray de Oscar Wilde. ¿Han leído alguna cosa sobre él?

-Yo sí. El teatro era su vida y lo articulaba muy bien con las letras. Fue heterosexual, luego bisexual y terminó homosexual, y los placeres de la vida eran su talón de Aquiles, -dijo Kevin-, y sus escritos se remontan a sus vivencias ocultas en la época Victoriana del siglo XIX.

-Usted sabe más que yo. Tal vez, la moral efectivamente es un espejo de las creaciones de los artistas y los escritores. La mayoría de gente piensa que cuando alguien edita un texto, NO está desnudando sus ideas secretas sin darse cuenta de ello, lo quiera o no. Grave equivocación. El mundo que un ser humano cualquiera construye en letras o en imágenes; se evoca en los retazos de todo su bagaje y experiencias.

-Es verdad. La huella de tu pie es diferente a la mía... Pero cuando uno hace parte de una sociedad, un grano de arena se junta con el resto y se origina la playa. Pareciera que todo fuera igual pero no lo es. No es lo mismo escuchar un fragmento musical estando solo en la casa que en compañía de cien mil personas en un estadio escuchando ese mismo fragmento.

-Sí amor, también aparece allí la influencia colectiva, -dijo Juana mirándome sensual y desafiantemente-, las masas tienden a imitar con sus hechos. Me refiero a la ejemplificación de sus ídolos mundanos. Se visten bien parecido a sus cantantes favoritos, se dejan crecer ordinariamente la barba y el cabello porque leyeron un cuento que descifra el punto más alto de erudición, y vislumbran un sistema neófito en cuanto algo se pega en sus sentimientos.

-En parte lo que acabas de apuntar es razonable pero no es su totalidad latente, -dije con manipulación-, no hay nada mejor que ser auténtico, o intentar serlo aunque sea complicado. Realmente ser auténtico es imposible, siempre habrá una copia inexacta de uno.

-¿Vamos un rato a la finca de mis tíos a beber? De hecho, ellos no están. -Dijo Kevin destartando el tema de un solo machetazo y con voz agobiada por licor nuevo.

-¡Listo vamos! -Dijimos Juana y yo como si no tuviéramos un plan más interesante, pero si que era a lo sumo interesante.

-Pues no se diga más...Esta noche quiero estar juiciosamente borracho. Escuchando a Javier Solís, Antonio Aguilar y Vicente Fernández a lo mero macho y tener en la noche feliz un alma de toro español.

Siempre he estado convencido que lo que uno se imagina o dice, así sea en broma, se manifiesta en grandes probabilidades. Fue muy gracioso darme cuenta que lo último que dijo Kevin fuera una realidad secreta en horas posteriores. Llegamos después de una larga caminata a la finca. Los perros ladraban a voz rasgada. Prendimos la chimenea con gruesos palos de madera. Me llamó mucho la atención ese mini-bar con todo tipo de tragos y botellas de todos los colores, así que al mismo ritmo que la fogata cogía vuelo, nosotros tres también se nos incrementaba el combustible energético como si estuviéramos cayendo en los brazos de un renovado fuego. Fue

muy raro ver como Juana llenaba la copa de Kevin totalmente y en cambio, ella se auto servía tan sólo un cuarto de copa y a mí media. Aún así, yo ya estaba entrando en calor y todos los temas inherentes a las altas esferas fueron abordados incompleta y parcialmente porque teníamos esencia de eufóricos idiotas que sabíamos todo abstractamente. Estaba claro que ellos habían tomado desde antes, mucho antes. El espacio era amplio sobre el piso de baldosa hasta el techo de costales sostenidos con puntillas y troncos de madera sin piel. Kevin sin darse cuenta estaba bebiendo tres veces más que nosotros. Él desplegaba la más dulce alegría cogiendo a su querida Juana por el trasero, pero ella, sin que él se diera cuenta, hacía una mueca de total desprecio cuando sus manos tocaban su cintura atrayente al aroma indescriptible de sexo bien mojado en la lactosa alcohólica.

Kevin se levantó para ir al baño pero sus fuerzas se cayeron al suelo. Juana y yo, lo alzamos y lo recostamos sobre un banco de madera gris. Parecía un bebecito recién dormido. En todo ese tiempo no le había dicho palabras geniales a Juana porque el marido estaba presente. ¿Con tragos en la cabeza, era hora de conquistarla? Un ataque de lujuria me arropó el cuerpo, apretándolo, y yo, ante eso, temblaba en adrenalina pura.

-Tu esposo se dejó ganar fácilmente del ron y del sueño. ¿No sería mejor llevarlo a un cuarto para que estuviera plenamente cómodo?

-¿Luego su presencia casi moribunda te molesta? –Dijo Juana alegremente.

-En parte sí, porque no podría decirte con lánguida tranquilidad nuevas facetas en el calor de los tragos, -hice una larga pausa-, soy otro tipo cuando estoy dormido en el campo sobrio y otro tipo arriesgado y eufórico cuando no estoy en sano juicio.

-Interesante lo que me dices. Estaré en expectativa al escucharte. Entonces llevemos a Kevin al cuarto de sus tíos.

Lo botamos a la cama doble como a un saco de plomo. Ella con impresionante rapidez le quitó los zapatos y lo arropó con el arrullo de su voz. Luego, volvimos afanosamente a la sala principal amarilla, llena de troncos decapitados que hasta ese día, aún servían para aplastar las nalgas. Juana apagó las rancheras de alto volumen en un solo switch, dándole cabida a la nada que se escuchaba, me refería al ducto oculto de la naturaleza desenchufada con cables sin voz y vida muerta, a eso de las tres de la mañana. Ya no estábamos tan distantes. Nuestros rostros se

encontraban frontalmente como si nos estuviéramos viendo en el deforme espejo del sexo opuesto. Cuando de pronto su voz inexplicable en belleza alteró mis sentidos.

-Bueno, por fin tú y yo solos en el nacimiento de un nuevo día oscurecido. ¿No te parece triste que el día comience su labor sin la dulce luz del sol? -Preguntó como si se estuviera burlando de un poeta.

-El sol tiene que dormir en la distancia. Dije con voz seria sabiendo que una de las grandes “ventajas” que el alcohol ofrece, es que uno no siente vergüenza por ser totalmente estúpido y las idioteces se desbordan a flor de más tontedades.

-Pero ¿por qué no es solamente luz en perpetuidad? -Ella, idiotizada, se reía y yo sin saber de qué.

-Porque el firmamento, las constelaciones, las estrellas, la vía láctea, el sistema solar, los planetas y sus componentes internos que están dentro de esas cosas, son el reflejo perfecto del ser humano individual imperfecto, siendo la unión del movimiento inerte y vivo como una llave de secuelas recíprocas que es algo así que un solo cuerpo agigantado de un solo Dios. O, tal vez que todo lo macro y micro del "todo dentro o fuera del todo" sea una generalización incompleta.

-Te entiendo perfectamente, hay comunión en las imágenes que me haces sacar.

-La oscuridad es maldad y fluye en encantamientos y hechizos. La oscuridad produce miedo, reestablece inseguridad y se presta mucho a los placeres fundidos en emoción tenebrosa y burlesca. ¿La naturaleza nos distrae del engaño? -Si yo estuviera sobrio no haría preguntas tipo tragame tierra.

-El arte es lo que aparentemente nos libera. -Dije sin titubear.

-Creo que estamos hablando cosas diferentes.

-No del todo, -con la copa en mi mano, era la conversación más absurda que había tratado de sostener en esta vida-, ¿por qué no es posible contestar lo que se sabe? -Pregunté embobado.

-POR ESO MISMO, PORQUE NO SE SABE Y AL CONOCERSE SE SABE. -Ya nos íbamos a untar de filosofía de principiante, pero insisto, en ese estado, con el país de alcoholes, conversar era bueno-. Tengo las manos dormidas por tanto frío... Cambiando el tema, ¿qué era lo que me ibas a decir?

En aquel momento, un terrible nudo atravesó varias de las excelentes ideas para confundir su actitud mentalina y de manera parcial ahondar las ganas de manipularla. Estaba pavorosamente buena, su figura hacía brotar la cizaña de mis malos pensamientos. Su cuerpo en movimiento se prestaba entonces, para cualquier actividad sexualmente lúdica. Un buen rato se diluyó al tratar de organizar las ideas apagadas.

-¿Por qué no hablas? Estoy esperando. –Dijo en la cautela ansiosa de la madrugada.

-Es que, heee, estoy nervioso. –Efectivamente repliqué atontado.

-Y... ¿Qué tal si te agarra el sueño y te desplomas al instante como Kevin?

-¡No digas eso! Ni lo pienses por favor, porque al observar detalladamente los dos planetas perdidos de tus ojos, créeme que no necesito dormir. Más bien, quiero proponerte un plan distinto sin palabritas tradicionales.

-Propónlo de una vez... Dilo. –Hablabla a mil por hora y su voz olía a hormonas hirviendo.

-Basta ya de metáforas con combinaciones de caja fuerte. A lo que ya hago referencia es, pues si tú lo deseas así claro está, a que todo el caudal metafórico de mí mismo, no salga de tontas palabras derretidas de ésta madrugada sino de mis manos, con dedos que se quieren manifestar hacia ti como un lenguaje renovado.

-Mmmmmmm, ¿cómo sería eso? -Preguntó con el sondeo de una buena sorpresa- Vamos, dilo.

-Deja que mis manos columpien todo tu expresivo y despierto tacto en la actividad volcánica de este ya casi amanecer. -Estaba que se me salía el corazón en pedazos porque yo estaba empatado en emoción.

Ella se quedó eternidades pensando con cara de pura picardía. Sus labios entreabiertos seducían los pensamientos más versátiles en las nuevas aguas del pecado. Sentía que el aire me hacía mucha falta y que el pecho vibraba como un temblor de tierra. Serví una copa gigante de ron fresco y descendió por las paredes del esófago como una flecha que llegaba al estómago, que era un lago con pequeñas olas meciéndose en arrullos de satisfacción. En aquel instante, el tiempo se detuvo y yo no sabía que carajos iba a pasar. De todas formas, era muy temprano y podía irme rematado a patadas por la princesa con tacones de cristal.

-Listo. Mi carne es todo un instrumento para que tus manos sueñen, soy tu juguete y tu reina, así que apúrate porque el día va a abrir sus ojos y, sería triste para ti que tus dedos quedaran iniciados por un deseo nunca efectuado. –Dijo más sensual que nunca.

-Juana, no puedo creer lo que dices. ¿Me estás hablando en serio? –Pregunté en son de juego.

-Muy en serio. Muy, muy en serio querido Tomás.

Sería yo muy idiota preguntarle: ¿y tu marido no se pondrá bravito? (Moralista de mierda). Pero no tenía raciocinio literal para pensar en nociones axiológicas que no llegaban a ningún lado. La oportunidad se reflejaba como en la bandeja que sostenía la cabeza de Juan el Bautista. Así que mi fanático corazón quería volar y distanciarse con su pócima. No perdí tiempo. Mis dedos con suma delicadeza rozaron la sandalia roja viva y dejé su pie desnudito e inocente sobre la parte interna de mi boca. La lengua con poco espacio empezaba a danzar sobre sus deditos que subían y bajaban al compás de mi punta de fresa, mientras que mis dos manos escalaban sus piernas de piedras calientes. Pasaron alrededor de 15 minutos y ella gemía para que mi lengua siguiera subiendo a un pozo que fabricaba líquido. Juana tenía una falda de nubes y pálida, no ceñida a su silueta que le llegaba a los talones. Gran parte de mí no se veía porque su grandiosa falda de abanico me escondía como si fuera una sábana refrescante. Allá bien adentro de aquella falda, bien pero muy bien adentro de su mecánica naturaleza, mis instrumentos de arte manifestaban el nacimiento de nuevas aguas que frotaban de todas sus dichosas montañas. El frío no era parte dominante del acto efectuado. Fue realmente maravilloso haberla despojado de sus ropas ácidas, más rico aún era como me quitaba de encima la chaqueta y el pantalón que me acompañaban. La punta de sus dedos recitaba la inversión de un artista al calcar la irrealidad de un paisaje cualquiera. Estábamos completamente desnudos sobre los fragmentos de madera y no sentía miedo de que Kevin nos descubriera, porque como decía un viejo amigo: "Pueden más las ganas que la vergüenza de afrontar consecuencias ante una situación mal parqueada".

-Bésame los labios mojados de mi boca Tomás, para subir a la gloria... -Gritó ella sin importar nada-. Me excitas muy fácilmente, no sé como me tocas, pero me tienes flotando en las nubes blancas, me agarras a ras por el jardín poderoso de un placer netalmente carnal que jamás he sentido.

¡Estábamos tan excitados! Todas sus montañas enunciadas y las esferas exquisitas las había recorrido ya profundamente, pero mis labios no habían colapsado todavía en el volcán de su boquita mal pensante. Cuando nuestros labios se unieron, sentí que mi alma explotaba por el arrullo de su toque succionante. Fue una sensación tan grandiosamente rica que no la podría nunca evocar con simples letras enguarapadas.

-Espera un momento, -se despegó de mí-. Espera, suéltame por favor, detente ya, vamos a cambiar de sitio. –Dijo conmovida de emoción.

-¿Qué pasó Divina? ¿Te mordí muy duro? –Le susurré al oído.

-No es eso, es que quiero hacerlo contigo ahora al lado de mi marido.

-¿Y si nos ve? -Una unión entre sorpresa y molestia sentía. Unos enfermizos celos se anidaron en mi garganta y decaían sobre Kevin.

-No lo creo, lo conozco perfectamente y además duerme como una roca cuando está ebrio. CONFIA EN MÍ.

-Está bien, como tú quieras.

Ella ya había mencionado que él dormía como un bebecito bien muerto. Entonces yo la agarré bajo el signo procedimental de una cópula al estilo de una perra en calor y un perro enceguecido por su instinto de lujuria natural, (pero que bien se le ve). La parte puntiaguda de mi máquina de rompecabezas casaba con su otra parte y la fricción era un misterio indescifablemente más delicioso que comer hambriento el plato más exquisito al paladar. El movimiento se atenuaba mientras ella besaba y lamía el cuello de Kevin que estaba dormido justamente con la cara mirando el techo de costales que parecían nubes soleadas por la parcial oscuridad. Las expresiones pecaminosas de cariño cambiaban constantemente en nuevas posturas, -aunque no eran posturas pedagógicas claro está-. Calculaba que eran más o menos las 5:15 a.m., cuando un objeto colgado en la pared me llamó mucho la atención. Era una diminuta guitarra acústica de color rojo, similar a un charango, de madera olorosa a madera y con perfumes de vejez como crepúsculo verdoso. Saqué la máquina enterrada en su tierra húmeda y calentita, di tres largos pasos, cogí su brazo encuerdado, volví a meter la máquina en su lugar o, en lecho hogareño del adulterio caluroso. Ella se situó encima de mí. Mi espalda descansaba en la cabeza de la cama,

soportando el peso de tres cuerpos; dos en actividad y uno reventado, totiado en chichas, recostado profundo en su mundo de intoxicación, visto azulado como un muerto que se sabe portar muy bien. Sus senos junto a los pezones puntiagudos y gigantes, cubrían mi rostro de placentera locura. La espalda de marfil suave de Juana se unía a la espalda de la guitarra. Entonces, al estrechar dos guitarras al mismo tiempo, me di cuenta que no necesitaba nada más para sentirme satisfecho. Empezaba a puntear con los jadeos de ensueño de su voz que se pegaba a las sondas que producían las seis cuerdas trémulas al rasparla con mis dedos sumergidos en lujuria. Luego un bajo y dos acordes (Ritmo de Ranchera), eran suficientes para improvisar una cancioncilla al compás sano de su boca mordiendome, con dientes de maniática, apretaba mi mentón y oreja izquierda con un cariño muy fino, haciéndome brincar como un canguro, mientras que salía un sonido como de palmadas acompañados de escribillos que subían y bajaban entre mis piernas y sus glúteos atmosféricos.

-¡Qué bonito suela esa guitarra! -Dijo Kevin entre sueños rayados como si su aliento fuera encintado con cinta de un cassette destripado-. Siga tocando que el regocijo es de nunca acabar... ¡Qué viva la fiesta!

Juana y yo quedamos paralizados con sus palabras borrosas. Él nos dio la espalda abruptamente. Qué susto tan grande sentí cuando él abrió el hocico, aunque al verlo todo demacrado y magullado por la cantidad de alcohol que circulaba en sus órbitas desdibujadas, me calmé un poco y seguimos en movimiento hasta hacer bailar la cama con un ciclo de: sol+; do+; y re+ en cuatro cuartos en un solo cuarto, quemándonos hasta no dar ya más, en cuanto a nuestras energías pecaminosas. El orgasmo nos eclipsó a ambos al mismo tiempo, ¡caímos en la misma nota! Como decía un viejo amigo, yo sentía que los pulmones, el estómago, el hígado y las vísceras se salían por el pájaro maquinal. Los rayos sementales del alba, hicieron su segura manifestación al infiltrarse por las esquinas ventanales que no cubría la cortina rota a medias, como si el gorgojo de tela hubiera vuelto. Llegaban pedacitos de luz en la culminación. Me habían embriagado unas cosquillas tan perfectas, que antes de ella-cular, rasgué muy fuerte las cuerdas de acero y las rompí de un solo tajonazo. Un infernal sonido quedó revoloteando en las paredes de silenciador. Un montón de sangre se desprendió de mis dedos, pero yo no sentía ni gota de dolor. Fue realmente genial como los gritos de Juana solfeaban al unísono con la

armonía centelleante de la guitarra antes de perder su timbre, al romperse su faringe encordada de 6 cuerdas.

-Tienes que salir de aquí Tomás. –Dijo afanosamente. Ya había sentido su placer; ahora sí el tren del miedo la invadía.

-Está bien. Te amo -dije con honestidad segura-, Te amo, te amo -le susurraba cómicamente al oído.

-No me hagas reír, no seas idiota, más bien vete que la luz perfora la oscuridad.

-Bueno pues, entonces dormiré en la sala como un huésped emsabanado en santidad.

-Necesito dormir, me dejaste demasiado cansada. –Bostezó toscamente y se fue al lado de Kevin.

Después de dormitar, Juana me despertó a eso de las 11:40 a.m. Una taza de café con humo refrescó mi pescuezo ronco a causa de tanto trago y cigarrillos moribundos. Mi cabeza no estaba en su sitio, la pereza me ceñía con fuerza...

-Hola Juana querida, ¿dónde está Kevin?

-Él se marchó muy temprano, el trabajo lo esperaba con los brazos abiertos.

-¿O sea que estamos solo tú y yo? –Hice una pregunta evidentemente estúpida, pero es que cuando se gesta amor, o un enamoramiento cohibido inicia, yo comedidamente reitero que las bobadas son el pan de cada día. Es un felicidad pendeja al fin de cuentas.

-Efectivamente. Figúrate que esta mañana, mi esposo notó que las cuerdas de la guitarra estaban rotas, salidas de órbita y como venas abiertas, y se le hizo muy raro que hubiera sangre en la parte de atrás de mi blusa y unas gotas en las sábanas y al lado de la cama.

-¿Y tu qué le dijiste entonces? –Dije pálido como una hoja de nube.

-Que estaba paranoica y que había cogido el cuchillo de la cocina para romperlas, pero que después tú, estabas borracho y te cortaste la mano justo con el mismo cuchillo que tenía yo, dizque porque eso era una buena forma de estar bien.

-¿Y te creyó ese cuento tan reforzado?

-Sí, eso creo. Puedo decir la mentira más increíble pero si mi tono de voz es convincente y seguro, es fácil disuadir. Aun así, Kevin dijo que había escuchado un toque ranchero, muy al estilo de Vicente Fernández.

-No estaba equivocado. Pero ¿tú que le dijiste respecto al toque?

-Que antes de romperla en mis dedos, estos la abrazaron con un cariño despreciable.

Hermoso era lo que estaba experimentando. No podía creer lo que había pasado en la madrugada. Recordaba esa cohibición como una dulce victoria mezclada con un nuevo sueño real. Juana representaba desde el primer día que la conocí accidentalmente, un trofeo incambiable, una posesión no hipotecable. Ella, era, mi, interés, pasional, personal, vital. En vista de tanta dicha, eso no era suficiente. Tenía que alejarla de Kevin como fuera.

Los segundos se masturbaban con destellos paralizados. Sentía tanta satisfacción consigo mismo. En mis netos recuerdos renovantes y, por decirlo así actuales, había motivos para celebrar la infamia con el vino de la mentira, anexada a la demacrada alborada que se perdía a punta de gritos afinados. Iba de continuo adentrándome cada vez más en Juana y realmente no estaba en mis planes cambiarla por otra. Era una impecable obsesión tenerla en mi diario galopar. Si ella se llegara a largar, yo quedaría en la más terrible e inigualable depresión. Al pensar todo aquello, se desconectaba la realidad en un tipo de sensaciones molestas que podrían columpiar mi corazón contra el camino abismal lleno de piedras preciosamente manchadas con el llanto reprimido que no saldría a flote. En tal caso, ser de piedra y no llorar. Creo que, así como uno se va al casino a jugar cartas, se pierde o se gana... Así es el amor, hay que arriesgarse a todo.

Por la tarde, intentaba dirigirme al Café 101 con pasos lentos. La noche ya casi se arrimaba con energía dinámica, cayendo por los edificios y los bloques rectangulares. Las grandiosas ventanas reflejaban rayitos de oro y yo caminaba sin destino alguno porque trataba de escapar de mi misma; aunque era verídico admitir que era imposible. La red de los recuerdos me atrapaba en un nuevo sol desleal y negro. Muy tarde y muy temprano, estaba bebiendo desfondados tragos gigantes de aguardiente para desequilibrar el tapete callejero, sufriendo sola con todas las personas. Hablaba encima de la alucinación, restregando la pena guardada sobre el sobre del agrio pavimento. Mis pies dejaron de viajar sin sentido y atisbaron a la ruta

convencional. Esteban no había llegado aún. La oscuridad esferal se unía con la música perdida y jorobada del bar. Él llegó y arropó sus labios a los míos. Su aliento era verde, como una mata común en la cual no llega luz.

-¿Qué más Divina? ¿Cómo has amanecido hoy? –Dijo con extenso interés.

-Creo que un poco bien, gracias. –Contesté sin aliento.

-¿La vida te ha tratado con máscaras diferentes?

-Sería cruel fingir, -dije con decepción-, estoy jodida a causa de tanto negativismo vivo que respiro en esta selva de ladrillos fronterizos y organizados. No es necesaria una máscara porque axiológicamente hablando, no demuestro una cosa y después otra.

-Ya somos dos los que pensamos igual. Supongo que por lo menos me has pensado, ¿cierto?

-Sabes que sí y resto. Si no fuera por vos y mis estudiantes, créeme que estaría en la inmunda o sin un norte concreto.

-No digas eso. –Pidió un par de cervezas y un paquete de cigarros mentolados-, debo terminar de leer para que complementes y completes todo este acertijo.

-¿Tú crees que me motive a escribir? Es que no tengo ganas.

-Plenamente. Tienes que elaborar un buen material, ¡y a eso te insto! Aunque no te obligo, solo que quedaría muy triste si no me muestras tus frutos letrados.

-Creo que todo este proyecto superficial no va a llegar a un cause feliz. Lo presiento.

-De pronto tengas razón amada Amanda. Además cada prefijo de tu existencia debe ser escrito con el lápiz sanguíneo de tu loable mundo.

-Aunque cuesta mucho. Se omiten abundantes cantidades de detalles. La gran mayoría han sido de incalculable relevancia pero... Son propiedad exclusiva de las esferas subjetivas. Hay secretos que no deben ser del todo escritos, porque es factible que descubran el interior macabro de cualquier ser. Además, en un mundo del “qué dirán”, debo mostrarme como un camaleón. Al ser docente cumplo cabalmente los correctivos y normas estipuladas por la institución, soy miembro de ella y por tanto la represento, sigo con sus políticas y procedimientos de enseñanza, por algo me pagan; no obstante, cuando me quito la bata, llego a casa, preparo clase y dejo listo todo para el siguiente día, soy otro ser en el ser, y no es el ser en el ser del maestro, es el ser que siente, sufre, peca, dice malas palabras, odia, (así sea a sí misma), que tiene un océano de necesidades y falencias. ¡Qué tal si escribiera de profundis las

cosas que me han ocurrido y desnudara tajantemente el telón de mis pensamientos más sinceros y fueran objeto de las masas! Deduciría entonces que perdería mi trabajo y me vetarían por desplegar lo que siento, sería un escapulario lleno de escarnio público y un imperdonable azmerreír.

-No tienes por qué darle razones de ningún tipo a la gente; sólo tienes que escribir para completar un libro que no va a ser leído y ya.

-Entonces Esteban, ¿para qué pasar largos ratos escribiendo? ¿Cuál sería la finalidad de todas formas?

-No sé. De pronto para curar heridas y autodescubrir la amplificación de tu volición.

Salimos de la finca del tío de Kevin por la puerta de atrás. Luego, caminando juntos, nos desplazamos a una especie de bosque. Juana estaba más divina que nunca al contacto de la naturaleza, mientras que los árboles esqueléticos bailaban al compás del viento, sus delgaditos brazos se extendían en son de libertad. Las hojas mecían un canto cristalino que mataba el silencio con sagrados coros de aliento de vida en el nuevo atardecer de mentiras, pero tan real que pareciera que no estuviéramos en ese lugar amueblado con cerros encantados, bajo un cielo endulzado con grumos de tiernas y finas nubes que evocan la textura de una rareza original, nubes que navegaban por el mar del cielo celeste, como si fueran telarañas, aunque la araña del sol no se veía porque quería irse a dormitar rápido.

-Me estoy enamorando de vos Juana. Todo esto ha sido tan hermoso y nunca en mi vida una mujer me hizo sacar tantas cosas que nunca se habían manifestado.

-Querido, esto no está bien y tú lo sabes perfectamente. –Sus labios evocaban desafinada seriedad.

-Las prohibiciones son un constructo no destruido, si las cosas se efectúan con mucha cautela claro está. –Yo trataba de capear el temporal.

-Bueno, entonces sigamos con esto, aunque no sé en realidad como vaya a terminar todo.

-Breve, breve, tocaito, tocaito. –Mi voz era más grave-. No te preocupes que de aquí en adelante será perfección. –No tenía presupuestado que en un par de años aproximadamente la mano oscura de una tragedia se iba a manifestar.

Las matas débiles sacudían sus deditos quejándose de tanto viento de registro agudo, mucho viento que no se podía ver, pero planeaba con las turbinas de un rayo que chocaba contra toda la flora, dando un sonido de tranquilidad a mi corazón que ya no estaba tan vacío porque le entraba un fuerte ventarrón de amor inolvidable por Juana. Nosotros dos, en el manjar de tanta perturbación. La cogí y la empujé contra la maleza fresca, y volvimos a reconstruir el mismo acto efectuado en la alborada. Antes de eso, nos cercioramos de que no hubiera nadie en la distancia. Solamente estaban las columnas de madera viva que se pegaban al techo del cielo, es decir, ella y yo unidos a los placeres animalmente instintivos dentro de la celda sin techo y barrotes de pinos gruesos. Es tan irónica esa destilante libertad compartida, porque ella misma estará inmersa en los peldaños de la esclavitud, cediendo el placer obligatoriamente con otras personas que no sean, desde luego, él y yo. Debía volver a la ciudad desaliñada y en realidad no queríamos despedirnos. Después de ese cóctel sexual tan perfecto, mezclado al entendimiento recíprocamente intelectual, éramos conscientes de que nos íbamos a extrañar; ella al lado de su querido y justo esposo que la adoraba más que a sus dioses personales, y yo, luchando contra la sombra negra de mi ex novia, reflejo desembocado en mis ratos capitulezcos replanteados de soledad, cayendo como piedrita al pozo y penetrar con la tecla de la curiosidad disuasiva al burdel que me fascinaba habituar.

Pasaron diez días en los cuales estuve ocupado porque tenía que resolver unos negocios turbios, donde un billete largo, jugoso y fácil caía sobre las palmas de mis manos por un favor secreto y confidencial, un chuchullo grande, así que lo único que debía hacer era tener el pico cerrado, era una obligación que todos debíamos tener. Los caminos del mal, a veces proporcionan atajos, sabiendo que siempre habrá riesgos enormes de ser castigado de una u otra manera porque todo en esta vida se paga caro, hasta el amor que se-da. Necesitaba ver a Juana, ya que me estaba poniendo intranquilo por su culpa. Fui al pueblo y la llamé. Ella con sus ojos salidos de ultratumba me recogió. Las miradas entre nosotros eran de fuego, burla y ternura. Me llevó a su casa misteriosa y no muy acogedora en su exterior, llena de arte no conocido y colores vivos, el orden era calculado allá en sus paredes y rarezas condensadas en la ambigüedad de su interior, muy distinta a la casa colonial de los tíos de Kevin. Incienso ascendía de un palillo delgado, aquel incienso parecía nubes flotando en la estratosfera de ese hogar. Kevin me estrechó su mano derecha e irradió una sabrosa sonrisa de hipocresía inconsciente, por lo menos creía yo que le caía bien, pero él me producía un terrible fastidio y era porque estaba al

lado de Juana, la mujer que comenzaba a amar, de modo que yo tenía cólera, celos y envidia al sentir que esa hembra era suya en un 99 % y el 1 % mía. Los muebles de la sala eran grandes y espumosos de escarlata viva, todo lo contrario a la anterior casa. Estaba tan cómodo ahí aplastado, hablando con ambos de literatura, pegado al vidrio oscuro verde brillante, y delicioso de una Heineken helada, chupando su pico con el mío, sosteniendo la respiración de una conversación medio aburrida de técnicas para escribir omniscientemente un cuento. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete cervezas terminadas y no nos deteníamos de garlar del pasado experimental de cada uno de los tres, siendo un tema ineludible e interesante. Los paquetes de cigarros con largos filtros eran la inversión de nuevos mundos de aventuras deprimentes y felicidades nostálgicas en los corazones triangulares que relacionaban la sangre oxigenada que desembocaba en los cerebros como aquella luz de años de espaldar, de años con paños y sin ellos, de sensaciones perdidas y de efectos tan retardados que eran sucesos obligatoriamente no sacados porque la distancia del recuerdo no era suficiente, a pesar del esfuerzo de desenterrar los esquemas interrumpidos que el tormentoso inconsciente no se le daba la gran puta gana de traducir al exterior.

Juana bombardeó a su marido de vino, ron y cervezas en cantidades alarmantes, pero yo simplemente estaba satisfecho con el líquido de espuma alba y profundidad densa en quilates de oro. Kevin ya estaba lo más de borracho y decía monótonamente:

-Chóquela, -Kevin me daba la mano-, usted sabe que conmigo es todo bien y cuente para las que sea. –Y repetía y repetía como un disco rayado la misma frase hasta exasperar mis oídos.

Ya me tenía mamado ese man. Se le había borrado el cassette y yo ansiosamente, para acabarlo de rematar, le servía copadas exageradas de aguardiente en cunchos para que cayera en knout. Más o menos en media hora, un puño neto en la cara, mandó a la pura lona a Kevin, que se hallaba en un estado vergonzoso y reprobable por tantos gramos de alcohol lechoso. Juana y yo lo abrazamos y lo botamos a su cama matrimonial.

-Es la 1:45 a.m., querido Tomás. ¿Si me pensaste divino? –Me había preguntado lo mismo muchas veces pero yo no me molestaba en responder, actualizando mis oraciones.

-Te pensé al borde de la muerte, te pensé en todos los olores rojos de colores inertes. Te pensé en el sarcófago enterrado, te pensé cuando me desangraba en tu lejanía y doliente espera. ¿No te das cuenta que eres mi ángel de poderoso placer eterno? ¿No te das cuenta que eres la diosa de todos mis deseos secretos que arman el rompecabezas lujurioso de mi carne podrida, y que eres la puta pura y universal a la cual clamo desafinado en mis rezos de adoración hacia tu rostro que incentiva el más sostenible sexo?

-Otra vez soy toda tuya, despójame de mi abrigo, doliente docente indecente y, con el marcador que escribes en el tablero visto por alumnos y alumnas que se quieren saciar de conocimiento fétido, y transcribe formas de letras impuras en las raíces de mi cuerpo presto a las ganas de querer mojarme, mojarte y mojar el alma del mundo que planea en el espacio.

-Pero no soy docente y no tengo un marcador disponible mujer preciosa.

-Mira, yo si tengo uno y funciona. Luego, ¿nunca te había comentado que yo fui docente?

-No, hasta hora sé. Entonces tú me tienes que enseñar a ser un buen amante.

Un marcador rojo era suficiente para complementar las nuevas clases de engaño bajo retroalimentación. Los besos por todos lados, se movían perezosamente en la humedad picante del ron, formando lagunas en los cuernos de marfil, en los gemidos y mordiscos que golpean satisfactoriamente. Mi mano izquierda temblaba al sabor desorbitante sacado de cada sílaba, cada vocal era para construir una palabra de inspiración obscena, porque eran expresiones que Juana decía que le transmitiera con la tinta sanguínea... Debajo de su cuello, sobre la espalda, en las caderas, en las piernas suavitas y delicadas. Las frases más sucias y soeces se iban enlazando en el papel pálido de su figurilla que era un conjunto activo en el cual todo mi ser se perdía por la ajena posesión insinuante de la verdadera y añorada satisfacción.

Entramos al cuarto donde Kevin dormía con júbilo trasnochado y dulzura. Él estaba acostado de un lado pero con su rostro de frente a nosotros, con los ojos bien cerrados y parecía calmado soñando sueños porque movía los labios como hojas secas desplazadas por el viento, hojas secas que no le dejaban ver su cornuda realidad. Quedaba entendido que había cositas no contadas en el ardor refrescante de la lujuria, era muy claro que las omitía. ¿Para qué coleccionar con pluma aguada la cantidad de deseos envenenados con la ponzoña de cada representación vulgar?

Todas las palabras engatuzadas en su cuerpo por mi sutil invención, jamás serán contadas porque representaron la salida de una extraña emoción. El extremo del día, ya iba arrimar su

cabeza y el suave olor a puro sexo combinado con los vapores de alcoholes, hicieron del cuarto matrimonial un ambiente seco y nauseabundo. Fue necesario abrir las cortinas y las ventanas para que el frío se colara por los huecos translúcidos y para que el influjo áureo penetrara sucintamente, para que saliera tanto pecado maquillado y procesado fuera de nuestro espacio, y se perdiera por los confines demenciales del cielo mutante.

Desperté alborotado y con una molesta taquicardia. Juana ya se había bañado toda y no tenía letras de marcador por ningún lado. En su blusa escotada no había manchas rojas, aunque su alma estaba empañetada con el peso del adulterio que ella disimuladamente trataba de soportar. Huevos con salchicha y bastante jugo de naranja me esperaban a la mesa. Kevin se había marchado desde temprano, más temprano que nuestro adulterio. La perfecta esposa consentía mis hombros relajadamente. Aprovechamos las horas para ducharnos y jugar con el agua. Juana oralmente hablando sabía mis puntos culminantes, en cuanto yo, era feliz jugando con su bola o pene atrofiado que crecía deliciosamente, y ella parecía una lombricita que se retuerce exageradamente cuando le echan sal.

Caímos en tentación tres veces: En la ducha, en las escaleras y finalmente en el sótano, porque era factible que Kevin llegara de sus negocios más rápido de lo acostumbrado. No estaba bien que él llegara y viera que yo todavía estuviera con su amada. Así que con una cantidad melosa de besos me desprendí ante su trono y belleza alterable, y con pasos de no quererme ir como en la anterior vez. Entonces fui donde no quería estar: lejos de ella, a millas de su piel.

En aquel momento humedecido por chumaceras de humo, la lectura de Esteban fue distinta. Él no leía ni muy rápido ni muy despacio y su gesticulación no se perdía con las distracciones de otras gentes, no bebimos tanto como en otras ocasiones y el cansancio de la rutina hizo que nos largáramos más temprano que de costumbre a través de la noche perfumada con la esencia de la luna llena que pasaba desapercibida.

La desmotivación y la tristeza fueron la apertura al levantarse en la nueva mañana que transcurría. Sentía antojos de buscar la muerte. Era muy raro cuando enfermaba el pecho y las cejas se deprimían, dando un aspecto de inerte inepta en el sondeo intrascendente de los segundos pronunciados en desesperanza rabiosa. ¿Para qué vivir inestable y vendada en este mundo opiado? ¿Cuántas veces he pensado en el suicidio como una cura curva misteriosa a mis penas, sin ser capaz de ejecutar tangiblemente el gatillo de un revolver, o colgarme de un árbol

cómplice, o tomar veneno para ratas, o hacer alguna otra estupidez? Una parte remota, muy dentro de mí, me pide a gritos que deje de existir porque todos los sueños del álbum familiar, se enfocaban siempre hacia mi señora madre. Debo admitir que de todas formas ella me dejó botada entre la maleza de mis incertidumbres y convicciones ajenas. ¿De qué sirve ser excelente persona en el trabajo si en mi vida personal soy un total fracaso? ¿Las más-caras de hierro de mi rostro, algún día se fundirán con los contextos métricos colectivos de otras personas, marcadas con las mismas afinidades y tristezas de mis facciones emocionales jamás vistas?

El pasamanos del tiempo era un nivel organizado de un barrote mañanero, un barrote de la tarde y un barrote nocturno. El Café 101 estaba hecho un asco. Esteban moviendo sus manos con un cigarrillo, trataba de desaburrirse. Nos dimos un caluroso abrazo y un pico sonoramente delicioso, así fue como el frío apagaba el timbre del calor y viceversa. Se colocó su capucha de monje desinteresado en las tentaciones dolorosamente placenteras que podían ofrecer seguridad en el universo preparado de terribles falacias. Abrió las alas del libro rojo y se sumergió en la lectura lineal, al ritmo de cinco mil sustancias venenosas inmersas en los pulmones de máquina de vapor bajo el licor apaga sed de los mortales y, el sostenimiento de su mirada fuera de lugar hacia los cabos sin fin, que se insertaban a través de mis ojos y llegaban al paisaje ciego de mi alma, porque yo misma no he querido mirarme por dentro, sé que sería una observación deprimente y asombrosa por la cantidad de equilibrios asimétricos que desfilan por las pasarelas movedizas de mi lado más desértico: el de mi semblante existencial.

Pasó un largo año lleno de placeres frustrantes. Tanto sexo ya me tenía cansado y cambiado. De hecho, no volví a los sitios de trueques sombríos de dinero-carne-alcohol, por miedo a que fuera fácilmente pescado por las redes infalibles de algún espía que me siguiera inteligentemente los pasos. Estaba muy paranoico con eso, así que para evitar problemas al punto directo de mi imaginación trágica, armaba rollos improductivos con la faceta de un ser santo con cara de oveja, pero con corazón de lobo endemoniado.

De todas formas, una antigua cliente y en parte amiga confidente llamada Jezabel (luego me di cuenta que ese no era su verdadero nombre, muy tarado yo si me hubiera comido el cuento), iba a ser un as de oro bajo la manga para conspirar disimuladamente contra Kevin. La llamé para una cita de negocios chandosos. Ella accedió. Fue una cantidad justa de dinero para cerrar el

trato, así que todo estaba calculado para que el perfecto esposo de Juana cayera en el anzuelo con una presa que sabía actuar y desenvolverse ante cierto tipo de situaciones.

Con Juana yo estaba gozando la más diáfana primavera. El núcleo o eje principal, era nuestro afecto mutuo y desinteresado. Nos entendíamos perfectamente en la cama y en el sofá y en las escaleras y en el sótano y en el aire libre y en los bosques que ya conocíamos como las palmas de nuestras almas. Yo le decía que dejara a Kevin por mí pero ella me decía que si pasaran las cosas así, el placer y la adrenalina desaparecerían por completo y se perdería la gracia. En el ánimo de todo tipo de días, nos disfrazábamos hondamente en descifrarnos bajo cálidas y equilibradas conversaciones. Su compañía era sincera, o por lo menos eso reflejaba en sus acciones. Sabíamos que la relación tabulezca se alimentaba y crecía, mientras el engaño segaba más engaño y una cadena de mentiras. Éramos conscientes que tarde o temprano debíamos sufrir por dejar cada recapitulación copiosa que se transformara en un leal vicio que con el pasar de los tiempos crecía y no desfallecía con la privación del alejamiento. Entre más nos conocíamos, más nos entendíamos y eso en parte me preocupaba, porque hay personas que con el pasar de los meses o años de relación, abusan de ellas o ellos y de pronto manipulan con astucia sus debilidades, porque la conchudez los, las, nos, etc., vuelve absorbentes, con sentido de excesiva posesión y como si los derechos de autor intrínseco siempre pertenecieran al otro u otra. Realmente hay personas que aman ser succionadas de raíz por toda la realidad hetero. Por desdicha el ser tiene una pequeña puerta que se abre e invita a entrar a un cuarto irreconocible de prohibida perturbación.

En aquel viento de triunfo, necesitaba mover el ejército intelectual para que Juana rompiera sus fuertes lazos con Kevin. El plan estaba perezosamente calculado para que ese matrimonio se rompiera en mil pedazos, para que se hundiera y quedara inmerso por siempre en las olas topadas y ojeadas del olvido. Ya conocía de memoria la rutina de Kevin y según lo que me ha dicho, él tenía en el rincón de su corazón traicionero, un instinto de perro: leal a su amo hasta la muerte, pero con un olfato infiel porque su deseo apagado carnal seguiría vigente.

Le dije a Jezabel el procedimiento a seguir para con su víctima. Los gustos, el aspecto físico, los odios y su carácter. Kevin, algunas noches salía a jugar billar y debía ser justamente en aquel sitio donde tenían que conocerse. Jezabel alquiló un cuarto con un sofá grande para que fuera parte presencial de su pecado descarado. Algo me decía que él iba a caer, porque Jezabel tenía un cuerpo que al solo contemplarla, cualquier hombre se excitaba en alto grado y hacía

desprender el pensamiento más bajo y bestial. Evidentemente, quedaba claro el por qué le llovían tantos clientes en una sola noche, como unos 40 tipos y a todos los complacía. Algunos la llenaban de golpes y blasfemias nunca antes mencionadas, a veces le reventaban la boca a manotazos y la cogían bastamente, la despedazan con un estilo más duro que el hardcore mismo, y ella calladita no protestaba, le escupían el rostro con los aromas de alcoholes babosos. Sin embargo, todas esas cosas la excitaban aún más, su estilo era delicado y áspero al mismo tiempo. Sin importar toda clase de procedimientos vulgares, salvajes y obsoletos, ella siempre daba las gracias a los clientes así le echaran la madre, (para algunos echar la madre es una muestra muy grata de su agradecimiento). Por esas cosas y tantas otras inexplicables, muchos hombres peleaban por ella como lobos hambrientos para estar con ella y no les importaba el precio que debían pagar. A causa de eso tuvo que marcharse del burdel por un tiempo porque recibió amenazas de muerte. El proxeneta, indignado por su puta ausencia mandó a pelar a las sospechosas para que Jezabel volviera, y con éxito macabro regreso a su perpetua casa de citas. Yo si recuerdo la primera vez que ella fue mía con el sabor de las masas. Estaba mi cuerpo y mente inundados en ron y en la inmundicia del ridículo más boleta. Realmente fui demasiado bestial, cruel y ordinario, pero como ya había dicho, eso le encantaba hondamente. Su cuerpo se portó con dulzura y aprecio, así que hubo una larga temporada en la que yo andaba medio enamorado de Jezabel, la llamaba al teléfono celular como ocho veces al día y casi cuatro veces a la semana y copulábamos 2 o 3 veces seguidas. Me estaba quedando en la ruina por tanto gastar dinero. Cuando estaba encerrado en mis propias deducciones de antaño inmoral, me decía a mí mismo que era muy bajo sentir amor real por una prostituta, sólo al pensar eso me producía miedo porque si se llegaran a enterar mis más allegados amigos y toda mi familia, sería objeto de chismes, burlas y conceptos enmarcados en asco, (puta sociedad moralista, la odio con todas las fuerzas de mi arrogancia). Además, la tentación de contar ese secreto a un "confidente", era demasiado fuerte. Así que opté por dejarla por un tiempo. Sin embargo, todos esos malditos pensamientos sexuales con ella, encendían el deseo de buscarla con apetito lujurioso. Me contuve de hacerlo al escuchar por accidente una frase musitada por un individuo lleno de sabiduría básica: "Donde no hay leña el fuego se apaga". Pero, aún quedaban los vestigios de cenizas, y ¡qué cenizas tan ricas!

Hay una distinción grande entre "amante sexual" y la "compañera reina y genuina". Jezabel fue la parte más carnal de mí. Ella era melodía lechosa. De hecho, ella era como una canción muy

divertida de un grupo alemán llamado "Rammstein", que me la hacía traer de vuelta a los recuerdos acalorados, con un agrado muy gracioso e inmoral, que se registraba ante las colinas deliciosas de sus protuberantes senos y cola, que desbordaba una mágica e indescifrable connotación de tranquilidad y perturbación unidas a su perfume venenoso y sabroso. El tema lo cantan en español al estilo mexicano y dice así: Hey amigos, adelante amigos, vamos, vamos mi amor. Me gusta mucho tu sabor. No, no, no, no, tu corazón. Mucho, mucho tu limón. Dame de tu fruta. Vamos mi amor. ¡Te quiero puta! ¡Te quiero puta! Ay que rico. Ay que rico un dos tres. Sí te deseo otra vez. Pero no, no, no tu corazón. Más, más, más de tu limón. Querido. Dame de tu fruta. Dame de tu fruta. Vamos mi amor. ¡Te quiero puta! ¡Te quiero puta! Ay que rico. Entre tus piernas voy a llorar. Feliz y triste voy a estar. Feliz y triste voy a estar. Más, más, más por favor. Más, más, más sí sí señor. No me tengas miedo. No te voy a comer. Más, más, más por favor. Más, más, más, sí sí señor. ¡Te quiero puta! Dámelo, dámelo. ¡Te quiero puta!

Por culpa de Jezabel y en parte mía, dejé a mi ex novia. Una tarde perfecta de abrazos y amor, fueron tretas sinceras de que nunca nos íbamos a dejar. (Nunca, nunca). Una tarde donde mi ex me entregó un papel diciéndome la gama de sueños planificados en reciprocidad y cuantificaba su adoración por mí. Me despedí entonces de su aliento dulce con un beso. Al aparecer la noche con su oscura áurea secreta, me deslizaba por los trazados de lo prohibido. Llamé a Jezabel, y la invité al patio despejado de mi casa por una buena cantidad de dinero, y en las horas sucintas la pasamos zarandeando los cuerpos y desgastando los brazos a causa de tanto gozo fricciónado, y nos sentimos tan cansados para levantarnos del piso frío, que nos refrescaba las espaldas a causa de tantas lágrimas de sudor por deleitarnos a la vergüenza del pecado y la traición, mientras mi rostro se inclinaba a las alturas del cielo a causa de tanto forcejear, y veía las estrellas que nos espiaban al columpiarnos en los cimientos de una divina fornicación efectuada. Entonces, yo con el descarado más descarado, me dispuse a sacar del bolsillo de mi pantalón caliente y manchado, la hoja que con muestras de afecto mi ex me brindó como una ofrenda poética de un matrimonio de letras afectuosas únicamente para mí y, con la hoja limpiamos nuestros humores combinados de albo líquido lechoso, y a la sustancia escarlata de ovarios que nunca fueron fecundados que se pegaron como una sanguijuela a la hijita hojita que mi ex me había recitado. No me he perdonado esto, no fue justo para con ella que me amaba diáfananamente, y yo en vez de plegar amor claro para su textura, me fui detrás de la carne montañosa a cambio de dinero, porque cuando se acababa el orgasmo umbilical con Jezabel, lo

más vacío del universo se manchaba en la piel de mi cerebro como un asqueroso punto de vista sucio y degradante, y como tal debía ser expiado con más sexo. Tuve por lo menos el valor de dejar a mi ex, y yo torpemente creía que se me había acabado el amor por ella, y ¿contra eso qué se puede hacer? Nada. Ya al dejarme por completo, sufría mucho, mucho, mucho. Sin embargo era necesario haberla dejado aunque yo hubiera querido que las cosas terminaran sin que ella se enterara, pero ya lo supo. Yo sufrí el doble por hacerle caso a los planteamientos libertinos de la lujuria, y el castigo por todas estas cosas se refleja en el apetito del futuro con uno mismo o, con el ser nuevo que uno más ama en el mundo.

Ahora bien, el plan consistía en que Jezabel y Kevin se conocieran bajo un buen pretexto y qu'ella llena de sutileza, directamente lo incitaba a beber, entonces él se prendería del cielo nocturno, de su realidad circundante, para que la seducción fuera más evidente y ella lo llevaría a la piecita, lo acostara en el sofá e hicieran el amor, mientras yo fotografiara toda la escena infestada de acción y picardía. Ok jijiji.

Esa noche enredada, el frío se arrimó muy cerca al pueblo. Sobre el techo de la piecita había un espacio estrecho para esconderme pero era un hueco perfecto donde tenía espacio para que mi cuerpo entero cupiera, así fuera incómodamente. Pacientemente esperé a que Jezabel trajera su carnada sin margen de error. Desde aquel punto, todo se podía ver. Y le había dicho a ella como abordarlo. Desde las 8:30 p.m., estaba yo expectativo y ansioso al esperar la pareja, que hasta llegué a imaginar que por un falla garrafal, traería otro tipo y entonces, ¿qué carajos se podía hacer ahí? ¡Ni por más bruta que fuera! Sabiendo que se lo describí rigurosamente. Eran las 11:11 p.m., mis músculos se dormían e iba sentir calambres, pero igual no podía moverme porque se podría ir el plan a pique.

A eso de las 11:50 p.m., llegaron a la piecita y no me cabía la menor duda que era Kevin, y él no estaba borracho. Su rostro era único con esas facciones mitad refinadas y mitad fuertes que le daban un prospecto encantador. Sus ojos negros se perdían con su cabello lacio que le caía a los hombros y las cejas tupidas negruzcas. Juntos se empezaron a abejorrear en los labios con la boca abierta al máximo, como si se fueran a tragar por las cavidades de la salvaje innovación. La luz estaba encendida de un amarillo dominante. Así que sin perder un solo instante, los empecé a fotografiar sin flash, mientras que ajenamente se desnudaban. Al ver el cuerpo en carne viva de Jezabel, me excitaba tanto que mis brazos temblaban.

-¿Y en esta pieza por qué hay solamente un sofá y no hay nada más? –Preguntó Kevin sorprendido.

-Porque pasado mañana, traerán el resto de cosas. Esto es por un ratico porque buscaré una casa más amplia. Tú sabes, acabé de llegar de tierras lejanas y no podía escoger nada por cuestión de tiempo.

-Que senos tan grandes. –Kevin los presionaba suave y circularmente-. Ven, apagamos la luz?

-No divino, le tengo miedito a la oscuridad. Ya estoy cansada de estar de pie, vamos y no lo comemos en el sofá.

Jezabel desabrochó el pantalón de Kevin, sacó su objeto y comenzó a vestir la rosa roja de él con el látex y se la introdujo en la boca fémina, baboseándola conjunta y completamente. Yo ya estaba que no podía de ganas al ver la espalda y los glúteos exagerados de ella, pero no me dejaba desconcentrar por el movimiento rockero de su cabeza, mientras que una enorme erección se apoderó de mí, pero no tenía porque desconcentrarme, en la incomodidad de mi escondite debía seguir, como un buen artista, sacando fotos. Luego, de una manera afanosa se enchufaron, ella encima y él debajo, mientras un terrible y lujurioso horrisono sonaba al chocar de las pieles destartaladas en sofocante calor.

Después se situaron caninamente y finalmente, él la alzó y los gritos ninfomaniáticos de ella eran detestables y resaltaban aún más el nerviosismo de mi carne. Descansaron un buen rato y yo apagué la filmadora. Una rata pasó por mis pies y tuve que taparme la boca. La luz seguía prendida y él le decía a ella que para cuando era la próxima tanda. Kevin se fue y no encontró un espejo para arreglarse el pelo. Jezabel lo acompañó hasta afuera. Ella volvió y dijo que ya podía bajar del techo y yo estaba tullido en la misma posición. Celebramos el éxito del plan chupando ron. Era de madrugada y yo no quería acostarme en el sofá con ella porque estaba pensando en Juana. Las horas pasaban y Jezabel, al caer el alba, me agarró con su cuerpo ensopado en sudores y humores destilados por Kevin, y me arrastró mañosamente con su cuerpo pecador y me absorbió con el pitillo de su boca para disfrutarla varias veces... ¿Yo estaba cansado de sexo? Mmmm, Que contradicción tan grande. Recordaba la primera vez que le conté el plan a Jezabel y ella con una risa pícaro decía:

-Usted si que es malvado, muy malvado. Pero por malvado nos condenamos.

Fui al estudio fotográfico de mi amigo Julio. Él y yo, nos infiltramos en la atmósfera roja de luz deliciosa del set y con los destellos de pañitos de tintas soperas, las imágenes se gestaban armónicamente. Las figurillas de los cuerpos gladiando las observaba yo con aprecio, como el mejor de los trofeos en el monopolio de mis deidades parásitas danzando en mi mente calmada. Me mofaba en ríos de risa y descaro al notar la reacción del flamante matrimonio de apenas unos años. Vaya sorpresa cuando Juana y Kevin vean las fotografías. Pobrecitos, van a sufrir mucho, no obstante, tenía que ser así para que ella fuera solo mía y se liberara de las garras de su marido embustero. Recordé también, con mucha risa lo que Jezabel me había contado cuando estuvo con Kevin hablando:

-Bonito tu anillo matrimonial, brilla con luz propia.

-No es de matrimonio mujer, me lo regaló mi señora madre por ser un muy buen hijo y ejemplo familiar. A decir verdad eso es lo que representa. –Contestó con risa burlona y picardía.

-Pues está genial y está bien talladito.

-¿Cierto que sí? Los trazos son bien definidos. Es que mi mamita no regala cualquier cosa.

Era hora de que Juana viera las aventuras sanas de su esposo yendo por buenas sendas. Fui a las afueras de su casa. Yo ya sabía que Kevin estaba trabajando mientras que Juana estaba en su habitación tomando tinto y deseándome. Las fotografías estaban inmersas en un sobre color pútrido y llevaba un título en letras llamativas que decían: “SI TE ATREVES A MIRAR, SUFRIRÁS. CORRE EL RIESGO.”

Entonces, tiré el sobre por debajo de la puerta, timbré y corrí para perderme ante su perfume. A lo lejos Juana abrió meditabunda, miró a sus extremos y al bajar la mirada vio el sobre sobre el piso, lo recogió con dedos curiosos, entonces, echó un vistazo para descubrir quién había colocado el objeto rectangular allí, pero al no ver a nadie volvió a entrar con su pijama y las fotografías en mano.

Los objetivos se habían cumplido, faltaba que ella viera el grave e inexorable pecado de su señor marido y todo se desvanecería entre ellos. No me arrepentí de mi plan, porque Juana debía ser solamente mía.

Ese mismo día Juana me llamó por el tubo del teléfono. Su voz estaba llena de tristeza y decepción tan pronto la escuché. Dentro de mi buena alma sentí una sensación de felicidad crepuscular por el sufrimiento ajeno. Ella necesitaba ser consolada por el autor intelectual de la ruptura. Quedamos de vernos en mi casa. Cuando sus facciones destruidas por la traición llegaron a mí, un abrazo de hipócrita condolencia abordé en sus bajas energías, que no eran de su fuerza característica y emprendedora.

-¿Qué te pasó mi cielo? –Dije haciéndome el idiota.

-Vi algo horrible. Muy horrible Tomás.

-¿Qué viste corazón? –Pregunté a punto de soltar una carcajada.

-Vi al desgraciado e infeliz de Kevin tirando con otra vieja.

-¿Cómo así? ¿Cómo fue eso? No puedo creerlo.

-Esta mañana timbraron en la casa y al salir no vi a nadie, solo un maldito sobre con fotografías, no pude con la curiosidad, lo recogí, lo coloqué sobre la mesa, y al ver eso, no lo podía creer. Estoy destrozada, jamás perdonaré a ese imbécil. Con razón él estaba todo extraño últimamente. Claro, me estaba cínicamente engañando y burlándose de mí.

-Y después de lo que pasó, ¿te has visto con él? –Dije conteniendo comprimidamente los labios.

-¿Con qué ánimo? Que ni se atreva a buscarme. –Casi no podía hablar-. Voy a durar perdida un buen tiempo y supongo que tu me ayudarás a olvidar ese tipo.

-¡Por supuesto que sí corazón! Vamos a estar juntos, yo te amo y tú eres la única mujer en mi vida, créeme que yo nunca sería infiel a ti. (Falsa, macabra, conde-nada cadena simétrica).

-Espero que sea así, porque esto ya me produce una terrible desconfianza. Además que las acciones que uno comete en vida son como una especie de pelota lanzada a la pared: Se devuelve ante uno y con mayor fuerza.

Varios días pasaron en un abrir y cerrar de falsedades. Juana en menos de nada le pidió el divorcio a Kevin y él no deseaba para nada alejarse de ella y terminar las cosas así no más, ambos estaban invadidos de congoja pura, porque gracias a mí, todo entre ellos se rompió, como la foto bifurcada de una pareja feliz bajo la ceguera del amor. El sufrimiento que se salía de mi jurisdicción era una suave alegría hipotética. Todo el material se fue por mitades. El

divorcio fue concedido y Juana volvió por un rato a la casa de sus padres, mientras que Kevin permaneció en la misma casa con la esperanza de que ella volviera pero nunca fue así.

-Esteban, acompáñame por favor a mi apartamento, hoy me siento muy sola. –Dije con una correcta persuasión y ternura-, ¿Qué dices?

-Claro Divina, tus deseos son órdenes, si eso es lo que más añoro, estar contigo largo tiempo porque a tu lado el tiempo se comprime y pasa muy delicioso, muy rápido pero divino.

-Hoy como nunca, siento un frío que es penetrante y molesto.

-Listo, vamos y te consiento con la calidez desinteresada de las palmas de mi corazón, que con el pasar de las mejores estaciones te aman y te amarán muchos más.

-Tan lindo tú, ¿qué haría yo sin ti?

El recuerdo aborrecible de ese intento de violación volvió a perturbarme. Cuando era niña, se manifestó una noche infestada de estrellas vírgenes que desmayaban su luz linterna a la ciudad de faroles artificiales. Era increíble lo que se podía hacer debajo de las cobijas con Esteban sufriendo de hiperactividad. Los productos distantes de millones de años luz, eran a lo sumo encantadores, pero no sentía interés en saciar la vista con la poesía escrita en la luna que caía bajo el reflejo del sol, que estaba sentado en el otro extremo del trono fulgurante. Después de tantos fracasos con mi ex novio por la prueba de amor psíquica mezclada con el poder carnal, siento que fue saludable que él se hubiera ido porque había algo en la naturaleza que nos rechazaba, y de pronto estábamos juntos por evadir el tedio o algo así, cosa que no sucede con Esteban. No puedo imaginar que la vida diera muchas vueltas. Hubo un tipo que tocó el candelabro oculto que hace un buen rato estaba congelado y distante en sensaciones, y que no había sido muy bien desplegado ante la luz del enamoramiento. No me sentía violada por mi imaginación vengativa y trágica, sino que era deseada y complacida por dar a luz un nuevo recuerdo útil, que con la luz del tiempo iba a ser luz de esperanza, en la luz oscura de tantos temores reforzados, con la luces apagadas y desorbitante del lado oscuro de la luna de mi alma, que Esteban empezaba a cambiar cuando me tocaba con el ruido dulce de su corazón versátil y ameno.

Era pleno, completo y acogedor amanecer bajo el calor amanecido de los brazos de Esteban. La mayoría de días en mi vida, pasados al baño de María como escalera descendiente culminaron,

o eso parecía ser. Algunas veces, me despertaba con el hueco siniestro de ecos desmembrados sin renovación, sin poder salir y de entrada decaía en anormales depresiones. Pero esta mañana, las cosas no fueron así. La felicidad dominó todo mi cuerpo y mente. A decir verdad, me resistía a creerlo. Jamás debía dejarlo. Vientos fuertes de confusión entraban en mi cabeza al meditar acerca de la relación que tenía con Esteban, porque no habíamos nutrido un noviazgo formal, solamente aparentaba ser como un afecto de necesidad para tapar las grietas de la soledad, pero las cadenas invisibles de un fuerte amor nos recorrían y nos unían sin postular un orden posesivo. Si el juego se planteaba así, entonces sería demasiado peligroso porque la chimenea de mis venas alzaba amor humeante hacia los celestes campos de sus ojos melancólicos. Pero, dominada por la eventualidad, tenía miedo al tratar de deducir que él podría utilizar mi corazón, para luego desecharlo en el pozo de una bolsa negra de basura con retazos inservibles y descompuestos.

-Esteban, ¿tú que sientes por mí? –Le dije seriamente.

Sería una gran mentira decirte que no siento nada por tí. Amanda, algo muy grande nos ha unido. Son las alas de la libertad las que nos mantienen interconectados por un cielo nuevo. Tú eres el oasis más bello que haya encontrado en la resequedad de las horas tristes, matizadas por el misterioso paisaje del viento a favor de nuestro vuelo.

-¿En serio? –La voz de enamorada se amplificó y recobró añil vitalidad.

-Pregúntale a Dios, creo que Él no nos miente.

-¿Y cómo hago si Él no me asigna una cita para formular la pregunta?

-Es algo fácil, aunque yo sea imperfecto y tal vez, la esencia de Él no pueda estar en mí, clávate en mis ojos con tus ojos anclados y verás las cortinas de mi interior, abre ese par de cortinas de seda escarlata, sí, mira más adentro y no tendrás necesidad de inquirir ante el Altísimo Celestial. Yo podría catar en tus ojos un victorioso sol que alumbra la casa antigua, oscura y deshilachada de mi alma, y gracias a tu enérgica luz apresada, me entierro en tu espejo amarillo vivo. –Su voz fue camaleónica denotando armónicos sinceros.

-Estamos, estamos vivos. Nuestros soplos pulmonares sostienen la vida como un puente irrompible. Te necesito más que nunca. Quiero que nunca te alejes de mí, no te alejes de mí ni siquiera en la distancia lunar, porque en ella puedo recordar tu recuerdo con la esperanza de verte una y otra vez, sin el cansancio de mediodías ociosos en la nada.

Las vacaciones fueron curación para Juana. Unos días en Villa de Leiva trajeron consuelo a sus penas. Era increíble la permanente satisfacción que se inhalaba en la artesanía de los toldos artísticos y en la escultura de nuestra relación. Desde que nos habíamos conocido, las diferencias eran el maná perfecto para aprender del uno y del otro. Alegatos con el arado de la crítica, nutrían nuestras peleas de niños con alegría y moderación. Así que gritos hipócritas, elementos de segunda mano para ignorar, caras de molestia y riñas prolongadas, no eran parte de nosotros. Particularmente todas las parejas pelean, así sea por una pequeñez sin importancia o alguna bobada, pero en nuestro caso nos agarrábamos en dulces batallas, limando el cariño calmado ante todo tipo de asperezas. Todas nuestras vivencias encajaban por el lubricante de la facilidad no frágil, y ese tipo de afinidad me asustaba un poco. Perfección por Juana ya que se había divorciado de Kevin y él se había desaparecido del su lado. Perfección porque me amaba profundamente, por lo menos así parecía, y toda mi líquida realidad de cristales era un aliciente para vivir bien, para estar conviviendo en un buen pulso con ella hasta que muriera el mundo, o hasta que la devastación de la muerte importunara nuestro norte. Perfección porque le dije con palabras fumadas que se uniera a mí ser como un único cuerpo, compartido bajo los anillos circulares de sus ojos negros, para que fuera mi costilla, la etiqueta clamorosa de esposa. Perfección porque ella aceptó unirse a mí, sin importar las consecuencias que hubiera y a mis secretos frescos. Perfección de casarnos sobre la luz del secreto, donde nuestros familiares y amigos cercanos no supieran nada en absoluto. Perfección al deslizarme por las calles forradas de piedras ovaladas y tejiendo mi destino a lomo de caballos aguerridos y galopando en fondos desérticos de montañas peladas, que siempre se radiactivan en las tardes con el desdoblamiento del mágico sol que viaja donde está la más sublime belleza: hacía Juana. Perfección al preparar el traje albo de boda, la falda escocesa de cuadros verdes y blancos que iba a llevar junto a mi espesa barba en el mentón, -ya que así había soñado casarme-, los anillos que representaban la unión, las personas desconocidas que nos iban a colaborar como testigos a cambio de unos centavos, el sacerdote que no teníamos la remota idea de quién era y el ponqué de tantos pisos junto con una enorme champagne para dos. Perfección al ir en contravía de los rituales de una boda tradicional, donde el novio espera a la novia y ambos se desplazan en lujosas naves automotrices. Perfección después de la boda porque nos esperaba un viaje a la isla más remota del mundo para luego friccionar nuestro amor hasta que el fuego nos consuma

las almas en olas de tostada felicidad. Dulce perfección al cambiar mis actos malsanos y olvidarme de toda desdicha ejecutada en los senderos del pasado. Dulce perfección era estar enamorado de sus cabellos largos que le resaltaban sus ojos de repetible adicción.

En el mes X de conocernos, todo estaba métricamente calculado. Juana estaba preparada para desprenderse de las garras de sus viejos que la habían recibido muy bien después del divorcio. Yo era la persona más feliz del mundo en aquellos momentos, y era porque en las actividades laborales, el dinero llegaba por montones, ¡que buena suerte la mía! Aunque todas estas cosas no eran suficientes porque como decía Julio Toro el Fotógrafo: “No falta el pedo después de la miada”.

Temprano en la mañana, tenía que revisar una información importante en el correo electrónico. Cuando vi la bandeja de entrada, una enorme alegría se manifestó en mí, al ver que un prospero negocio (aún no sé cómo), había funcionado energicamente bien. ¡Qué maravilla! Las cosas marchaban viento en popa y sin mayor esfuerzo. Revisé unos mensajes de unos amigos, de las noviecillas virtuales que viven al otro lado del planeta y compañeros de bebida que hacia siglos no veía. La carpeta de “Correo no Deseado”, se manifestaba sutilmente, y me daba mucha pereza abrirla porque eran mensajes comerciales, pornográficos y sin ninguna importancia. Noté que había demasiados mensajes en aquella carpeta que no quería revolver. Entonces, solo por curiosidad la abrí e intentaba buscar algo interesante, ya que los iba a borrar de un solo tajo, hasta que había en color amarillo un mail de Kevin y en el asunto decía: “¿Dónde estás tú, mi amigo perdido?”. Al leerlo, quedé sorprendido. Me dije así mismo: “Carajo, todo se torna perfecto, tanto así, que el que fue esposo de mi futura esposa me envía correos y le hago falta”. Di click para ver el mensaje. Antes de mirarlo, una risa morbosa se desfiguraba en mi cara altiva.

El mensaje decía lo siguiente:

HOLA QUERIDO TOMÁS, ¿CÓMO ESTÁS? ¿TODO VIENTOS? AQUÍ YO ESTOY MAL Y ES POR SU CULPA. UD ES UN HIJO DE PUTA, UN PEDAZO DE MIERDA, PEDAZOTE DE PILTRAFA. MI AMADA PERRA, JUANITA ESTA CON UD Y UD RATA DESGRACIADA, ME ENGAÑÓ AL COMPRARME UNA PUTA DE QUINTA QUE YA... ¡SI SUPIERA QUE LE PASÓ! FRESCO IMBECIL Q' LO VOY A HACER ES VENGARME A PURA PUNTA DE... ESO ES SEGURO HP. DE PRONTO ENVENENARÉ COMO A UNA RATA A NUESTRA JUANA PA' Q' SUFRA, PERO ESO MEJOR Y UTIL PA' ELLA Y PA' MÍ QUE UD DESAPAREZCA DE VIAJE AL OTRO LADO DEL

MUNDO Y Q' ESA VAGABUNDA DE MI MUJER VUELVA A SU HOGAR AQUÍ CONMIGO. PUTA VIDA DEJE Q' LO ENCUENTRE PA' VOLVERLO UN MONTON DE MIERDA Y JODERLO, XQ UN HIJUEPUTA HP COMO UD LO ÚNICO QUE MERECE ES QUEDAR MUERTO EN VIDA X LO MENOS. DE NADA SIRVE DEMANDARME XQ CRÉAME Q' ESTOY LLENO D' ODIO Y NO DESCANSARÉ HASTA Q' SE CAGUE EN LOS PANTALONES GONORREA, YO NUNCA ME METÍ CON UD, PA' QUE UD ME JODIERA PUTAMENTE Y ME ROBARA A MI, MI MUJER. LO TENGO ENTRE CEJAS PERRO HIJUEPUTA CUÍDESE MUCHO... LO VOY A JODER PERRO HP. CON MUCHO CARIÑO: LAS MOCOSAS Y PEGAJOSAS MOSCAS...

Al terminar de leer ese mail vulgar y crudo, el miedo y la parálisis entraron en el reino de mis pensamientos. De lo poco que me conocía, deducía que era muy cobarde ante esas situaciones. Recuerdo mis tiempos de colegio, cuantas palizas sufría de parte de los más agresivos y yo salía corriendo como una gallina, con los labios pintados de espesa sangre y llorando. Realmente no me gustaba pelear, mientras que simplemente un consejo de muerte se iba a llevar a cabo por un tipo envenenado por el odio y contra eso no podía hacer nada. ¿Debía marcharme cuando todo estaba listo para la boda? ¿Juana debía saber acerca de esto?

Los pocos días siguientes fueron una sucesión de pesadilla tras pesadilla. Tras pesadilla, pesadilla... La imaginación negativa me perseguía como molestos pellizcos en mi mente ya en el tope de la paranoia. Suponía que cuando llegara a la casa, la figura de Juana se retorció revoloteando con el movimiento de su boca espumosa por las secuelas de un veneno oculto en una caja de chocolates con mi nombre impreso, o que le iban a ofrecer algo exquisito que al instante estallara y suspendiera los sentidos a la inutilidad, entonces yo entraba en amargura. A causa de esas cosas después de leer el mail de Kevin, las veces que me veía con Juana, ella me decía que yo estaba lo más de raro, como si algo grave estuviera pasando, sin embargo como pretexto le dije que un fétido recuerdo de la niñez me estaba incomodando. Dizque porque esa remembranza se hallaba atrapada en las murallas del inconsciente y como tal, tenía que sacarlo a flote.

-Recuerda Amor, -decía Juana con cariño-, que un tronco por más pesado que sea, si se llegara a arrojar desde una altura considerable a un río poderoso y corpulento, puede hundirse por un buen rato pero sale a flote. Así sea un hecho pecaminoso, este se manifiesta cuando uno

esconde varios secretos en los riachuelos en remolinos del pensamiento, porque la naturaleza de todos los mortales es una “autotraición”. No te presiones, esas cosas salen en el lugar y en el momento menos pensado. Sin embargo, haz caso omiso, no hay que revivir esas cosas en escenas incómodas. Además si corres por la corriente profunda del pasado tangible te haces daño, es como si hubiera en ti verdaderos demonios desgraciados en tu imaginación, que te hacen retroceder el tiempo, así que deja que pase sola la pena.

Es molesto estar paranoiquiado. Las fases de paz han muerto. Todo el tiempo estaba asustado. Mal si estaba en la casa porque entraban y me ahogaban, mal si salgo porque me desaparecen en cuerpo y alma. Yo estaba seguro que Kevin no estaba solo detrás de mi rastro, en cambio, yo si lo estaba. Faltaban apenas dos días para la boda secreta y yo tenía la adrenalina alborotada, y el páncreas lloraba continuamente. Mi espíritu ansioso deseaba perderse con Juana en esa isla y luego cambiar de ciudad, aunque era necesario que ella no supiera nada para no preocuparla. Hace menos de un mes, Kevin había escrito esas porquerías y además, él sabía dónde vivían los papás de Juana, pero por fortuna, no había hecho nada malo. Simple y llanamente escribió eso para asustarme y ya. Era necesario inventarme esa película porque ya estaba acostumbrado a inventarme unos videos de muerte horrendos y desde luego, no iba a permitir que mis sueños inconscientes y conscientes de miedo, amargaran el manjar de felicidad que me esperaba al lado de mi amada. El martillar de los segundos presionaba mi pecho que tenía pereza de respirar. Juana llegó a mi casa y su rostro irradiaba satisfacción, como si fuera reina de los cielos pero, al verme se entristeció mucho.

-Sigues triste, ¿cierto? –Dijo con susurro tierno.

-No te lo puedo negar mujer divina, estoy perturbado por ese insuceso borroso que no quiere salir. Es como cuando uno quiere vomitar y no puede por más que uno se meta el dedo en la faringe.

-Tienes razón. Amor, tengo una idea fascinante. Nuestra boda es pasado mañana, te propongo que de regalo escribas en término general y bajo libre albedrío algo indescifrable e ininteligible para mí, verás que de esa manera puedes inventar la llave concisa para abrir el cajón secreto de tu mente y así mismo podrás descansar, es que me preocupa verte así mi vida.

-Me parece interesante lo que planteas, pero con la condición que tú misma debes escribir algo para mí.

-Listo. Tú llevas lo que hayas escrito cuando entres a la iglesia y yo te doy con todo cariño mis letras que saldrán de mis venas precisamente, antes de que se efectúe la boda, e intercambiamos papeles para que yo tenga algo de tí y tú algo de mí.

-¿Lo que se me ocurra escribir, o habrá un tópico específico?

-Cualquier cosa Tomás. –Dándome un abrazo-, quiero refrescar tu espíritu inquieto con algo sorprendente. ¿Si supiste lo que ocurrió en el pueblo con una mujer muy bella?

-No, ni idea. –Repliqué con mandíbula desencajada.

Tres individuos. Una mujer. La montaña. El abismo. Ella y ellos. La noche. El precipicio más cerca. Ella hostigada y hollada por ellos. Piedras hinchadas en gigantismo. Último miedo. Antepenúltimo placer. Luna llena de comida y cráteres. “¡Déjenla caer!”. Entonces la dejaron caer y parte de su sangre fue salpicando las paredes de las rocas y los árboles durmientes. “Vamos y enterramos a esa maldita en el fondo más profundo de la selva negra”. La madrugada era cómplice de frío. Bajaron encordados. Desendieron despacio. Cuando fueron a enterrarla, no hallaron nada de ella, sino el cráneo y los pies y las palmas de las manos.

Como hipnotizado, me desprendí de los brazos de Juana, fui a la cocina por una cerveza, la saqué del refrigerador, agarré el destapador y era tanta la ansiedad de mi alma angustiada que, con el destapador, rompí la boca de la botella pero en ese instante no me di cuenta de ello, así que la punta de la botella quedó afilada como un cuchillo de carnicero, volví a mi cuarto junto a Juana y ella no había visto la cerveza. Yo estaba como con sensación de sueño, mirando fijamente su cabello, entonces lleno de ansiedad alcé el brazo y...

-Amor mío. –Dijo Esteban sin quitarme la mirada-. Saliste esta mañana a trabajar y me dejaste una notita sobre la mesa de noche: “Te amo más que a mi vida”. Qué linda eres y, discúlpame por haber leído otra nota distinta que estaba en el piso de madera.

-¿Y qué decía? –dije extrañada.

-En realidad, no era una nota sino una hoja roía por la vejez amarillenta de los componentes, la dejé en su sitio pero me la aprendí de memoria porque todo lo que escribes me importa mucho, sabiendo el interés tan infinito de seguir conociéndote.

-No te creo, me gustaría escucharte.

-Está bien. Esto decía lo siguiente: en los hijos e hijas, el carácter esferal intocable, me brinda senderos contradictorios que llegan al mismo sitio. Los ventarrones que gatean subjetivamente, producen frío. El ojo del sol miraba hacia abajo y la carga agridulce del sufrimiento de mi aburrimiento vuelve a cortar como un puñal la síntesis de las infladas decisiones. Ya me estoy acostumbrando a los mismos procedimientos. El sufrimiento del aburrimiento se infiltró en el esquema pueril y aporta su manifestación como un dios inestable. En la adolescencia bajo el bajo de ocasiones esporádicas me visitaba y ahora de mujer intenta poseer todo mi ser, pero no quiero dejarme. A veces, comparto momentos exquisitos con el aburrimiento y éste me ha enseñado a ser como el espejismo de un montón de gentes solitarias: tal vez, no pensar y preparar el futuro, a olvidar y exprimir la mente taciturna de mis propias falencias, en inconscientemente amar y abrigar la muerte, en ser lo que no soy, en reír en la tristeza, en fingir que no lloro y llorar cuando estoy encerrada totalmente en mí misma. En fin, el termino medio de existencia repisada en locura, me dictamina que es esencial pasar largos ratos con el dios aburrimiento, porque nutre las ideas de inseguridad y dolor soportable; cosas fundamentales para seguir viviendo felizmente deprimida.”

-Estoy aterrada, nunca pensé que un hombre tuviera tan excelente memoria.

-Amanda, discúlpame por haber leído algo tan personal.

-No te preocupes, me alegro mucho de que me haya pasado eso porque veo que te intereso y me encanta que lo hagas.

-Me parece bien amor, es bueno escribir.

-Sí Esteban, pero en hojas separadas sin importar el orden o la secuencia, creo que ese es mi estilo. De pronto, el arte más allá de la vida siempre será no declinar en las más agudas adversidades, -dije contradictoriamente-. Por ejemplo, algo que odio en mí, es escribir las trivialidades desnudas de todos los hechos porque es imposible hacerlo. Nunca pensar en crear un diario de mis propias experiencias, ni mucho menos adentrarme en la existencia de otras personas porque se perdería el valor altruista. Suena absurdo pero irónicamente es cierto. Soy en concreto una secuela maravillosamente extraña y misteriosa en los causes volitivos, un bicho fémimo y poderoso que se pierde en los caminos detalladamente conocidos. ¿Será bueno estar sometido o sometida a alguien?

-No lo sé, eso depende hasta dónde llegue el límite de la bondad personal, pero igual estamos condenados a estar sometidos a la presión de algunos o algunas que nos consumen, si no fuera

así, estaríamos todos muertos de aburrimiento. Allá afuera de ti, hay muchas miradas y vainas por conocer. Uno mismo decide si se encierra parcial o totalmente.

...Entonces la botella acarició mi boca con agudeza y la sangre del labio superior e inferior se mezclaron con la espuma de la cebada. Pegué un grito de insatisfacción. El líquido rojo caía por mi mentón al piso. De la rabia por haberme cortado profundamente los labios, estallé la botella contra la pared y la cerveza nos salpicó los cabellos con el sonido de vidrios diminutos que volaban por todo el espacio con el sonido de un eco bostezando.

-Amor, cálmate. –Buscó algodón pero no encontró nada-, el dolor se va, domínate que va pasando.

Las manos tiernas de Juana tocaron mis labios y la hemorragia se contuvo instantáneamente. Se acercó a mí con una calma expresiva y me dio un beso largo que me hizo sentir excitación y dolor al mismo tiempo. Ella se tragaba la sangre sin asco y su ejemplo de tranquilidad fue transmitido. El ardor se había largado al adherirse las bandas de las viejas curitas que estaban en un cajón-botiquín y se quedaron selladas a mis labios.

La boda era el día sábado a las 4:30 de la mañana en la Amarilla Catedral de Jugete. Ya todo estaba listo. El viernes en la noche, una hoja y un lápiz frente a mí y yo sin saber qué iba a escribir. La frente estaba enjuagada de sudor. ¿Cómo hago para evadir el negativismo malvado que estaba detrás de mí y no me dejaba en paz? Las manos temblaban y no había escrito ni una sola letra. Eran las 8 p.m., y la inspiración salía a correr lejos de mi mental decaimiento. A las 10 empecé a escribir con un afán retardado, y con letras perdidas y algo enfermizas por el ambiente verde que entraba y salía de mis murallas.

No sé por qué comencé (des) construyendo un poema. Coloqué una fecha pasada en el futuro: Agosto 10/2003 y la estructura no quedó para nada convincente...

**Egocéntrica faceta nace y permanece
se despliega en los sentidos y fluye.
No hablará una madeja establecida,
volición remojada en incertidumbre...**

**...mi infiel calma se torna carcomida.
Por declinar la bella lujuria infactible
sosiego indeseable de carnes esclaviza
como pozos ocultos de arena movediza
magullando la debilidad sutil de mente
hundiendo hasta abajo el tiempo de vela
garrotando tinieblas disonantes en muerte.
Succión ayunada matizando lacia soledad...
¿Qué más podría pensar?
¿Qué más podría pasar?**

Arranqué del cuaderno esa hoja, la arrugué y lanzándola en el rincón más recóndito, se durmió en el estudio. ¿Qué le quería transmitir a mi futura esposa? No lo sabía en ese momento, mientras el tiempo se encogía como madera al fuego, así que pensaba que teníamos que casarnos antes del alba para volar como águilas y evadir esta atmósfera de auto hostigamiento. Los mejores momentos con ella, fueron de cuatro a seis de la mañana, teníamos la costumbre de ver la alborada deliciosa con la delicia de su afecto inexplicable. La constancia del engaño bajo la libertad de nuestro más puro amor, se desdibujaría y la fuente negra y roja de nuestros pecados, se iría sintiendo la más dulce emoción de no esconderse de nadie. Un largo rato me quedé meditabundo, ya era medianoche y ya debería estar casi listo con mi traje formal del tronco para arriba, y la falda escocesa más alta que las rodillas junto a unas medias largas y elegantes.

**Mi ahorta vid aún sigue vaciada
a costa de infernales devociones.
He tomado vino de cadenas frías
refinando mis sombrías adicciones.**

**Medio cielo trozado y enredado
un litro de viento dado y helado;
yo, ventilador de vida sin expirar**

Enchufe atado a la toma por soltar.

**Las asmáticas huellas secas que doy
se van sorbeteadas bajo caos y desidia.
Fracasado insecto de cambio viene hoy
al envenenar mi ser con ácidos del día.**

**Es larga hora de ser radical
y no auto enjaularme al mal
para cohibir el deseo abismal...**

**Desechar todas esas pocas tentaciones.
Drenar encantamientos en extinciones
encajonando en el negro cobre del olvido
siniestros pecados que ya me han herido.**

**Como un fantasma dulce añejaste aquí mi vida
y la savia devastada de mi vida aún no va perdida...
Porque es visible tu rastro bendito hollando mi norte.
Entre sangría tú y yo, procreando saliva roja y amándote.**

Dejé ese poema por razones de tiempo. Desprendí la hoja y la doblé hasta que quedó en un pedacito de 6 cms. Entonces, me duché con agua caliente, me vestí a mi gusto excéntrico, me unté toda la loción, me afeité las mejillas, un nuevo peinado relucía en el espejo, cogí las sortijas, la billetera y la hoja de papel reducida sin nombre y con la fecha de aquel día: Agosto 17/2010. Entonces, me arrastré en mi camioneta Jeep Cherokee hasta el pedacito de iglesia. Los 6 testigos falsos me esperaban y yo al llegar, me llenaron de fingidas felicitaciones. Todos los accesorios y herramientas para iniciar la misa nupcial, circulaban en su sitio en un orden métrico. El sacerdote miró el reloj de su muñeca, 4:30 a.m., y su cara era consistente en alegría hipócrita.

La novia decidió llegar a pie. Estaba hospedada en el hotel Tequendama. Quería caminar sola y esa era su voluntad, sabiendo que deseaba pensar su destino paso a paso solitaria, corriéndolo peligro en la tibia oscuridad. La recibí en la puerta de la iglesia. Las sombras mediocres resaltaban la belleza angélica que pronunciaba aún más con su sonrisa creciente de seguridad por lo que iba a efectuar. Le di mi hojita y ella la guardó dentro de su escote blanco con su manito pálida. En cambio, ella me dio varias hojas sueltas dentro de un llamativo sobre rojo que marcaba un fuerte contraste. En mi cintura colgaba una cartera combinada genialmente con la falda que tenía puesta y sobre ella, metí el sobre rojo. Entramos a la Catedral de Juguete. Seis almas que iban a presenciar la boda, junto al sacerdote que se dispondría a transformar o soldar dos almas en una sola, eran un prospecto ácido de felicidad. El ritual inició sin ninguna irregularidad y el transcurso se forró con las mismas palabras de todos los mismos siglos:

-“Aceptas a Juana Arciniegas como tu esposa, en la salud y en la enfermedad...”

-Sí, acepto. –Dije con firmeza, con la mente en blanco.

“Aceptas a Tomás Fernández como tu esposo...”

-Sí, sí acepto. –Su voz se perdía en una barca de presentimientos negros y rotos.

“Si alguien tiene algo que decir, -dijo el sacerdote-, a cerca de esta unión, que hable ahora o calle para siempre”.

-¡Yo tengo algo que decir! –Una voz trasnochada de transfondo se amplificó en el acto.

Por imprevista sorpresa, en ese preciso instante apareció Kevin con los ojos en llamas y con voz zombie, rompió la secuencia normal del pacto que se iba a efectuar. Quedé helado al verlo pintado todo de negro, con su rostro siendo el lado espeso de la oscuridad. En cuanto a su mano derecha, cargaba una pistola y en esa escena vislumbré el presentimiento de la muerte únicamente rondando sobre mi existencia, (ahora si más preciada que cualquier cosa).

-¡Que yo tengo algo que decir! Ahora mismo, brevemente, Le llegó la hora Tomás. ¡Aquí nadie lo puede salvar! Está en buen sitio para recitar sus últimas oraciones.

Mis piernas se mecían de un lado a otro. La respiración se contuvo, estaba convencido que ya era el momento de alejarme del mundo del cual no resistía largarme. No pensaba en nadie más,

solo en mí mismo. El corazón pensaba salirse del pecho, correr y perderse lejos de la iglesia. Todos mis miembros temblaban escandalosamente.

Kevin arrojó la primera ráfaga de balas sobre 6 testigos prostituidos, y ellos cayeron al suelo de imágenes de santos como un machetazo agudo sobre plantas altas y delgadas.

-Hijo mío, -dijo el sacerdote-, perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Esta es la casa de Dios, por favor no cometas este sacrilegio, tú sabes que El Altísimo condena el homicidio. Hijo mío, hijo mío, baja el arma y no hagas más daño. –Su voz trataba de ser calmada pero el miedo la transformaba en gemidos arrugados-. Arrepiéntete de lo que haz hecho. Baja esa pistola, Dios te está viendo y eso no está para nada bien. Además, todos los asuntos y resentimientos se resuelven mediante el diálogo. No lo hagas. Tomar justicia con tus propias manos no es correcto. La venganza es un demonio que envenena el alma, por favor, baja el arma.

-Eso no sirve de nada ahora, -su brazo estaba bien extendido apuntando con suave terror a los tres-. Ojalá Dios te reciba en las mansiones del cielo y abra las gigantescas puertas para que ingreses, aunque eso no sea creíble.

Kevin disparó y arrojó con sangre fría un balazo que hundió la frente del sacerdote. La pepa de hierro salió por su nunca y penetró en una de las llagas de un pie de la humilde estatua divina de Jesucristo. El moderador del albo matrimonio se desplomó como un muñeco, al ser arrojado con desprecio al sótano de la muerte. El piso se revolcó al caer el sacerdote con su túnica impecable.

Había siete cuerpos durmiendo sobre el piso santo de la muerte. No se encontraban espectadores sentados en las sillas largas de madera, aunque uno de los testigos quedó dulcemente arrodillado que cualquiera que lo viera, pensaría que estaba orando con tanta fe, que la sangre de expiación de pecados se manifestaba con su llanto nostálgico de una nueva vida congelada, a las espaldas de un nuevo viaje sin destino concreto.

-¡Ore por todos sus pecados Tomás!

Su pistola me miraba con ganas, así que él atisbó el cañón sobre mí y, tan pronto como iba a ser tostado por las gomas metálicas y calientes, cerré las cortinas de mis ojos.

Sonó el primer proveedor. Al lado de la iglesia había una casa llena de gallos de pelea, el canto mañanero de esos bichos sonaba más duro que los disparos de aquella pistola negra, con una carga de aproximadamente muchos tiros. Al abrir los ojos, yo estaba convencido que me hallaba en el nuevo y tenebroso mundo desconocido por los mortales pero no, Juana atravesó toda su silueta, haciéndose al frente mío como un perfecto escudo. Las balas no traspasaban su cuerpo, porque si fuera así, ya me hubieran tocado. Los pies de mi amada estaban enterrados al piso. La fuerza increíble de las balas no empujaba hacia atrás su fisonomía de avispa. Kevin duró 10 segundos cambiando el proveedor por uno nuevo, y siguió disparando.

-¡No me hagas esto Juana, quítate del medio! –Pistola, e-pistola, Kevin, un mar de lágrima.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco proveedores cambiados y Kevin roseaba las espadas diminutas impulsadas por la pólvora sobre el pecho de ella que resistía con ahínco fervoroso. Chorros de sangre se manifestaban en su espalda de diosa, el rojo dibujó todo su vestido blanco que parecía una rosa luchando contra el viento de verano tratando de no caer.

Kevin se llenó de miedo al sentir el rostro distante y frío de Juana, y al ver que ella no se movía ante la lluvia de balas que se infiltraban más fuerte que el núcleo de la tierra, sintió miedo. Entonces, Kevin al terminar el sexto proveedor, y al darse cuenta que no tenía otra carga, salió corriendo asustado por la seguridad protectora de aquella mujer que no pensó en su alma, sino en conservar la mía.

Los gallos dejaron de cantar. El silencio aclaraba el nuevo día que empezaba a funcionar macabramente por el humo de tantos disparos. No sé de dónde salió tanto humo, la iglesia se inundó con el blanco flotante de neblinas inconclusas que contrastaron con el escarlata profundo de su vestido. Yo estaba paralizado física y mentalmente. ¿Por qué no fui detrás del homicida para haberlo despedazado con mis propias manos? ¿Por qué no dejé a mi casi esposa abandonada?

Juana con el mar de neblina espesa, empezó a convulsionar y temblaba exageradamente. Las rodillas se golpeaban con un estilo ordinario hasta que su espalda descansó sobre mi pecho ileso. Busqué su rostro y era más blanco que las telarañas lunares. Ella entonces, irradiaba la más bondadosa felicidad.

-Tomás sigue sin mí. Mi aliento de vida sostuvo las balas con viento protector y no permití que salieran de mi espalda porque yo, yo te, te amé. Te dejo, ahora busca ser feliz solo y te ruego por favor que no desperdices tu existencia... Toma venganza, toma venganza.

La besé estupefacto con mis labios pegados de curitas y ella untó mis curas con coágulos de sangre. Cada palabra que musitaba la sacaba con toda la fuerza, era el último adiós con voz débil y marchita. La iglesia por fuera, tenía un reloj sin minuterero y sin segundero, y por dentro ella estaba cundida de pompones amarillos que al observar la última exhalación de Juana, se jorobaron y se convirtieron en polvo cristalino que se perdió por la puerta. Un grito estruendoso de mi corazón desgraciado inundó el sitio haciendo surgir un largo “no” como eco cíclico que duró un par de minutos e hizo que la niebla saliera, viendo la diminuta arquitectura interior nítidamente. El silencio completo había restregado el regreso. Centenares de balas se deslubricaron y cayeron al piso sin impulso, porque se desprendieron del cuerpo moribundo de Juana y sonaron como cuando se lanzan piedras grandes a una laguna sin fondo.

El cuerpo y rostro albos junto al vestido rojo escarlata de Juana, sufrieron una gran transformación. Parecía una alucinación de mi parte, al ver la figura fragmentada de ella, mutados en infinitos pétalos de rosa que eran blancos, rojos y negros. Juana había desaparecido. Los pétalos de rosa que yo veía que eran como el aliento de ella, cogieron vida e hicieron un remolino, mientras que un pequeño rayo de sol se entrometía.

Salí de la iglesia muerto de pánico y la falda escocesa estaba intachable. El cielo estaba enredado y yo, perdido y demacradamente derrotado. Realmente uno mismo se busca los males. Era demasiado tarde, el día abría su actividad con un halo energético, pero era ya tarde para retroceder el tiempo. Lo hecho, hecho estaba. Entonces pensaba en la última voluntad de Juana: “Toma venganza”. Eso era justamente lo que iba hacer. Mi alma ya era un pozo contaminado por

las aguas de la maldad y la mitad de mi corazón soñador había desaparecido por completo, y no podía estar tranquilo mientras que Kevin estuviera viviendo.

Llegué a mi casa, abrí el cajón más recóndito del clóset, saqué un viejo revólver que tenía una sola bala y andaba siempre conmigo. Entonces, revisé mi correo, había cinco mensajes en los cuales Kevin desataba su más horrenda furia contra mí. Así que le repliqué lo siguiente:

“No le tengo miedo. Sus amenazas no me importan. Veámonos en la finca de sus tíos, bebamos ron y cuando ya estemos prendidos, jugamos “Ruleta Rusa”. Yo pongo el revolver con una sola bala, aunque yo sé que usted no tiene palabra de hombre, creo que usted no posee palabra suficiente para cumplir literalmente lo que le estoy proponiendo, supongo que me disparará cobardemente o usted estará con otros tipos y ellos le darán seguridad para despedazarme. Usted es un estúpido de mierda y creo que usted no respeta el pacto de un verdadero tipo como yo. ¿Usted no escucha rancheras gran imbécil? Sea un macho y acepte el trato”.

Lunes por la tarde y no había comido nada después de la boda desplomada, sólo bebía y fumaba, esperando el correo electrónico fundamental e importante para mí. Ya no estaba paranoico como antes, sino que una amarga rabia habitaba las paredes agrietadas del alma. El sábado por la noche había enviado mi propuesta sin respuesta aún.

Martes por la mañana y ahogado en la lluvia más inclemente, revisé el correo y sentí una gota de alegría al tener en la bandeja de entrada un mensaje de Kevin:

“Amo los juegos y la palabra de un macho vale más que todo el dinero del mundo. Además, estoy jodidamente deprimido por haber transportado a Juana al otro mundo soñador. O es usted o soy yo, porque los dos vivos estorbamos. Venga a la finca esta noche, a eso de las diez y bebemos juntos, dialogamos sin odios y no se le olvide el revólver con la bala porque esta noche será su fin, dejando todo en manos del destino, él sabrá más que nosotros.

Posdata: ¿Dónde carajos está el cuerpo de Juana? ¿Usted qué hizo le hizo a ella? Sus padres están muy preocupados e intuyen que Juana esté muerta. Ellos tenían unas rosas putrefactas que han vuelto a vivir, y como agüero creen que algo no muy grato haya ocurrido, porque según ellos, es con vida como se despide la muerte”.

La sangre hervía de emoción. Era factible que fuera mi último día y este se manifestaba con un interminable aguacero. Salí de la casa, llevé una botella de vodka, un paquete de cigarros

mentolados. El sobre rojo que Juana me dejó, no había sido capaz de leerlo aún. Me alteraba con razón un intenso miedo, después de lo que había pasado en esa iglesia, aunque la curiosidad me incitaba a leer y más aún cuando la canción monótona de la muerte llegaba repetidas veces al oído. No podía irme sin saber que sus manitos de diosa habían escrito...

-Esteban, salgamos de aquí. Ya se está haciendo tarde y tengo mucho sueño. ¿Me acompañas al apartamento? Bueno si tú quieres claro está.

-Pues vamos mi vida. Tú sabes que estoy unido a ti.

El Café 101 se manifestaba lleno de rarezas, veía el sitio como más pequeño y la música poco expresiva me estaba hundiendo en planteamientos retorcidos. El inmenso frío que danzaba por las calles desnudas, despertó los sentidos con el movimiento colectivo de todas las almas en su cuento y con asuntos muy distintos dirigiéndose al azar del tiempo cautivando fantasías.

Cogidos de la mano entramos al cuarto que se movía por la cantidad de vueltas que nos hizo dar las cervezas tomadas en el bar. Volvimos a resucitar todas las caricias y fuegos afectivos, haciendo que los sentimientos calientitos se prendieran en el desinterés de la noche. Realmente hay cosas necesarias, que si se llegaran a perder, serían desenterradas por las experiencias y sensaciones un tanto nuevas, que cualquier viviente se desconocería ante una felicidad y dichas profundas, que podrían desembocar en el abismo de antónimos. La invitación contraria consiste en abrochar la caja de resonancia poco descubierta y no amplificar el autoestima con viajes cortos invadidos de humildes derrotas. Dejarse devorar por las garras del mundo placentero y plantear cimientos de muros fronterizos en la estructura simétrica de una vida compartida en los subproductos mediocres, en circuitos impulsivos para la invención descomplicada de un flamante ser viviente.

...Recordaba toda mi niñez, mi familia, mis amigos más significativos al lado de los mejores momentos perfectos dentro de la imperfección monótona, los soles picantes en unión con los inviernos bemoles más crudos y mojados en un legado feliz, el kilometraje de planes torcidos y pecados no salidos a la superficie, las incontables mujeres que llevaba a mis espaldas, los negocios detalladamente diseñados, la creación de la figura ausente de Dios que relucía en la mente, en darme cuenta que siempre ignoraba el poder sabio y amoroso de sus consejos nunca

interesados por mi corazón podrido en la pernicia, en plantear los segundos que gastaba como dinero de bolsillo y yo mismo lloraba, al darme cuenta que si moría, me iba a ser mucha falta “EL FRÍO SABROSO” que acampaba dentro de mis huesos desde el primer día de mi vida.

Llegué al pueblo. Me arrojé en la altura de las montañas. Las casas se veían en miniatura. Seguía caminando y al ver una cueva poco profunda, me escondí allí. Unas raíces de palos secos se asemejaban a lazos para el descenso. La cueva estaba oscura, así que saqué una vela roja y de buena figura que había hurtado en la iglesia. Saqué el encendedor, la prendí y una luz de miel empezó a acampar con tranquila dulzura. En ese lugar, no había llovido aún, pero todo el cielo estaba muy negro por esas nubes celosas que se tragaban la luz. Entonces abrí por fin, el sobre rojo con su perfume que me traspasaba el alma nostálgica. Fue un olor y un llanto sobre rocas. La huella penetrante de Juana y yo, me dispuse a transcribir en mi mental decaimiento esos registros desorbitados:

“El sol de verano fue aquel que supo el húmedo secreto. Un ramo de rosas café, torcidas y aprisionadas sobre un jarrón transparente, esperaban ser rejuvenecidas, es por eso que mi hermana jamás las desechó de su cuarto, así tuvieran los aires secos de la muerte.

Cumplía ocho años y yo, corría por los potreros verdosos con mis amigas jugando todo el día. Mi hermana María estaba encerrada en la casa, ella tenía siete años. El cielo era hechicero y no había nubes perturbando el corazón del sol cristalino, que emitía sus rayos sin rastro de egoísmo. María salió de la casa con una cara inundada de tranquilidad. Sobre una tabla gruesa de madera, comenzaba a colocar unas piécitas tales como: un cáliz de juguete diminuto, junto a dos copas que eran más pequeñas que el cáliz. Sacaba también, de una bolsa grande, un refresco de mora metido en un envase de vidrio, un paquete de papas o a veces unos pedazos de obleas que representaban la hostia sagrada, un pedazo de pan tieso y viejo para que se asemejara a uno sin levadura, una cruz negra de madera con huecos microscópicos. Ya cuando todo estaba en su lugar, se disponía a llenar con un dulce orden con refresco, las copas y el cáliz, dejaba el pan al lado de la aparente mesa, las papas las vertía sobre un plástico plateado y besaba con ternura la cruz. Ella vestía una sotana totalmente blanca y se adentraba en su cuento, completamente sola, oficializando un espíritu de paz y expiación definidas. Su rostro se alzaba con júbilo a la amplitud infinita del cielo, como si presenciara un tipo de vida más poderoso que la raza humana.

Mis amigas y yo, no nos podíamos burlar de María porque hacía un par de meses nos acercamos a su misa, llenas de risa, tratando de decirle que jugara con nosotras y ella, como si se estuvieran entrometiendo en sus asuntos, cambiaba su rostro angelical por uno de seriedad y con sólo un gesto de autoridad, nos dejaba en silencio y espiritualidad precoz, así que salíamos corriendo a lo lejos, dando prioridad al conocimiento de la hiperactividad en juegos.

-Creo que no es buena idea perturbar a tu hermana, -dijo una amiga mía con plena convicción-, más bien, sigamos en lo nuestro.

Y desde aquel día respetábamos las misas que dirigía todas las tardes. A decir verdad, María era una niña pequeña físicamente hablando, pero con alma y espíritu de un ser adulto maduro y sereno que nunca hubiera sido corroído por las sendas fáciles del mal. Ella parecía imitar la actitud de esos sabios orientales, con gestos silenciosos, confabulándose con la naturaleza misma y subordinada con un equilibrio inalterable. Cuando llegaba una visita a la casa, ella atendía a los allegados con pulcras normas de cortesía y comedidamente decía:

-¿Cómo se sienten? ¿Les traigo algo más? ¿Si están a gusto? ¿En qué más les podría ayudar? ¿Quieren un vaso con agua, un tinto, una aromática? Están en su casa y con gusto les puedo servir en lo que dispongan.

Ella era linda y muy especial. Recuerdo una vez que salimos a un refrescante bosque reforzado en los conceptos creativos de la más acogedora perfección. Mi mamá, mi hermana María y yo, caminábamos libres como los acordes mayores del viento diáfano. Los gigantes árboles presenciados, revolcaban con euforia sus cabellos contra la cima del cielo que en aquel entonces se adornaba con una pocas nubes blancas, tanta era su blancura, que nunca en la vida vi ese color tan bonito, nunca jamás. María observaba las alturas del cielo y los ojos le brillaban más que a un diamante, y su sonrisa se dibujaba mejor bajo la boca verdadera de una esperanza cumplida.

-¡Miren! –Decía ella con el más fresco amor-. ¡Por favor miren el cielo! Allá, enseguida de esa nube rizada, ¡miren! Es el rostro perfecto de mi padre Dios que me está mirando con sus poderosos ojos de fuego rojo. Miren su barba colgando, más blanca que las nubes. Sus sabios labios se mueven con autoridad y Él le ordena a los almacenes del viento que fluyan por sus causes cardinales y acaricien el espacio nunca escondido de mi alma de oveja.

-Hija, nosotras no vemos nada. ¿Nos estás jugando una broma?

-Verdad señora, mira a mi Padre Dios con una corona de oro y crisólito sobre su cabeza. Miles de ángeles están alrededor de Él. ¿No los ven?

-No mi amor, debes estar soñando. –Decía mi madre suavemente.

Más de 20 veces se repitió la misma escena. El poder de convencimiento que se desplegaba en su voz, nos trataba de seguir con su idea y eso nos producía asombro y miedo al mismo tiempo porque uno por sentido común, podría saber si alguien miente o no, además el mundo adulto siempre dice que los niños nunca dicen mentiras cuando están diciendo algo que los impresiona. Entonces era algo demasiado raro porque ella evocaba un balance equilibrado en su mirada, en sus actos, en su voz controlada, en su forma segura y decorosa al caminar, en la profundidad tierna de su sonrisa, en sus ademanes que no eran para nada normales porque eran refinados y pasivos, en su porte de soñadora infalible, en su forma pulcra y diferente de vestir pero impecable de pies a cabeza, en su cabello más liso que los discos de saturno que plasmaban el plano de una princesa y en los gatillos de sus pensamientos dulces que ya tenía definidos. Todas las proyecciones visualizadas y calculadas, apuntaban hacia lo más alto de las alturas, así que tenía que encontrarse con alguien en el revés de otra vida conocida.

Ahora bien, María no lloró cuando nació, y mucho menos el día de su bautizo. La gente siempre hablaba cuando había alguna irregularidad y decían que un niño al no llorar en el momento de nacer, moría rápido o que esa criatura nunca conocería la vejez. El agua fría se sentó sobre su cabecita pero no hubo una reacción de llanto o de gritos. Mi madre siempre contaba eso a sus nuevas amigas. Raro aún que María se sintiera tan ajena a este mundo, y que nunca le dijera a mi madre “mamá”, sino “señora”, e indirectamente nos veía como unas desconocidas sabiendo que ella evocaba como un constructo sintético una frase de Jesucristo: “Yo no soy parte de este mundo”.

El desprendimiento de ella y el mundo, era evidente.

El verano era espeso y la luz de la verdad engañosa recaída de lado a lado. Una semana antes, María nos dijo que se iba a ir, mientras que esos siete días pasaban rápido y envueltos en calor, y ante un delicioso martes temprano en la mañana, mi mamá salía para el trabajo y antes de marcharse, la niña María le dijo:

-Señora linda, me siento enferma y la garganta me está doliendo mucho. Estoy completamente segura que este es mi último día aquí en la tierra. –Dijo con una escala de seguridad.

-No digas eso mi amor, simplemente que te va a dar gripa, pero no te preocupes, tienes una amplia vida por delante. Además, Juana está contigo y sé que te va a cuidar y no te vas a sentir solita. Tengo que irme hija, -y dándole un breve beso se marchó a trabajar.

A eso de las 9:30 de la mañana, mi hermanita se puso muy mal. Estaba pálida y una espuma blanca le salía de su boquilla. Entonces sin perder tiempo, llamé a mi mamá al trabajo. Mi madre llegó con una amiga y al ver a María en un estado lamentable, la colgó de sus brazos y mi mamá me dejó sola, esperando angustiada en la casa. El cielo era más azul, el sol era más amarillo y brillante que nunca antes. Yo estaba aturdida por el pánico. La imagen de ella convulsionándose me tullía de amargura. No sabía que pasaba. A esa edad, yo no tenía claro el concepto de la muerte, entonces pensaba que María iba a llegar sonriendo, moviéndose por los potreros verdozos e iba a preparar su misa como tenía acostumbrado hacerla.

Se me dio por entrar al cuarto de mi hermana María a esperar su regreso, y era ya mediodía cuando las rosas marchitas que estaban al lado de los accesorios santos, volvieron a vivir. Aquellas rosas encogidas, crecieron más de cinco veces, haciéndose más grandes, robustas y hermosas. Antes del mediodía, sus tallos estaban jorobados y los pétalos de esas rosas miraban al piso, pero todas las rosas se empezaron a enderezar y un rojo maravilloso brotó, así que abrieron su intelecto natural y las espinas de los tallos crecieron como uñas de gatos. La levadura de la vida las había brotado en una belleza más genial que ese cielo y sol de ese día. Tuve miedo, aunque estaba convencida que esas rosas rejuvenecidas eran un signo sano. María saldría victoriosa de ese imborrable ataque perverso e inolvidable en mi pensamiento.

La tarde estaba abierta ante los latidos de los rayos de luz excesiva. Pocas nubes se arrimaban al cielo cargado de añil. Yo estaba fuera de la casa, sentada sobre la tabla de madera, cuando repentinamente vi a lo lejos tres personas. No podía sostenerme por la presión de la ansiedad. Corrí hacia ellos y al acercarme, vislumbré a mi mamá reventada en lágrimas y a su amiga que la sostenía de los brazos. Un señor borrado en prendas antiguas a blanco y negro, con bigotes pronunciadamente circulares y sombrero negro, de porte ordinario, desplazaba una carretilla totalmente oxidada, y sobre ella, estaba el cuerpo de María recostado boca arriba, con su cabello negro negro y su rostro albo. Estaba rígida en la muerte y yo no comprendía el significado de la defunción aún, así que en mi realidad, pensaba que mi hermana estaba dormida.

-Mi amiga y yo, corríamos sin parar por los potreros rurales y sin caminos que ahora son todo un sistema urbano, no había carros ni berlinas ni autobuses, y yo sostenía a María con amor

reforzado y le decía que fuera fuerte. Mi amiga después de hora y media trotando, me decía que se ofrecía a llevar la niña cuando me sintiera cansada pero yo no la dejaba en poder de nadie. María tenía los ojos cerrados. Faltaba solamente dos cuadras para llegar al hospital y de repente la niña abrió ampliamente sus ojitos y me detuve. Los ojos de ella y los míos se unieron tiernamente como un solo cuerpo. Entonces ella con voz de panal me dijo: “”abrázame fuerte, abrázame fuertemente””. Así lo hice, y tan pronto como nos unimos con brazos amorosos, sentí que su aliento de vida se desvanecía y se perdía para siempre, y sin verla, me di cuenta que las cortinas finas de sus órbitas delicadas se habían sellado completamente. Sin más energías, me arrodillé un rato y la apretaba con todos los penosos ruegos, con la sorda esperanza de resucitarla con mi mente, pero ya estaba helada con el adobe pavimentado y duro de la muerte. En la mitad del camino a casa, un señor pasaba con una carretilla y se ofreció muy amablemente a llevarla porque yo estaba cansada e infeliz de haber perdido a mi dulce hija del alma. Después de ese momento amargo, las rosas duraron 7 años vivas y radiantes, pero luego se marchitaron y yo misma prometí solemnemente, que nunca iba a botar esas rosas secas y de mal olor porque eran un recuerdo divino de su existencia.

Se acerca mi segundo matrimonio, deseándote con ahínco en ideas afinadas, queriéndote a ti, querido Tomás, sólo a ti, sin importar los errores que hayamos cometido, tuve un sueño, precisamente dos días antes de juntarnos, soñé con María y su cara pueril me susurraba al oído que nos teníamos que ver en las tinieblas albas, fuera y lejos del mundo de los mortales, porque todos mis pecados se iban a desvanecer y que la verdadera felicidad se reflejaba en el espejo líquido de la muerte, en el cual iba a estar atrapada. Tomás, mi señora madre aún tiene las rosas marchitas. Qué pena decirlo amado Tomás, presiento mi indeseada muerte. Créeme que mi intención no era dejarte, pero ante eso nada puedo hacer... Ahora mira que el sol de verano fue aquel que supo el secreto”.

Al terminar de leer quedé con una sensación de vacío eterno. No comprendí la frase: “El sol de verano fue aquel que supo el secreto”. ¿Será que uno mismo antes de morir presiente su devastación? ¿Qué estoy presintiendo yo? No lo sé. No lo sé. Ahora puedo escribir mi último fragmento sin interesarme en el tiempo. Dejo mis escritos en esta cueva oscura. La vela de miel ya casi se acaba. Prendo un cigarro y me preparo para ir a la finca de Kevin. A decir verdad, no sé si esta noche viva o muera, lo único que tengo claro es que no debo ser cobarde y huir. Si

Kevin se traga la bala, entonces seguiré mis caminos con dolor y trataré de reconstruir mi existencia para bien. Si muero, todo se acaba, por lo tanto lucharé por seguir y si no es así, entonces que sea la voluntad de la suerte o un dios si lo hay. No tengo miedo de aquí en adelante. Juana ya no está a mi lado, así que ¿de qué me sirve huir de un fantasma? ¿Tendré que ser trascendental y preocuparme cuando el corazón está eclipsado con la sombra espesa que no se puede descifrar? De todas formas, si sigo consciente después de la noche que se va a manifestar, no volveré a escribir. Insisto, no sé que va a pasar.

La vela se apagó con un fuerte golpe causado por un nudillazo del viento. La noche negra detonó una fuerte lluvia. Tenía que escribir mis últimas líneas, así que saqué el encendedor y la llama se extendió. Podría ser el hombre más feliz del mundo porque poseo dos caminos, y ambos harán que mi alborotada alma pecaminosa sienta el más refrescante y frío descanso anhelado.

No hay algo útil que contar y mucho menos inventar la técnica de una existencia perfecta. Perturbación de tantas fuentes llegan y causan mareas de preocupación. Pienso entonces en correr hasta las selvas indescifrables de la muerte para tener refugio seguro, porque la hipocresía y el calor afectivo falso que se respira, es el círculo tormentoso de la gente que sube y baja por las calles iluminadas de cruel oscuridad, que son una farsa constante e intermitente, porque realmente soy o fui lo que jamás quise ser en la vida, y eso me deprime el corazón que se enreda en dudas...

Aquí se pierde el segundo rectángulo...

3

Today is my greatest day I've ever known
Can't live for tomorrow, tomorrows much too long
I burn my eyes out, before I get out.
The Smashing Pumpkins, Today.

Don't let me high, don't let me dry.
Radiohead, High and dry.

Everybody knows that you're insane.
Queens of the Stone age.

Hey Joe, I heard you shot your lady down.
Jimmi Hendrix, Hey Joe.

Wish I had your faults. Nothing seems to phase you.
Lies, you're much more than just human.
Chevelle, An evening with El Diablo.

Un par de meses galoparon en una relación donde las cadenas de la soledad no se arrastraban en los pies mezclados de hierro y barro. Las ideas y recapitulaciones circulaban libremente entre Esteban y yo. Juntos marcábamos nuestra historia que gobernaba nuestras almas con el más claro y profundo amor. Nuestros ojos brillaban más que las estrellas nocturnas, la piel era más suave, el apetito no decrecía, las bromas relacionadas con doble sentido eran la fuente infinita de risas perdidas en la inmensidad de los espacios vacíos, el sitio más demacrado lo veíamos bello, los días enmarcaban emoción eufórica y las noches se fundían en placeres nunca antes experimentados.

Hubo una transformación en mi ánimo. Estaba ahora mucho más activa. Los fines de semana yo iba a la casa de mi madre y renovando el hogar solitario gastaba mis energías y esfuerzo. Contraté unos maestros para que le dieran vida a la casa distanciada. En menos de nada, la pintaron de colores cálidos. Yo, por mi parte, cambié el rastrojo que había por un renovado jardín decente, lleno de astromelias, algunas rosas, felices azucenas, dalias, clavelinas, margaritas, lirios, cartuchos y todo tipo de matas y flores divinas. Quedó como mi madre lo tenía justamente antes de morir. Había cambiado la casa con el objeto de llevar a mi Esteban ante el fresco aroma de un gran colorido vivo, llegando al pueblo y caminando más de una hora para quedarnos interiorizados por los vapores desestresantes que dominaban toda la

majestuosidad de paisaje. Así que tenía que estar con él, desplegando un motivo sincero en un lugar muy diferente, con el fin de pensar en una loable felicidad de una familia inundada por moles de afecto y neutralizando falencias.

Durante esos dos meses, Esteban no leyó el libro rojo y yo no estaba interesada tanto en el contenido del mismo, sino en el noviazgo no oficial que ambos sosteníamos sin fecha de inicio. Además él siempre decía que aquel libro estaba inconcluso y que era necesario ingresar dos historias más para luego vertirlo al fuego.

Las cosas parecían funcionar por un cauce controlado en sueños desfallecidos. Esteban y yo caminábamos por el centro de la ciudad. Me entregó el libro rojo sin saber por qué y yo no pregunté nada, así que lo guardé en mi maleta. Entonces fuimos alegremente al Chorro de Quevedo y escuchamos cuenteros, que se planteaban divertidos, a veces aburridos, (O la aburrida era yo que no ponía cuidado a los relatos orales sino a los relatos de la voz de mis recuerdos y proyecciones). Las técnicas de ellos engatuzaban una chispa de vida con palabras de gracia o tedio. Esteban durante esas cuatro horas que pasamos, se comenzó a manifestar apagado y callado, como si algo raro le hubiera ocurrido. Le pregunté varias veces que si se sentía bien y él decía que “sí”, pero sin aliento alguno. Nos acariciábamos las manos lentamente para apaciguar el viento de hielo que se deslizaba sobre ambos. Estábamos sentados en la misma silla mueca donde nos aplastamos el primer día que nos conocimos.

-Amanda, -una voz de tristeza sonó apagada-, tengo que decirte algo muy importante.

-Sabía que tenías una perturbación. Dime no más, te escucho atentamente mi amor.

-Tengo que dejarte.

-¿Qué? –Quedé helada sin poder decir más nada.

-Tengo que dejarte ahora. –Un gesto de seriedad y temor se desplegaban de él como si fuera otro tipo dentro de un ser carcomido por la indiferencia.

-Te estás mofando de mí, ¿sí o qué?

-No, para nada. En serio, tengo que dejarte.

-Pero, ¿por qué? ¿Qué te hice? ¿Qué te he hecho hasta hoy?

-No me hiciste nada. No me haz hecho nada. No puedo decirte el por qué, lo siento. –Sus ojos se tornaron rojos y un llanto sincero salió sorpresivamente de su fondo interior. Lo abracé fuertemente, sintiendo tristeza y rabia al mismo tiempo.

- Haz lo que tú quieras Esteban. –Grité ahogada en ruegos sordos.**
- Suéltame por favor. Tengo que dejarte ahora mismo.**
- Pero ¿por qué? –Repetí las mismas palabras ensimismada en furia y gritos.**
- No te voy a responder. Simplemente porque no se me da la gana, ¡y ya!**

Esteban me dejó allí sola con mi incomprensión, bajó por la calle del Embudo y se embutió levemente por las calles sin voltear a mirar atrás. Muchas ganas de ir detrás de él me invadieron. Sin embargo, él inquirió su camino sin dar razones y deduje que estaba plenamente excluida, por eso me quedé inamovible, congelada como cuando él descendía la misma calle en solitario con una botella de licor sobre una bolsa de papel. No quería recordar eso. Otra vez sola, como si en parte la historia de mi madrecita se viera ininterrumpidamente reflejada en mí, como si las generaciones fueran cíclicas con un corto margen de error. Tenía el libro rojizo en mis manos, y estuve a punto de arrojarlo a una caneca de basura por la piedra colérica que salía de mi pecho, pero no lo hice. Esteban se había ido hacía 5 minutos y ya me estaba haciendo falta. Ojalá que pueda soportar su molesta ausencia.

La primera semana sin él, yo sentía que me iba a morir. La voz se me fundió de nuevo con las cargas laborales, distrayéndome con los ensayos escritos de los estudiantes y las responsabilidades a la hora imparcial de calificar, bebiendo con mis compañeras docentes que inquirían una serie de cosas y yo no me inmutaba. Increíble que el olvido no era parte factible cuando quería no pensarlo. Como dice el dicho: “El que no quiere caldo, se le dan dos tazas”. Después me sentí un poquito mejor aunque no del todo y sin escuchar voces, me dispuse a leer la antepenúltima historia del libro rojo.

PSILOCIBINA EN EL SESO... COMO MANTEQUILLA UNTANDO EL PAN...

La Depresión de Satán Absorbe el Sueño Digital de un Mortal Metido Bajo Escaques de Recordatorios Capciosos y Entrecortados por el Miedo Seguro.

It's not enough. I need more. Nothing seems to satisfy again. I don't want it. I just need it. To breath, to feel, to know that I'm alive. A song called Stinkfist by Tool.

El guerrero soñador en los cirios del cansancio, se junta con el sol mirándose en el espejo de los charcos que ignora las lágrimas del firmamento que han sido rezagadas cuando la necesidad se arrima, así que se rasga tensamente el matiz clandestino de las acciones de un demente.



Libros raros devorados, bibliófilo de mierda. El taller de mecánica. Esqueletos automotrices sin matrices. Viejo linchis, blues, rock y sus derivados son-arte para la audición de sus ideales. Casado con la guitarra putamente desafinada se enclaustra en Riffs de un germen distorsivo, rocoso, oscuro, medio olvidadizo. De vez en siempre Tool, Chevelle, The White Stripes, Depeche Mode, (aunque este grupo tiene algo de rock se inmiscuyen en el tecno), Queens Of The Stone Age, Radiohead, The Smashing Pumpkins, A perfect Circle, Stivie Ray, Jimmi Hendrix y una gran cantidad de otras porquerías que Joe no recuerda, han sido elementos de distracción y ensueño. Cuando ha estado perdido en tristeza, se evade en la música, porque de vez en siempre los sonidos curan sus penononones friccionados en la tela de su lienzo, del cual le da pincelazos de floripondio, de dopamina, de hongos, de Whisky (Es su bebida favorita), de vómito, de pánico, de nada.

Espiritually hablando está empapado de chorros esquizofrénicos y sin progresos lentos. (Sé que sus enfermedades son degenerativas, entonces no se preocupa del todo). Los pasos son perezosos y torpes algunas veces, no obstante, él va por buen camino. Ha leído la Biblia en sus ratos tronchos, desde Génesis hasta Apocalipsis y con expectativas por una tercera vuelta y pos, ha sido una muy buena terapia. Ahora, va en el capítulo 50 del libro de Jeremías, y la lectura aplicada del libro más leído durante siglos, le ha servido demasiado porque al adentrarse en sus propósitos, es muy complejo dejarse atrapar por las garras descaradas del paganismo que está metido, no empañado con extremistas fundamentalistas de todo el mundo, y es un hecho para Joe, que el negocio de un credo siempre ha estado en boga, pasando de boca en boca, de billete en billete, masificado en masas, en redundancias redundantes.

Fui a la casa de Habichuelo y estaba vacía. No estaba él ni sus corotos. Lo único que logré encontrar fue un cuaderno lleno de polvo y degenerado. Conocí la letra de mi amigo añejo y me dispuse a leer un rato... El recuerdo monótono de esteban me gatillaba las fibras del corazón y respiré profundo, cerré los ojos y traté de sacarlo de raíz de mi seso, ieso! Eso está bien no recordar su figura esbelta.

“Muerto de sueño y entero insatisfecho m’encuentro en la apertura d’esta noche. Salí al corazón del pueblo y me anclé en el piso pensado sin querer, en sacar la guitarra del forro e inconscientemente ya estaba acariciando las cuerdas con frotación descomplicada como tratando de congelar el tiempo que se salpicaba de mis manos, mientras quebradas de gentíos

pasaban y pasaban de lado a lado inmersos en sus propios asuntos que no me interesan para nada, pero los anuncio porque son distractores que alteran las aletas de mis nervios y por culpa de ellos o de algún modo totalmente mía, mi voz cantada se pudre en la maravillosa putrefacción exquisita de su radio desintonizado. Acordes monótonos se desplegaban como una reverberación de mi alma con pasaporte a mí mismo y a nadie más. La música me está intoxicando con su encanto sutil. Ella me está utilizando y manipulando para que yo sea su esclavo, y hoy, apesar de las derrotas y las luchas en balde de plata, asumí con tontedad mi suerte elegida, abordé con clavos llenos de oxidos mi estupidez y me llené de valor, desarmando mi orgullo y con selección multiple me desplacé hacia el albo hospital deprimente, donde ella estaba acostada en sus huesos aferrada a las sábanas desinfectadas. Allí chocaba la sopa líquida similar a un costal muerto de sueño.

No quería ser explícito en las puertas, tampoco abrir y cerrar posibilidades menguantes. No sé lo que el color neutro del des-tino me atribuya. Puertas de entrada y de salida de allí, aquí y muy allá no me dicen nada en el desierto remendado de ésta palabra esclavizada que me cuesta record-ar: hacer-tijo. La redundancia de cubos encajados inexistentes se extendían en mi retrógrada volición al ir y venir desprevenidamente en rublos agotados por no esclarecer toda la insatisfacción fastidiosa que cremaba mis designios, una estructura perfecta. Un amigo, y yo el Habichuelo, nos encaramábamos con aire inseguro al cebollero. Yo, detrás de él, saltaba la barra registradora y con las cuerdas templadas y la emoción exagerada insultábamos al tempo, desequilibrábamos la armonía vertical, apagábamos el ruido del vehículo urbano, nos entregábamos de piel interna nuestro madero acústico. Las masas ni se inmutaban mientras los gritos masoquistas circundaban. Un hospital. Portón espermancado con una lata colgando 208, el blanco frío de las paredes y el olor a enfermedad me causaba mareos. Empero a la antigüedad de la conexión pasiva, al abarcar el naufragio y ser tragado por agua salada de un mar de pensamientos vidriosos que undían y cortaban mi cerebro a machete porque sentía honesta pena verla en su nido mentado de impotencia severa. Nervios de oro e incomodidad visceral denotaban mis pasos a ritmo de ocho negras de duración. Otra vez pensando sin querer, estaba dentro del cuarto de la paciente y como mosco en leche, las patas de mis dendritas sacaban chispas de electricidad cuando nuestros ojos chocaron en una implosión exfoliante de nostalgias arruinadas.

Re-cuerdo los mismos ojos perezosos en el estuco pueril. Tierra negra desterrada, y juguetones estallábamos las chizas underground del césped. Reíamos. La niña tierna y yo como niño ordinario nos dedicábamos a inventar alegría de frascos verdes en las tardes deprimentemente sedientas, y de soste-nidos d'evocación gozosa. Diminutos árboles cubrían nuestro espacio con sus brazos estopados de un humor a marca nueva que gatillaba nuestros oídos con figuras de viento corpulentamente débiles y divisorias por la metáfora invisible que cada sensación nos procreaba. Era más fácil ser un niño ilusionado con lo que se aprendía en ese entonces que ser un adulto como ahora, encasillado a esa estela estúpida de frialdad y rutina formal. De todos modos, como el Rey de Bastos, me lavo las manos y me excluyo ante toda posibilidad de auto-retratarme ahora, porque no soy tan sensible y osado como antes. El amor que depositaba por ella en la botella rota de mi corazón no se llenaba plenamente, porque vidriecitos astillados se encargaban de cortopunzar allá abajo mis bufos vibrantes y oscuros de mi ser desecho. Estaba desposeído por sus besos, desenraizado por el ramillete de cariño escrito en sus labios, desmontado por el sabor a caldo fructuoso de su espontanea presencia de sencillamente verme e inflamarse a carcajadas contagiosas. Era eso mi primer amor, un exquisito dolor incomprensible que se infiltraba y se exteriorizaba en un vaivén de sueños terribles, escandalosos, brillantes, algo hermosos.

Allí estaba su silueta marchita que trecho a trecho dejaba de funcionar. Me enterneció bastante el baño de huesos inmundos ceñidos a las sábanas. Yo estaba a su lado y ella con su diminuta energía palpaba mi presencia. La atmósfera de silencio acampó en terruños de perpetuidad y ambos, después de rostizados años sin contacto y sin saber nada del uno del otro, no sabíamos por dónde comunicar.

-Si yo, un niño fuerte y sano muriera; ¿qué harías tú para salvar mi vida? –Supuestamente cuestioné a Catalina con un material heroico y retrógrado, aunque no sé si fue un día colmado de delirios o espejismos porque no recuerdo esta escena en la representación insincera de mi existencia.

-A decir verdad no haría nada por vos querido Habichuelo. –Comentó ella con una sonrisita dibujada de gracia y sinceridad. Somos chicos, jugamos y no nos preocupamos de eso, ¿o tú si?

-Lo más seguro es que quien sabe. El cucarrón que pisé accidentalmente en la arena anaranjada se movía y ahora está ahí dormidote, con las tenazas crocantes fracturadas y de-formado con un tripaje de celulosas monedas blancas. Estamos aquí los dos ha-blando, pero, ¿después qué?

-Pues daremos una vuelta por el pueblo en tu cicla y no nos complicaremos. Mira niño, me da miedo pensar eso. –Su voz aguda y manipuladora me hechizaba en un espectro de ensueños coloreados de esperanza.

-Listones, pero antes de irnos, enterraremos al cucarrón para que descansa, tomaremos gaseosa y después de muchos años te escribiré un largo libro donde pueda re-sol-ver no los secretos de la muerte; sino marchar adelante y atrás en los pasos rebobinados de la vida.

-Esperaré, esperaré, esperaré tu libro. –Un ataque creativo de risas alteró sus mejillas y con iniciativa convincente tocó mi mano y nos fuimos perdidos por las calles del olvido...

Seis horas encara-mad-os en ballenas de buses. Nosotros estábamos aturridos como Jonás al ver la oscuridad vidente del estómago de una bestia marina. No valíamos ni una moneda de 50 pesos. El sol tostaba como pan fresco las viejas guitarras sumidas por el gorgojo y sus lángidos rayos arrugaban nuestro coro impotente. La sed se acrecentaba con las preocupaciones lógicas de un día salado. Pretendíamos pasar una semana larga con el mismo plan: buscar amistades y unas moneditas por medio de la música. Sinceramente fue un esfuerzo en balde sin agua y sin molde en un sistema urbano donde todo el mundo se desplaza como flecha de indio, esperando cazar metas por el atajo peligroso de un capital factible y relativamente engañoso. Sin embargo, no era tanto un capital sino un estatus general y una fiebre de mando. Con parsimonia nos colábamos por la puerta trasera, llegábamos como ladrón en la nuit, hacíamos un intro con chistes, luego aparecían unos acordes acompañados de riffs inestables y estribillos bien cabrillos con cuchillazos de solos insinuantes sin trastocar. Eruptábamos cantos de derrota melcochados de profunda confusión y los dedos maltrataban las cuerdas menopausicas con apagados de escombros. Ellos allí en sus asientos y algunos de pies. No se conmovían ni pa'mal ni pa'bien. Ellas dormían tratando de amortiguar el cansancio sanguinolento. Nadie hablaba con nadie. Hasta que, el Jhonny y yo, nos dimos cuenta de que algo ocurría: todos los presentes tenían audífonos pegados a sus orejotas. La realidad de ellos no era tanto visual, más bien acústica. I pods, I phones, I mobile phones, I palms, I Facebook, I yo; eran su medio de distracción y entretenimiento. Hasta un obrero le colgaba del pantalón un walkman ochentero y

amarillo con rayas negras. Todos solos en compañía de sus amados aparatos. Jhonny y tú nos miramos a la cara sin decir palabras, ya era evidente que eran sobrados del individuo sanguijuelado a unas maquinillas. Entonces nos dio un ataque de risa, sabiendo que ni el conductor nos escuchaba, improvisamos un blues torrencial en A mayor para matar el calor tan madre que estaba haciendo. Gritos de unísonos altos y seguros en ondulaciones de pellizcos, que a pesar de estar mezclados con las masas, liquidaban un sol menor y la inmensidad de la dicha gradual fue tal, que nos apretó un estado de rica euforia y nuestro nerviosismo desapareció, y sin querer fastidiar mas, salimos por la puerta de atrás como si hubiéramos descubierto un secreto a carne viva.

Negrusco frío en la habitación aruñaba mis ideas. Ya no éramos un par de niños. Catalina destartalada físicamente postrada en su lecho y yo, discurriendo como un vago por los caminos empolvados, sin pretensiones de progresar en todas las esuelas diurnas y nocturnas dentro de aquellas insípidas horas y ratos con ataques abruptos de desconfianza, e impregnadas de dolor punzante. Había apostado todas mis dulces energías en el amor y éste, traidor y cobarde se me perdía bajo el bajo horizonte detrás del matiz de la impotencia. Decliné a la carpintería como labor de buenos sueldos y esporádicos accidentes, y con mi corazón desechable, alquilé un cuarto al fondo de lo más hondo de una casa donde varias personas compartían su soledad por sorbos de leche cortada, lo único que me acompañaba era un viejo colchón, lo tiré al piso y recostado allí, muerto de ira, acepté mi humillante deducción: que atisbar con el dedo de sueños duales era prácticamente una descachada irrefutable. Algunas veces los proyectos que uno se embarca y emprende son un jugo de escoria espumajosa. Ya la Peste Negra, ser docente furtivo, músico fracasado, y para rematar la decadente defunción de Catalina, mi primer amor; acabaron con todo tipo de amor espiritual y carnal en mí”.

Después de leer los registros tristongos de Habichuelo, me fui para mi casa a seguir leyendo el libro rojo, mientras extrañaba la esencia fundida de Esteban.

-No estoy segura de casarme contigo. Lo siento mucho, no puedo. –Victoria le decía a Joe con una fuerte descarga de crudeza, pena y sinceridad faltando tan solo dos días para la boda-. No estoy preparada para esto.

Después de eso, Joe adulto quedó paralizado y sudando petróleo o ACPM, le costaba reaccionar ante la pedrada de aquel mensaje personal que lo destortilló por completo. Fueron líneas sinceras de oralidad macabra que se resistía a creer y él empezó a temblar como la cola de un cascabel.

-Pero ¿no se supone que nos amamos mucho? Tú no me puedes hacer esto. No es para nada justo. Te lo ruego por favor, estás pensando mal'as cosas, es que ¿no crees en mí?

-Claro que creo en vos Joe, pero estoy muy joven y este paso a la deriva no lo puedo dar ahora. Siento decirte también que tenemos que terminar aquí. Discúlpame, perdóname, no quiero verte así. Son cosas que pasan y no hay vuelta de hoja.

-Y ¿por qué te retractaste hasta ahora Victoria? –Sus lagrimosas masculinas escurrían en húmedas mejillas y sus labios se retorcían en la saliva de la desdicha al tratar de asimilar su nuevo rol de latigada soledad-. ¡Diste en compromiso tu palabra! Dijiste: ¡Sí! Y ahora, ¿por qué no?

-No lo sé. No lo comprendo aún. Hasta aquí llegamos. Se cierra el libro y me libro de ti. –Ella sintió una repugnante lástima y rápidamente se alejó d'él cocinando un estado de asco moral, mientras un sol disminuido era tragado por corpulentas nubes tétricamente asimétricas.

FEBRERO 31 Y YO, JOE CORNUDO Y TRISTE. SNIFF AND PLOP. (Buena Condorito).

Victoria querida: No entiendo por qué van esos dos puntos después de quer-ida, y no me da la gana saberlo. Han pasado 2 estúpidos años padeciendo el duelo de la traición de Victoria derrotada y rota victoria qu'en bocanada de recuerdos me hiere y trato de expectorarlos con pañuelazos de música maldita sin resultados coherentes. Repito recuerdos porque ellos se repiten y si soy redundante en tu criterio, en el mío también lo es y no me altero d'ello. Dizque yo de huevón planeando llevarla al altar, pensando en no desvirgarla para ser la mujer de mi entero ciclo de vida, pa' no perjudicarla y ivaya error tan graso! Una estación de chismes verdaderos registraron lo procesual del protocolo sobrado al pobre lamido amor. En una fiesta conoció a un tipejo de cabellos ondulados que la sedujo con sus salseros ritmos, y con sus vueltas embotelladas de mililitros de veneno ver-t-ido al corazón. Baile, baile, baile y más baile. Después del baile 4x4 fue sexo, sexo, sexo y más sexo penetrado en una trocha al lado de la

festividad y festin. Jovencita y atenazada en toda la madrugada magullada por el tote que le sacó a volar a la mierda su inocente y fresco himen femenino mientras yo, como un tarúpido ansiaba ansioso elevarla al encebamiento del casZamiento para luego rompérselo con real a-mort, pero el amor real no existe, es fruto de la promiscuidad que alguna vez alguien nos alquiló como un ejemplar repisado por allá en la isla del inconsciente. Victoria, lamento decirtelo, pero después d'esto no creo en el amor. Dáme tiempo para volver a creer en él y como tal, me tienes que ayudar en ello, mais c'est ne facile pas... Ahora bien, los vicios y los excesos serán mi amor; y debo creer en ellos con fe de tinieblas así me desgasten. Un clavo saca otro vicio...

-¡La llamaré! La llama haré, y correré el riesgo de quemarme todo el corazón, y se derretirá como una piedra colina expuesta al que descuaja las lunas nuevas, hago referencia al señor frío que trasnocha mi espinazo en sopa para perros, porque la razón de estar rayadamente feliz es amándola. –Dijo Joe romántico con un barítono tan fuerte, que las personas que estaban cerca de él, sintieron la frecuencia de las sondas desnudas bien dentro de sus costillas, como un jazz cuentista de la quebrada quebrada del río Magdalena, que se quita su boca para donarla a los secretos del Océano Atlántico.

La ansiedad cansona de Joe, hacía atragantar sus ideas. Él se clavaba en la oficina automotriz de nocturno, cotizaba repuestos para naves de calibres automáticos y no de clutch, destapaba el caño del tubo con un “aló”, con registro de bajo fingido a causa de tabacos chupeteados, hierbas, e infusiones de alcohol que le picaban como rastrillo la manzana de Adán, entonces afinaba la razón social poniendo voz de ternero que nunca ha roto un plato de hierro fundido: “Cajas Automáticas El Pirata Argemirito buenas noches”, y así, el frijolito frío entero enhebraba con punzadas agónicas a ese mediocre trabajador y cuidandero de almacén, que se apergollaba la correa apretada al pantalón y no lo dejaba respirar cómodamente, con el material muy al estilo de los Deftones, y colgando más debajo de esos microscópicos glúteos que eran tan pequeños como las bolas. Él se liberaba al entrar a la pocilga de pieza e intentaba no preocuparse por los gallos que salían como gen dominante al magnetismo estresante de la recocha laboral. Joe intentaba en el alba del rocío de la noche olvidar a Victoria, -su ex novia-, una mujer que no fue nada, luego fue algo, después mucho, y definitivamente volvía al ser nada; era como todas las pendejadas de la vida, siendo un álbum sin retratos, como la virginidad macabra de descorchar

un descubrimiento que deja de ser mágico. Sin embargo, el hombre trabajador con pantalones cagados y barbas de chivo al estilo “Chino Moreno”, era un domado animal por las malditas costumbres blasfemas. Apenas habían pasado unos enérgicos soles en la mitad del año contrastado, y la soledad le estaba chingando la madre, y le estaba pudriendo el pecho, porque Victoria decidió permanecer al lado de otro tipo mucho mejor en todo el sentido de la expresión humana, económica y afectiva.

-¡La llamaré porque la llama haré!, -Joe pensaba con aliento de rata mientras se reventaba los oídos procesando “I think I smell a rat de The White Stripes”-. Mañana la llamaré así me derrita con la piedra del hielo negro.

Gomitos despojó la instalación de alta de una Nissan Quest y la haló como cabellos de vagabunda que combate por sus más adinerados y apuestos amantes, desatornilló la tapa del timer, extrajo el rotor o escobilla, y le dio a Joe esos elementos vitales para la sincronización, el deterioro marcaba la brecha con hedor de chicharron fundido, pues ya era hora de que fueran relevados. El cuidandero hizo una llamada telefónica de barítono natural con voz de bajo fingida, pidió los repuestos a un almacén clandestino donde él era bien reconocido. Los monstruos salían a periquearse y a tragar levadura, mientras que Joe estaba ansioso por hacer una marcación disimulada a un lugar nulo y errado en cuanto a lo sagrado de lo laboral. En una relativa distancia, se hallaba el pirata Argemiro saturando los espacios con un cuerpo dominante y guerrero que veía y aparentaba saberlo todo, o se hacía el pendejo y se perdía en la niebla de la nada, atisbando erróneamente una flamante experiencia segura y contrastada con la visión ajena de pocas personas que no ven por los ojos innatos, sino que observan sin retinas, lupas o microscopios todo el contexto, y atinan sus destino a la exactitud del sentido común, ¡qué mierda!, ¡parecen brujos sin consultar las pautas de los demonios!

Joe seguía pensando en una mujer, y él, estaba que se estallaba por sus escandalosos gritos disonantes de soprano que hacía ahorcar el pescuezo del corazón, porque las sílabas fétidas y narcóticas de su destilado perfume, eran manos benditas que atascaban la realidad del tipo de jeans cagados, que cargaba sus pies y brazos de spaguetti antiguo y obeso en perspectivas desleales, y marchito en besos plasmados sobre los labios de un espejo salpicado de pasta dental.

Despechado estaba Joe con corazón diarréico. Corría a la tienda de la esquina y se desquitaba lamiendo con ternura el dulce aguardiente en un día más anormal que didáctico. Bebía con un odioso amor flagelado, e intentaba perder su aliento en otros alientos, y deseaba no retratarla con la suave espuma de la resurrección.

-La llamaré mañana en la mañana sin importar las reacciones, la despertaré con mi más terrible dolor para que ella sepa quién soy yo, aunque ni yo sé que cosa existencial es la moneda del carburador desconocido que hace intervalo en mis pulmones rojos, que succionan este invisible viento que mastico con moribundo apetito, que trato de transbocar sin ánimos salidos del raro exterior. –Joe charlaba completamente en un lugar cualquiera que él divagaba sin prestar atención al piso del vértigo espichado con piscas de estrellas que lloraban un brillo delirante-. Tengo que ser un macho cabrío, tendré que llamarla.

Gomitos evaluaba treinta y otras experiencias debajo de una camioneta Ford F-150. Bajaba la suspensión y cantaba la música de Vicente Fernández: “estos celos me hacen daño me enloquecen, jamás aprenderé a vivir sin ti”. Luego, 9:30 p.m., y Argemirito discutía con un cliente porque la cuenta estaba costosa.

-Son precios justos, nosotros cobramos por nuestro trabajo y contra eso usted no puede hacer nada, pague o llamo la policía, -decía el rey de reyes sin dejarse desinflar y con firmeza de gladiador.

Joe llamó al otro lado de la bocina y un hippie aledaño, le informó que su amada psilocibila lo esperaba. Joe emocionado y feliz pidió permiso a su patrón Argemirito y salió directo al pueblo para consumir a su mujer de ensueño.

Historia familiar arropada en polifonías tenues. Relatar. Qué lata. Dará una vuelta a los álbumes encantados por el buen polvo. Recordar, botón REC. Pone de su parte lo quiera o no. Esa mediocridad de ver soperamente las fotos con el interés de una película porno en el horno. El abuelo paterno. Coma de referencia. Campesino conservador sin saber de política. Su bigote grueso y corto de cinta negra debajo de las fosas nasales le da un olor a Hitler repulsivo, vistas pequeñas, cejas despejadas a medias con brochas perdidas, labios que eran una simple línea divisoria, cabello negro con una carretera en el costado izquierdo, y frente de frente estrecha.

Descrito el pollo. Una fotografía enmohecida por los años inclementes que se han asado. A mano izquierda del viejo, (que en la inmortal imagen se veía lozano y reluciente en juventud), aparecía la abuela con el cabello oscuro totalmente recogido, frente atrás despejada y amplia, cejas de ternura, ojos inescrutables (porque Joe, en su ataque de alucinaciones y frescas setas había pegado sus garras de pupilas a las de ella y atinó una característica más acorde a “escrutable”), nariz de pato, labios fríos. El afoto, está con colores muertos y pareciera que tuviera cenizas o apagones de cigarrillo en el traje formal del abuelo, junto a chispas doradas como si crearan un cráter. Alguna vez su tío le comentó que los trajes de esa foto eran una suplantación, porque originalmente ellos nunca llegaron a vestir tan elegante, sino que sus ropas eran los tradicionales arapos del campo. Ellos vivían en un pueblo llamado San Juan, ubicado en gigantescas colinas verdes e hinchadas de la cordillera. Joe trata de no conocer el pueblo que está colgado en espesas y densas montañas abismales donde el ganado perdido y más que todo el café triturado, son productos dominantes. Solamente él y su niñez fresca con tierras escondidas y paradisíacas hervían en sangre y climas calientes. El regreso por una larga temporada. Pira inspiración, él es el pueblo, (buena ponqué Galán). Últimos despejados días flotaban orondos en secuencia pacífica por la leche de una crayola enletrada en el papel virginal de madera y piel de taches. Patecabra macabra cabra meee o beeeando con la puntita astillada de monemas moneda, o emas, hematomas tomas, ¡Tomás, gato malvado!

Los sentimientos interiores negativos y positivos se infunden hoy en el último día del año XXX, (¿pa' qué fotografiar el tiempo?). La tarde brota con líneas de nubes en su más bello arte. Gran cantidad de animales escondidos inventan la más acogedora sinfonía. Al frente de Joe en pelotas, dos árboles tocan la punta del cielo calmado con sus copas verdosas. En la chimenea de la finca, sale el autónomo humo negro-azul como la libertad de una águila planeando por los cabos del infinito. ¡Bendito sea el Dios creativo que lo dotó de ojos para degustar semejante manjar en todos los sentidos! ¡Creo que no existen palabras suficientes para describir tanta belleza que se filtra a través de los 5 sentidos! ¡Tantos colores! ¡Tanta diversidad! Creo que hay más que tantos y tantas pero la impotencia creciente lo hace miope. Que divino el hogar que Dios brinda a ustedes los creyentes. Lástima como los hogares de ustedes han sido degradados por su propia escoria, cundida de parásitos blancos. Joe caga y lo cagan, y en un mar de melcocha mentolada de excremento se mezcla con sus guerras, su política, su religión, su ignorante brutalidad, y así, la viven cagando... todos ponen y comen, todos cagan croissanes de

montañas por la argolla de la reciprocidad. Comparten con paciencia los spaguetties blancos que se revuelcan en la salsa de la mierda de ideales fétidos, y Joe no está echando más mierda que un culo con diarrea. Solo olos solo olos solo olos. Live evil live evil live evil.

Joto familiar. De vuelta a las tierras del viejo. El Jeep caminaba con pasos llenos de pereza sobre la carretera disecada, mientras veía en el desorden del tiempo: unos pájaros vestidos de púrpura, amarillo vivo, azul pálido y violeta oscurita. Instantáneamente su seso los relacionó con las estrellas más encantadoras (Marica, ¡y era dé día!). A lo mejor, -cranió-, en la noche que las estrellas hechizaban con su encanto todas las esquinas de la mitad del planeta, y cuando el revés recaía donde estaban las estrellas, se desbordaba el día-bla bla. El espíritu mismo de las estrellas era un túnel de paralelos sobre aquellos pájaros angelicales y es por ello que las estrellas vuelan en el día con su brillo, movimiento, canto, divinidad. Mucha gente en su afán no las percibe, en cambio, su corazón calmado trata de ver algunos de los secretos triviales que han sido vitales en la existencia actualmente ida.

Jeep con desaliento. Dentro del vehículo no había visibilidad porque un forro negro apretaba con un aliento chandoso el tacto del fondo. Joe se fue colgando como simio en la parte trasera del carro. Ya casi llegaba a su parada y la emoción era todo en él, a causa de la sucesión de crudos precipicios que adornaban la vista especta-ocular. Había carreteras y árboles enbalsamados en miniatura. Ya iban muy high. Abruptamente, –y esto es lo que más le gustaba de San Juan-, la sagrada y refrescante niebla espesa empezaba a tragarse todo el sitio, lo sitiaba y lo exprimía. Envolvía las montañas de abajo y de arriba, así como lo lejano y lo que estaba a pocos metros de allí y allá. Esa simple escena trozaba recuerdos ricachones de niebla infanciada. ¡Sí! Joe creía que a la mayoría de gente no le gustaba la niebla, únicamente le encariñaban con el paisaje desnudo con su típica configuración. El gentío parla y dice qu’el café se estropea por culpa de la aburrida neblina. Casi llegando al pueblo, la niebla forró todas las dimensiones. Se veía blanco, hasta su aliento de rata. En ese momento creía estar en el heaven y no en el sky literal, in the Divine God’s House. Fue inexplicable deducir como se había sentido porque ya no tenía sentido sentir lo que sintió tiempos atrás bien paradito en el Jeep, asiéndose en las varillas del compartimento mento.

Joe aterrizó en el pueblo. Era increíble que todavía estuvieran las mismas casas humildes por la pobreza sin ningún cambio. La misma iglesia fracturada, la misma sangre roja, el mismo polvo esquelético. Han pasado un manojito de años y todo igual, pailoso y hermoso, con el manjar de

cagadas de bestias verdes, que Joe, recostado en unos pedazos de ladrillos pegados que sirven de sentadero, se agobia en el aroma y se pega un frondoso suspiro como cuando se huele un buen pedo y el aroma a mierda lo pone churriendo al recordar la nitidez de los viejos recuerdos. La noche cubría el lecho con su manto. No era una noche consumida en olas de tinto caliente. La luna no se hallaba paseando como de costumbre. El protagonismo entero lo perpetuaban las estrellas descorchadas, salidas de un empaque de ensueño. La luz artificial del pueblo (que Joe loco bautizó Poortown), se fundió, corrió por los senderos de la ausencia y el cielo profetizaba su más dulce secreto extraído del mismo poder de la diestra de su Dios. Se acordó de los pájaros a través del viaje. ¡Veía tan cerca las estrellas parpadear! Las percibía tan cerca y tan estruendosamente grandes que le daba una combinación de miedo y mítica felicidad. Siendo él un vil delator que se desmigajaba ante el corazón hedónico del mundo con un mol de errores; pero El Altísimo le daba el privilegio de abrir sus párpados como grandes puertas y dejaba entrar la caverna de su alma por aquel indescifrable palpitar de organizadas constelaciones rocosas, bañadas en la luz diáfana de su Creador y dador del espacio y tiempo, de miel y vino azul que alimentaba sus corroídas facultades en los fundamentos ocultos de la circular sabiduría. Joe humano no es nada ante tanta belleza. Estrellas camaleónicas, cambian de rojo-azul-amarillo banano, y él como un tarado contemplaba el cielo y su corazón se escapaba del pecho y se embriagaba en la sombra de la alegría. Él regresa a él y él purifica su sangre con un verso que ningún ser humano se ha atrevido a fabricar.

De vuelta en vuelta al último día del año. La misma noche se duplicaba al laborar con el mismo horario asignado. ¡Hoy y mañana ve las estrellas tan lejanas! La tela de nubes finas está echando todo a perder. Joe no tiene nada que decir. No ha analizado el año que va a fallecer, realmente no le interesa, entonces, los años son como las hembras: unas van y otras vienen, él se viene en ellas y en los años como un río desbocado sin salmoniar salmos ni salmones. La profundidad de sus pensamientos poco comprensibles connota dos caminos: el A y el B. Ya están descritos en el corazón específico. Joe quería ser confidente con el entendimiento, ser hormiga y no interesarse en Underground, ni mantenerme arrimado en Underground, ni chupar el caramelo amargo y venenoso de la soledad en Underground, porque ÉL ENCERRADO EN SÍ MISMO PARECIERA QUE MEDIO FUNCIONARA. El amor era la esperanza para seguir con pasos fuertes, y Joe solitario intentaba a las malas desplegar amor a la rareza filantrópica, amores

estorbando con sombras nada más, la energía necesaria de la realidad In es, Inés, inexistente, inexistente de Victoria, y victoriosa de su nena cancanando en su cerebro: Psilocibila Amor, amor. Con amor valía la pena seguir, seguir, seguir descubriendo y aprendiendo. Amor, amor. Reconstruye, purifica, remienda, descansa, renace, renueva, da confianza, proporciona la cuerda secreta que es importante para emprender el conjunto de proyectos subjetivos y trazados colectivamente hablando. Amor, amor. Es teoría líquida... *Límpido, Clorox* es mejor. Salpica en corrientes de hechos diseñados en el bien y en odiar el mal (Igual Joe no tiene discernimiento entre bien y mal, es dal-tónico moralmente hablando), bajo todas sus cochinas manifestaciones. Joe vive el presente con ternura y si el fracaso se encuentra con él, pues, lo invita una copa, o se sumerge en la profundidad decaía de muchas oraciones para que el retroceso sea solamente una parte temporal. Él no tenía el lujo de ir con pasos retrógrados. Un ejército de hormigas se desplaza por un árbol de guayaba, observen, gaze (not gays), los sueños teóricos que Joe intentaba cumplir a la letra en el tatuaje diario de la vida pragmática. Del dicho se cultiva el hecho. No era tarde. Dios da-balas, herramientas, un cuarto de hora suertudo, y Joe debía utilizarlas hasta el límite de sus propias concepciones físicas y mentales.

Extraños recuerdos, ¡cuán desembarasozos son! Uno en cuerpo y ser, puede correr y esconderse en el fin del mundo donde supuestamente nadie lo puede hallar a uno, ni a dos, ni a tres, ni a cuatro espíritus deshilachados del primero, aunque el cristal roto de las memorias pasadas te atacan una vez más a uno, a dos a tres a cuatro, uniendo de nuevo los hechos de uno en uno con el tormento común: deprimirnos con tu 1,2,3,4, sombras espesas que no deseas evocar. Tratas de salir pero el lodo húmedo de los recuerdos livianamente perturbadores y embarazosos que a veces se resisten, y no te permiten cruzar. Los recuerdos son una carga de plomo que te nacen en la mente y te desembocan en el corazón, en el más débil del plateado corazón rajado por la mitad, corazón oprimido y al mismo tiempo curado por la esperanza del “mundo verdadero” el “mundo tangible”, que logramos traspasar con tu palma calculadora de nuestros sueños, que logran desdibujar las evocaciones más fétidas y horribles que descansan sobre los almacenes oscuros de tu olvido. 1. Tú, Esteban te vas destartando al evocarte. 2. Mi madre está sin estar. 3. Estoy solita enjambrada en mis lecturas duras y escritos fritos. 4. No sé qué hacer ayer, hoy y mañana. Cuantifico mi hambre en necesidades de último grado. La ira de 1, 2, 3, 4 hechos sin resolver me perturban y no me dejan despertar del sueño volcado e intencional.

El cementerio se-mencionaba con color, olor, lor, or propio. Joe de visita a su bisabuelo Helías, ya fenecido. Había turmas, perdón, tumbas en su más deprimente abandono. Ellas, comidas por las belladonas y culebritas, intentaban sostener sus polvorientas cruces. Al lado del Dead Hotel, pasaba la carretera o era el cementerio vivo que pasaba por la carretera, Joe se confundía seriamente al disertar la situación. Abundaban las tumbas y cruces bañadas en baldosas de baño, con sus matices de arte escalafonados en muerte. En Poortown se sube y se baja al pozo del jardín de los durmientes, con aire natural de total olvido por parte de sus habitantes.

Joe en rol de niño caminaba con sus primos. Bajaban sin complicar los pasos. Al frente de ellos, en la apertura India de Rey de la espesa oscuridad, vieron cruces albas. Jeison dijo que sería ideal pasar por el cementerio, por lo cual todos confabulados le siguieron la corriente. Joe solo no era capaz de entrar allá, pero acompañado le daba menos miedo. Dentro del cementerio, Jeison y los otros primos salieron a correr como cheetas y se desaparecieron al compás de la velocidad chillona del viento. Los pies de ellos parecían alas de águila. El miedo más borroso penetró en ósmosis el cuerpo de Joe. Él corría detrás de ellos y les rogaba que no lo dejaran tirado. Las lágrimas de terror se ahogaban en un grito sin sazón, producido por sus labios torcidos en la fresca oscuridad. Ellos se alejaban de él. El cementerio era tétrico y en la desesperación, corría paralizado, tratando de alcanzarlos, y sus pasos trémulos esquivaban los huecos agigantados y rectangulares abiertos de 3 metros de hondo fabricados para futuros huéspedes.

Cruces y polvo. Pavor extendido y nublada tiniebla. Regresar al lugar d'encuentro: el cementerio. Lugar desproporsionado colgado de un barranco sin muros, delimitando con la nada. Joe nene se regocijaba al ver de nuevo helechos y matas de calibres de nostalgia. El chico cesó de esculpir lágrimas de sal. Niño: los muertos jamás se levantaron. Joe traía a los almacenes de la memoria la risa de sus primos. El miedo a morir deleitaba misterio a su vida, burlándose de él.

El ruido perturbador de ese antiguo y fresco recuerdo era cíclico. ¿Es por ello que esas acciones o cosas estúpidas de niñez resucitan en la estación joven-adulto como un eco y tal vez esa sea la causa disonante del por qué últimamente le interese el sótano sin ventilación de la muerte? ¿Qué es la vida cuando palidece ante el túnel blangro que no llega a ningún lugar? ¿Por qué y para qué él existía? ¿Era él un cuncho de una sociedad? ¿Dónde estaba la llave de la eternidad

misma para abrir la vida, insolucionable cable paupérrimo y miserable recapitulación de sus temblorosos pensamientos?

La noche de nuevo estaba nublada. Los cafetos en orden y los abismos más encantadores que nunca, lo incitaban a, -realmente los abismos lo impulsaban a ser un cóndor o cualquier otra clase de pájaro para tirarse al vacío con gran velocidad, y que el viento de telaraña ventilara sedosamente la cara interna de su alma y olvidar la maleza sembrada-, no truncar los límites, no es una manera de liberarse de su imaginaria imaginación; concepto redundante, aunque en parte diminuta verídico. Cucarachas en la cabeza de Joe revoloteaban sin parar.

En la finca del bisabuelo Helías, Joe lavaba los platos de la comida frijolada con arroz y platanito asado y, como una ráfaga sintió una punzada por recordar. La llave donde sale el agua no se cerraba por completo. ¡Como es posible que haya tantos cambios profundos! La llave aún gotea igual, así uno la intente cerrar por completo. La llave de sus recuerdos goteaba... paf, paf, paf, sonido acústico aguado. Por más que Joe aprisionaba con sus dedos la llave, no podía parar esas gotas que lo desesperaban hasta el hastío.

Sobre el patio cafetero de la finca, Joe niño estaba jugando con un carrito de plástico amarillo pálido, era un Volkswagen Escarabajo. Era una amarillenta tarde que ya en una hora iba a dejar de existir por culpa del crepúsculo. No sé por qué carajos, se le dio por entrar a la cocina y era raro que no hubiera nadie fisgoneando las ollas. De repente, vio como el lavaplatos se encontraba: vacío. Era otra rareza porque siempre había platos sucios y todo estaba lavado, tanto platos hondos como pocillos y cucharas. No sé por qué observó con mucha curiosidad la llave de aquel lavaplatos. Caía una gota sobre el lavaplatos, a los tres segundo otra y así sucesivamente. Pensó que la llave estaba medio abierta. Se acercó al lavaplatos, lo veía gigante. Tuvo que escalar para llegar a la llave y la agarró con mi manito ese defectuoso hierro y con la otra manito se sostenía para no dejarme caer. Niño debilucho de pocos años, mira las gotas destiladas como lágrimas desmayándose en el folleto blanco. Cada gota estallaba y alimentaba más el silencio. Joe bebido e impaciente con el espíritu mismo de Sansón comprimido en su bracito, y con la garra pegada al tubo, sacó a volar la llave lejos de donde estaba. Un chorro impresionante de agua salió del tubo con tanta fuerza que eyaculó un sonido delatador. El piso de la cocina se virtió en un grueso lago. Jeison cerró el registro del agua. Familia entera y los animales fueron a ver qué ocurría y lo vieron violentamente mojado. Todos estaban en alto grado encolerizados. Mi primo Jeison al lado de sus otros primates le dijeron a Joe que cuando

llegara nuestro tío, le iba a dar una leñera por el daño que había acarreado. Le pasaron un trapero para evaporizar el lago virgen que él, accidentalmente había fabricado.

Joe adulto aún seguía teniendo el conocido miedo terrible dentro de su cuerpo. Es una implosión que martillaba los muros espinales y de costillas, y había una explosión que lo curara. Las rodillas le temblaban y casi se orina en los pantalones. No podía hablar bien y no sabía a ciencia cierta qué decir. En aquel amargo momento se imaginó al tío embriagado por la ira y golpeándose como un balón de fútbol. La cocina volvía a dar sola. Una idea original de evolución acampó por sorpresa en su cabeza: huir. Soltó sin hacer ruido el trapero y empezó, (sin que nadie lo viera), a correr enceguecido por la adrenalina, sin mirar atrás, monte arriba como si fuera camino recto al cielo, o como un croissant saliendo del recto. Ascendía como una flecha y los árboles corpulentos al lado de la carretera en fila india secuencial, se asombraron al ver un niño escapando con pasos seguros. El viento retorció aquellos árboles con la pregunta: ¿a dónde va ese chiquillo? No sabían. Los árboles seguían danzando con esa pregunta, y los brazos de sus ramas no gesticulaban la razón principal porque no la descubrían, aunque la curiosidad los movía ante cristalina anomalía. Los árboles y el viento se congelaron con la duda, mientras el chico ya no se veía ante ellos.

Joe gallina tenía que llegar a San Juan. Después de ascender sin detenerse, pasó corriendo por el cementerio como volador sin palo. Iba tan rápido que se tropezó contra una piedra y fue a dar en el hueco profundo de una tumba abierta y se desplomó. Se partió un hueso, tragó tierra y un aguacero enorme se desprendió de las raíces del cielo nocturno. Allí recordó las palabras de su mamá relatando el parecido físico que él tenía con su amado bisabuelo Elías. Joe ignoraba esos hechos, pero al verse sin luz le llegaban a su seso para ahondar su miedo.

Dear Life. I write myself today. Early in the morning and I'm bored, I get bored. Me, Amanda is sad now. No obstante, la bella vista era irresistible. No sé si estoy mal, pero puedo ver las nubes inclinando la cara hacia abajo. Allá dentro del hueco reverso, copos blancos rizados. Un sonido parecido al mar se desprendía cuando el poderoso viento chocaba los árboles de la montaña, que estaban muy distantes, y no comprendo por qué los escuchaba nítidamente enfilados a través del empinado camino. El recuerdo de los sueños de la noche se arrimaban borrosos.

Mi madre y yo en una casa amplia. Aquella casa por dentro era un bosque. En medio de la nada apareció una niña muy similar a una mujer mayor completamente desnuda. Mi madre se

escandalizaba. Una rabia morbida sentía en ese sueño que se desplazaba de ella hacia mí. Ella decía que vistiera a la niña, pero una idea tranquila dentro de mí, me susurraba al oído que no la cubriera. En aquel lugar pensaba muy intrínsecamente. Mis argumentos nunca hechos, fueron que a mi lado estaba Oscar Wilde, Julio Cortázar, Octavio Paz, Goethe y otros que no recuerdo, pero había un hombrecillo misterioso que era, o ejercía gran influencia sobre mí, mientras veía un niño o niña desnudos que no era un tabú o un concepto que pervirtiera la moralidad. Leía el colérico pensamiento de mi madre, y sus ojos sentían inmoralidad donde no la había. A mí eso me pareció muy normal. La niña desnuda se había desaparecido.

El bosque se transformó en una casa más o menos normal, y digo más o menos normal, porque era como una casa embrujada. Sus paredes eran claras y se suponía que estábamos buscando la niña, aunque yo en ese momento me hallaba sola y con paredes pueriles en tristes formas humanas y caricaturezcas al mismo tiempo. Lo que me produjo algo de miedo, fue que en todos los cuadros, los rostros tenían cachos como de buey y esa casa se descomponía como si fuera una fruta, o cosa con vida. El moho inundaba el piso.

Después de salir a ver las nubes supuestamente abajo, me recosté de nuevo porque era muy temprano. El segundo sueño consistía en que yo estaba en un monte, pero ese monte era el tercer piso de una casa que nunca supe de quién era. Un hombre de rosas azules y con el vientre plano, me decía que me deseaba sexualmente hablando. Él me vociferaba que bajáramos al segundo piso a fornicar. Por un instante el sueño se despedazó y el capítulo supuestamente se había desvanecido, pero se despertó una sucinta escena secreta. Yo todavía estaba en la misma casa, no en el monte del tercer piso, sino en el segundo nivel. Era una casa normal. Yo iba a entrar al baño, cuando unos gritos deprimentes cortaron la paz; era como si algo muy malo fuera a pasar porque gritaban: “nooooooooooooo, nooooooooooooo, nooooooooooooooooooooooooooooo, nooooooooooooo”, con la más terrible angustia.

Entrada principal al único cuarto añil de paredes. Había tres individuos que no eran parte del mundo y yo cerré la puerta abruptamente y ellos, habitaron la parte de afuera, sí, les tiré la puerta de madera y yo, estando adentro, sentía compañía. Ella era una mujer pequeña, simple, sin forma alguna, de rostro indefinido, lánguida como un muñeco insípido. Yo la veía, mientras que en mi mano sostenía una caja de vino y yo lo tomaba a largos chorros y lo compartía con ella. Bebíamos felices, bebíamos felices.

Esteban y yo en la calle caminando, y de repente se me ocurre darle un beso. Quiero pero no quiero, él duda, no está seguro, también quiere pero no quiere el beso. Algo lo cohibe y algo me cohibe también; pero yo atisbo mi rostro al suyo y acerco mis labios a los de él, pero él queriendo pero no queriendo se deja besar. No me gustó ese beso. Él se echaba para atrás como si fuera un columpio pueril, pegado como un colibrí a mis labios. Nos soltamos y seguimos caminando. Al ratillo, cayó una lluvia torrencial.

En un lugar algo oscuro, varios amigos y Esteban tomando trago. Creo que había un espacio enlagueado, sucio, avieso, no estaba segura. Algunas personas hacían figuras en el piso negro. Yo hice con plastilina sobre el piso unos trazados curvilíneos, como si se tratara de un universo pequeño. Luego, estaba con Habichuelo y él me dio su Land Rover 65 para que yo lo condujera. Iba yo sola en ese carro a gran velocidad, yo pasaba otros carros y me di cuenta que iba muy rápido. Había tractomulas en contravía y estuve a punto de estrellarme con ellas. Un carro rozó con el mío y casi pierdo el equilibrio al lado de una gasolinera. Iba muy, muy rápido.

En una especie de casa nunca antes vista por mis ojos, estaba yo conversando con Esteban y él me decía que iba a viajar a Alemania. Yo lo veía fijamente y su apariencia era desaliñada, con el cabello completamente en desorden y su rostro era feo. Trabajaba yo con un par de mujeres alemanas y una de ella me dijo que le comprara una especie de marcadores, dándome dos muestras. Después me di cuenta que se me había olvidado comprar eso, y yo, dentro del mismo sueño era consciente que había olvidado el recado. No more dreams please.

Las hierbas brotaban tan hermosas con sus fotones definidos que causaban enternecimiento al verlas. El Dios Verdadero era su jardinero que abría los almacenes del cielo y las rodea de lluvia para que crezcan; les da el maná del sol para que haya fotosíntesis. El Altísimo les da abrigo y una distancia infinita de amor para que se establezcan en seguridad. “Dios Santísimo por favor, no me abandones, no me des la espalda porque sin ti no puedo funcionar plenamente”. –Joe rezaba entre dientes sobre los escombros de la tumba en la cual había caído.

Después de escribir los párrafos de sueños parásitos, una breve llovizna hizo que dejara de verter tinta sobre el cuaderno y el pensamiento negro de cada palabra se detuvo al instante. Joe tiernito trata de desenvainar el esfero que tiene menos de la mitad de su utilidad.

Sin pensarlo, ni crearlo, a Joe le agarró el fantasma de la depresión. Fue un error haberse escapado de la finca, se imaginaba con sus pies llenos de diversas matas y simétricos cafetos en

un lugar similar a cráneo de piedras rojizas y desérticas al lado de un abismo, y no cubierto de barro hasta las orejas. Sus ojos se perdían en el húmedo paisaje despejado. Toda la mañana y alborada también, casi todita la tarde pasados por agua. Una lluvia tímida se desplomaba por las tejas rojas desteñidas. El patio donde acuestan el café para que se seque, tenía un aspecto agravado y los ríos improvisados improvisaban remolinos que saltaban en el fin, en la boca de un sifón de recuerdos invernales y Joe pidiendo a gritos que lo sacarán de allí.

Ya había escampado. El aburrimiento te perseguía a cada rincón que buscabas. La desesperación regresó y te dieron unas ganas enormes de salir. Tendrás que quedarte hasta quién sabe cuando.

Joe adulto, ¡mira! Esas tierras plagadas de metempsicosis te causaban mucho miedo. Hace ratos, saliste a pasear con tus tíos, y en cada paso que dabas, plato principal era la salsa de los homicidios. “Dizque aquí en esta parte mataron a sutano y fulano, que lo cogieron a machete, que al asesino se lo llevaron a la Gorgona, bla bla bla. Cinco pasos más tarde... Que aquí en este filo tales manes pelaron a un viejito. Diez pasos adelante... Que aquí emborracharon a don Cuchufli y que cuando él se disponía a mear, le dieron un balazo en la cabeza y dizque murió con el pájaro por fuera. Todavía recuerdo tus palabras dentro de mí, te pregunté: ¿cómo será morir orinando? Y tú de jetón replicaste que la muerte llegaba cuando tocaba, y no tocaba cuando uno quería buscar el suicidio como excusa para salir de problemas y evadirlos. Entonces, te volví a preguntar: ¿Por qué el suicidio? Y tú, Joe de mierda, no me dijiste nada con palabras pero tus malditos gestos me hicieron levitar en nervios.

Joe chicorio, casi todos los días se orinaba en la cama, y su tía con un grueso lazo azul le golpeaba por ser tan cochino, mientras sus primos mayores se brulaban de él, y jugaban y soñaban despiertos con la idea de ser pistoleros, bandidos y pícaros, con la finalidad de ganarse el respeto de las personas que transpiraban dentro de su imaginación. Joe tenía aún la imagen clavada de su primo Jeison, todo sucio, como si fuera un ser a blanco y negro, con las mechas en desorden y fragancia de pecueca primaveral. Decía que amaba los estudios básicos y el fútbol, e iba a ser un tipo muy juicioso. Su tío, todo escuálido y con bigotes bien poblados, se veía como un vaquero ranchero del oeste y con prendas como de un ciudadano Yankee, se tomaba en San Juan todo el aguardiente producido qu’el planeta podía dilucidar en destilación. Él era alcohólico por naturaleza pero “no le hacía nada malo a nadie”. Carnicero y despostador de reses era su profesión, y en sus ratos libres era un amante sincero a su mujer y a las muchas

putas, cuando se le daba la gran fucking gana de bajar a la ciudad. Era un ser rígido, con tintes descomplicados que nunca lograba comparar con ninguno. En aquellas épocas, Jeison, con mis otros primos jugaban con desenfrenada afición, sosteniendo un revólver de fulminantes, y a veces le cascaban al balón de micro.

Joe loquito, mataron a tu tío y dos supuestas versiones se desprendieron, ¿las recuerdas?

b) Cuando 20 tipos cobardes de la misma familia cogieron en gallada al tío, lo prendieron a bala y machetazos, realmente lo volvieron mierda. Jeison y su hermano mayor, juraron venganza. Aquellos hermanos ciegos por la ira, mataron como a 18 de esa familia, haciendo que el éxodo fuera su religión. Se decía, que los que acribillaron al tío, eran muy pícaros porque robaban descaradamente a los habitantes del pueblo y desaparecían literalmente a la gente. Dizque esa familia tenía muchos bienes: fincas cafeteras, carros, casonas, Jeeps, y después de enviar al tío a la inexistencia reversa, se quedaron sin nada en absoluto solo con la muerte.

c) Bajo el crepúsculo nublado de un naciente diciembre con párpados pesados del año XYZA, en los primeros soles, el tío salió picho de la jinchera de una cantina del pueblo fantasmal y nuclear. Sus queridos enemigos se confabularon para darle buena chumbimba, y salieron a encontrarse con el hombre ebrio que siempre sostenía un sombrero en la cabeza tambaleante. Sobre la carretera destapada, solitaria y llena de curvas, el tío daba sus últimos pasos sin dejar tristezas. La noche caía. Unos diez tipos cayeron en picada sobre el tío, y ellos como en un solo cuerpo, lo desmigajaron al sondeo de un rito de machetazos contundentes y un cóctel de balas que se hundieron en su carne. Ellos tiraron al borracho justo al lado del camino, cerca de la cerca de alambre de púas. Tus primos, al enterarse de la muerte infame de su padre, juraron venganza y depositaron sus votos de firmeza sobre sus corazones, de que iban a efectuar una gran matanza. Jeison a lomo de caballo desenvainó su revólver y disparó al viento con sed insaciable de transmitir el dolor que sentía en aquel momento. “Tendrán que llorar lágrimas de sangre” –Decía tu primito ebrio en cólera.

Al acontecer eso, la familia del difunto se congregó el día del entierro en la ciudad de las putas, junto a una cantidad de amigos íntimos y de aventuras. Una de mis tías le tomó fotos al tío difunto que descansaba en el ataúd abierto, fue raro que sus bigotes largos no cambiaran para nada, y una de sus manos estaba con la huella de una bala. Tú no fuiste al sepelio, pero muchos

dijeron que mucha fue la tristeza que se infectó cuando los mariachis tocaron una canción llamada “Nadie es Eterno en el Mundo” de Darío Gómez, y mientras que lo metían a la lápida, tus gritos en la distancia se acentuaban haciendo rechinar las paredes del cementerio.

Las cosas aparentemente volvieron a la normalidad. Vuelve la burra al trigo querido Joe, te repito lo mismo pa’ que no se te olvide: la familia que asesinó al tío, fue lenta y letalmente acribillada, tus primos eran muy respetuosos porque únicamente se metían con los hombres y nunca tocaron a ninguna mujer de aquella familia, no las violaron. Cuentan que mataron un joven de 17 años, porque éste cogió una escopeta e iba a defender a su padre que fue tostado por Jeison y otros tipos, así que lo pelaron a puro balin. Poco a poco tuvieron que huir del pueblo. Aquella familia pasó de tener protuberantes fincas con lotes prósperos de cafetos, (Vuelve la burra al trigo), cantinas, carros; al no tener nada y desplazarse a otras tierras, dejaron todas sus posesiones tiradas. El pueblo después de aquellos acontecimientos, vieron a Jeison como un soberano héroe, firme y luchador de la justicia, porque muchos decían que los tipos que quebraron al tío eran una partida de matones en manada y diestros rateros descarados que engullían todos los bienes ajenos que apetecían.

Después de más de 18 muertos en serie, Jeison Kid tuvo que emigrar a la ciudad X. Una señora casada y con marido, al enterarse de que él era un pistolero prófugo de la justicia, la proporcionó apoyo incondicional y dineros a cambio de un buen movimiento sexual en la cama del adulterio. Él no la quería, sin embargo lo mantenía lleno, y no había motivos para dejarla.

Jeison era aficionado al fútbol, a veces iba a tu pueblo y armaba succulentos partidos y era un jugador destacado. Los meses se desvanecían como espuma y él deambulaba de un lugar a otro haciendo sus torcidos. Suponías tú, que sus compañeros secretos debían saber como era realmente tu primo y cuáles eran sus andadas. Según te contaron, no faltó el informante concreto que lo echó al agua la primera vez, y lo hicieron boletear ante la policía y lo capturaron. Jeison duró año y medio encerrado en barrotes, esperando la eterna condena que le iban a abrochar, cuando alimentado de paciencia, se logró fugar con otros presos, saliendo al sueño de la libertad matutina por un caño tan estrecho y peligroso, donde no cabía ni las ratas, y tú lo decías: “el riesgo de muerte no se comparaba con la refrescante libertad”. Él seguía deambulando como un demonio cualquiera, ya matando gente inocente por deporte, porque como tú me explicabas, que cuando alguien mata en cantidades alarmantes, quiere seguir y seguir matando compulsivamente hasta que eso se vuelve algo parecido a una adicción. Tú me lo

confirmaste, que la mujer que él realmente amaba, lo presionaba para que le diera dinero para mantener la niña que tenían, y que por esa razón el asaltaba grandes negocios como asaderos, o restaurantes, o supermercados y vaciaba la caja y se marchaba corriendo sin dejar rastro. En Poortown, Jeison pasó de ser un héroe a un vil ladrón de humildes campesinos, y él mismo se ganó a sus aliados como fuertes enemigos y de la mano de la vergüenza del pueblo. De salvador pasó a payaso.

Jeison fue parecido al tío en ciertas cosas: un perro empedernido que trataba de olvidar los rostros quemados, con las pistolas que él manejaba como un profesional, sintiendo el calor del sexo para no pensar en el desorden horrendo de su propia vida sin sentido y rasgada. Tú me contaste que Jeison le había hecho el amor a una hembra en tu casa, e impulsado simplemente por juguetona lujuria, te llamó y dijo: “Marica, mire como me dejó esta perra”. Tú lo viste, y te produjo asco porque tu primo tenía la piel del vientre, las piernas y las rodillas cundidas de sangre. Era como si él se viera en carne viva, o como si lo hubieran cogido a cuchillazos profundos con el placer ensangrentado de pies a cabeza, aja, aja, te dio impresión aja, tú, yo, ellos, la sensación, la risa, no había lugar para esconderse.

Conspiración, recompensa. La rata atrapada y arrinconada en el Centro de Bogotá. Un par de años en la cárcel, hasta que un día cualquiera, le dispararon desde otra celda y un solo pepazo de bala, le desfiguró el corazón y lo hizo aflorar chorros de sangre. Coincidentalmente, el hermano mayor de Jeison estaba en el mismo patio y él sostuvo a su hermano herido en sus brazos hasta que la muerte lo liberó del dolor y de muchas cosas inexplicables que padeció e hizo padecer. Toda la valentía se disecó ahí. Lo irónico de todo ese cuento fue que el autor principal del homicidio de tu tío no le hicieron nada, ni un diminuto rasguño. Nunca has estado de acuerdo con la venganza, es increíble en tu concepción que un simple mortal se deje llevar por el odio, y se crece, y se cree el rey del mundo cuando manipula un arma, y tu repites la misma frase de Jesucristo: “El que a espada mata a espada muere”.

Te parqueas otra vez en tierras “de sangre caliente”, hot blood. Sus carreteras han sido manchadas con la fulguración líquida escarlata de muchos sacrificios humanos.

Una noche cualquiera querías salir de la finca a un lugar desolado y plenamente oscuro para poder contemplar las estrellas, pero como siempre le has tenido miedo a la oscuridad, y al creer en demonios agudos que te pueden hacer daño, optas por sentir miedo. Mucho miedo, y más aún con la cantidad de películas de terror que has visto, en la carencia de luz vez las escenas

nítidas y la música de fondo la recuerdas. Sé que le tienes un enorme respeto al campo sobrenatural y tratas de no pasarte de la raya.

¿Por qué la desdicha entra tan perfectamente en usted, si la idea es desbordar una gozo cautivo como los rayos del sol en verano? Parece como si usted ya no tuviera nada más que escribir poemas. Se cansó de la finca y del esqueleto rural que lo rodeaba. El ruido urbano y el alboroto le hacen falta. El campo para usted es como una mujer que le encanta por un momento y luego la desecha porque se pone triste, aburrido, incómodo, hastiado.

Un pájaro azul se encuentra encerrado,
no en su propio canto sino en una jaula.
El alma interior de la jaula se oxida
y la montaña abismal subyace jadeada.

Las alas de sondas no se mezclan
con el corazón abierto del viento
que comprime su espacio de anclas
dando sonidos libertinos del tiempo.

Los árboles burbujan en tristeza
y sus brazos se desmayan en el filo
el hacha mortal astilla su rareza;
y su savia se desprende como hilo.

Las raíces de las nubes succionan el cielo.
El sol se debilita ante tanta perturbación.
El paisaje se desploma en el dulce silencio.
Los colores desflorece de su sitio a favor...

Favor en dolores de parto indoloro.

El chamizo de almas

**se ha ocultado detrás,
detrás de las tinieblas
que activan esas lunas.**

**El lejano paraíso de estas tierras
se transforma en el nuevo desierto.
embudo tapado por oscuras esferas
bajo la red del precontexto muerto.**

**Soy un esclavo de la nada.
en la existencia anonadada
trabajo sin sueldo alguno
e imagino que soy solo uno.**

**Pensamientos débiles deambulan
y la anemia depresiva hace ínfulas.
Los virus del aislamiento se confabulan
y los huesos astillados rebotan formulas.**

**Hay una formula para el dolor...
Una salida a todos mis males:
la enfermera que extirpa la amargura...
Ella...Ella...Ella...**

**AquElla diosa que está a inconcretas millas
es la mujer que acaricia mi alma con su voz,
con sus manos heladas refresca las mías
en abismos de ahogamiento y no la veo.**

**¿De qué sirve tanta belleza en su estado
natural, si mi mente se distorsiona**

**y lo bueno lo transforma en enfermiza
ansiedad cuando ella no está conmigo?**

**¿De qué sirve una jaula de oro
ante su enredada ausencia?**

**Abandonaré estas tierras preciosas.
Saldré seguro de esta jaula que brilla
con un radioactivo azul-verde- rojo rosas
y buscaré la parpadeante bella estrella.**

**Mi corazón no aúlla muy profundamente
porque no está el halo cristal de tu rostro.
Ella posee la nota secreta, la solución, la llave
para abrir de par en par y destapar mi corazón
que está indigesto en lágrimas de gris dolor.**

**Ella ya no existe
Y yo aquí triste.**

¿Te acuerdas de Daniel? El hombrecillo de ojos orientales, barriga abultada por la buena vida, bigotes poblados y negros, y de estatura media. El tipo ese era casado y tenía dos hijas. Daniel se conoció con tu tía Flor y se entendieron con frazadas de perfección. Aquel día, pasado por monótono, llegó Daniel a tu casa. Ese señor entró tan rápido que no lo lograste ver. Era la trilogía entre Daniel, Flor y el cuarto de ella con la puerta bien cerrada y tú, un niño escuálido y tonto, viviendo y viniendo entre tus carritos de madera.

-¿Qué estarán haciendo? –Te preguntabas con asombro, pero lo poco que conocías en esa edad no te ayudaba mucho, chico inocente con algunos añitos encima y “diminuto”. La mesa era más grande que tú.

El día, no obstante, se revistió con el traje de una confrontación. La querida esposa se deslizó por la sala, tu hermana la había dejado entrar. ¿Cómo carajos supo la señora cornuda que su fiel

marido estaba en la casa? ¡El idiota marido fiel en su gran frescura, dejó su divina camioneta Toyota Land Cruiser último modelo en frente de la casa! Que tipo tan inteligente, él mismo era un artista en efectuar las cosas tan disimulado que nadie en el mundo se dio cuenta, solamente la mujer que ya lo tenía fichado porque, según parece, Daniel ya caminaba en 4 patas, pero él mismo no se daba cuenta de ello. Los perros no piensan, sólo se dejan llevar por el instinto lujurioso, así se le pegue su inexistente alma a la perra. ¿Pegados lealmente en el cuarto? No es para nada creíble.

Cecilia, -así era el nombre de la hembra engañada en ese momento-, lloraba escandalosamente. Golpeaba la puerta con la fuerza de su propia ira. Estábamos perplejos. ¿Qué podíamos hacer? Era lo único que se nos pasaba por la mente. Cecilia pidió un cuchillo y Alicia se lo obsequió. La mujer desesperada y ante la negativa de no salir los que estaban encerrados, agarró el cuchillo e intentó violar la chapa pero sus esfuerzos eran en vano. En ese instante, parecía que el tiempo se congelaba y no se dignaba en fluir.

De repente, se abrió la puerta pero no porque Cecilia la hubiera abierto con la lata de plata en su mano, sino porque Daniel salió del cuarto con la infamia del dulce adulterio que acababa de efectuar.

La mujer hinchada de lágrimas y furia, empezó a golpearlo con un amoroso odio. De su boca, corrían palabras de reclamo y vulgaridades. Sus nudillos se fundían en el cuerpo del adúltero y éste trataba de consolarla con palabras de cachorro arrepentido y cínico. Cecilia quería acariciar el cabello tinturado de tu tía, pero Daniel fue más fuerte y se la llevó para la casa. Fue lo mejor. Recuerdas la carita de niña preocupada de tu hermanita Alba, toda pequeña, y una faceta nueva había pasado sobre nosotros. Pasaron unas horas para que mi tía Flor pudiera salir de su cuarto.

Los recuerdos de la niñez fueron los mejores de todos nuestros tiempos, fueron tan nostálgicos que al intentar desenterrarlos, una llama de tristeza rebota contra tu pecho, es algo mágico, como felicidad perfecta combinada con algo de zozobra vacía.

A veces la tía Flor no te dejaba salir a jugar. Tu bro Miguel, que siempre ha sido el más inquieto, se le ocurrió una idea que sólo se le ocurriría a él: coger un huevo de la cubeta, abrir la puerta de la casa y arrojarlo a un muro ciego que quedaba al frente. Así lo hizo. Tú estabas presente cuando estalló el huevo contra aquel muro y cerramos la puerta, y los que corrían de emoción y curiosidad. Reíamos tierna y pícaramente por haber hecho esa estupidez que fue la primera

manifestación artística que vi. La yema del huevo al quedar atada al muro, creó figuras de ensueño, como si fueran místicas o salidas de otro mundo. Luego los huevos se reventaron y más formas matizadas nacían.

El hijo de mi tía Flor era mucho más grande y de mayor edad que mis dos hermanos. Gustavo era muy inquieto cuando quería serlo. Joe, ¿recuerdas que a él le gustaba jugar a los “ahogados” con Miguel y tú, y el juego consistía en que sobre la cama de tu papá, Gustavo agarraba la almohada y la colocaba en sus caras y él hacía presión para que ustedes no pudieran respirar? Tú le tenía mucho miedo a eso y siempre resultabas llorando porque tú eras un niño de 5 años. A veces Gustavo les mostraba la foto pegada en un libro de un niño africano que se estaba muriendo de inanición. Su cuerpecito eran huesos casi salidos, con las costillas ceñidas al cuerpo, con moscas merodeando a su alrededor, con una barriguita protuberante y un plato vacío que sostenía su mano derecha. Tu primo volvía a mostrarles la imagen de aquel niño muriéndose de hambre, y Gus, se reía con gracia para que también nos burláramos de esa miserable foto. Él lograba transmitirles la risa, Miguel y tú reían sabiendo que eso no estaba bien en la moral de ustedes, luego Gus les decía: “Es pecado burlarse del niño africano, Dios los va a castigar”. De hecho, Miguel y tú sabían que eso era incorrecto hacerlo, sin embargo tu primo los instaba con muecas chistosas a que nos riéramos juntos a carcajadas escandalosas, al ver el plato de comida sin comida del niño que tenía moscas alrededor como satélites, ustedes se enternecían, pero el bufón hacía cambiar la tristeza en burla constante.

Gustavo, temprano en la mañana, vio a tu bro Miguel leyendo la Biblia y mi primo en son de asombro le dijo: “Deje de leer eso, ¿usted no sabe que la Biblia lo vuelve a uno loco? Gus sacó como argumento lo que le sucedió a Abraham e Isaac, cuando Dios le dijo a Abraham que sacrificara a Isaac, su hijo, para probar si el padre amaba más al Creador o a su propio hijo. Todo estaba listo para que Abraham le diera muerte Isaac, su consentido amado: un cuchillo para el degüello y mucha madera para prenderlo en olas de fuego. Dios envió un ángel e impidió que el padre matara al hijo, porque todo era un paralelo con el “sacrificio contundente” cuando Dios envió a Jesucristo. No obstante, Gustavo relató que un tipo X, en un país X, en un sitio X, dizque leyó el relato bíblico de Abraham e Isaac y al tipo X se le corrió el caspero, agarró su hijo primogénito y amado, lo degolló y lo quemó, porque la Biblia le había ordenado hacerlo. Nunca le creímos a Gustavo. Deduzco que el tipo X estaba más loco que un “perro floripondeado”. Entonces si tú te concentras a leer “El Túnel” de Ernesto Sabato, y haces literalmente lo que el

personaje principal de la novela plantea, ya hubieras matado a tu ex por culpa de los enfermizos celos y tú, estarías en la cárcel, esperando tu alba muerte.

¿Recuerdas cuando Gustavo los hipnotizaba al colocar sus dedos gordos sobre las dos arterias que mandan sangre a la cabeza? Él nos hacía inhalar y exhalar 20 veces ininterrumpidas, estando acunclillado, luego de pies y se hacía una larga inhalación y Gus presionaba con fuerza el cuello, mientras que el paciente exhalaba lentamente. El sentido de la visión se ahogaba y uno se iba por unos segundos a otro mundo, era una sensación peligrosa pero genial, luego uno volvía en sí, con ganas de volver a ser hipnotizado por los hongos. Una vez Miguel, llevó a un amigo llamado Rogelio para que lo hipnotizaran. Cuando Gustavo presionó las dos arterias de Rogelio, él se puso rojo como un tomate y empezó a sudar exageradamente, estuvo al borde del infarto. Todavía tienes la imagen de él en la memoria de tus recuerdos deseados, y en vez de darte miedo, casi te mueres de risa ante esa fascinante reacción. Pasó la goma y no volvimos a hacer eso, porque salían con el cuento de que uno se podía morir. Gustavo nunca nos planteó el riesgo, o a lo mejor lo ignoraba por completo.

Muy cerca de su vivienda, Joe invocaba uno de los recuerdos más felices de su existencia. Había una cabaña revestida en tierna paja y diseñada con troncos de madera forrada con su piel diseñada externa. Un letrero grande con letras rojas y que daba la impresión de que estuvieran derretidas, colgaba en la frente de la cabañita hermosa: “Endulza tu Camino” que con el flotar de los tiempos cambió por “Endulza tu Paseo”. Esa cabaña era una isla donde gente de la ciudad parqueaba sus carros afuera, cerca de la carretera principal, y compraban postres y dulces con su familia, y luego jugaban o descansaban un buen rato sobre el mar de césped cortado en orden ante la mirada loable de los árboles jóvenes que cubría el exterior con sus sombras. Es una isla porque el mar era el amplio espacio de césped en el cual los sueños de cometas, lanzamiento de frisby, jugar con el perro, jugar congelados, hablar por hablar, estar solo, jugar super triumph y lanzar sin sentido pelotas de tenis en un juego de béisbol, eran olas verdes de completa felicidad.

Así era esa belleza: a) el corazón de la carretera, b) el frente de la cabaña, c) el costado derecho e izquierdo de la cabaña había pasto corto, al lado derecho (¿?), con un kiosco diminuto, detrás de la cabaña, el inmenso césped vítreo (lo escribe Joe inmenso porque cuando niño lo veía todo grande), d) el centro de aquel césped había un ombligo o un hueco pequeño de 20 x 20 centímetros de ancho, pero con una profundidad increíble, tan hondo era, que muchos carros

de juguete caían allí y nunca fueron recuperados. Joe bebecito metía todo su bracito pero no alcanzaba a coger la gran cantidad de objetos perdidos que se perdían en aquel huequito. Hasta unos niños decían que había piedras de oro y la curiosidad era tal, que intentaban sacar cosas con el palo de escoba sin éxito alguno, e) el límite del césped hermoso formaba como un tipo de cuadro revestido por alambre de púas para enmarcar la propiedad y una tercera parte de ese cuadro imaginario, estaba forrado por una hilera de árboles altos, delgados y muy nuevos que hacía no mucho tiempo habían sido plantados. Fuera de la cerca improvisada que le pegaron a esos árboles, f) había unos potreros con pasto muy alto, tanto que su estatura superaba la de Joe. A veces se metían a esos potreros de propiedad privada a jugar guerra de papayuelas y éstas no eran de las amarillas y tiernas, sino de las verdes y duras como piedras. Se escondían en ese pasto gigante y se tiraban esas papayuelas como si fueran granadas. De hecho, hubo muchos accidentes por culpa de la buena puntería que tenían ellos. A Raúl “El Prehistórico”, casi lo dejan tuerto por un pepazo bien puesto en un ojo.

Uno de los mejores momentos que Joe recuerda era cuando se subían a esos árboles altos y delgados. Allá en la cima, la adrenalina se incrementaba porque la punta era delgada, así que cuando una corriente de viento fuerte salía de la nada, el árbol y el niño se mecían como si fuera un columpio, además que uno podía ver el centro del pueblo y todo se veía pequeño desde allá arriba. Un miedo divino se manifestaba, así que tú abrazabas con cariño el árbol escalado para que no te fueras al vacío.

Entinibrito se subió a uno de los árboles más altos. Tú estabas colgado en uno de ellos, y tu bro en otro. Entinibrito se mecía y reía lleno de paz, cuando en un abrir y cerrar de sorpresas, sonó un golpe vacío en el piso del césped. Era el niño ese, que se había destortillado y él, al verse un raspón al lado del estómago, empezó a berrear. Por suerte, no cayó sobre los alambres de púas, sino en las raíces que salían de la tierra. Entinibrito se calmaba un rato y seguía jugando cogidas. Un niño de mayor edad que ustedes, era “el fantasma” y nos hacía corretear alrededor de la cabaña y tú, (como unos 9 niños), corrían sin parar para que no los atrapara. Una ventanita detrás de la cabaña, y podíamos ver la cocina donde hacían los postres. Corríamos, jugábamos fútbol sin nunca sentir cansancio. Asimismo, jugábamos béisbol con un palo grueso o con un palo de escoba, (que no se asemejaba para nada a un bate), y con una bola de tenis para que fuera más fácil sacar un exitoso home run, la pasaban toda la tarde que les quedaba corta.

Sus padres tenían que sacarlos de allí. Una vez llevaron unos guantes de boxeo y no faltaron las narices reventadas y los odios escandalosos.

A las afueras de ese paraíso, había un murito de casi una cuadra de largo y un metro de alto en su mayoría, porque había un pedacito de muro como de metro y medio, pero no era para nada largo. Era un muro hecho en piedras macizas y cemento. La cima del muro era perfecta para jugar carritos. Nos íbamos de extremo a extremo desplazando nuestras manos para que el vehículo se moviera. Joe era tan pequeño que tenía que alzar totalmente el brazo para que sus carros vivieran. Después fue creciendo y antes tenía que bajar su tentáculo.

¿Recuerdas el verano magistral de los inolvidables Agostos? Fluía el viento libre como un monstruo feliz. Una cantidad de niños estaban maravillados al darse cuenta que un señor X, traía una cometa gigante, como un cuervo. Así que todos ustedes le ayudaron a él a construir esa cometa muy grande que no se elevaba con piola sino con un lazo grueso. Contigo había como unos 15 niños preparados para lanzar ese triángulo para que volara por los cielos mentirosos de aquel día. Así que se levantó el monstruo de cometa y debajo de él colgaba un lazo con las banderas de varios países reconocidos, cuando se elevaba aún más, más banderas se presenciaban. El señor se cansó de la fuerza de la cometa y la bajó. Todos miraban jinchos de asombro. Luego, el individuo barbado y casi viejo, pidió muy educadamente el favor de que le lanzáramos de nuevo la cometa para elevarla. Ya cuando estában a punto de lanzar la cometa gigante hacia arriba, tú le dijiste a otro niño que te ibas a colgar de la cometa para que te levantarás lo más alto. El niño te dijo que no eras capaz de hacer eso y tú, con mirada desafiante le contestaste lleno de seguridad que no se te arrugaba.

Todos los niños soltaron la cometa bajo la orden del señor, menos tú, pendejo Joe, que te agarraste de ella sin quererla soltar. Tú estabas casi en un extremo del triángulo de la cometa, así que perdió estabilidad y la punta dominante de ella cayó sobre el pasto estruendosamente. El hombre al darse cuenta de su intento fallido de elevar su monstruo, se hinchó de odio contra todos los niños, así que él nos iba a golpear y salimos a correr, menos un niño mucho más alto que nosotros que, tenía un saco cafecito y en forma de ve, de cabello liso y con parado de ensimismamiento, que estaba dormido en vida de pies, o estaba pensando en las huevas del gallo porque se quedó plenamente quieto. El señor ese, lleno de furia musitó un grito:

-¡Primero los mayores! –y un estruendo craneal sonó con delicadeza ordinaria-. Y dándole un coscorrón, lo despertó y lo trajo de nuevo a la realidad. Después el tipo se calmó y se fue.

Pasaron como tres años más. Por diferencias o problemas que nunca supiste, tu tía Flor se marchó. Creo que ella y mi padre ya no se soportaban. Quedaron entonces, tu hermana que era como una madre para ti, tu hermano que se le pasaba discurriendo la calle, y tu viejo esclavizado trabajando duro y parejo. Ya uno por uno se iban yendo, ya uno por uno porque la vida fluye por cosas inexplicables. Por eso mismo, uno nunca tendrá que quejarse por un nuevo acontecimiento que era una parte lógica, un suceso en orden, carente de manifestación. Como dice el dicho: lo que no conviene no conviene. Obviamente, la gente siempre estará quemando opciones que por más cocinadas que estén no salen, ni se preparan en los caminos que a uno no le toca adentrarse, así sean los más amplios y sin obstáculos.

Siempre odiaste los trasteos, te causaban depresión. Dejar una casa y sus recuerdos para ir a una casa de incertidumbre. Ahora tú, más distante del pueblo. Miguel y tú conocieron unos niños abandonados por sus padres en una casa aislada y rodeada por un cultivo de espinaca. Con varios niños más, tuvieron autonomía para alquilar sus primeras películas de terror, cintas de homicidios, karate, de guerra, y de porno... por no decir de acción. Puedes traer a la mente una película de vampiros llamada “La hora del Espanto”, es una de tus favoritas, y si la tuvieras en tu poder, la volvería a ver porque las cosas interesantes o “bonitas” que tuviste en el pasado, siempre las querrás repetir en el presente para descubrir nuevos recuerdos, o para confirmar si en el tiempo actual era más o menos igual la sensación percibida o no. Siempre lo haz dicho: las cintas son un lenguaje articulado que atrapa, encanta, saca sensaciones escondidas. Imágenes, corporeidad, parlamentos, música, signos secretos; todos esos lenguajes unidos forman uno macro, afectando negativa o positivamente los sentidos.

La noche oscura, nublada con un abanico de nubes se extendía por todos los puntos cardinales. En una calle adoquinada, jugában microfútbol. Luego iban al video y alquilaban una película llamada “El Exorcista”. La empezaron a ver con caras de ansiedad. Contigo había como siete niños más y la casa de Oscar era acogedora. Todos teníamos los ojos clavados a la pantalla de TV., ¿Qué puedes rebobinar de las escenas de esa película? Dentro de una cueva unas piedras negras, la imagen apedreada de la imagen de un toro con cuerpo humano y unas mujeres totalmente desnudas, como rindiendo un acto de adoración a la bestia, mientras un ramillete

marchito y muchas blasfemias vituperantes temblaban con los montes de venus que se retorcían por un icono. Después una serie de mujeres, una por una. La escena que más te pareció desagradable fue, donde alguien abría el armario y como un pedazo de hierro caía al suelo un sacerdote con el cuello mirando hacia otro lado. Dizque era una familia normal, hasta que una niña pequeña, dulce y especial, no sé cómo, fue invadida por un poderoso y blasfemo demonio. Así que ese demonio la poseía y ella en su ingenuidad empezaba a matar sin piedad. Ya en la parte donde el final entraba como la idea del sexo anal sin lubricante y sin experiencia, mostraban como a esa niña se le retorcían los ojos con rostro verde, y botaba babaza, y el cabello negro era peor que maleza. La madre de la niña, con tanto amor, trataba de hacer lo posible para que su hija no fuera atormentada por ese espíritu indeseable. No lograste recordar qué hizo la niña para que el demonio se le metiera. La última escena que vieron, fue cuando la mamá estaba acostada sobre una cama y la niña se encontraba de pie cerca de ella y con voz de ternura y agudamente exquisita decía: “Madre perdóname, no te quiero hacer daño, por favor ayúdame”. Y de repente, una voz de bajo profundo, demoníaca y ajena, gatillaba con un acento asqueroso, un registro excesivamente grave que nos hacía erizar los oídos de hondo miedo, y la niña no era ella misma sino que el demonio la dominaba, y abruptamente el semblante cambiaba. “Vas a morir, vas a morir maldita perra”. –Decía la niña inundaba de ese espíritu maligno.

En aquel instante todos ustedes en unísono dijeron: “no más”. La madre de Oscar que también estaba presente viendo la película, dio stop, ejecute, sacó la cinta y luego metió una cinta didáctica de niños, donde salía un tipo disfrazado de Dios. No se podían concentrar porque la impresión nueva e inmoral se registraba al ver aquella película, que en todo ese tiempo haz querido saber que pasa al final, pero te conoczco y ahora no serías capaz de verla. Saliste de la casa de Oscar. Nadie se quería marchar solo. Tenían que pasar por un potrero oscuro...

Escuchaste versiones que hablaban del Exorcita. Se decía que el director manifestó que había escenas que nunca se habían filmado. Entonces, ¿quién? Reflexionabas e inferías. Todos los integrantes de esa película murieron en extrañas condiciones. Reflexionabas e inferías. Joe niño sacándole la moraleja a la cinta, analizando las blasfemias en secuencia, discernías en sentido general lo que era bueno y malo. Aja chico, aquella cinta te marcó de por vida. La primera es dolorosa. Nunca habías visto algo tan nauseabundo y asqueroso, que te llamara la atención. Las

escenas dementes, y escalofriantes dejaban desbordar el lado místico y raro, que la mayoría de seres humanos llevamos en nuestro interior. Seguías reflexionando e infiriendo...

Uno de tus hobbies consonantes después de jugar fútbol en “Endulza tu Paseo”, era, al caer la noche, cuando todos los niños presentes hacían un círculo y se ponían a contar historias de terror, de susto, de fábula viejo. Alguien contaba la del cura sin cabeza que se la pasaba en Pueblo Viejo, precisamente en la curva más cerrada, se decía que al frente de esa curva cerrada, que ahora hay una casa, había un cementerio y que el religioso con sotana negra llevaba en una mano una Biblia abierta, y en la otra mano colgaba su cabeza empapada en sangre, dizque se le aparecía a los ebrios y ellos veían eso y se paniqueaban. Otros niños salieron con los cuentos básicos de la Pata Sola, la Llorona, La Madre Monte. Un niño llamado Gabriel, se inventó una historia que contaba con un poder de convencimiento que hasta él mismo se la creyó: un camionero borracho que la Pata Sola perseguía, y el tipo todo asustado le metía chancleta a la mula para que ella no lo alcanzara porque si se dejaba atrapar lo descuartizaban. Entonces el camionero saltó de la mula y al ver una iglesia abierta y disponible, entró afanosamente y de rodillas, y con lágrimas en los ojos (¿Un camionero llorando?), se concentró en orar. La catedral estaba sin alma, las imágenes se mantenían por inercia. Hasta que la Pata Sola en persona entraba a la iglesia y él le suplicaba que no lo lastimara, pero ella con intachable suavidad para que él no sufriera, lo mató justamente al frente de las imágenes coloridas de tristeza y perfectamente talladas que no pudieron defender al pobre hombre. Todavía te acuerdas de eso y te da mucha risa. Otro niño saltó y habló de un pato amarillo que perseguía a los borrachos en la inmensidad de la noche. El borracho se balanceaba por las calles destapadas solo y al mirar atrás veía el pato con ojos infernales fulgurando fuego y dizque del susto tan tenaz, la borrachera desaparecía.

Uno de tus cuentos favoritos y graciosos, fue el que contó Leonardo que creó algo un poco exagerado. Dizque un señor de bigotes poblados y cabello hacia abajo que le cubría la frente, iba temprano en la mañana al trabajo y se desplazaba en una cicla burra. Él iba tranquilo dando pedal, pero, cuando volteó el rostro a mano derecha, vio que una figura diminuta en forma de Diablo estaba detrás de él. El susto tan madre de aquel hombre al ver ese espectro sobrenatural e indescifrable, hizo que sus cabellos, que cubrían la frente, junto a su bigote mazamorrero, miraran hacia arriba de forma exagerada. Se le habían parado las barbas y los pelos. Después el tipo con las manos intentaba aplanarse el bigote pero no podía hacerlo. Cogió una máquina de

afeitar para quitarse esos pelos parados a lo alto que observaban al cielo. Sin embargo, se estropearon las cuchillas de la máquina. Él no se dio por vencido y asió unas tijeras grandes para quitarse ese mechón, pero al intentarlo comedidamente, las tijeras se partieron en dos. Así que el tipo quedó parado de pelos por el susto hasta que su propia alma logró apaciguarse. Al tener calma, se le iban bajando los pelos. Un alternancia lo sucumbió. Caía la noche y le daba miedo: Se le paraban... Se tranquilizaba y volvían a su sitio. Era como esas matas que tú las tocas y se mueven.

Los días de niñez eran demasiado breves. Había un niño llamado Doni, que hablaba hasta por los codos y salía con unos cuentos reforzados, era raro que no te pudieras acordar de ninguna de sus historias. Doni se la pasaba recitando las aventuras del abuelo de 97 años que había estado en la guerra del Vietnam, y que ningún otro hombre podía superarlo en inteligencia, sagacidad, y fuerza física. Las horas pasaban entonces, escuchando cuentos increíbles, inventando fantasías y metiéndolas a la realidad pueril perfumada con fabulescos prospectos y mentiras. (Pasaban los años y te decían a ti: ¿te acuerdas de tal cosa que hiciste? Pero como era parte de la creatividad artística de un niño inventar y exagerar historias, tú no te acordabas de eso. Entonces tenías que seguir la corriente así no te hubieras acordado de ellas, jugando fútbol, cartas, maquinitas, viendo T.V, etc).

Vivían en una casa llena de vegetación en su exterior, como un mini bosque de árboles de tomate de árbol. Por un tiempo el televisor se dañó y los días fueron inigualables, porque el silencio proporcionaba una fresca liberación y como para pasar el tiempo, tu hermana había comprado un ajedrez microscópico y desde ese entonces, el mundo indescifrable de los escaques te agradó mucho. Gracias a ese juego, se podía aprender mecánicamente los estamentos de la guerra, sus estrategias, sus engaños, sus pérdidas, sus malas decisiones. Hay una noción psicológica con el ajedrez: tú juegas con el contendor y las buenas jugadas no las vez casi; pero si vez a dos personas ajenas a ti jugando, (No sé por qué ocurre eso), tú vez las mejores movidas y te da una enorme curiosidad por decirlas. (El chisme está allí también, por eso el tres dedos daña el juego y todos declinan).

Joe, rata de biblioteca. Después dejaste el fútbol por los libros. ¿Recuerdas la revista porno que estaba debajo de la cama? La encontraste por puro accidente, y cuando estabas solo en casa, la

leías y te reías de las metáforas tan bien elaboradas. Luego te iniciaste con las revistas de Condorito. Te daba rabia leerla porque no entendías los chistes.

Tus recuerdos más bellos y radiantes también entraban por el oído. En las maquinitas, las melodías rodoscas te agradaban mucho. El Ninja Gaiden, Mario 2 y 3, Contra, Nemo, Islander y una decena de juegos que no aparecen en la mente, son lo más divino y destacado en música e imágenes simples. Dos signos se incrustaban en tu mente: La maquinita con los juegos que tú pasabas y el olor a pan de la panadería donde estaba la máquinita de marcianos. Vuelas el pan y te acuerdas nítidamente de Contra, de Transilvania, del Ninja Gaiden. En la frutería había otra maquinita. El olor de las frutas y Galaga. En la droguería olor a medicamentos y Mortal Kombat II, Spartan, 1945. Ahora, el que tenga un jueguito de esos, posee una reliquia, tú sabes que es complicado encontrarlos.

Why did you change so much Joe? You don't know yet. Sign and blues, drugs and mushrooms. Saint spirits, music, strange sensastions, insanity... Do you remember a Queen of the stone age song? Everybody knows that you're insane. Great hymn for you. The music that you listen to is your reflected mirror. Quizás, lo que eres hoy, es por culpa de la música haz interiorizado. Conociste el ruido dulce del rock y sondas nostálgicas que corrían cuando escuchabas Ordinary World de Duran Duran, y total, con dinero robado compraste el album Use your Ilusion I de los Guns n' Roses.

Tu mes de agosto rebotaba con sol, y viento azul. Todos los niños compraban o fabricaban sus propias cometas. Nunca fuiste bueno haciendo pájaros artificiales. Miguel si tenía destrezas para hacerlas con bellos colores y excelentes diseños que tú, abusivamente tratabas de elevar y las estropeabas, o las dejabas botadas en los potreros. Epifanio, cariñosamente se esforzó varios días para hacerte una cometa en forma de búho con vivos y felices colores, para que tú la colgaras por los profundos cielos que nunca volverán. Sin embargo, al ver que tú, gran imbécil, no podías elevarla, se te saltó la piedra y la cogiste a pata hasta que la destrozaste, entonces Epifanio al enterarse de aquello se decepcionó un poquito, y tú decías “que culpita”, nunca dominaste las esquelas de ansiedad. Por eso encontraste alivio en las pepas, el floripondio, la hierba, y en el campo tu preciosa Psilocibila.

Jorge el Mono a eso de las 9 a.m., intentaba elevar su cometa de 6 puntas. Él mismo la había hecho con guadas, piola, una bolsa negra de basura y como adorno, recortó del periódico “*El Espacio*”, una figura de un hombrecillo verde, viejo, de dientes asimétricos y feo que se

intentaba desprender el cabello con las manos. Encima de él se leían éstas letras: Rompe-cocos. Si no estás mal, era la sección del crucigrama de intachable diario informativo. Si Joe, Jorge el Mono le había pegado tal recorte sobre la cometa. Eran las 10 30 a.m. y nada que el monstruo verde y negro se levantaba. Media hora más tarde, la cometa estaba emprendiendo vuelo porque el viento ya aparecía con fuerza. Por desgracia un nuevo niño pasaba por ahí, y al ver la cometa que se iba a desaparecer por la distancia, cogió un hueso o rotula de un perro muerto que estaba sobre el pasto, apuntó a Rompe-cocos y soltó el hueso hacia lo alto. El hueso perforó al hombrecillo verde y la bolsa negra, haciendo que la cometa se desplomara al piso. Jorge lloraba como si hubiera perdido al hijo más amado mientras que le gritaba madrazos al niño culpable. Tú me contaste que un estado de euforia mezclada con felicidad te involucraste de traba todo un día. Todo fue sol, cometas, césped y en la tarde, completamente solo en tu casa colocaste Alternative Rock, poniendo las canciones precisas que te opieron los sentidos y te mandaron como a un mundo diferente: Black hole Sun de Soundgarden, Adore de los Smashing Pumpkins, Under The Bridge de los Red Hot Chilli Peppers. Lindos recuerdos Joe, que se colaban en tus oídos como nuevos sonidos que te hacían viajar sin moverte, a lugares nunca vistos. La puerta delantera de tu casa estaba totalmente abierta y yo sentado en el andén riendo. El viento era perfecto en velocidad y el fondo era amarillo por los inundados rayos del sol por todos los espacios. Aún te cuestionas por qué tanta dicha en la soledad, aún te cuestionas allá en paredes blancas y solo, marica: ¿Tan feliz solo? Lo repetías: “no somos dueños de nuestras espontáneas sensaciones. No y no lo somos, nos dominan sin quererlo, nos apergollan de profundis”.

Nada era tan mágico como ese mes divino de un año que te da pereza recordar. Tú no eras el único niño feliz. Había un peladito que hizo una cometa en cruz, follada y forrada con un empaque blanco, blanco, blanco. Él con amor y paciencia, había intentado elevar su invención pero, aquel rectángulo con cola, no despegaba del césped porque los palos de aquella cometa eran muy pesados y gruesos. Aún así, él no se desanimaba al ver que todas las cometas viajaban en conjunto por la inmensidad sabia del cielo, y que miles de colores vivos flotaban bailando de alegría. En ese mes, fueron 28 días en los cuales sus intentos fueron en vano. Todas sus energías eran para ver su alba bolsa pegada al piso y él lleno de tristeza se iba de vuelta para su casa. El 29 de Agosto, la furia del viento dobló los árboles e hizo crujir las hojas secas, junto a la basura de las calles que se perdían en las alturas. El niño salió y su cometa lechosa escaló más allá de la

atmósfera misma, nunca olvidaré la risa y felicidad de aquel niño al no ver su cometa, porque estaba perdida encima del cielo que estaba nublado en su totalidad.

Ganaste mucho socializando en Endulza tu Paseo, ganaste beaucoup. Siempre las acciones buenas dominaron las malas. Daba mucha rabia y cruel tristeza saber que todo cambia y tú deberías haber estado preparado, pero nunca lo estuviste. Cuando eras niño conseguías amigos con mayor facilidad, en cambio ahora, se te dificulta beaucoup hablar por hablar. La devastación de Endulza tu Paseo comenzó con la tala de los jóvenes árboles, decapitados miserablemente. Tú y tus numerosos amigos, con los palos y ramas de los difuntos, hacían casitas, y como ratas se la pasaban en las madrigueras meditando y evadiendo los rayos de sol de verano. Luego, el cemento, la arena y los ladrillos, ahogaron el paisaje maravilloso de aquel lugar que se desapareció del mapa, destruyendo la cabaña y el césped ya no fue más. Ahora tú con indignación puedes ver las casas y los moles de muros. No hay duda que todo cambia y solamente queda el himen irrompible de los recuerdos, por eso es que los repites constantemente, pero los repites tanto que tienden a romperse.

Estabas contento escondido en los montes. Los niños bajaban como flechas por los matorrales rocosos. La escuela, tu papá, tu hermana, tu hermano, el techo, los planes, las sorpresas que nunca faltaron. Trece años tenías cuando tu hermana quedó embarazada. ¿Recuerdas el día que tu padre regañó a tu hermanita por haber llegado tarde, y ella en el espacio de la cocina de fritos de la cocina grisácea, lloraba con hondo dolor mientras se acariciaba la barriga hinchada de un nuevo prospecto de vida. Meses después se casó en una noche de color a marihuana oculta, y estrellas evidentes de matiz alcohol, y se marchó a vivir con él... Lloraste por su ausencia infinitas veces. Te sentías jodidamente solo, all alone y no te agradaba estar así. Estabas triste de alma porque no hay peor castigo que llevar como peso pesado tu contradictoria soledad, pero lo asimilaste con la cura del tiempo y estás ahora feliz por ella, que construyó su destino de la mejor manera.

La balancra maternal de su compañía se distanció. El hogar del espíritu de vida, era plagado de cáscaras solitarias bajo los veranos más hermosos. El ser humano es un animal de costumbres y por lo tanto aguanta todo tipo de insucesos inconclusos. No intentas fallidamente decir que ella es culpable por haberte dejado, tú sabes que las maricadas no son así. The things in this life pass over cuz they have to run through. En esta vida siempre pasan cosas porque tienen que pasar, así sean vainas que se salgan del poder cotidiano, o sean jugos de fuerza mayor, jugos

amargos como ajeno dentro de la cavidad de la culpabilidad. Sabes que la palabra “culpa” nunca deberá existir entre ella y tú, sabiendo que todo fluye por un río normal, que no se enmarca en un retroceso sin sentido. El universo es organizado, aunque para que haya orden, es obligatorio que haya desorden. Tú nunca te haz arrepentido de nada, de lo contrario, una condena molesta y transparente de connotaciones reformadas por el cause natural y sintético de esta vida serían monótonas en ti. Mucha gente se derrite en culpabilidad ajena y buena. El designio del inconsciente es el encargado de procesar los mordiscos de reclamos nunca llevados a cabo para satisfacer el peso liviano sumergido en la palidez de doble filo. Eres digno de rendirle cuentas a tu Dios porque su halo es abstracto, pero es tu inexactitud, la evocación de un grado mínimo de locura enraizada en tu dialéctica. ¿Estarás perdido sin protestar por lo que se despedaza en latigazos sumidos en argumentos envenenados de culpables ensordecidos? No todas las esferas volitivas de un ser son baldíos perpetuos mijo.

Ibas andando sin rumbo. La métrica existencial se fundía en la funda del desprecio hipócrita de cada capítulo sencillo. Tu padre se fue para siempre. Murió igual que el abuelo, pero en un sitio muy distinto. El corazón la patinó en tosferina. Es tan fácil escribir los bellos momentos que suceden, pero la piola de ideas se enreda cuando hay que especificar lo que nunca es deseado que acontezca. Todo lo malo se oculta. El viejo se marchó feliz al mar enigmático de la muerte. Tu padre cesó de sufrir cíclicas crisis, aunque era evidente que no tenía intenciones de morir, no las tenía pero tocaba. Las épocas llegan con el viento de matices existenciales: época de hambre, época de felicidad limitada, época de procreación, época de desesperación, época de humillar y ser humillado, época de ver llover y ver algo de luz solar, época de caer y estar de pies para ir a ningún lugar y planificar viajes por sorpresa, época de pecar todo el tiempo y pedir perdón de vez en cuando, época de sufrir y no quejarse y no vararse, época de tener en abundancia y época de perder indirectamente posesiones afectivas...

Corriendo en balde por la nada pasaban los años. Fuiste creciendo y creciendo hasta que te hiciste man, producto de tu pasado. Miguel consiguió novia y tú te aislabas de la gente sin darte cuenta de ello. Hablabas poco y el encierro lo veías con buen sentido. Los únicos compañeros eran los libros de literatura y métodos pendejos de Inglés que comprabas en las calles las pocas veces que salías. También comprabas como trofeos de oro Cassettes de rock que no te podían faltar. Te la pasabas jugando ajedrez solo: Joe contra Joe, y como no jugabas con otras personas, tu nivel era prácticamente malo, pero se incrementó al practicar aperturas y partidas

acompañado de revistas españolas. Cuando cumpliste 23 años, Miguel se casó después de un sólido noviazgo. Quedaste totalmente solo. 13 23 ¿33? Past 13, Present 23, future 33. Sólo con todos, sólo mientras que todos tus primos y hermanos emancipaban sus reinos con responsabilidad familiar y tú, te estabas dejando echar tierra de ellos, pero tú, te interesaste más en aprender lo que los libros trataban de enseñar. El amor al conocimiento, a la Biblia y al mar de obras literarias que se enredaban en tus manos, te hicieron pensar y ver el mundo de otra manera, fueron los instrumentos para no sentir huecos negros y profundos dentro del alma.

Ahora, creo que te haz mantenido a gatas profe Joe. Es más factible caer cuando se está en el método lobrego de la soledad, cuz you can't see in the dark. Un cuarto de siglo existencial recae sobre tu ser. ¿Qué se siente entonces no tener el poder de tus años anteriores? No lo sabes pro, es inexplicable. Dios es grande en tu realidad. Una tarde cualquiera, hace como un año, después que me explicaste la Passive Voice, salimos un rato a un parque nuevo, y había una representación teatral. Una mujer con un vestido plagado del más color negro, logró cautivar el ímpetu escondido y encogido de tu abandonado corazón. No disimulabas en absoluto tu interés por ella. Terminada la presentación, fuiste a atornillarle bellas palabras. Al escuchar su voz, descubriste que te adentrabas a un mundo de embates nunca antes sentidos; ni con la Psilocibila ocurría eso. Dios es grande en tu realidad. Si ella estaba tan cerca de ti, ¿por qué no la habías visto antes? Eras callado pero no ciego. Un aire de timidez se reflejó cuando escuchaste su nombre como un procedimiento de bienvenida. Su textura callada y serena fascinaba las corrientes de tu vida. Pudiste con dificultad sacarle una sonrisa al manifestarte irónica y sarcásticamente delicioso.

Esperaste con amable paciencia cinco meses para conquistarla. Tú me repetías que “cuando vos querés algo lo conseguís, así seas el más pesimista del día”. Antes de Mariana, tú estabas muriendo lentamente en vida, y ella te desenterró de la tumba ultra y figurativa en la cual tu mente caprichosa había estado inmersa. El amor mutuo iba creciendo cada instante y las discusiones por las más terribles bobadas, no lograban opacar tu diáfano sentimiento que se pegaba más fuerte, como si fueran dulces sanguijuelas de hongos pitufos.

Entonces, Miguel te dijo que fueras a donde un señor que estaba necesitando un tipo responsable y de confianza para cuidar un taller donde vendían cajas automáticas. Sin perder tiempo, fuiste y hablaste con él. Solamente le faltaba un parche en el ojo, una pata de palo y una

lora en su hombro izquierdo, para que se asemejara a un pirata o a un ranchero. Arquemiro Lara era su nombre. Le pareció un buen tipo y tú aceptaste encantado las propuestas y acuerdos, porque sólo tenías que permanecer toda la noche en aquel taller y el pago era justo, así solo era para que llegaras a dormir, pero asimismo, estando muy pendiente si alguna irregularidad se notaba. Si los ladrones entraban, tú llamabas a los cops y ellos llegaban en cinco minutos. Profe, te extrañaré, tienes que dejarte ver de nuevo, tus métodos didácticos hicieron que yo, pudiera aprender mucho más rápido. Tus atajos me hicieron ver el mundo de otra manera con tu misterio, risa, rabia, no me queda sino darte las gracias en estas cuatro paredes blancas.

JOE'S VERSION: Alcanzar un objetivo claro es la meta. Llevo mi música al taller, junto a mis libros nocturnos y una guitarra desafinada que siempre está cerca de mí, porque también me sirve de banco para apoyar mis escritos. Quiero casarme y tener hijos. He encontrado la mujer de mis sueños, así que no puedo darme el lujo de echar a perder las ilusiones que diamanta mi mente, no botándola a los sueños de los cerdos. Tristelly, el peor enemigo que se puede tener es uno mismo y la voz interior estúpida puede ser un legado de consternación. Barreras insuperables destruyen la inmensa confrontación causando la confusión más confusa del alma innata confusa con fusa. No es buena idea sentir lástima de uno mismo, no, no sería saludable. ¿Por culpa de una mala decisión es probable el suicidio? El bajonazo de la autoestima se compra con oraciones salpicantes en salada piedad contradictoria. De modo que cuando se está plenamente inconforme, es necesario seguir y no estancarse con sílabas paralizantes, porque God understands me. Muchas cosas raras han pasado ya en el deshuesadero y reparación de cajas automáticas. Particularly, yo llego a las 8 p.m., abro la puerta pequeña del portón, camino hasta el cuarto donde duermo, pero tengo que caminar como 100 metros, y veo los pedazos de carcasas llenas de aceite de motor que irradian un arco iris radioactivo. Al observar detenidamente los bancos del segundo piso, hay muchos convertidores de par podridos en polvo y de un color entre negro y plateado que me hace recordar la muerte del esposo de una tía. Ese día yo fui al cementerio y veía como los tipos que trabajaban allí, rompían los bóvedas y sacaban los ataúdes fétidos que se destortillaban al sacarlos junto a los huesos y cráneos del mismo color chamuscado de los convertidores de par. Así que al entrar al taller, parecía como si hubiera cráneos colgando. Llegaba al cuarto, prendía el bafle y escuchaba Tool o The White Stripes.

Todas las noches, un gato se la pasaba aullando carrasposally y no dejaba dormir las estructuras del techo.

Otra noche más, encerrado en ese cuarto. La música lujuriosa y aparentemente religiosa se infiltraba en mis oídos. Soplaba hierba y yo, sin llegar a mi mayoría de edad, leía a Kant. Sonidos de un grupo llamado Enigma, y en la carátula de aquel álbum, aparecía un monje en forma de cruz y más abajo una cruz de cristal. Si uno acercaba más la carátula, se podía ver algo relativo a un cráneo o una calavera. Desde que entré al taller, los cráneos me perseguían a todo lado, hasta que me los encontraba en las nubes enredadas. Estaba cansado y sentí sueño. Volví a releer letras en inglés que estaban detrás de la carátula y ellas transmitían un mensaje con una traducción repaila: “La senda del exceso nos guía a la torre de la sabiduría. El placer de satisfacer un instinto salvaje, indomesticado por el ego es incomparablemente mucho más intenso que el único de satisfacer un instinto dócil. La razón llega a ser el enemigo que nos previene de muchas posibilidades de placer. Si usted cree en la luz, es a causa de la oscuridad. Si usted cree en la felicidad, es a causa de la infelicidad. Si usted cree en Dios, entonces debe creer en el Diablo”. PADRE X-EXORCISTA, IGLESIA DE NOTRE DAME.

Vientos beodos de miedo se agrupaban en mí, cuando salía de la pieza al baño. Mientras me cepillaba los dientes, podía sentir muy tangiblemente la presencia de alguien o algo, era como una fuerza negativa y perturbadora. Desafortunadally, tenía que caminar de la pieza al baño, como unos 20 metros, aunque no era mucha la distancia. Todo en aquel taller causaba miedo. Después de verme en el espejo con cara de susto, tenía que apagar la luz. Al ir dando pasos en la espesa oscuridad, sentía claramente que algo o alguien estaba detrás de mí, y muy, muy cerca casi como sintiendo un aliento exageradally frío. La voz del interior me dictaminaba que no volteara a mirar, así que se me alteraba el pulso y los nervios recaían como un golpe siniestro en mí. Abro la puerta del cuarto, la cierro y me siento en la cama mirando la puerta ya asegurada, bien asegurada, y aún siento que ese algo o alguien está situado justamente al otro lado de la puerta y me estuviera observando. Entonces apago la música, me encierro a orar trabadísimo e intento dormir, mientras el gato chilla profundally desde sus más profundas entrañas.

La noche cae en otras noches y una renovada noche sale a flote. Estaba tan cansado que dejé la música que brotaba de la emisora y no oré a Dios, quedando sumido en sueños. A eso de las 2 a.m., una canción llamada “Nothing Else Matters” de Metallica, empezó a armonizar el cuarto con su intro cíclico de mi grave, sol, si, mi agudo, si y sol. Entonces yo soñaba que estaba en la

misma pieza donde me hallaba, y que una fuerza aborrecible me paralizaba totalmente. Dentro del sueño, era tanto el miedo y la presión que, me levanté de la cama y le di “off” a la música pero ella seguía sonando, más asustado estaba aún y sin perder tiempo, desenchufé el equipo, pero yo seguía escuchando la canción y una sensación perturbadora, como si alguien o algo me fuera a matar, y sin piedad me estuviera persiguiendo. Yo intentaba salir del sueño intentando gesticular el nombre de Dios, y yo trataba de mover el cuerpo bloqueado. Después de un instante, logré no sé como, liberarme y salí de aquella pesadilla, aunque yo estaba convencido que todavía estaba soñando. Al levantarme de la cama, apagué el pulso del ruido de la madrugada, prendí la luz y sentí un gran alivio porque esta vez la música si quedó en “off”. El corazón saltaba de un morboso e inexplicable miedo que nunca en la vida había sentido. Los pensamientos se enfrascaron en las oraciones con miedo, porque olía la presencia de un ser burlesco, asesino y peligroso que interrumpió mi sueño. Desde aquella casi alborada, me costaba mucho trabajo acostarme y dormir.

Varias veces me pasó lo mismo. Tomaba un cuartico de honguitos para alucinar un rato. Perdido en pinturas Cubistas y Surreales, no oraba en las noches y dejaba acampar la espesa música. Entonces, una fuerza repugnante de luciferismo me paralizaba, y siempre era la misma tónica de sueño con la misma situación. Al salir de una nueva y cíclica pesadilla que se tornaba monótona, una mezcla de miedo y una explosiva rabia irradiaba el panorama de mi alma. Esa atmósfera me presionaba tanto que, al orar, no me podía concentrar y tartamudeaba, o cambiaba el orden lógico de las palabras. Era como si le comunicara al Altísimo los conceptos rogativos en otro idioma, como una conversión de displicencia.

Por lo tanto, tendría que elegir una connotación salomónica: renunciar a cuidar el taller en las noches o encarar valientemente, lo que no me dejaba en paz. ¿Me voy o me quedo? Esa era la pregunta del millón de puzzles. Mariana decía que la mejor opción era alejarme. Sin embargo, tenía que llegar al fondo de todo esto. ¿Luego el taller estaría embrujado? ¿Alguien muchos años atrás murió allí y está como dicen por ahí en el limbo? Aunque la Biblia dice que los muertos duermen, ¿será algún demonio que molesta y se entromete por medio del borrachero, la hierba y la música que escucho? ¿No sería mejor que yo mismo me tragara el maldito miedo y enfrentara todo ese cuchufli de meollo? Pues tendré que seguir viendo cráneos y oler la delicia del aceite quemado y ver ese aceite de colores de arco iris aguados, sumidos en el piso sucio y polvoriento donde los órganos tripales de las cajas automáticas descansan en los bancos

desaliñados del taller, y descubrir la anomalía constante de míticas irregularidades. A veces, la curiosidad por si misma es más dominante y fuerte que el temor más grave.

Durante el día ininteligible de prospectos oscuros y feos, leía por pedazos, tocaba guitarra sin sacar ni una sola canción, luego iba a la casa de un primo apodado Riñón o Riñe, y por la tarde, paseaba con Mariana en una serie ininterrumpida de abrazos perfumados con la fragancia del parque, y relucíamos besos que al cerrar los ojos, manifestaban vida y resucitábamos conversaciones de los problemas y virtudes de los conocidos y desconocidos seres que eligen sus trazados asimétricos. Really, no podía quejarme de la vida calmada y sana que guardaba en el corazón anclado por la moral y las buenas costumbres.

Riñón, querido amigo criado entre gallinas, cangrejos y montañas imponentes de San Bernardo, un pueblo vecino al Poortown. De hecho, a la edad de 12 años comenzó a beber cerveza y aguardiente como un desgraciado. Él me estaba contando sus desventuras cuando perdía el conocimiento, y las más amplias lagunas, hondas e inquietas eran los osos peludos más ásperos que un ser humano había tenido que soportar. Al despertar al otro día con sabor a vómito, desaliento, taquicardia y un mortal dolor de cabeza, él trataba siempre de recordar sus sombrías y lujuriosas acciones que el oscuro inconsciente despierta y ordena que haga, pero que intenta de una o otra manera rebobinar con el alambre de su cómica risa.

-Hace X años atrás, -me contaba Riñe pausadamente-, estaba bebiendo toda la mañana y parte de la tarde con unos tipos que hacia rato no había visto. Fuimos a una tiendita esquinera y a medida que nos engullíamos más y más cervezas, las carcajadas resonaban como a 2 cuadras a la redonda. Después de varias horas escuchando Vallenatos de Diomedes y hablando hasta por los codos, me despedí de ellos con voz de acordeón, y tambaleando de un lado a otro, llegué a la casa, saqué las calles del bolsillo para abrir la reja, y como una hora duré en abrirla porque no podía meter la llave. Al abrir la reja, en la parte trasera, había una cajita pequeña de hierro de 30 X15 centímetros donde metían el correo y los recibos de los servicios públicos, que colgaba justo a la altura de mi cabeza que estaba pegada a las rejas. Entonces, la punta del techo de la casa de hierro blanca, se metió al lado derecho de mi frente. Un chorro de sangre delicioso y cálido descendió de la frente hasta el piso. Cerré la reja y después de otro buen rato, logré abrir la puerta que estaba untada del sudor rojo. Me dirigí a la cama y me acosté boca arriba, quedándome inconsciente en un pesado sueño. Al otro día desperté adolorido. Mi madre estaba

furiosa conmigo por el susto terrible que le metí. Dizque ella llegó y al ver sangre en la punta del techo de la casita, en las rejas, en el piso, en la puerta, en las escaleras y finalmente en la pieza, y que al verme con el rostro escondido por los glóbulos rojos, ella pensó que me había suicidado. Luego, lo más irresponsable y desastroso de eso fue, que al otro día por la tarde, seguí bebiendo con la herida del buzón al lado de un andén, con un hueco bien boleta en mi frente y se me veía el hueso craneal, en pleno sol picante, mientras que un montón de gente pasaba y me miraba fastidiosamente.

-¿Tiene otra historia que le haya pasado para contarla? –Yo le decía muerto de risa porque hablaba con una gracia irónica.

-Clarinetes, los días de vagancia fueron muy buenos. Cuando vivíamos en San Bernardo, bajé al pueblo galopando en un caballo blanco y pepas cafés que era de mi padre. Toda la tarde y parte de la noche me la pasé tomando aguardiente. No sé cómo me subí al caballo y ascendía, viendo el camino pelado, las matas y el cielo estrellado bien borroso. En una curva perdí el equilibrio y yo, como un muñeco de trapo, daba botes circularmente por la falda del descenso, mientras que las piedras raspaban la espalda. Iba a caer en el filo de un abismo de centenas de metros como a una forma de pozo, cuando sin querer agarré un cafeto pequeño para no sentir el vacío de la muerte y no lo solté. Todas mis dimensiones eran defectuosas, y con ojos imperfectos miraba hacia abajo y medía la distancia donde yo estaba con las cuartas de mi mente, hasta ver el piso que se perdía en lo enorme, como si hubiera sido invitado al perpetuo esquema flotante, como si todos los huesos se hubieran quebrado y hubiera sido espichado con el propio peso gravitorio de mi masa corporal, y junto a los gramos que pesaba mi espíritu, el acto de la muerte me hubiera arrullado. Por fortuna, el caballo solitario y sin jinete encima de su lomo llegó a la finca, y mi padre, junto a un trabajador y fiel compañero, salieron preocupados, como pepa de guama a buscar mi rastro a altas horas de la noche. Yo estaba con el vértigo de la quietud y no podía subir de lo mareado que estaba, y además los sentidos me engañaban. La luna llena me miraba con lástima, mientras que las horas pasaban y yo, congelado. Dentro de todo el contexto de amplísimas montañas imponentes y plagadas de abismos desnudos, mis oídos escucharon una cinta de cassette tragada por el equipo de sonido, la voz de mi progenitor gritando mi nombre con luces de linternas opacadas con la luz conmutada del sol. Yo replicaba que estaba a 50 centímetros de marcar calavera, y con mucho cuidado me lograron sacar del barranco más depresivo que todas las depresiones de la humanidad cuantificadas.

Después de visitar a Riñoncito, fui con pasos rápidos al taller y entré al cuarto, leí unos libros por pedacitos, tomé un sordido sorbo de Coca Cola, y el sueño daba pautas para ir a la cama, pero aún estaba sentado en un sofá teñido de formas verdes oscuras y claras, con cafecillos distintos y un fondo negro desfondado. Tan pronto como arrojé los ojos y agaché la cabeza para comunicarme con Dios, volví a sentir la presencia de algo o alguien que me miraba, como una sombra verde pálida con un color amarillo muerto que derretía la luz, y yo percibía su energía negativa que incomodaba y aguzaba. En plena oración intentaba abrir los ojos para ver qué era lo que no era, y dentro de mi pensamiento imaginario, se desplegaba como la transmisión de una imagen de infinitas mariposas negras bigotudas y con círculos en sus alas sin fondo. Me estaba desconcentrando al tratar de hablar con Dios, así que terminé de orar, abrí de lado a lado los párpados y al no ver nada anormal, me acosté en la cama, presintiendo que iba a tener pesadillas.

Efectivamente, llegaron tormentosos sueños. Primero soñé que estaba viendo mi rostro reflejado en un espejo con un fondo totalmente negro a la luz de una vela que únicamente resaltaba mis facciones. El fuego de la vela, crecía y crecía en volumen, tanto que la llama rojiza empezó a quemar toda la cara, hasta que vi mi cráneo y las depresiones huesudas donde la boca, el mentón la nariz, los ojos y las cejas, habían desaparecido en forma, dando un cambio desgraciado y horrendo. Presenciaba como el fuego consumía la piel y desnudaba los sentidos de una manera tétrica y macabra. Desperté muy asustado, aun así volví a refugiarme en candescentes sueños.

Luego, el segundo sueño, era ese tipo de pesadillas tradicionales que únicamente se manifestaban en aquel taller. Lo que me había sentido o imaginado durante la oración, volvió a atacar. Yo estando en el mismo cuarto, acostado y profundo dentro del sueño, vi mariposas negras y detrás de ellas, se intentaba vislumbrar la silueta de alguien o algo que intentaba pronunciar una serie de burlas y hondas blasfemias al Dios Vivo, creando en mí, perturbación y un creciente miedo. Desperté sudando y con la idea que ese alguien o algo me iba a cortar la respiración con arrullos infernales para paralizar, o era más bien como si unos brazos de humo me fueran a ahorcar. A medianoche, yo entraba en plegarias poco claras, mientras un gato aullaba con la agudeza cruda de su sangre descontrolada. Era bueno que la noche se perdiera y llegara la luz del día porque la luz enuncia seguridad, en cambio la oscuridad espesa se siente como interesante acompañado de gente, pero fulgurante en miedo cuando uno está sólo, bajo la

luz de las tinieblas de una hada, del misterio, de alucinaciones sinceras, de fantasmas inexistentes y cosas escondidas allá, en un rincón microscópico del esquema de la mente.

Cuando iba caminando a la casa del viejo Riñe, clarificaba una fuerte y molesta impresión latigante como una espina gigante y puntuda en el músculo trémulo del corazón. El día era maravilloso en texturas y arte irrepitible, aunque la sensación de miedo seguía flotando por los techos vencidos de espíritus que estaban perturbando por las constantes pesadillas. Dentro de ese lugar de aceite negro quemado y color negro, negro, y olor tostado por los pulpos automotores que se retuercen en fuerza y desgaste, y luego sentir el abandono porque los clientes desechan esas cajas automáticas o compran las de segunda mano y les dan nueva vida en viejos carros o camionetas sin clutch.

-Aquel dulce día en San Bernardo, -Relataba Riñón-, un gran amigo me invitó a beber aguardiente en una finca aledaña al pueblo. Todos sentaditos y él juicioso en una mesa, estaba junto a su querida novia que estaba lo más de rica, y yo al frente de ellos conversaba con interés. Fueron tantas copas de líquido transparente, que perdí el conocimiento y quién sabe donde lo encontré. Al otro día, tarde en la mañana, desperté de la cama con un terrible malestar. Entonces, pasó una semana larga y vi a mi amigo, lo saludé con euforia y limpio tono, pero vaya sorpresa cuando él no me miró ni me saludó, simplemente siguió su destino al no sé dónde. Dos meses matándome la cabeza, a ver si yo recordaba lo que pasó ese día cuando los tres bebimos. No pude aguantar más el estado de incertidumbre, así que con valor, fui a la finca de mi amigo. Él no quería hablar conmigo. Entonces sin saber cual era el motivo, la pedí disculpas y le rogué que me dijera qué había acontecido esa última vez que habíamos bebido. Con una voz de malhumorado empezó a contarme que yo, con mi mano izquierda, había agarrado descaradamente la vagina de su novia que tenía un pantalón blanco, y ellos al ver eso, intentaban asiduamente quitar la mano de allí. Fueron como 10 minutos en los cuales trataron desenterrar mis dedos en vano. Mi amigo indignado, viendo que estaba en la inmunda, me colgó del culo del caballo de mi padre que estaba todo bien, y dejó que el animal me llevara a la finca familiar. El consuelo fue que él me perdonó porque estaba yo ebrio, aunque las cosas cambiaron desde aquel día, y simplemente por haber hecho eso, y hasta el día de hoy no recuerdo el suceso defectuoso.

-¿Y usted nunca supo si a la novia de su amigo le gustó que la hubieran agarrado a las malas de allí? –Dije en son de broma a Riñe.

-No lo sé, nunca lo supe. Lo único que tengo claro y es una hipótesis negra, fue que casi le arranco el conejo de un zarpazo porque los dedos me quedaron doliendo.

-Jajajajajaja, ¡cuénteme más aventuras hombre bebedor! Fucking Beerman.

-Pos claro mano. Por culpa del trago, tuve varios problemas sexualmente hablando. Los fines de semana siempre bajaba con los trabajadores de la finca a Ibagué para beber en las cantinas escuchando rancheras y después en la oscuridad de la noche cómplice, gateábamos hasta donde las brucas o prostitutas para ser más explícito, y nos gastábamos todo el salario semanal pichando hasta el cansancio. Nos íbamos el sábado temprano y llegábamos vueltos mierda el lunes por la mañana, con tufo de grifo en la boca y tufo hormonal en el toche. El plan se repetía todos esos fines de semana inolvidables en lujuria y bañados en la dicha y ducha de alcohol durante 3 meses sin parar. El record era 10 días sin ir por allá pero esa muy difícil desprenderse, y al unísono de los pecadillos enunciados, gastábamos la plata en sucias cervezas y en divinas ramerillas. Eran los comienzos de la década de los 80's y nadie lo hacía con gorrito pa'l pelao. Una tarde hermosa se reflejaba en la natural expresión del verde vivo, bañado en el rugido de la quebrada que hacía cantar las piedras gigantescas cerca de la finca. Entré al baño a orinar, con tan mala suerte que el ducto se había tapado. Luego hacía fuerza para mear pero me ardía hasta el alma. Dos días duré así, hasta que un trabajador me preguntó que por qué mi cuarto olía a mortecino puro y además me hallaba pálido y demacrado. Entonces yo le respondí que no podía casi orinar y que me ardía mucho la punta del pájaro en cantidades alarmantes. Él me dijo que tenía que esperar hasta el otro día y que en ayunas, presionara la punta del cacao de la raíz a la punta, y si en caso de que saliera materia o pús verde, entonces tenía que irme al médico para que me aplicaran un inyección. Efectivamente hice así y materia salió del estrolin. El trabajador me dijo que bajara lo más pronto posible a una droguería en Ibagué y que me aplicara una inyección contra esa vaina. Yo estaba que berreaba del insoportable dolor. Después de varias horas, llegué sólo a la droguería, retorciéndome adolorido. Me daba pena relatar mi enfermedad, pero no me aguantaba el malestar. Entonces, con carátula de papel, dije que tenía esa vergonzosa e inmoral complicación, así que me aplicaron una inyección y todo volvió a la normalidad. La señora de la droguería decía en son indirecto, que eso pasaba por ir donde las putas y no tener una sola mujer para el acto sexual, pero en este “mundo de amores

desconfiados”, todo puede pasar y la mejor confianza para que no lo pringuen es indudablemente la abstinencia, aunque un ser como yo, no podría nunca vivir sin cancanear porque es muy rico desde todo punto de vista. Una sensación de pena y puteria al mismo tiempo se manifestaba. Yo en mis adentros decía que callaran a esa vieja H.P que me hacía sonrojar y yo le tiraba los perros. Sin embargo, ella tenía toda la razón y le cabía directo por su recto proceder. Lo más importante fue que pude orinar bien. Volví a la vida y descansé.

-¿Y volvió a esos sitios de buena muerte? –Pregunté sin sarcasmo.

-No me lo bese con esos labios tan fríos. Se me acabó la afición por eso. La única devoción que tengo ahora es por el alcohol. Mire Joe, le confieso que pasaron muchos años, pero iba de vez en cuando a descargar la pistola.

-Pero luego, ¿usted no tenía novias gran Riñoncito querido?

-Puuueeeesss claaaarooo mano. –Dijo con acento tolimense-. Tuve una negrita que duró tirando conmigo cuatro meses seguidos todas las noches, y ya en los últimos polvos, después de yo sentir el orgasmo, me daba mucha putería y era un odio desnudo y transmitible lo que yo irradiaba ante esa ninfómana hijueputa. No sé por qué carajos le cogí tanta bronca, me provocaba cogerla a pata y no verla más. Yo me hallaba muy flaco y mi rostro ya parecía una calavera. Tuve que ir al veterinario y él me dijo al chequearme que si seguía tirando tanto, era mejor alistara el ataúd. Por tanto, me proporcionó unas vitaminas y duré un buen tiempo sin rendirle culto exclusivamente al dios desgastador y adictivo del sexo.

-¿Y qué pasó con la negrita entonces? –Interrumpí secamente.

-La mandé para la mierda a esa perra H.P, que lo único que hacía era eructar toche como postre en las noches calladas.

-Tan raro Riñe, ¿y usted no sentía amor por ella?

-No mano, para nada, no había sentimientos de por medio, es por eso que le cogí fastidio y odio.

-Por eso es mejor hacer el amor estando enamorado y no hacerlo con lujuria, creo que hay una enorme brecha.

-Tiene toda la razón y le cabe derecho por su recto proceder Riñe, cuando es sólo por placer, es factible la bronca, en cambio cuando hay amor de por medio, se determina un misterioso lazo irromplible por más que se tire. Si usted lo dice es por algo, ¿sí o qué gran maestro?

-Pues sí mano Joe. Por eso un consejo que yo le doy es que no sea irresponsable en todos los aspectos de la vida... Recuerdo unas fiestas que hubo en el pueblo de San Bernardo: era trago,

baile, pólvora, música al aire libre y total regocijo. Bajé con nuestro primo Ramiro el viernes al caer la noche. En resumidas cuentas, ingerimos toda clase de tragos y chupamos cigarrillos *Piel Roja* por paquetes hasta quedarnos sin encías. Viernes en la noche, todo el sábado, todo el domingo, hasta la llegada de la noche del lunes, bebimos y fumamos, y durante esos días no comimos ni un grano de arroz. El desayuno, el almuerzo y la comida, eran puro aguardiente y de postre humo plateado. Todos los billetes y monedas que teníamos lo dejamos en las tiendas. Al ir subiendo de vuelta a la finca, en la mitad del trayecto, un ataque impresionante de sed nos agarró al mismo tiempo. Ni modo de bajar al pueblo a comprar algo sin un solo peso en la bolsa. Tanto fue el desespero por la sed aguda que nos dio que, Ramiro al ver un árbol de mangos, se colgó y empezó a chupar mango biche como si fuera un ternero ansioso por leche. A Dios gracias que estaba lloviendo esa noche y descendía una corriente de agua revuelta con barro que bajaba al lado de la carretera, y yo empecé a beber como un desesperado esa agua café clara con cunchos de rocas. No me importó que me hubiera lavado todo el cuerpo. Lo feo era que me estaba tragando las piedritas que la corriente impulsaba. Corrimos sin detenernos por los caminos secretos hasta que por fin llegamos a la finca. Entramos muertos de ansiedad a la cocina y no había nada de tomar, (marica Ley de Morphy). Solamente había un sancocho frío y no lo bebimos sin masticar los pedazos de plátano y yuca que había en la olla. Mi garganta quedó carrasposa y ardiendo como fuego.

Dejé de hablar con Rinón. Me despedí fríamente y fui a encontrarme con mi novia a eso de las 3:00 p.m. Caminamos por el parque y nos dirigimos a un sitio llamado El Campus donde la gente iba a jugar fútbol, basketball, tenis en el pavimento, a veces voleibol y a la corrida de toros que era un distrabe inhumano donde asistían bestias de todo calibre, en cuatro y dos patas. Las madres llevaban a sus niños y niñas al parquecillo diseñado para ellos, y de vez en cuando, ver distraidally la montaña y su belleza. Mariana y yo, estábamos arrunchados sobre el césped. El viento nos refrescaba con la corriente de las formas de telarañas divinas verdes y azules. En esos días, en vista de tantos sustos nocturnos, había un debate interno que desprendía las ideas cerebrales en una armonía de contradicciones respecto a Dios y al destino. Repetía muchas veces la misma pregunta: ¿todos los seres humanos podemos hacer lo que nos plazca, positiva o negativamente en la vida, o más bien, estamos subordinados por entes buenos o malos superiores a nosotros que nos dejan avanzar hacia un peldaño limitado? Algo muy dentro de mí,

me vociferaba que era una pócima inescrutable que yo intentara, con una orgía de errores, responder la pregunta.

Las nubes superficiales cubrían casi todo el empalme del cielo. Esas nubes eran líquidas y transparentes. Por un instante, de espaldas al césped y con la cara de frente al cielo, miraba las nubes. Vaya sorpresa al ver detrás de aquellas nubes, un rostro perfecto que cubría todo el espacio del cielo con su presencia. Ese rostro humano, sin ser para nada humano, me observaba y yo lo miraba sin parpadear como si fuera una vista compartida en unísono. Era un rostro que intentaba relacionar con los miles de rostros que había visto en toda mi vida; no obstante, no lo podía cotejar. Además es sabido que la mente tiende a relacionar las cosas, pero en este caso era un figura única que nunca había visto en mi existencia, era un ser misterioso que diamantaba manchas de enigmas y simetría divina. Aquel rostro duró como 2 minutos y yo al mirar a otro lado, lo perdí de vista. Todo el tiempo que estuve con Mariana, buscaba curiosamente el rostro desaparecido, mientras que ella acariciaba tiernamente mis manos. No lo hallé más y al salir del Campus, una impresión inexplicable me seducía. Minutos más tarde le conté a mi novia y le dije que iba a tener sueños con ese rostro. Acompañé a Mariana a su casa y yo me fui para el taller a dormir.

En la dimensión de los sueños, estaba yo en el Campus con Mariana y yo iba a ver el cielo, mientras que una secuencia de números: 1, 2, 3, 4, 5 y 6 aparecían accidentalmente y una voz dentro de mí, me decía que mirara hacia arriba por las líneas verticales del infinito, entonces trataba pero no trataba de observar porque si llegara a mirar fijamente, un peligro surgía. 1, 2, 3, 4, 5 y 6; el cielo; una voz de mando dentro de mí decía “no mire arriba” y un peligro latente sacudía mi tranquilidad no encontrada. El sueño se repitió tres veces y desperté muy asustado. Me senté a orar y esperé a que la calma llegara. Realmente, antes de acostarme, estaba seguro que iba a tener una pesadilla. Así que por tener tantos malos sueños empecé a gritar con rabia: “¿Quién me está molestando y por qué?” –Y silencio fue el único que protestó.

En esos días ventosos de mi mes favorito: agosto, me la pasaba hablando todo tipo de temas con mi primo Riñe. Una voz de recuerdos rompibles se enredaba en perturbaciones psíquicas. Un buen rato nos quedamos callados y yo, para relajarme un rato, uní mis manos, las pegué una con otra, y las llevé a mi boca, y un sonido como de flauta desafinada llenó la sala donde estábamos sentados y yo movía los dedos para sacar nuevos tonos.

-¿Por qué está llamando al Diablo Joe? –Preguntó Riñe alterado de orina.

-¿Cómo así? No le entiendo. Why do you say that? ¿Por qué dice eso?

-Sí Joecito, cuando usted hace esa musiquita con sus manitos, está llamando al Diablo. Créame mano, yo sé por qué se lo digo.

-Écheme una de vaqueros más bien –le dije a carcajadas soperas-, eso es puro y físico cuento. Ni usted mismo se lo cree. Ya tiró mundo mano.

-¿Puro cuento? No me lo bese con esos labios tan fríos. Eso la han dicho de generación en generación, -lo articuló con perfecta seguridad-. Lo digo por su bien. Cuídese chino.

-Insisto, no creo en esas pendejadas. Más bien, porque no me cuenta una de sus historias para sacarme del aburrimiento por un rato.

-Veo que tiene ganas de reírse. Pues voy a intentar contar una anécdota llena de gracia.

-Más le vale. –Dije como si tratara de imitar los dichos de Mariana.

-Cuando yo tenía 21 años estaba en Ibagué en la casa de una tía, y para salir del aburrimiento tan madre porque no había nada divertido o productivo por hacer, caminaba sin rumbo por las calles montañosas. Bueno, el atardecer era acogedor y grandes cantidades de mujeres salían con sus piernas sensuales como si fueran troncos en exhibición. Por lo menos yo nutría la vista en esa atmósfera de aburrimiento con ombligos al descubierto y hombros pelados que pasaban a mi lado. Cada uno de los mortales en su cuento y yo sin nada que hacer. No tenía ni un peso en el bolsillo para beberme al menos una sola cerveza. Las ganas de fumar me martirizaban porque hacía ya dos meses que no fumaba a causa de un ataque de asma que casi como que me ahorcó, esa vez, creía que iba a morir asfixiado por los 2 paquetes diarios que me mandaba con cariño angustioso. El aburrimiento se estaba transformando en desesperación. La gente bebiendo en las cantinas y al verlos chupar las botellas, me provocaba hurtarlas de sus picos y que el líquido oreo fuera solo mío. Por desdicha no podía hacer eso. Treinta y cinco grados centígrados, 4:30 p.m., y mi alma levitaba angustiada de calor en el corazón de la Ciudad Musical de Colombia, completamente solo y vaciado, hasta que por cosas del destino llegó mi salvación. Me topé con un viejo amigo que le decían “Maruja” y él me dijo que fuéramos a beber, y yo contesté que no tenía pelos en el **, que estaba pelao. El Maruja me dijo que eso no era problema porque él tenía con que responder. Comenzamos a beber cerveza como un par de terneros al lado del calor infernal y en una cantina con ventilación deficiente hasta las 11:30 p.m., (era más o menos esa hora porque todo lo veía bien, bien borroso). Me sentía realmente ebrio y eso que no**

habíamos salido aún de las garras del sereno. Yo quería irme a dormir en el ataúd de la cama, cuando el Maruja me susurró al oído que tenía una sorpresa agradable para mí. Él pagó toda la cuenta y en la oscuridad tental de la noche, me llevó a un edificio viejo y de mal aspecto. Al comienzo de la entrada, el Maruja me dijo que lo siguiera, y al penetrar más allá en aquel recinto, veía todo doble y me sentía con un ojo mirando a un lado y el otro al otro. Unos individuos de saturado aspecto metían marihuana en los túneles desagradables del edificio, en los huecos, en las esquinas interiores. Luego, entramos como a una especie de pieza con paredes color blanco hueso de osteoporosis y con manchas cafés de excremento. Daba la impresión como si muchos hubieran cagado y se hubieran limpiado el culo con los dedos y después, creyéndose artistas, sacaban el pincel de sus manos peninsulares y daban imágenes de mierda en las paredes, ¡qué porquería sentían mis ebrios sentidos! Igual, todo lo veía bien, bien borroso. En una cama sencilla, una mujer de cabellos desordenados se levantó. El Maruja sin decir nada le tocaba el trasero y al ir besándola, la despojaba de los chiros harapientos que la embolvían. Él la desnudó totalmente y yo, al ver ese cuerpo tan vacano, tan bonito, bonito, se me fue parando la guama. Veía bien, bien borroso, pero su cuerpo era muy provocativo. El Maruja se desnudó también pero él estaba tan paila, que su tote no se le erectaba, era como si las balas fueran cortadas por la cantidad de alcohol ingerido. El Maruja al verme como carpa de circo me dijo que la cogiera como papa en tenedor. Yo al ver ese cuerpito tan rico no me negué y le empecé hacer muchas cosas ricas, mientras el Maruja se frotaba la yuca como si fuera un pájaro frustrado, aún así, nada que cogía vida esa trompita paciente; en cambio mi compartimento estaba como una piedra, y hacía retorcer de placer a aquella dama que yo no sabía como se llamaba. Pasó un resto de tiempo y ella jadeaba burbujeando gritos de vino vertido en la copa del placer que caía en sus entrañas de llanos sudorosos de tanto sexo perfecto.

-¿Y a usted no le dio miedo que su amigo lo enchufara en un descuido? –Le dije serially-, uno no conoce las aberraciones enfermizas de los otros y menos borrachos.

-Tan huevón mi amor –contestó Riñe riendo-, el Maruja estaba muerto con ese cacao encogido, entonces no podía hacer nada mano. Además, él para que se le intentara parar, me dijo que me quitara de encima de ella con el objetivo de meterlo pequeño y que con el calor de la poncha peluda, el tubo creciera poco a poco. Así que después de tantos intentos fallidos, la dama le dio un empujón fuerte al Maruja y le dijo: “quite de aquí usted dormilón, y venga pa’ca enano

malparido porque con usted lo que siento es candela”. Y ella con las piernas abiertas de bienvenida se incorporó a mí, y al terminar el banquete con esa mujer, salimos a las respectivas casas a dormir.

-¿Ahí muere la historia? Que acto tan degenerado por parte de ustedes. ¿Pero que más pasó? – Dije intrigado.

-Llegué a la casa de mi tía, dormí un ratico, me desperté a la una de la tarde, me duché, vi que mi miembro estaba rojo, rojo, rojo y magullado con los trazados arrugados de la vasta fricción. Almorcé y desayuné al mismo tiempo. Mi hermano Luis llegó a la casa con un trabajador de la finca llamado Heriberto, y a la hora llegó el Maruja con cara de estar más enguayabado que un bocadillo. Luis nos propuso que saliéramos un rato a dar una vuelta por la ciudad porque el clima era agradable. Accedí en ir con ellos junto al Maruja. Llevábamos como una hora caminando bajo el sol completo en dulzura y luz tranquila; cuando de repente, de un tercer piso de un edificio todo degenerado, salió una mujer bizca con cabellos sin peinar como si fuera un traperero sucio, desaliñada y bien grasienta, con cara de loca drogada, con un solo diente que parecía un colmillo de elefante como de unos 11 centímetros de largo, con la nariz torcida, con ropas nauseabundas; y ella, al verme con el Maruja, exclamó con pulmón desnudo un grito que se escuchó hasta el más allá del cielo y del infierno tergiversado mismos: “Ese enano triple hijueputa fue el que me comió lo más de rico anoche”. Todos los que pasaban por ahí, quedaron congelados prestando atención a las desgarradoras palabras que ella pronunció ordinariamente, mientras que me señalaba con un dedo como la uña de un demonio, uña bien larga y estropeada como el error que había cometido. Hubo una paradisiaca pausa. Luego ella metió otro aullido disonante: “En cambio, a ese otro hijueputa no se le paraba la verga, hasta creo que marica será”. Se refería al Maruja, porque su mirada y su dedo apuntaban sobre él. Luis y Heriberto miraban aterrados a la loca que nos señalaba llena de excitación asquerosa. Nunca en la vida había sentido un oso tan peludo y degradante.

-¡Qué boleta marica! –Después de decir eso, duré como 5 minutos riendo, lleno de carcajadas porque lo contó con excesiva gracia y arrepentimiento.

-Joecibiris, a veces es bueno que la tierra se abriera y se tragara el espíritu entero, creo que a veces sería saludable esconderse y que nadie supiera de los actos vergonzosos, hasta uno mismo le gustaría olvidar eso en aquel momento, aunque es imposible hacerlo. Sin embargo, con el

fluido de los años, logré recordar otras cosas que ese día pasaron pero que se irán conmigo, sólo conmigo a la tumba.

-Venga, cuénteme, todo bien que yo no le cuento a nadie pedazo de Riñón.

-No puedo mano. Más bien voy a contarle otra historia. Eso fue hace como seis o siete años. Era un mes de Agosto de ABCD, cuando llegó a mi casa, una amiga muy bonita que yo respetaba mucho, porque se veía de aquellas que no habían roto un plato y ya han quebrado como cuatro vajillas. La invité a tomar ron, aprovechando que no había nadie esa noche en la casa. Nos mandamos como casi dos botellas del líquido caliente, cuando de repente, se me borró completamente la cinta. Era como si anduviera en un letargo de pura oscuridad durante horas, como si yo estuviera dentro de un espacio de sueño profundo. Al despertar con suma dificultad, veía todo como si estuviera aún dormido y sentía como los glúteos redondos y grandes de mi amiga se golpeaban contra mi estómago, creando un sonido similar a un aplauso ordinario. Nunca antes, me había despertado, siendo autor de una escena de sexo, y como siempre en el estado molesto de tanto alcohol: mi mundo era borroso y doble. Entonces observaba sus senos colgando y se mecían como enérgicos columpios. Era increíble Joe, mi mente y los sentidos estaban literalmente muertos, mientras el toche estaba activo y respondía a los deseos de ella. Por culpa del licor, ella fue mi amante durante tres años, hasta que se fue a vivir a Madrid España y me dejó solito.

-Que tal, así que ¿a usted le tocó jugar parkés solito, porque ella se marchó a otras tierras?

-No mano, hace 10 años que no hago eso, y yo si tengo con quien hacerlo, de todas formas no lo haría ni loco que estuviera, usted bien sabe que todo en este mundo cambia. Eso lo hacía cuando era joven, ahora no. Ya estoy muy viejo para esos placeres personales.

-¿Y eso por qué? Si puedo saber claro está. Cuénteme todo bien Riñoncitis.

-Bueno, pues le voy a contar mano. En el año Coma, del mes Mierda, en un caluroso día cualquiera, yo tenía unas ganas de sexo y no había con quien, entonces entré al baño del primer piso de ésta casa. Menos mal que estaba completamente solo. Comencé a masturbarme lentamente y luego fui incrementando la velocidad. Ya cuando me iba a venir, levanté mi cuerpo al máximo con la punta de los pies, y mi espalda se inclinó para atrás, y no sé como carajos perdí el equilibrio y caí en el inodoro, sintiendo que un testículo se espichaba entre la taza y el peso mismo de mi cuerpo. Un grito desgarrador de dolor casi me deja sordo. Si usted supiera que es espicharse una bola, marica es que casi me la reviento. Duré un mes en el cual medio cuerpo me

dolía insoportablemente y nunca fui al médico. En conclusión, me prometí con rabia convincente que jamás iba a volver hacer eso y hasta el momento, lo he cumplido, porque el dolor en todas sus escalas, hace que lo prohibido no resalte como algo rico.

-Entonces puedo deducir que uno de los primos más degenerados, guaches y locos es usted, ¿o me equivoco?

-Se equivoca mano Joenea, creo que cada persona tiene su límite por más borracho que esté. Por ejemplo, yo nunca tuve relaciones homosexuales o zoofílicas, eso me parece lo más detestable. En cambio Jairo Madera y Tajadas sí han hecho esas cosas.

-¿En serio Riñe huevón? Venga cuente. –Pregunté con voz natural.

-Hace más de 15 años cuando vivíamos en la finca en San Bernardo, toda la familia y los trabajadores bajaron al pueblo. Jairo Madera y yo, por la mañana nos dispusimos con juicio en hacer un delicioso almuerzo, diseñando un sancocho lo más de poderoso. Eran las 10 y cuarto en la mañana, cuando Jairo me dijo: “ya vengo, voy a ir allí”. No le puse casi cuidado porque estaba yo concentrado pelando yuca. Pasaron como unos 50 minutos y yo me preguntaba dónde carajos se había metido Jairo, porque lo necesitaba para que pelara los plátanos verdes. Entonces, lo empecé a buscar por toda la finca, por los alrededores y nada que lo hallaba. Solo me faltaba la cochera de marranos que quedaba en la parte de atrás. Al mirar abajo en la cochera, vaya sorpresa al ver a Jairo Madera copulando con la marrana más grande que había. Él estaba que se desplomaba de emoción, y yo veía como se le retorcían a él los ojos por las sensaciones que estaba explorando su cuerpo degenerado y muy sucio, y además, su pájaro se le desmayaba y tenía que estar concentrado totalmente para que le funcionara. Me dio mucho asco y más bien, volví a la cocina y empecé a pelar yo mismo los plátanos verdes. Jairo Madera regresó con cara de felicidad como si aquella porquería hubiera renovado su conciencia. Entonces le dije con fastidio: “¿dónde estaba usted mano?”, a lo cual replicó: “pues dando una vuelta”. Así que él, sin lavarse las manos me preguntó: “¿Le ayudo a pelar los plátanos verdes, o le ayudo a fritar la carne?”

-¿Y usted qué le contestó? –Le dije riendo.

-Que no me lo besara con esos labios tan fríos. Yo hice todo el almuerzo y, a Jairo Madera no le dejé tocar ni una sola cuchara, yo le serví el sancocho junto con el seco guisado, y por culpa de él, se me dañaron las ganas de comer, sabiendo que lo más contradictorio de todo, fue que el

almuerzo quedó muy rico, pero al recordar la escena que vi en la cochera se me durmió el apetito.

A medianoche, estaba en el cuarto del taller, sentado en el piso y con una dulce taquicardia. El mismo gato de siempre no me dejaba dormir. Hierba, un cuarto de pocillo líquido de floripondio y vino eran mi cena. Me provocaba desprenderme del interior y alejar al molesto felino con baldes de agua, pero me daba miedo salir, no por temor de los mortales sino de los demonios imaginativos que me la pasaba construyendo. Estaba completamente solo, bebiendo una botella de vino para relajarme porque la presencia de ese alguien o algo era evidente. Al rato, la botella quedó vacía y el alcohol me hacía sentir más seguro y relajado, relajado. Un ataque de risa sin razón aparecía en la figura de mis labios desolados. Apague la música y la luz. La oscuridad ya no me preocupaba. La flauta de mis manos empezó a sonar, y tan pronto como el ruido acampó en mis manos unidas y sopladas por mi aliento de cuchilla de mi boca, el gato dejó de aullar. Cinco minutos y yo soplaba y soplaba. Luego, dejé de hacer la melodía que me había inventado y el gato volvió a gritar. Me estaba comenzando a asustar. Así que cogí la guitarra y hacía sonar la sexta cuerda: un re grave, porque, de hecho, era mi sonido favorito, y además que esa nota, así tuviera un color oscuro, producía mucha calma a mis oídos. Con una total rareza, la cuerda de la nota re sonaba en varias velocidades. Finalmente me quedé dormido en el sofá con el instrumento colgando. Entonces un nuevo sueño marcó una pauta clave para romper los límites autónomos entre la realidad y el más allá. La mayoría de sueños, siempre eran en el mismo sitio en que me hallaba. Dizque yo estaba en el taller y que todos los convertidores de par decían al aire libre: “Die Eier von Satan. Tool sounds. Hear the song and play it at your guitar. If you do that, you’ll be able to talk with me. Don’t be afraid. Just do it and you’ll find out what you have always wanted to”. (Los huevos de Satán. Herramienta de sonidos. Escucha la canción e imítala en tu guitarra. Si haces esto, podrás hablar conmigo. No tengas miedo, solo hazlo y descubrirás lo que siempre has querido)...

¿Recuerdas querido primo Wilmer, tú y tu curiosidad por tomar floripondio? Aquellos tiempos en los que tú eras un metalero que no le tenías miedo a nada y me decías: “Joe, ¿dónde está la mata y no la tomamos?”, y yo te contestaba que el viaje que producía esa mata y las pepas verdes, no podía ser canalizado y uno tendía a volverse loco y tú no me creíste, la bebiste con 6 metachos más y junto a Herniada. Íban montaña arriba cuando todos se perdieron y regresaron

al otro día a mi casa: sin ropa, sin camping, sin las guitarras, sin botas, sin camisa y tú me preguntabas si los demás habían vuelto. Durante toda la semana había pequeños capítulos de alucinación en ti. Cuando ibas a pagar el recibo del agua, con una fila de gente interminable, tú creías que tenías un *Bon Yurt* en las manos y tú con una cucharita lo consumías. Cuando volviste en sí, el gentío tenía pegadas las vistas en ti, y tú al darte cuenta que no tenías nada en las manos, tratabas sin éxito de controlar la situación, te pusiste rojo como un tomate y al sentir la energía bulezca de la gente te fuiste muerto de pena. Aunque eso no fue nada comparado a la mañana en la que te levantaste, te despojaste del pijama, y en calzoncillos de dirijiste al baño a darte un buen duchazo. Con los dedos de tu mano derecha, cogiste la llave para abrir la regadera e intentaste dar un grito ensordecedor al darte cuenta que lo que caía del chorro, no era agua, sino finos pedazos de vidrio que intentaban rasgar tu piel. Después de literales 4 horas regresaste en sí, y mi tía golpeaba fuertemente la puerta del baño pensando que te había pasado algo y tú le gritabas con rabia que no fastidiara, que estabas bien. Sí Wilmer, el tiempo transcurría diferente cuando te tomabas esa pócima y el efecto podía durar semanas, meses, años, toda la vida si no sales del viaje. Los lapsos de tiempo eran abruptos. Tú me lo contaste asombrado. Eran las 11:30 a.m., cuando tú, encerrado en tu cuarto se te dio por mirar por la rendija de la chapa de la puerta. Volviste en sí y no eran las 11:30 a.m., no señor, observaste detenidamente el reloj y ¡eran las 4:30 p.m.! “Marica, ¿y yo que hice en 5 horas?” te cuestionabas tú mismo en voz alta, y la noción de los minutos se derretían en lagunas llenas de olvido. Pero insisto, lo anterior relatado no fue nada con lo que te sucedió aquella tarde en el Baby Shower de Mauren, nuestra prima. Toda nuestra familia estaba presente allí, y tú miraste hacia un lado y tu mirada se perdió en la escalera en espiral que conectaba al segundo piso. Caían gotas de agua, luego chorritos, chorros, más y más agua bajaba de las escaleras, cuando viste un pez gigante que de escalón en escalón desprendía sus escamas y era más grande que una persona, pegaste el grito más grotesco del mundo, y el miedo te drenaba. “¡Sáquen ese pez porque me va a lastimar! ¡Aléjenlo por favor!” Quitaron el merengue que estaba sonando. Tú de pies, mientras todos los tíos y tías no salían de su asombro. Todos callados mientras tú te enroscabas en el sofá, cubriéndolo tu rostro con las rodillas y las manos, todos callados y tú temblando en tu soledad. Te tiraste la fiesta pero vale bola. Sentí catarsis en aquel momento, sabiendo que a mí también me pasaba la misma vaina, por eso me alejaba mucho de la gente. De

hecho, a Mariana tuve que decirle que sufría de delirios, porque ella si me ha visto realmente en la inmunda.

... Desperté con los labios entre abiertos y mirando al techo como si fueran las órbitas fuera de foco de un muerto. Era ya de madrugada, como las 2:30 de un sábado. Tenía la canción del sueño en un CD y me daba curiosidad escucharla. Aunque no conocía las notas para tocarla en guitarra de “Die Eier von Satan”, debía buscarla por la Internet y ese mismo sábado por la noche la empezaría a tocar. Después de aquel sueño explícito, no pude dormir más porque me moría por saber el significado de la canción semejante a un rito todo raro al fin de cuentas.

A las 9:15 a.m., estaba esperando a que abrieran un Café Internet, ya que no había red en el taller. El corazón me golpeaba con fuerza. No debía dejarme ganar por la ansiedad. De pronto era pura paranoia mía y estaba buscando algo o alguien, o tal vez necesitaba cierto tipo de afecto, o a lo mejor, indagaba una frazada que calentara el alma ante los ciclos de la soledad.

Esperé un rato más. Las manos me sudaban en álgidas conjeturas. No comprendo porque algunos seres humanos como nosotros somos tan curiosos y ansiosos al inventar llaves para abrir puertas sin perillas. Si los secretos no existieran, las personas serían hojas de papel sin letras. Después de una hora para que pusieran en funcionamiento los computadores con red, dentro de mí, pensaba que me estaba volviendo loco, o que estaba procesando ideales sin sentido y que mi tiempo se dilataba, haciendo masturbar mi cabeza con destellos de un abrigo irreal. Sentado frente al computador, los nervios trancaban la agilidad de mis dedos que se metieron a buscar las letras de “Die Eier von Satan”. En 30 segundos ya tenía la letra:

DIE EIER VON SATAN

Eine halbe Tasse Staubzucker

Ein Viertel Teelöffel Salz

Eine Messerspitze türkisches Haschisch

Ein halbes Pfund Butter

Ein Teelöffel Vanillenzucker

Ein halbes Pfund Mehl

Einhundertfünfzig Gramm gemahlene Nüsse

Ein wenig extra Staubzucker

...und keine Eier

In eine Schüssel geben

Butter einrühren

Gemahlene Nüsse zugeben und

Den Teig verkneten

Augenballgroße Stücke vom Teig formen

Im Staubzucker wälzen und

Sagt die Zauberwörter

Simsalbimbamba Saladu Saladim

Auf ein gefettetes Backblech legen und

Bei zweihundert Grad für fünfzehn Minuten backen und

KEINE EIER

Bei zweihundert Grad für fünfzehn Minuten backen und

Keine Eier...

Busqué, en varias páginas web de Tool en español, para descifrar la traducción y esto fue lo que encontré:

LOS HUEVOS DE SATÁN

Media taza de azúcar en polvo

Una cucharilla de té de sal

Una pizca de hachís turco

Media libra de mantequilla

Una cucharilla de té de azúcar de vainilla

Media libra* de harina, 150 gramos de nueces molidas

Un poco más de azúcar en polvo... y sin huevos

**Colócalo en un bol, añade mantequilla,
añade las nueces molidas
y amasa la pasta formando piezas en forma de ojo
y di las Palabras Mágicas:**

“Sim sala bim bamba sala do saladim”

Colócalo en una tartera engrasada y ponlo al horno a 200 grados 15 minutos...

Y SIN HUEVOS. Ponlo al horno a 200 grados 15 minutos...y sin huevos.

***(una libra = 230 gramos aprox.)**

Vaya sorpresa, era una receta, y creo que esa sazón quería transmitir algo. Por último, busqué la tablatura en guitarra de la receta, y anonadado quedé al ver la nota que utilizaban en la canción:

intro (palm muted)

```
E|-----||
B|-----||
G|-----||
D|-----||
A|-----||
D|-o-o-o-// o-o-----//
```

Tocada en el bajo era la misma nota:

Play this eight times

```
G-----
D-----
A-----
D-o-o-o-----o-o-
```

Solamente se utilizaba un D, un Re en la sexta cuerda. Mi nota favorita en guitarra y bajo. Un tono abajo del Mi estándar. Quedé sin energía, y un perverso miedo flotaba en mi trancado aliento. Cerré las ventanas del computador y con pasos desaliñados, trémulos y desalentados, me dirigí hacia la casa de mi primo Riñón.

-Hola Mano, ¿Por qué usted parece un muerto de pies? –Dijo al verme.

-¿Yo? Para nada Riñera, yo estoy lo más de bien.

-Pues las ojeras que cubren toda su cara y la joroba tan enrollada que lleva, dicen lo contrario Joerona, jejejejejeje.

-¿Usted cree que el Diablo existe? –Pregunté seriamente.

-¿A qué se debe esa pregunta? ¿Luego lo han asustado o algo así?

-No, nada que ver, solo pregunto por curiosidad.

-Si fuera por porcentaje que se midieran las posibilidades, diría que creo tan solo en un 5 %. Cuando usted cree en algo, por más absurdo que sea, se manifiesta directa o indirectamente. Si usted no cree en nada, sentirá paz toda la vida pero no saciará la curiosidad. Si usted alimenta el organismo vivo de la paranoia, sus propios pensamientos lo acostarán en la tumba, a veces creo sin creer, es algo raro.

-No me haga caso. Estoy así porque no pude dormir plácidamente y por eso tengo el ánimo caído. Cuénteme una de sus historias para hacerme reír. Tranquilo que luego dormiré bien y tendré otra cara.

-Listo Joe pendejo. Recuerdo las fiestas paganas de fin de año hace 10.000 días aproximadamente aquí en la ciudad. La noche relucía con el canto eufórico de la imaginación redundante en vigor. Me sentía el rey del mundo garociándome las migajas líquidas de cinco marcas de vino, ron, vodka, aguardiente, cerveza, tequila, whisky, junto a carne asada, aguacate, papas saladas, gaseosa y todo lo que recibí sin saber que era. A eso de la 1:00 a.m., (Es como si tuviera un reloj orgánico), me empecé a alejar de la gente de alrededor, y me dirigí al lado del río que quedaba tan cerca de la casa, me recosté boca arriba a mirar la luna llena sobre el pasto mojado, y no sentía frío al tener una chaqueta negra de cuero. Yo estaba tan perdido por la cantidad de alcohol ingerido que se aceleraba por mis venas que, veía dos lunas al frente mío, y por más que intentaba ver solo una, no podía, y lo más tenaz aún fue que, me puse a creer que la ley de la gravedad se perdía de la tierra y de mi cuerpo, y una atracción al cielo me erizaba todo porque me imaginaba que iba a caer en el pozo del cielo por medio de la succión impecable de las lunas lunáticas y que me iba a perder para siempre. Hasta ahí recuerdo porque perdí muy fácilmente la conciencia. Fue hasta el otro día que supe quién era yo realmente. Mis hermanos se burlaban de mí y decían sarcásticamente: “¿Se acuerda de algo que hizo anoche?”. Sin embargo, mi mente no hallaba respuestas. Como para ser un poquito predecible, creo que

hice el ridículo, porque todos me veían y se reían a carcajadas. Es más, decían algo como: “¡la tengo viva, la tengo viva!”. En el contexto vespertino de un cuerpo más saludable e hidratado, salí a dar una vuelta por el barrio para desaburrirme un rato. Vi a mis vecinos y los saludé cordialmente, y el eco llegó a mis oídos con unas voces risueñas. Hablé con ellos un rato y les dije que si la habían pasado “todo bien” la noche anterior. Ellos replicaron que estuvieron contentos al lado del regocijo del amanecer. Después de varias horas andando, volví a casa, me arrojé en mi cuarto y después, mis hermanos me rodearon y contaron lo que en realidad había acontecido: “Los vecinos de la casa de al lado, nos invitaron a bailar, y nosotros lo llamamos a usted, pero creíamos que estaba dormido. Cayó la madrugada, y todos estábamos bailando lo más de rico, hasta que usted llegó con un pedazo de pizza gigante que le escurría en la chaqueta de cuero negra, eso parecía como si usted hubiera vomitado una rata picada y lo más gracioso de todo, fue que usted con cara de duende demente, pronunció una palabras delirantes que casi nos dejaron sordos: ”La tengo viva, la tengo viva”. Nosotros a decir verdad, no sabíamos que hacer, aunque en menos de nada y sin tocar la pizza que usted tiernamente había amasado en el estómago, lo entramos a la casa. –Dijeron ellos e hicieron una pausa.

-Bueno, pero ¿qué más pasó? –Le dije a Riñón con tono desafinado.

-Pues nada más mano. Veo que está usted lo más de raro Joenena.

-No me haga caso Riñonea. Gradualmente se me quitará esta alteración molesta que me agobia. Venga, cuente algo más de Jairo Madera. –Trataba de cambiar el tema para no hablar de pócimas.

-Jajajaja. Está bien mano. En los tiempos en los que Jairo era celador, él tenía que cuidar un conjunto de casas que descansaban al aire libre durante toda la noche, así que debía estar muy alerta como un búho para que los ladrones no hicieran de las suyas. Bajo el frío insoportable y penetrante de la madrugada, el celador estaba en su caseta personal. Eran como las 3:00 a.m, cuando de la nada apareció “una mujer” muy, muy bonita. Jairo al verla, le dijo morbosa y ordinariamente: “mamacita”. Tan pronto como él dijo eso, “la mujer” dio media vuelta, y dirigiéndose a él, le desabrochó la cremallera y se pegó a chupar con lujuria el pájaro. Jairo Madera, sumamente contento, se le retorcían los ojos como si fuera un bizco por las sensaciones ricas que irradiaba, (creo que era similar al caso de la marrana). Jairo suspiraba con fuerza y mandó una de sus manos a la mitad de las piernas de “ella”, y que sorpresa tan grande, al darse cuenta, que lo que tocaba no era lo que él presupuestaba, sino un morro o joto muy anormal. Él

sudó petróleo. Dizque aquella mujer con genes de ternero hambriento, se tragó todo su esquema lácteo, y que ordeñada tan madre le metieron. Ya al nacer el día, yo pasaba casualmente por ahí y Jairo madera me llamó, y con mirada de imbécil y una voz como entre bobo, idiota e ignorancia cruda, me dijo: “Marica, marica, me violaron, me violaron”. Y yo le dije concentrado: “¿qué pasó, qué pasó?”. Entonces él me logró contar todo con lujo de detalles.

-Creo que solamente a Jairo le ocurren esos videos, –dije muerto de risa-, veo que usted no ha caído tan bajo en comparación con él.

-Sin embargo, nuestro primo Tajadas tuvo un oso muy tangible. Dizque una vez lo pillaron comiéndose una burrita la más de bonita al lado de la carretera a eso del mediodía, y un Jeep cundido de gente presenció el acto zoofílico, mientras que a Tajadas se le retorcían las órbitas de los ojos por el placer consecuente al explorar la chupadera del animal de monte.

-Tenaz. Me imagino el oso tan grande de nuestro primo y la reacción de la gente. ¿Qué pensarían al ver eso? –Dije entre risa y asco al mismo tiempo-, a veces trato de encontrar algo más acorde a los antecedentes de cada uno, porque somos tan distintos al inferir las cosas. Pueda que haya personas que aprueben esos actos como un prospecto normal, pero en mi caso es una cochinado. Más bien, cuéntame otra historia de su autoría y cerremos el libro.

-Espere recuerdo. Déjeme pensar. Creo que una vez, yo iba con una tracalada de gente en el Jeep que rodaba por las curvas empolvadas de carreteras secas, cuando de soslayo vimos un individuo tirado en el piso justo debajo de un caballo manchado de pepas blancas, negras y cafés, y la silla de la bestia apuntaba hacia abajo, al contrario del lomo, y el tipo no se podía levantar de lo ebrio que estaba. Todos nosotros al observar detenidamente eso, no podíamos más de la risa, y al ver como el borracho intentaba coger la silla al revés, mientras el caballo pensaba que su compañero estaba en la inmunda, nos reíamos sin contenernos. Así que el animal pudo haber orinado o defecado al tipo, y éste ni cuenta se hubiera dado. Lo más gracioso de todo es que a mí me pasó lo mismo varias veces, y me trato de no imaginar cuantos Jeeps pasaban cargados de gente riendo al verme haciendo el ridículo más protuberante.

-No, usted definitivamente es el rey del ridículo, deberían contratarlo en un circo.

-No crea mano Joe. Ahora ya no tomo tanto y las cosas han cambiado en gran manera. Más bien, cuénteme usted una historia graciosa, porque creo que yo no soy el único payaso de este mundo, además si otros no hacen esas cosas, ¿quién nos haría reír?

-Listones Riñe-nenecito. Esta historia fue en un establecimiento donde vendían empanadas y avena helada. Una vez yo estaba hablando con el dueño de la tienda y él me empezó a contar que en una de las mesas, estaba una señora muy preciosa con su hija, por cierto más bella que su madre y la suya. En otra mesa había unas muchachas hablando en voz alta, con rostros de alegría, tal vez estaban hablando de tipos, mientras bebían gaseosas despreocupadamente. Al ratito, llegó un señor bien, bien borracho y entró a la tienda. Él era alto, grueso y con bigotes bien repoblados, y le solicitó al tendero el grande favor de prestarle el baño que estaba al fondo a la derecha, y él accedió sin problemas. Cuando de repente, un grito medio escalofriante y bien ordinario, retazado a pulmón abierto salió del interior del baño, y el mensaje flotó y se infiltró en las orejas parabólicas de todos los presentes, el mensaje era muy poético, decía así: “Huy jueputa, se me atascó la verga en la cremallera”. Asombrados, todos los presentes escucharon aquella vulgaridad y quedaron helados, mojados en consternación. El borraho dio las gracias, le hechó un par de buenos piropos a las chicas, y con pasos de no reconocer nada acerca de sí mismo, se perdió quién sabe dónde.

-Que tal Joecibiris-titis, lástima no haber estado allí para reír un rato. Voy a contar lo que sucedió hace como 8 años, cuando fui a la finca de nuestro tío, y allí estaba una gallada amplia. Llegué el día viernes por la noche, y todos los presentes bebían con acalorada sed. El tío Juan y el primo Gustavo, junto a mi persona, engullíamos trago sin parar ese viernes, el sábado, el domingo, y el lunes por la mañana. Todo el licor se había acabado, así que aportamos nuestro poco dinero que quedaba e hicimos vaca para una botella de aguardiente. Desde el viernes no habíamos comido nada, solamente tinto, y Gustavo y mi tío fumaban más que puta en indagatorio. Tan pronto le secamos a besos sedientos la botella, y sin una sola gota dentro de ella, me despedí de las pocas personas que había en la finca, y junto al tío, descendimos de la finca hasta el pueblo a pie, y luego cogimos un bus que nos llevara hasta la ciudad. Pasaba un autobús y con el dedo lo detuvimos. El tío se hizo en uno de los puestos de adelante al lado de un señor añejo y yo me hice al lado de una muchacha que estaba lo más de buena. Todo parecía transcurrir normal, hasta que la mente le ordenó a mis brazos y pies que se movieran, pero ellos no obedecían mis estímulos. Comencé a sudar petróleo y el pánico acampó en mí. Yo estaba paralizado, e intentaba moverme pero no podía hacerlo. Duré como diez minutos así, y la muchacha que estaba al lado mío, al ver mi cara de miedo y juagada en sudor me dijo: “¿Se siente bien señor? A lo cual repliqué: “No estoy bien y no puedo mover mi cuerpo, por favor

ayúdeme”. Ella se levantó del asiento, y lentamente empezó a mover mis brazos y piernas como si fueran un amortiguador, hasta que mi cuerpo despertó y logré moverme de nuevo. Di mil gracias a la muchacha y ella volvió a su asiento, mientras un tipo se desplazó hacia mí y me preguntó: “¿Ese tipo que va adelante es familiar suyo? Yo del susto tan aborrecible, no me había percatado que el autobús estaba detenido. Entonces con dificultad de movimiento, salí a mirar que ocurría. Al tío le dio como una especie de infarto, y él estaba tendido boca arriba, y lo intentaban resucitar al presionar el pecho con la rodilla de un desconocido voluntario que lo logró salvar, y como aquel que despierta de un sueño profundo, él regresó al mundo de los vivos, lo sentaron con cuidado y emprendimos la ruta otra vez. Días después me enteré que Gustavo casi se muere, porque la tensión arterial se le subió un resto, y dizque la distancia del pecho hasta los pies de él era blanco como una nube, y del pecho hasta la cabeza era morado como una uva. Mi tía Flor, al ver a su hijo así, no sabía que hacer. Menos mal que recobró su color de cuerpo y rostro original con infusiones de agua de hierbas. Yo creo que esa última botella de aguardiente estaba adulterada, porque nosotros estábamos lo más de bien antes de tomarla. Qué irresponsable es uno mismo, era factible haber quedado ciego o haber perdido la vida por una pinche botella.

“O la del tío Semen, que salió de la finca y se encontró con una campechanita morenita, y ella le propuso que se vieran al otro día para cancanear. El tío al otro día sacó su hacha y fue a la cita, y encontró a la chica acurrucada, revestida con un vestido de bordes largos que descansaban circularmente sobre el piso. Él, ya estaba preparado para lo que fuera en tan solitario lugar. Cuando ella, se puso de pies, el tío Semen en vez de ver tan apremiante belleza, vio otra cosa: un bollo de excremento que le salía vapor hacia arriba, recién puesto por ella. Entonces la morenita invitó al tío a que se acercara, pero él hizo caso omiso, y con actitud de asco se marchó”.

Cayó la tarde y después de hablar un par de horas con Riñetitis, me despedí y salí afanosamente a verme con Mariana. Honradamente, no quería que los segundos se absorbieran tan rápido como un suspiro. Mi novia se veía exquisita al paladar de formas evocadas en el aroma bicéfalo del latido benévolo de todas las áreas de la producción de conocimiento. Su delicadeza era el equilibrio perfecto para apaciguar mis reflejos intelectuales ordinarios. Necesitaba colocar mi cabeza sobre su pecho, y que sus manos me tocaran para domar la ansiedad intermitente que no se separaba de mí. Su silueta delgada colgaba, sostenida en mis lánguidas piernas, y una banca del parque rural, soportaba el peso de nuestro cristalino amor.

-Te noto raro divino Joe, ¿qué tienes? –Dijo Mariana con fuerte voz.

-No sé que tengo. De pronto la enfermedad con sus sorpresas me va a debilitar. –Dije tratando de no hablar acerca de mi preocupación.

-Pero tu semblante denota que es una perturbación de espíritu lo que te tiene así. ¿O, tal vez esté yo equivocada?

-Puede ser eso. Sabes que Mariana, de pronto me voy a enloquecer por una simple pendejada.

-Cuéntame. Tú sabes que siempre estaré dispuesta a ayudarte. Es que tu cara me irradia gestos entre algo de temor y curiosidad.

-¿Así de paila estoy Mary Ana? Mira, como te había contado, todas las noches me están asustando en el taller, y en la madrugada de hoy, soñé con una canción, con la que tal vez yo pueda revivir a alguien, como a una especie de demonio que yo no sé si lo busco o él me persigue a mí.

-Mi amor, ni se te ocurra hacer eso. –Me dio un abrazo con expresión de incredulidad-. Las personas que se adentran en el mal, les cuesta mucho salir de él. A lo mejor, lo que estás haciendo es cotejar la realidad con la imaginación, o quieres seguir el dictamen de lo que los sueños quieran trazar en la voz del misterio. Los romanos no creían en el poder de los sueños Joe. Es decir, vas contra la corriente de las cosas, porque cuando a alguien le pasa algo grave en la vida, o es marcado por una impresión fuerte, lo más factible, es que al tener un sueño parecido, está reflejando la cotidianidad a través de una especie de dejabú reverso, que primero atraviesa la realidad, y luego es copiado en el mundo de los sueños. Así que es repetición con elementos distintos entre el despertar y el dormir, con recapitulaciones no deseadas. O de pronto es que tienes fuertes preocupaciones en la vida y tratas de resolverlas en los sueños.

-Es que no sé qué hacer. –Dije ahogado-, a veces los peligros más ásperos son confirmados, aunque a uno mismo no le interesa eso.

-Anton-pitupitupitu, te voy a contar una historia que la gente asimila como verídica, –sus pupilas grandes y féminas se dilataron-. Un tipo hizo un pacto con el Diablo. Según me contaron mis padres, aquel señor subió a una montaña alta, solitaria y tapizada con el insoportable frío de la medianoche. Aunque horas antes de llegar la medianoche, el señor tenía que agarrar un gato negro, y él con fuerza tenía que apretar al felino, para ser inmerso vivo al calor del líquido hasta que éste estuviera muerto. Después de eso, el gato debía ser cocinado y sancochado

durante un resto de tiempo hasta que se le vieran los huesos pelados. Luego, el encargado de hacer el pacto, tenía que colocar 6 cruces a 200 metros de distancia sobre los caminos depresivos de la montaña. Consecuentemente, al llegar la medianoche, el tipo hacía una fogata amplia, sacaba un espejo pequeño y reflejaba sus ojos en él, para ver el rostro al revés del Diablo. Entonces el humano se agachaba a coger un hueso con su mano izquierda, mientras que con la derecha sostenía el espejito. El señor con voz segura y consistente decía: “¿Es este?” Una voz profunda y muy bella, detrás de él replicaba: “No”, y cada vez que el “no” flotaba con voz de fumador aficionado, el tipo tenía que botar el hueso por encima de su hombro, así que él se agachaba de nuevo, cogía otro hueso y seguía sacando y sacando la maqueta del gato, hasta esperar una voz afirmativa como respuesta. Después de varios intentos fallidos, y tantas negativas sucesivas, el tipo dice: “¿Es este?”, y al escuchar una réplica grave de ultratumba decir “Si”, el tipo veía el rostro atractivo del Diablo, y el humano botaba el espejo a la fogata, y sosteniendo el último hueso sin soltarlo, se desparrama el tipo a correr con todas sus fuerzas, como si fuera el impulso de una catarata descendiendo desde lo más alto, yendo a la primera cruz, luego a la segunda, luego a la tercera, luego a la cuarta y luego la quinta y finalmente a la sexta. Supuestamente el Diablo perseguía al individuo que corría como gacela, y dizque si él lo llegaba coger, esa alma humana pertenecería de una vez, a los cabos malignos del ángel rebelde para siempre.

-Pero, ¿al fin el Diablo lo atrapó en ese momento? –Dije interesado.

-Sabes que no. El tipo llegó hasta la sexta cruz ileso, con el hueso elegido. Desde esa noche, el señor del pacto guardó su trofeo gatuno, y las riquezas excesivas ante él se desplegaron, y de ser un humilde trabajador, llegó a tener un irrefutable poder prolongado. Decenas y decenas de fincas, casas, apartamentos, carros, negocios, mares de terrenos, las mujeres más divinas, ríos de alcohol, y todo lo que apetecía su pensamiento era concedido sin gota de esfuerzo y trabajo. Apenas cumplía 25 años cuando un imperio gratuito era construido y dado a sus pies. Me refería con la palabra “señor” a él, porque tenía abundante barba que le ocultaba el rostro, y porque ya era casado. Sin embargo, pasaron 40 años en los cuales el derroche y los excesos formaban parte de sus excentricidades. No obstante, a sus 65 años, él cambió abruptamente y, compraba mercados, ropa, toda suerte de bienes, y un resto de cosas para los pobres. A sus familiares y amigos cercanos, siempre les decía que pagaran misas por él, porque sentía el aliento de la muerte en la nuca. “Oren por mí, por favor, por favor, oren por mí, porque tengo que ser salvo”.

El tipo ya viejo, tenía un perro grande y negro que amaba mucho. Tanto era el afecto y cariño que le tenía a aquel canino que, le mandó a colocar dientes de oro de 24 quilates para que el amarillo brillante y el negro de su pelo se mezclaran en fidelidad y poder. El señor, ya desesperado, no podía dormir y sentía que el Diablo se lo quería llevar y asir desde la raíz misma del alma, y él ya no tenía espíritu para sentirse salvado, por más que le dijera a todo el mundo que oraran por él a cambio de dinero. Una sucesión de misas por su bienestar fueron en vano. El tipo murió y fue enterrado detrás de la casa lujosa e inmensa que tenía, aunque esa casa se desplomó con el pasar de algunos años y no quedó nada de ella. A los pocos días el perro de dientes de oro murió también, yéndose detrás de su amo por el túnel oscuro de la muerte, pero fue enterrado lejos de él. Los hijos del difunto heredaron toda la densa fortuna de su padre, que los instó a ser dadivosos y altruistas para con los pobres, para con las prostitutas arruinadas por una vida disoluta, para con los indigentes sumidos en los demonios de la soledad, y a todos aquellos desgraciados que no han estimado los ojos brillantes del amanecer del bien, sino que se impulsaron por las fuentes que la naturaleza imperfecta que han desenvainado acordes de placeres viciosos, que el denuedo del mal logra enceguecer y atrapar. Dicen las formas polifónicas, que el perro de dientes de oro fue enterrado en un peladero erosionado, y dizque los ladrones intentaron desenterrarlo varias veces para arrancarle el hocico. Sin embargo, una fuerza negativa e invisible, alejaba a aquellos que tenían malas intenciones. Apenas pasó un día, y en la superficie donde el animal dorado yacía, la arena llegó a ser tierra fértil y relucieron las rosas más rojas que carne jugosa en sangre, frotando con su delicia perfumada, y en los tallos de espinas, no dejaban que la gente las desprendiera hasta que pasaron un par de décadas más. Entonces, guillotinaron a machetazos netos esas carnales rosas y construyeron justamente debajo del esqueleto del perro de dientes de oro, un altar de la Virgen María con el niño Jesús colgado en sus brazos, ambas figuras, bien cimentadas, eran blancas como leche, y vestidas con ropas de su época, e hicieron un techo semicircular, con cuatro columnas para que la lluvia no desdibujara sus colores fríos. Precisamente hoy, pasé al lado de la Virgen y una rosa roja fue puesta en una de las manitos de piedra del niño. –Hizo una eterna pausa como si tuviera algo más por recordar.

-Muy interesante amor, pero ¿tú lo crees?

-Sí claro. Mi padre y mi madre conocieron a ese señor, ellos cuentan los hechos con una verídica seguridad. –Respondió con certeza.

-Pero, ¿hasta el día de hoy el perro ha estado allí?

-Sí amor, hasta el día de hoy, y tú muchas veces has pasado por el mismo lugar. Tú sabes perfectamente donde queda. Vamos y vemos las figuras, mientras damos una larga vuelta.

Después de ir y mirar con asombro la imagen, dimos más giros por las calles, amarrados de un solo cuerpo. Ya caía la noche. Me despedí de Mariana más enamorado que nunca y luego, un terrible miedo desembocó en mí, al presentir que los desequilibrios afectivos, o por decisiones salidas de rumbo, podrían separar el vínculo que por meses habíamos creado con lágrimas grumosas de natas de sangre, que se aliviaban golpeando la renovación pura, de una nueva reconciliación que era mejor que todo tipo de bálsamos. Aunque mis corazonadas dictaminan que la fuerza del amor gravita en nosotros dos, sin importar los acontecimientos desechables e inoportunos de las piedras rodantes, y de las diferencias diferentes sumadas a malinterpretaciones, al sacar buenas intenciones que se nos vuelven como una puerta de hierro revestido, que se abre con diálogos deshidratados y que la barra del silencio golpea, creando lluvia de sufrimiento en mi no exorcizado orgullo, viendo su cara angélica que se transforma en gestos de molestia, como bocetos muertos. Entonces deduzco que si fuimos advertidos de antemano que “EL AMOR ES DOLOR”, y aún así corrimos el riesgo de ser pareja, es porque el amor es la curación a las desdichas de búsquedas en vano y es la caricia para controlar la soledad. El amor mutuo, es una figurilla de ceniza, madera, hierro, bronce, plata u oro, que se va alimentando con carnes proteínicas de los componentes que se elijan a través de los tiempos breves, con esas carnes de oro moldeado o ceniza, que hacen diseñar los tejidos de una nueva vida y nacimiento en vidas que no son dos, sino una vida comprimida dentro de dos. Esa figurilla, ante la luz de la verdad, denota sueños y destellos de esperanza siameses, que no se despegan con la cirugía de la envidia, del egoísmo, de la infidelidad, del desprecio, del distanciamiento, de las iras y errores en los cuales nunca hubo una disculpa, en las mismas diferencias, en el indeseado incumplimiento, en el silencio de una herida abierta, etc. Aquella figurilla ante la luz, irradia una sombra a sus espaldas, una sombra de hondas tiras blancas, o rayas afiladas dentro de una celda sin puertas ni llave. La sombra de la figurilla representa dolor, aquel dolor sombrío inmerso en todas las estaciones vivientes. Recuerdo sus cartas y me encantan de redundante alegría: “La vida es agua de un áureo río y afluye a su tiempo su onda de oro; y es el mañana como el navío en que navega nuestro tesoro”. “Apoya tu fatiga en mi fatiga,

que yo mi pena apoyaré en mi pena, y llora como yo, por el influjo de la tarde traslúcida y serena. Nunca sabremos nada...” De hecho, eso es una de las cosas más maravillosas y divinas del mundo del amor, que no es como un pañuelo: “Nunca sabremos nada”.

Entré al taller con una imponente gigante, y había dos mecánicos desarmando cajas automáticas y uno le decía al otro:

-¿Porra? –Con voz de malicia y ternura que se perdía en el silencio.

-¡Pues si la va a chupetear! –Contestó alguien por allá en la distancia.

Vi los convertidores de par y un manubrio añejo colgado en las varillas del techo se desgastaba con el polvo del olvido y la inutilidad. Al observar eso, una carcajada salió de mí, los mecánicos no me prestaron cuidado alguno, el ruido de la nada despreocupaba la decisión que iba a tomar. Fui al baño, descansé al orinar porque estaba que me estallaba. Argemirito el pirata hizo breve visita y preguntó que cómo iba todo, “pues bien, sin novedad gran jefe”. Un ratito más y Argemirito y el resto de mecánicos se fueron y yo quedé ahora sí solo. Me cepillé los dientes, y me mojé la cara con el agua de la llave. Abrí la puerta del cuarto. Ya adentro, activé la alarma, eché candado en todos los lados, prendí la luz y me senté en el sofá a pensar si yo, hacía lo que el sueño me había dictaminado, o dejaba las cosas así como si nada hubiera pasado. Después de un largo mes, los aullidos del gato no sonaban, era raro que el felino paranoico no gritara, porque todos los días molestaba mis oídos.

No tenía ganas de dormir. Debía hacer lo que podría hacer. Una taza de floripondio revuelta con chocolate, un cigarro prendido que hacía de incienso improvisado, una copa de vino rojo, un pedazo de pan añejo. Entonces coloqué el CD, y la canción “Die eier von Satan” empezó a sonar. Yo con la guitarra acústica, seguía los pasos de la melodía y la nota baja re vibraba, mientras que una cantidad de palabras en alemán como una oración prohibida inundaban las paredes bestiales del alma. Al terminar la canción, mis labios musitaron: “Sim sala bim bamba sala do saladim”, (aunque debería haber sido: “Lulis Dayis Lulis Dayis vieja perra”), era como la clave de Fa o de Sol en el pentagrama. En realidad, era una clave secreta a otro rumbo, y tan pronto dije repetidas veces esas palabras, sentí los párpados pesados y me elevé al dimensional mundo de los sueños.

Encima de una montaña con una roca peninsular sin vegetación ni animales, estaba yo sentado con la mirada dirigida a los abismos más traicioneros y crudos que jamás haya visto. La forma similar de un ser humano que no lo era, estaba al lado mío. Era la esencia de un espíritu lleno de falencias, de luz negra y rostro que durante siglos, era solo hermosura, aunque unas manchas y fealdades lo hacían ver mitad divino y mitad horrendo.

-¿Quién o qué eres tú? –Pregunté intrigado.

-Soy lo que tu imaginación ha traído, algo como un vago sin hogar que discurre solamente la tierra, porque yo tenía autonomía en el cielo celestial del Creador, pero Él me ha echado de allí.

-Supongo que eres Satán. –Dije sin titubear.

-Supones bien. Hablas con el rey de la maldad y el engaño. Soy yo aquel que adora que lo adoren directa o indirectamente, aquel yo, que hace confundir la luz por las tinieblas, aquel yo, que disfruta los ritos, encerrando las posibilidades, y enceguece la vista más aguda y diáfana. ¿Qué buscas de mí, o yo qué busco de ti, mortal bajo, hueco y poca cosa? ¿No soy yo aquel que piensas?

-No soy yo aquel que busca algo de ti, estás errado. Creo que tú me buscas a mí, no lo puedes negar. Además, subestimas el poder de un simple humano. Cuando eras un ángel principal en el Jardín de Edén, hubo un autoengaño de tu parte. Tú mismo te habías tentado y contaminado. La semilla de los celos brotó sobre tu corazón brillante, y la maleza que diseñaste, opacó esa luz constante que el Altísimo amorosamente te brindó, y tuviste el descaro de darle la espalda al Dios Verdadero, para que no fueras subordinado por las reglas sabias de Él, que nunca son pesadas cargas, sino que liberan en nuevos niveles los pensamientos. Las primeras lecciones de altivez y mentiras, las lanzaste como flechas a Eva y Adán. Te divorciaste de Dios y la santidad, y te entrometiste a fondo, acusando a los ángeles dignos que no caían en tus garras, y a los humanos que odiaban sin clemencia la maldad. Tu, ángel malo, fuiste literalmente derrotado por Job y Jesús y los profetas que no siguieron tu juego. Aunque hiciste caer a varios reyes y corazones fieles, no lograste retorcer sus almas y manchar sus espíritus porque no se entregaban conscientemente a ti, sino al arrepentimiento sincero, y Dios al escucharlos, ablandó sus corazones y los perdonó sin quejas.

-No deberías subestimar mi poder. Tú llevas un segundo de vida viviendo, en cambio yo llego decenas de siglos paseando y he aprendido mucho de los seres humanos, y cuando uno conoce,

domina fácilmente, como si yo manejara unos títeres ciegos. Cuando una persona hace mal, eso me causa excitación, pero cuando una persona vuelve a Dios, eso me enfurece.

-Tan raro, -dije muy incómodo-. Si no soy nada, entonces, ¿por qué estás hablando conmigo a través de un sueño, y muestras un gran interés oscuro?

-Tú me has llamado aunque no quieras reconocerlo, y al estar conmigo, debes prestar atención a la necedad, porque es ella la que nos hace más altos en todas las facultades de los precipicios placenteros, a la morbosidad de reír por los desgraciados que buscan a Dios con ahínco, bajo el laberinto de las mentiras e injusticias que nos hace más poderosos ante los enemigos que se aferran a Dios y se esclavizan, cohibiéndose de toda clase de placer. Aquel que se une a mí, posee el título de dios individual, en el cual, puede crear una religión como independencia, sin colocar parámetros, o colocarlos... Siempre y cuando sean para crear rangos de maldad.

-No entendí. Puedo notar que hay contradicciones, ¿ser o no ser esclavo? Creo que la estupidez va contigo porque eres uno de los sicólogos más antiguos del mundo, y tu estilo para hacer perder al ignorante es muy concreto. A lo mejor tratas de confundirme, para lavarme el cerebro y te rinda adoración, para ser parte de ti forzosamente, y no puedo seguirte la corriente porque siempre has sido el padre de la mentira, y al hablar al núcleo del vacío, no me convences, ni me podrás aferrar a tus intereses. –Dije confuso.

-Estás a lo sumo equivocado joven. Entre más individuos se descarríen mejor. Este no es mi caso contigo. Dios en su inescrutable mentalidad, fundó a los ángeles y a los humanos, y nos hizo tan complejos, que sería aburridor que nos hubiera hecho como máquinas sin autonomía, subordinadas con un botón para que lo siguieran sólo a Él monótonamente. Es blanco o es negro. Es ser malvado u obediente, digno de inquirir por sí mismo su propia senda. Cuando alguien es la mezcla del bien y del mal, ese alguien me pertenece, porque la justicia de Dios no admite seres mediocres.

-Pero ¿qué pasa con aquellos que no conocen para nada al Dios Verdadero? –Pregunté molesto-, porque no es igual el que no sabe, en comparación al que con fe cree lo que está escrito en las paredes de una Biblia no plagiada, porque durante siglos también te haz encargado asiduamente de modificar las escrituras con mentiras.

-La pregunta es una total redundancia. Tú y yo sabemos la respuesta.

-No me convences. Puedo creer en lo que mis sentidos no sienten. Los sentidos denotan algo más profundo.

-¿El engaño? ¿De qué sirven los sentidos ante un cerebro creído en verdades falsas? –Me preguntó a quemarropa.

-Perderse es tan fácil, arrepentirse es algo complicado, porque a veces no se puede. Engañar es tan bajo, y no escuchar paganismo es saludable para el alma. Tú y yo somos un misterio indescifrable por todos, aunque Dios es el único que nos entiende y nos desenreda porque Él nos creó, y además sus cualidades son insuperables. ¿Tú has intentado buscar el arrepentimiento?

-Jajajajaja... –La voz de Satán se puso más grave-. Yo no sé que es orar. De algo puedo estar orgulloso y es que no necesito a Dios para nada, y es un hecho que mis difamaciones han cambiado el rumbo de Sus Propósitos. Siendo Él justo, teniendo como timón su elevada justicia, Él mismo tiene que sostener los razonamientos correctos de su compleja dialéctica, así que Él permite que el tiempo pase para que Él mismo demuestre que nunca falla y que tiene la razón en todo. No comparto nada con Dios, porque estoy seguro que todos los ángeles en el cielo, y todos los humanos en la tierra, deben ser libres, y no le tienen que rendir cuentas a nadie con sus actos. El anarquismo del espíritu, debe ser resaltado en la cadena de placer que no es abastecida por culpa de las “reglas” que se imparten. –Replicó fascinado y sin dudas.

-Te contradices. Sin reglas ni orden, nunca habrá progresos. Si la anarquía reinara, la raza humana en parte, no adelantaría sus conocimientos a una producción elevada y armónica, y nunca podría neutralizar toda una serie de errores que día a día surgen espontáneamente. Hacer la vida más acogedora y equilibrada, tapando las grietas para que las enfermedades, el hambre, las guerras y la inequidad mundial, no se deslicen, y se ahoguen los esfuerzos de tantas y tantos que luchan sin ver los riesgos, sabiendo que ya no hay grietas, sino huecos gigantescos. El ser humano sin Dios, es como un mundo sin vida e inanimado, el ser humanos es impotente y vulnerable, muerto por temores en vida, sin progresos morales, porque la religión hedónica impartida y difundida por ti, hace que haya más odio, vacíos e inmundicia.

-¿El ser humano sin Dios? –Preguntó Satán como si eso fuera inaceptable a su realidad-, hablas por hablar. Tus argumentaciones son puro viento lento. A través de la historia, los ángeles que me siguieron y todos los mortales sobre la tierra, han sido felices sin Dios. Luego, ¿qué ha hecho él por la humanidad? ¡Nada en absoluto! Solamente Él les ha atado las mentes con conjuros de amor falso, para no llegar más allá de sus capacidades. Un ejemplo grande fue el retroceso increíble en la Edad Media donde ninguno aportaba ciencia, porque la droga de la religión

adictiva, enceguecía los cerebros brillantes, tirando a la hoguera a los reformadores. El humano, al despojarse de la religión y al hacer su propio camino, descubrió que todo lo podía crear como si fuera un dios, que era grande, poderoso, altivo, y que no necesitaba de moralismos añejos.

-Te vuelves a contradecir Satán. En el capítulo IV del libro de Mateo se dice que tu tentaste a Jesucristo, que había ayunado cuarenta días y cuarenta noches, y que tú lo llevaste a una montaña excepcionalmente alta, y le mostraste todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijiste: “TODAS ESTAS COSAS TE LAS DARÉ si caes y me rindes un acto de adoración”. El Dios vivo permitió que tú fueras el cuidandero destructor de la tierra, pero ¿con qué finalidad? Como tu perfección angelical se opacó al independizarte de él, llegaste a ser el gobernante imperfecto de los imperfectos para llegar a razones imperfectas, para confirmar si tú eras capaz de moldear con tus manos apostatas un mundo que te quedó grande en el sentido de afinar satisfactoriamente la complejidad de los asuntos mas importantes. Tú coges el pincel untado con los colores contaminados de la maldad, y empiezas a dibujar tus desastrosos actos blasfémicos y repugnantes sobre el lienzo dudoso del mundo. Los gobernantes que has ascendido al poder en muchas naciones, es decir, tus títeres, son movidos con tus ideas de mierda, encegueciendo literalmente la verdadera verdad que tú sabes, pero que no te conviene sacar. Si tú has sido el gobernante real de los mortales durante más de dos mil años, entonces no eres coherente contigo mismo, porque ¿quién es el autor principal del ensordecedor progreso de todas las religiones vistas con el mismo pan contradictorio de la ciencia? Son productos divergentes y puntos en apariencia contradictorios que tú aceptas.

-Tienes razón en parte mínima. He sido el Rey del Paganismo y dueño temporal de esta esfera azul profunda. Pero debo aclarar que mi gestión netamente política, ha sido mejor que el propósito que Dios ha tenido en mente, de vivir en la eternidad, construyendo cada uno casas para los pocos humanos elegidos, resaltando la corona de la vida que regala a los triunfadores, comiendo solamente vegetales y frutas, esclavizándose con nuevos rollos que Él impondrá a su antojo, y nunca sacando lágrimas de dolor. La maldad morirá en el lago de azufre, y entonces, ¿qué les pondrá Dios a hacer en su atmósfera de transparente verdad y aburrimiento? –Una risa sarcástica brotó de su boca.

-Puedo responder con mucha seguridad: si es conocimiento dado en la palma de Dios, entonces será algo infinitamente superior a la inferioridad demencial de tus ideales. Tú y tus demonios,

junto a los ritos paganos y políticos de hombres poderosos asesorados por tus consejos, no son del interés de Dios. Por tanto, los pies de Él, serán refrescados con el amor de humanos leales y cundidos de obediencia.

-Se nota que nada sabes de lo que ocurrirá. Podré ser más poderoso que Dios, más que Él. –Su voz latía resignándose.

-Veo que la locura es parte de ti, –dije sin miedo-. Acepta que serás derrotado, destruido, aplastado como una cucaracha y sé que nadie se volverá a acordar siquiera de ti.

-No le tengo miedo a mi destrucción en absoluto, porque jamás seré destruido, –hablaba con profunda rabia-. Además, ¿Dios se entromete en los asuntos que solo a mí me pertenecen?

-Por supuesto. Si tú mismo no eres el creador de tu propio espíritu, eso significa que Él es el directo responsable para que haga contigo lo que quiera, porque Dios es tu real creador.

Hubo una larga pausa. Satán se veía triste, con un olor a depresión catada. El hizo una seña al cielo y éste se puso negro. Otra nueva seña de sus manos, y un bombillo ovalado lanzaba una luz roja, y con esa luz, su cuerpo quedó más negro que ese nuevo cielo sin nubes, sin estrellas, sin nada de arco iris. Yo veía todo rojo, hasta yo mismo me camuflaba en el mismo color de las montañas desnudas rojas, me sentía perdido y no me podía ver. Qué contraste se especificaba: un óvalo rojo en el fondo negro arriba sin cielo, y los relieves abismales rojos con el alma negra de Satán abajo. No había colores, solamente aquellos dos que daban una combinación de descanso. Red and Black, Black and Red.

-Insisto Joe. Mis hijos del mal quieren ser libres, quieren fumar el humo de un cigarrillo y sentir nubes en los pulmones, con el cabello en desorden y sucio, esperando el secreto de un nuevo pensamiento venturoso. Nota joven hombre que el 75% de las personas más exitosas y poderosas de este mundo son ateas, y los ateos, rinden un tipo de adoración indirecta hacia mí.

-Sí, tienes toda la razón, aquellos que no adoran al Dios Vivo, sin darse cuenta te adoran. Deambulan sociedades muy tradicionales, y dentro de toda esa tradición hay una forma de adoración indirecta a las deidades antiguas con los ritos maquillados del mundo. Pero todas esas cosas tendrán que desaparecer y finalizar, y ya no beberás el vino del engaño jamás. Es muy triste pensar que el paganismo es la imponencia de una moda vieja que se desplaza por los

medios, y se transforma como pólvora líquida para llegar a millones de personas que se tragan el cuento, y se lo toman como una leche pasteurizada y dogmática, como volador sin palo.

-Eso es uno de los placeres más deliciosos que puedo manifestar, que el mundo viva totalmente embaucado, así crea éste, que todo lo que es, sea creído, sea apropiado indudablemente como una absoluta verdad, una treta rotundamente verdadera y no investigan de dónde proviene todo, por qué yo soy el maestro de las tinieblas, y aunque no me pueda infiltrar en los pensamientos humanos, conozco su naturaleza pecaminosa y puedo inferir planes infalibles para atacar en su punto más débil.

-No te refuto nada Satán. Esta vez no te llevo la contraria.

El viejo Sata alzó su mano izquierda e hizo un ademán muy bello, y al decir “Change this fucking place right now”, la montaña abismal se desmayó al descenso en menos de un segundo hipotético, quedando todo en la planicie total. El cielo se transformó en una amplia lámpara de vitral que nos encerró. Cuatro luces que no eran soles se parquearon detrás de aquella lámpara construida con pedazos de vidrios, combinada con unos cincuenta colores muy divinos que nunca había visto, y los pedazos de la lámpara, al mirarlos, engañaban constantemente mi vista porque observaba rosas rojas que luego, eran animales que no eran, fueron figuras de algo muy exterior a mi realidad, ojos de mariposas, árboles inclinados, fondos, uno detrás de otro sin fin, nuevas figura geométricas que cambiaban. Solamente veía mentiras hermosas en constante movimiento. Luego dos asientos de un material irreconocible aparecieron, ellos eran grandes, como si fueran sillas de reyes. El piso era como si estuviéramos de pies ante el espaldar de una guitarra roja oscura y brillante en exceso, que cambiaba de apariencia a un mar azul claro intenso con aguas quietas. Sentí mucho miedo porque creía que me iba a hundir y yo no sabía nadar, pero el agua nos sostenía. Recordé a Jesús caminando sobre las aguas. Miré de soslayo el reloj de pulsera que estaba en mi muñeca izquierda y vaya sorpresa: no tenía el palito que indicaba la hora, ni el minuterero, ni el segundero.

La apariencia de Satán había cambiado totalmente. Se había transformado en la Mona Lisa, ¡y la tenía en persona! ¡Frente a mí! Mi sueño de niñez era ver ese cuadro que está allá en Francia y no en Italia, descifrando con cuidado la versión original de ella, y perdiéndome en semejante belleza, en la inspiración de Leonardo Da Vinci, en la cual, había semillas de subjetividad en su andrógono retrato. Sus manos cruzadas y su cara de princesa lujuriosa me aguzaban el alma,

era como si un instinto carnal me incitara a poseerla, pero era consciente que no lo podía hacer. A medida que iba cambiando el piso entre el mar y la guitarra, la figura perfecta de la Mona Lisa también se MUTABA y se volvía un hombre corpulento, alto, refinado, con rizos largos y perfectos sobre su cabeza, labios frondosos como rojas manzanas y perfil simétrico, de ojos azul profundo, como con cuerpo grueso de soldado, y forrado con telas nunca antes vistas. Al verlo transmitía respeto y excesiva confianza. Cuando el piso era de madera de espejo de guitarra, Satán mostraba la silueta del hombre guerrero; y cuando el piso era un mar plano, la silueta del ángel malvado era la Mona Lisa. Satán era dual. Mi corazón iba a ajarse de euforia al ver tanta, pero tanta belleza en varias dimensiones. No podía creer lo que veía al girar mi cabeza a todos lados, y ¡sin mover el cuello!

-Siéntate joven,-la voz de ese guerrero era la más gruesa y deliciosa que haya escuchado en un hombre, me hipnotizó su timbre, era como si únicamente existiera en mi sentido auditivo y que mis otros cuatro sentidos se hubieran ido.

-Está bien, -mi voz cambió y se volvió maravillosa, siempre ocurre que cuando alguien habla con cariño y con voz melosa, uno hace lo mismo-. Ahora, ¿qué pretendes hacer o planear?

-Solamente quiero hablar. ¿Cómo me veo disfrazado de Alejandro Magno? Muy bien, ¿cierto?

-Bien. Lo que yo no logro comprender es, ¿por qué puedes cambiar de personalidad si Dios no permite ya, que los ángeles y demonios se manifestaran como carne entre los humanos?

-Es fácil responder, es por causa de tu imaginación que me ha llamado, y además, porque me permitiste entrar sin quererlo en tus sueños. Así era como Dios se manifestaba a los profetas bíblicos, por medio de sueños. ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo? Tu sabes que Él enviaba un ángel para que transmitiera los mensajes de destrucción y esperanza al pueblo escogido, aunque hay excepciones, por ejemplo Moisés habló directamente con Él. Yo también podía hablar cara a cara con Dios, pero Él me echó de su hogar hace poco, porque yo estaba corrompiendo a sus hijos celestiales.

-¿Qué quieres de mí Satán? –Dije embobado y perdido en calma.

-Ya te había dicho, hablar y hablar, pregunta lo que quieras grato Joe.

-Esta bien, pensaré algo haber qué se me ocurre, -hice una pausa prolongada-, mmmmm, ¿Por qué eres tan malo? ¿Por qué Dios creó la maldad? ¿Dios intuía tu naturaleza perversa y te dejó así? ¿Eres tú el culpable de ser como somos? ¿Por qué Dios no te eliminó en el jardín de Edén, siendo tú una rastrera culebra? ¿Por qué Adán y Eva no tuvieron hijos cuando fueron perfectos?

¿Es verdad que a ciertos ángeles y a algunas personas, el perdón no es concedido? Pero para qué plantear interrogantes tan básicos, sabiendo que tú no eres honesto, ni siquiera consigo mismo.

Alejandro Magno quedó petrificado. La cara que ponía era como si un simple hombre mortal como yo, sin saber absolutamente de épocas, de historia, de moral, creara una serie de hipótesis que él ya conocía. Él se sorprendía por el interés de las preguntas tan estúpidas. Era más extraño aún, que el Rey de las Mentiras pudiera decir verdades para engañarme. De hecho, él quería que yo tuviera un espíritu de confianza para que fuera parte de sus ardidés astutos.

-No soy tan malo porque alguien me haya inducido, ¿quién hubiera sido capaz? Hubo raciocinios profundos conmigo mismo, e hicieron que me fuera por los caminos del mal que Dios conoce a la perfección pero que no practica. No había un maestro que enseñara la maldad de aquellos tiempos. Yo, voluntariamente y con empeño, me ofrecí a ser el número uno. Joven ignorante, refuto la pregunta, y te contesto a medias, con otras tres preguntas: ¿Dios sí creó la maldad? ¿Él no es culpable de tanta injusticia? ¿Y Él no tiene nada que ver con lo que otros eligen? La cuestión se me sale de mi nivel de raciocinio, de modo que, tendrías que preguntarle a Dios mismo, porque una persona no puede programar de antemano cualquier cosa si no conoce nada sobre ella.

-¿Lo que me tratas de decir es que Él es malo? Estás blasfemando con descaro, -dije sorprendido.

-No estoy en la capacidad de responderlo. Sólo es eso y ya.

-Eso significa que tú eres limitado, muy limitado en poder.

-Todos somos limitados, hasta lo más elevado ha sido limitado, ¿quién lo sabe todo? Dime, ¿Quién lo puede saber todo?

-Por supuesto que Dios, nadie más.

-Estás seguro por completo? –La risa de Satán se fracturaba a pedazos.

-No más blasfemias por favor. Yo creo que tu cerebro debe ser más negro que los almacenes hondos de las tinieblas. –Dije con tristeza.

-Tienes razón, pero estoy respondiendo tus preguntas.

-Pero hubo una que no pudiste responder, –dije jactancioso porque lo había corchado-, ¿o me equivoco?

-Jajajajajaa, hacer preguntas es tan fácil, pero responderlas se torna tan difícil. Miles de perpetuos años he inferido, sin tener nada conciso. –Alejandro Magno me miró fijamente a los ojos-, Dios no me destruyó en el jardín del Edén porque indirectamente le desplegué preguntas métricas que yo debía comprobar con el pasar de los siglos. Él es el único que todo lo sabe, nosotros no. Y yo no soy el culpable directo de Su naturaleza imperfecta. Como una posibilidad remota, deduzco que, acorde a la justicia de Dios, Él para aguzar el carácter de los pocos escogidos, tenía que nutrirse de venganza contra mí, probando a su hijo para efectuar rescate, y balancear su soberanía, expiando con sangre el pecado del viejo Adán y como Él es un Guerrero Natural, envía a su hijo Jesús y llamado ahora Miguel, para que desplome mi imperio de maldad, y finalmente Dios llega a ser el Héroe, resucitando a los moribundos que esperaban la equidad de la venganza, desplegando una guerra justa, y todos los buenos quedará con luz constante, y felices eternamente. ¡Va, me rio de ello!

-Te contradices en parte al dudar de la sabiduría de Dios, y luego dices que si la tiene, ¿por qué haces eso? –Pregunté con frialdad.

-Para confundirte. Tú no disciernes lo que es, con lo que no es. ¿Por qué Adán y Eva no tuvieron hijos cuando fueron perfectos? Eso lo confirma todo, Dios ya sabía que yo le iba a estropear Sus planes, y su objetivo de ver la tierra plagada de seres humanos perfectos y sin gotas de pecado, tuvo que ser postergado. Dios pudo habernos borrado del mapa del Edén, pero no quiso, porque Él no puede ir en contravía de su propia justicia, es por esa clase de justicia que hace que la gente reniegue por tantas falencias. Es por su justicia que aún permanecemos vivos. La última pregunta, referente al perdón, es muy razonable abarcarla. Sus primeros padres de la tierra, los pueblos paganos antes de Cristo, Caín, Jezabel, Goliat, algunos reyes degenerados, Judas Escariote, los fariseos, aquellos gigantes de poder, los apóstatas, los que practican falsedad y se ocupan de ella, y por supuesto yo, no tenemos perdón ni salvación alguna, y eso es exclusión.

-Pero, ¿por qué? –Interrumpí sin querer.

-Porque nosotros somos ángeles que no hemos pedido, ni le vamos a pedir disculpas a nadie como migajas sobrantes, y nunca nos hemos arrepentido ante ningún Dios. A varios humanos de mala raza les pasa algo similar, se adentran en las academias de la maldad y se tornan adictos al vino de los demonios y me gusta que nunca sientan remordimientos. Pueden más los proyectos políticos o religiosos macabros, que están por encima de sus ideales y no buscan a Dios, sino que se adhieren a Mí. O aquellos que dicen que la vida es mejor sin Él, excluyendo

reglas y practican con mucha destreza la sabiduría del error. Para ellos no habrá resurrección, no la habrá.

El piso donde yo no sabía dónde estaba, cambió a un azul mar paralizado y plano, como si Satán tuviera un control remoto y diera pausa a las aguas en las cuales, las majestuosas sillas de reyes no se hundían. Entonces el rey de los demonios se transformó de guerrero soñador en los lirios del cansancio, con la voz más linda que cualquier bajo, se volvió una mujer de traje negro y manos esbeltas, era una fémina divina de un retrato que es todo un patrimonio y sin precio alguno. Al ver la Mona Lisa sentada, parecía un ser de otro mundo, de nuevo frente a mí, en carne y hueso, y yo sentía que iba a desfallecer por la energía que me sumergía. Largo rato pasó y ella no hablaba. La ansiedad me estaba matando, tenía que escucharla, porque si Alejandro Magno tenía esa voz tan impresionante, me imaginaba que ella me iba a derretir.

-El arte vivo se vislumbra ante mis ojos. Yo estaba convencido que tú, Satán, eras ordinario y feo, pero ahora me doy cuenta que la hermosura también es parte de ti. –Dije con voz entrecortada.

-Por constitución genética, Dios nos transmitió la dulzura de ser más autónomos aún, mediante la imitación creativa de lo natural. Dios es lo natural, es la esencia exprimida de pocas gotas centelleantes de belleza oculta que nos invita comedidamente a descubrir, mediante los estudios, la práctica y la constancia. Para que veas todo lo que estás viendo, he utilizado una técnica del Creador, aunque muy deficiente de mi parte. En cambio, cuando yo era integrante del mar vítreo del Dios Celestial, la palabra hermosura no era nada en comparación con el equilibrio y un arte secuencial mucho más allá de lo que pueda desbordar mi imaginación. Si te contara detalle a detalle las cosas diseñadas On Heavens, no me alcanzaría la existencia para terminar de describírtelo.

Al escuchar su voz, quedé borracho por el licor burbujeante y fino que salía de sus labios. Eran como si esas palabras y sonidos dulces sopranos, acariciaran mi espalda con manos de sonetos invisibles, matizados con un líquido relajante. Aquellos gestos y expresiones, resaltaban un entorno disuasivo, donde podía hacer cualquier disparate con una sola orden de su boca de diosa, dibujada por un mortal imperfecto y con faceta inmoral.

-Así muchos no lo reconozcan, o sea inaceptable, Dios es la manifestación viva y tangible del arte. Un simple atardecer puede confirmar lo que estoy diciendo. Los seres humanos tenemos mucho que aprender de Él, -dije sin parpadear-, lástima que se pierdan energías en guerras sin sentido y en las mareas de la avaricia. Muchos no tienen en cuenta relucir la belleza sin muros, sino que sus mayores pinturas son sacar sangre a inocentes criaturas. Matar no debería ser una perdición artística porque Él sin parpadear lo prohíbe. El arte no es darle fin a algo, sino balancearlo para romper las ventanas del tiempo, y enternecer al ser con nuevas invenciones.

-Yo soy en parte culpable de varias guerras, -dijo Satán-. Cuando no tuve privilegios en los cielos, me dediqué a confundir la mente de las altas esferas y altos gobiernos, para que en vez de desplegar amor, evocaran odio los unos a los otros. Muerte y hambre para ver a la raza humana sufriendo, eso me produce mucha risa, es que a decir verdad, dentro de mentiras, la maldad me produce una risa cruda que cada vez crece.

-Ese es tu estilo, -dije-, burlarse de todo, hasta de ti mismo. Si te has encargado de esconder el Nombre Divino del Creador. Luego, ¿lo que acabas de hacer no es una burla siniestra?

-¿Yo poniéndome en estupideces? Jajajajaja. Es la entera humanidad que lo hace, y un sinnúmero de religiones que lo ha excluido, porque piensan que es muy divino decir un nombre que auto prohíben las masas, porque piensan que es un tabú decirlo, y sería entonces vituperante pronunciarlo porque Él es muy poderoso y uno es pecador. También porque traduce algo horrible y sin sentido.

-Dios nos insta a que lo llamemos por su nombre. Es triste ver como en los diccionarios haya fallas con el significado: *“Jehová m. Trascrición errónea del vocablo con que en el Antiguo Testamento se designa a Dios. V. Yahvé”*.

-No lo refuto. Pueda que ese sea su real nombre, sino que hay que hacerle creer a las plagas de gente cosas distintas para que no se preocupen por esas trivialidades, sino más bien mediante morbosa ignorancia y por tradición, ridiculizan lo santo, es decir, ven lo bueno malo, y lo malo bueno. Yo tengo todo controlado y actúo para que las masas no vean ni escuchen aquel nombre, en el cual hago que se mofen, siempre ha sido así. –Dijo Satán sonriendo.

-De todas formas, como Dios nos dio la vida, todos nosotros, como buenos, malos, e inicuos, tenemos que rendirle cuentas a Él. Estamos mezclados en Sus Intereses, y cada acto, sin importar que sea, es visto por Él. Dios ve todo y nos absorbe a un juicio limpio, claro y equitativo de nuestros hechos, y por todo lo que hagamos en la vida. Si Él fuera un Dios cruel

que solamente viera los errores, nadie sería salvo. Él ve más las virtudes nuestras y con eso compensa la balanza. Dios no es como tú, Satán, o como gran cantidad de seres humanos altivos que juzgan a quemarropa a su prójimo, que humillan y tratan con términos peyorativos y sin clemencia, sabiendo que aquel metiche que juzga a los demás, es diez mil veces peor de podrido pecador, que cree que haciendo sufrir a su víctima, va a conseguir satisfacción. Ellos juzgan porque conocen perfectamente el corazón envenenado que tienen que soportar, y de esa manera, al acusar sin amor y sin fundamentos, piensan que pueden sacar toda aquella escoria que los consume y así, pueden descansar: viendo sufrir al otro, transmitiendo sus propios sufrimientos mutados en burla.

-Con esas palabras me has descifrado. En realidad, siempre he sido un perverso espíritu que molesta y engaña para poder sentirme a gusto. Para cambiar el tema, ¿jugamos una partida de ajedrez? Yo sé que te gusta el mundo de los escaques y hace años que no juegas. ¿Qué dices? – dijo Satán con voz fémica y deliciosa.

-Sí claro. –Era imposible decir un no frío como respuesta, ante maravillosa dama con voz de ensueño-. Que te quede claro de antemano que no voy a apostar nada contigo.

-No para nada, es mejor jugar sin presión.

Entonces, en el centro de las dos sillas, apareció un tablero de ajedrez, con la madera más fina y olorosa en felicidad capciosa. El tablero estaba organizado y las figuras eran humanas: UN REY, UNA REINA, hombres alfiles, caballos con jinetes, hombres torres y los ocho peones que eran figurillas de hombres pelafustanos en mi albo bando. Al otro lado, mi contrincante estaba en igualdad de condiciones, pero yo llevaba la ventaja porque tenía las fichas blancas. Satán cogió las negras porque nunca había jugado, ni jugará con blancas; sus razones tendrá. Los cuadros del tablero eran como neblina, y las figuras humanas parecían levitar. Todo era hermoso, aquel ajedrez era una construcción muy artística, porque al observarlo detenidamente y tocarlo suavemente, infinitas sensaciones no sentidas se manifestaban. El piso de madera de espejo de guitarra surgió. Tenía que abrir el juego, y no sabía que apertura iba a utilizar. El sistema descriptivo en la primera jugada es d4; en el sistema algebraico será peón cuatro dama: P4D... Es más práctico el sistema descriptivo para ver la partida jugada a jugada.

-1.d4... Recuerda quien se inventó las galaxias, las estrellas, quien configuró el cielo, la tierra y el sol, quien da la lluvia a su tiempo, quien diseñó el cerebro. Fue Aquel que formó y nos hizo elegir de una manera no automática. –Dije al sacar un peón al juego-, el bienestar trasciende sobre la envidiosa enfermedad.

-d5; si todo fuera paz y no hubiera exigencia mediante las telarañas negras del mal, Dios sería egoísta y aburriría sus vasallos con cargas que nadie podría soportar, -musitó Alejandro Magno con autoridad guerrera-, para que haya competencias, siempre tiene que haber un ganador y miles de perdedores, para que el mal sea la excusa tramposa, y se puedan pensar estrategias difusas para triunfar deslealmente.

-2.c4, no creo en trucos. El equilibrio siempre controlará el núcleo, la hora de la venganza está muy cerca. –Dije atontado.

-e6; todo lo que comienza termina, y todo lo que termina comienza, así que la maldad es un lamento de eternidad.

-3.Cc3, el alfa y el omega le competen al eterno, así mismo las llaves del Hades. La bienaventuranza no apagará la luz, -dije-, pero la oscuridad maligna será olvidada.

-Ae7; debo ser consciente que tendré que ser destruido. Sin embargo, lucharé y no aceptaré la derrota, porque Satán no es un cobarde.

-4.Cf3, veo que eres pasivo. Tu pobre y debilitado ejército demoníaco, palidecerá ante el invencible macro ejército de Miguel.

-Cf6; nada está escrito aún. –Dijo Alejandro Magno.

-5.Ag5, todo ya está escrito en la mente afinada de Dios. Además está predicho que serás arrojado en el lago de fuego y azufre (...) y tu atormento irá por siempre. –Moví el alfil con fuerza.

-Hay que esperar. Deja que el tiempo fluya, no me recuerdes la irónica devastación de mi existencia porque no quiero que llegue. –Satán hizo una pausa y pensó la jugada-. No quiero morir: h6;.

-6.Ah4, veo que estás desesperado con la idea de ser atormentado en la destrucción. –Dije con esperanza.

-c6; ¿quién eres para entrometerte en mis asuntos? Por el momento, el poco tiempo que tengo disponible, me encargo de corromper más a grado cabal el juicio hasta que Dios me lo permita.

-7.e3, se te está acabando el tiempo. Nadie sabe el día de la cólera de Dios, pero está cerca. – Contesté sin importancia.

-Da5; ¿y si volviera a estropear Sus planes? –Preguntó dándose ánimo y revistiendo un plan que sólo lo creía él mismo.

-8.Ad3, imposible, -dije-, ya nada puedes hacer, sólo acusar.

-c5; nada se pierde con intentar una conspiración al ataque de Dios.

-9.o-o, el poder de Él, no debería ser subestimado.

-cxd4; hay que matar para triunfar, -dijo risueño.

-10.exd4, vas a perder. Ahora mi posición es mejor, –yo olía la victoria sobre la madera del tablero.

-g5; la mejor defensa es el ataque, así yo deje espacios.

-11.Ag3, mi rey está protegido, el tuyo no Satán.

-g4; estar muy protegido es una debilidad grande. –Dijo tranquilo.

-12.Ce5, vas por malos pasos, –dije al ver mi ventaja posicionalmente hablando.

-Cbd7?; no soy leal, he abandonado al peón en g4, puedes comértelo o matarlo, y tendrás una pieza de más. Sabiendo que desde que engañé a Eva y Adán en el jardín de Edén, siempre he estado en inmensa desventaja.

Estuve un buen rato meditabundo con mis dos manos agarrando mi cabeza. Los codos estaban pegados a la mesa de bermellón, y me parecía muy extraño que Satán me diera tanta ventaja. Al ir saliendo de la apertura, y entrando al medio juego, se me metió en la mente que debía sacrificar un caballo para poder atacarlo y darle mate sin clemencia, pero tenía miedo de cambiar ese caballo por un peón, porque después, Alejandro Magno encontraría contrajuego, y neutralizaría mi ataque. No tenía ganas de sacrificar ese animal con su jinete en el lomo, hasta que recordé como los israelitas del antiguo testamento sacrificaban ofrendas. Como lo estipula Levítico capítulo IX así:

¹ En el día octavo, Moisés llamó a Aarón y a sus hijos, y a los ancianos de Israel; ² y dijo a Aarón: Toma de la vacada un becerro para expiación, y un carnero para holocausto, sin defecto, y ofrécelos delante de Jehová. ³ Y a los hijos de Israel hablarás diciendo: Tomad un macho cabrío para expiación, y un becerro y un cordero de un año, sin defecto, para holocausto. ⁴ Asimismo un buey y un carnero para sacrificio de paz, que inmoléis delante de Jehová, y una ofrenda amasada con aceite; porque Jehová se aparecerá hoy a vosotros. ⁵ Y llevaron lo que mandó Moisés

delante del tabernáculo de reunión, y vino toda la congregación y se puso delante de Jehová. ⁶ Entonces Moisés dijo: Esto es lo que mandó Jehová; hacedlo, y la gloria de Jehová se os aparecerá. ⁷ Y dijo Moisés a Aarón: Acércate al altar, y haz tu expiación y tu holocausto, y haz la reconciliación por ti y por el pueblo; haz también la ofrenda del pueblo, y haz la reconciliación por ellos, como ha mandado Jehová.

⁸ Entonces se acercó Aarón al altar y degolló el becerro de la expiación que era por él. ⁹ Y los hijos de Aarón le trajeron la sangre; y él mojó su dedo en la sangre, y puso de ella sobre los cuernos del altar, y derramó el resto de la sangre al pie del altar. ¹⁰ E hizo arder sobre el altar la grosura con los riñones y la grosura del hígado de la expiación, como Jehová lo había mandado a Moisés. ¹¹ Mas la carne y la piel las quemó al fuego fuera del campamento.

¹² Degolló asimismo el holocausto, y los hijos de Aarón le presentaron la sangre, la cual roció él alrededor sobre el altar. ¹³ Después le presentaron el holocausto pieza por pieza, y la cabeza; y lo hizo quemar sobre el altar. ¹⁴ Luego lavó los intestinos y las piernas, y los quemó sobre el holocausto en el altar.

¹⁵ Ofreció también la ofrenda del pueblo, y tomó el macho cabrío que era para la expiación del pueblo, y lo degolló, y lo ofreció por el pecado como el primero. ¹⁶ Y ofreció el holocausto, e hizo según el rito. ¹⁷ Ofreció asimismo la ofrenda, y llenó de ella su mano, y la hizo quemar sobre el altar, además del holocausto de la mañana.

¹⁸ Degolló también el buey y el carnero en sacrificio de paz, que era del pueblo; y los hijos de Aarón le presentaron la sangre, la cual roció él sobre el altar alrededor; ¹⁹ y las grosuras del buey y del carnero, la cola, la grosura que cubre los intestinos, los riñones, y la grosura del hígado; ²⁰ y pusieron las grosuras sobre los pechos, y él las quemó sobre el altar. ²¹ Pero los pechos, con la espaldilla derecha, los meció Aarón como ofrenda mecida delante de Jehová, como Jehová lo había mandado a Moisés.

²² Después alzó Aarón sus manos hacia el pueblo y lo bendijo; y después de hacer la expiación, el holocausto y el sacrificio de paz, descendió. ²³ Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de reunión, y salieron y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo. ²⁴ Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros.

Y Hebreos X (12-14) que dice de esta manera:

12 Pero éste, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio para siempre, está sentado á la diestra de

Dios,

- 13 Esperando lo que resta, hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies.
- 14 Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los santificados.

Al recordar esos pasajes bíblicos que Dios, en Su Santísima Sabiduría dejó siglos sobre siglos, daba posibilidades para el perdón de los pecados mediante sangre de animales, pero había un sacrificio que abolía degollar esos animales, y era el sacrificio de Su Hijo Amado, que por la sangre derramada en perfección, borró las huellas del pecado salvando la humanidad del grave error que Adán había cometido.

-13. Cxf7, si no hay sacrificio, no habrá victoria. Jesucristo murió colgado de un palo por amor a los seres humanos. Espera la venganza por parte de Él, porque tú lo has vituperado. Todos los justos se llenarán de regocijo al sentir la nueva venganza que está a punto de llegar. –Dije feliz al ver que tenía la partida en mi bolsillo.

-Rxf7; es verdad que en las escrituras aparece que Jesucristo me apabullará, porque puedo recordar lo que Dios me dijo en el Edén: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la descendencia de ella. Él te magullará en la cabeza y ti le magullarás el talón”.

-14. f3, sintetizando tu expresión, la enemistad es entre tu descendencia y todos tus perversos aliados; y la descendencia de Dios. Cuando dices: “Él te magullará en la cabeza”, significa que Jesucristo te destruirá para siempre, y eso aún no ha ocurrido, pero está muy cerca. “Y tú le magullarás en el talón”, hace referencia cuando tú hiciste sufrir al Hijo de Dios y lo humillaste en grado cabal. –Expresé esa idea según mi ignorancia.

-dxc4?; no me repitas lo que ya sé. –Dijo Satán con voz de Magno.

-15. Axc4, se acerca a lo lejos tu muerte.

-Db6; Mi ataque es en vano. –dijo él con rabia.

-16. b3, te estoy apabullando. Ya nada podrás hacer Satán.

-Re8; es mejor huir el día del juicio. Pero, ¿a dónde?

-17. fxg4, no te esmeras en cuidar tus almas.

-Rd8; por tanto vagar la tierra, ya no sé para dónde coger y correr.

- 18. Cb5, Satán, creo que te parqueas muy mal en los escaques.**
- a6??; No me vas a matar en esta partida, no me darás jaque mate.**
- 19. Ac7+, sin tu dama estás perdido, pronto la reina de los cielos va a desaparecer. –Dije alimentando una posición de ensueño.**
- Dxc7; no digas nada, tu lengua te puede hacer perder joven.**
- 20. Cxc7, jajajajaa, estás muy, muy mal Satán.**
- Rxc7; aún sigo luchando. Sé que no me darás jaque mate.**
- 21. Axe6, yo pensaba que jugabas mejor.**
- Cf8; estoy jugando a mi manera. –Replicó él.**
- 22. Tc1+, un mensaje de alerta para tu rey... negro.**
- Rd8; no me puedo hallar perdido con mi ejército negro.**
- 23. d5, todos tus caminos están bloqueados Alejandro Magno.**
- Cxe6; jamás me harás jaque mate, –dijo Satán con gesto seguro.**

Después de analizar la posición, noté un jaque mate en cinco jugadas: (24. Dxe6+, Re8; 25. Txf6, Axf6; 26. Txc8+, Txc8; 27. Dd7+, Rf8; 28. Df7++). Tan pronto lo descubrí, la lámpara de vitral cambió a una esfera de fresas que parecían estar en una licuadora, y aquel cielo artificial se movía al compás de aquellas fresas con leche trituradas que se desplazaban como remolinos en las paredes esféricas, y las pepas de esas frutas corrían a una velocidad tan burbujeante que, me estaba mareando de tanto mirar. El piso se volvió un mar paralizado, y la Mona Lisa reapareció, dejando atrás la figura de Alejandro Magno.

- ¿Por qué no juegas joven? Estoy esperándote porque mi tiempo es muy valioso. ¿Qué te pasa? Tu mirada ha cambiado.**
- Creo que no tienes nada que hacer, en cinco jugadas recibes jaque mate y es imposible que lo puedas evadir mujer divina.**
- ¿Qué quieres apostar a que no me das jaque mate? –Preguntó ella.**
- Yo ya te lo había dicho claramente Satán, o Mona Lisa, bueno lo que seas, que nada de pactos y apuestas.**
- Mira hombre, si me das jaque mate, puedo hacer que todos tus sueños se hagan realidad, serás feliz y rico y podrás tener un poder inigualable. –Sonrió La Mona Lisa.**

-¿A cambio de mi propia alma? –Dije sin titubear.

-No te estoy pidiendo tu alma, porque si me das jaque mate no te pido absolutamente nada a cambio. ¿Por qué no apuestas? Sólo hazlo joven aún. –Su voz se volvió más amable.

-Insisto, mi alma solamente le pertenece a Dios, yo no soy nadie para jugarla como un juego de cartas sin ases. Además, tú no me dices a cambio de qué, o qué te doy yo, en caso que no te pudiera ganar.

-Tu como siempre tratando de inferir regularmente bien. SI, ES TU ALMA LO QUE YO QUIERO DE TI, simple mortal. Mira, deduce una cosa, tú desde que has estado aquí, has dicho que el bien me ganará, y me acabaste de decir que en 5 jugadas me harás jaque mate. ¿Qué tienes que perder? ¡Nada es nada! Si me das jaque mate, no perderás tu alma y obtendrás todo en un determinado tiempo productivo como un faraón, pero debes hacer el pacto conmigo ahora mismo, porque yo no veo ningún acortamiento en la partida.

-Lo siento mucho Satán, no lo puedo hacer. ¿De que me sirve tener todas las cosas bellas del mundo, si es evidente que se va a perder plenamente la existencia sin un ancla de esperanza?

-Qué obstinado eres querido Joe. Entonces tendré que comunicarte una dulce fea nueva acerca de tu amada Mariana, la mujer que más amas sobre la faz de la tierra. –Dijo ella riendo.

-Con ella no se meta Satán. –Le dije a la Mona Lisa con mucha rabia-, ni siquiera la nombres porque nombre tan digno no es bueno que tú lo expases, no lo hagas por favor.

-¿Todos estos tiempos no te has matado la cabeza de lo que le va a pasar a ella pronto? –Dijo a carcajadas.

La curiosidad entró en mi interior como una inyección letal. Eso de saber el futuro así como así, no me convencía del todo, pero al darme cuenta de la gran cantidad de padecimientos físicos y desviaciones síquicas que Mariana tenía, y de las veces que decía a toda hora que su muerte iba a tornarse como un sucinto verso sin poesía, me inclinaba a saber más sobre ella, pero solo por el hondo amor que sentía por mi amada Mariana. Sin embargo, según la Biblia, saber el más allá es un aborrecible pecado, y yo no podía caer en las intenciones del Diablo. Era evidente que buscaba el origen total de mi alma, y en aquel momento, sentía mucho miedo, no por mí, sino por Mariana, sabiendo que Satán lo engaña a uno como quitarle un dulce a un niño. No obstante, Mariana tenía una penosa enfermedad y yo quería que estuviera bien, porque ella a veces se desesperaba al decir: “¿Por qué yo no soy una persona normal?” Entonces, yo trataba

como pañitos de agua refrescante, darle mucho ánimo y aliento para que siguiera adelante. Siempre me decía que la muerte estaba tan cerca y que sus padecimientos a veces le ganaban la batalla, al engendrar la idea de que no iba a aguantar más.

-Cuéntame Satán, cuéntame sobre mi novia, te digo que lo hagas ahora mismo, -dije deprimentemente.

-¿Estás seguro? Las pésimas noticias son mi inspiración. Pues bueno, ya que tú insistes, yo no te obligo. Mariana morirá en 5 días y tus planes quiméricos de matrimonio, de tener un hogar feliz, de concebir dos hijos hermosos y criarlos bajo el halo del amor, serán una sorda esperanza para que vos te alejaras de los densos muros depresivos de la soledad. Te propongo lo siguiente: si me das jaque mate, haré que Mariana viva hasta la vejez, pero si tú no me das mate, TU ALMA SERÁ TOTALMENTE MÍA, ¿qué dices joven aún?

-Yo la amo, yo la amo. -Dije llorando sin consuelo-, si ella llegara a morir, yo también me muero. Gracias a Mariana, he vuelto a gladiar, para que el guerrero de la muerte no me coja descuidado, he vuelto a ver el cielo azul que lo veía negro, he vuelto a ver el mundo de la dulzura y el pan del perdón. Ella me enseñó a guardar y atesorar la luz del sol sobre mi corazón, con los acordes de su corazón inocente que estaba congelado en hidrógeno. He vuelto a creer en mí mismo y he vuelto a reforzar mi fe, y no podría respirar el viento nunca jamás, si ella se desplazara al mundo de los muertos. Te hago el trato sin inquirir ante la Santidad de Dios, porque sé que esto está mal hecho. No quiero traicionar vilmente a Dios, pero por ella estoy dispuesto hacerlo. -Hice una honda pausa-, acepto el trato.

Los labios de la Mona Lisa se extendieron en son de victoria. ¿De qué me podría preocupar si en 5 jugadas ganaba la partida? Y si Mariana es mi esperanza, no me importan las consecuencias si puedo llegar hasta los cabos de la vejez con su aliento suave y sincero de su boca, agarrando su mano derecha con mi mano izquierda y que se arrullen juntas para que jamás se puedan soltar, como un lazo afecto irrompible. Todo estaba bajo control, eso era lo que yo creía.

-24. Dxe6+, espero que cumplas tu palabra ángel de luz opaca.

-Re8; trato es trato, y ya me diste tu palabra.

-25. Txf6, nada te puede salvar ahora.

Una risa macabra de la Mona Lisa empezó a cambiar la atmósfera licuada de pepas espumosas de fresa en remolinos, por una telaraña negra, y detrás de ella, unos feos fantasmas grises se reían fastidiosamente. ¿Qué había pasado? El piso se volvió un mar de lodo, y las figuras del ajedrez tambaleaban como si se fueran a caer.

-Declino. –Dijo Satán sin dificultad y muerto de risa, mientras él acostaba su rey sobre el tablero-. Declino, ves que no pudiste hacerme jaque mate.

-¡Pero si me has engañado vilmente Satán! ¡Eso no vale! –Dije sorprendido porque su artimaña fue la invención más infame que yo haya tenido.

-Pacto es pacto Joe idiota, y ya como eres propiedad mía, recibirás de bienvenida una terrible y succulenta golpiza.

La lámpara de vitral volvió, pero con los colores rojo, blanco y negro en pedacitos rectangulares, y con óvalos en cada secuencia de formas. La Mona Lisa se derritió ante mis ojos de susto y quedó el mismo ser negro que estaba en las montañas rojizas. Luego, la cara de Satán cambió, y se transformó de nuevo. Su cabeza era como una estrella de 5 puntas, y su cuerpo como el de un toro humanizado que lo acompañaba el terror, y de la parte más alta de la lámpara, se cayó un vidrio semejante a una espada, entonces Satán se asió de aquel vidrio y ágilmente comenzó a cortar mis piernas y brazos, mientras me inundaba de miles y miles de puños y patadas por toda la humanidad. Entonces perdí el equilibrio y caí boca arriba sobre el lodo, y él sin piedad me golpeaba sin cansancio, mientras que yo me cubría el rostro porque me estaba desangrando. No sé de dónde saqué fuerzas, me levanté y corrí como 5 interminables millas, hasta llegar a un extremo de la lámpara circular, y de un nudillazo, con todas las fuerzas de mi alma, saqué a volar un pedazo de vidrio que estaba pegado con soldadura, y al salir de aquel sitio, desperté...

... Respiré profundo, que suerte tan grande, yo pensaba que todo eso era real. Estaba en el cuarto, acostado en un estado de total debilidad. Esperé como 20 minutos para relajar mis extremidades que se negaban a mover. Una voz dentro de mí, decía que tenía que verme en el espejo. El teléfono empezó a sonar, y aquel ruido alteró más los nervios. Al levantarme de la cama, me sentía algo frío, con algo de LODO y una rara humedad salía de mi nuca, espalda y

glúteos. Prendí la luz, me miré en el espejo, y un grito de indignación burbujeó en mis labios, porque estaba sangrando por la nariz pero no sentía aquella sangre, y mis ojos estaban negros. El teléfono seguía sonando, mientras me despojaba del pijama que estaba untado de LODO, y todo el cuerpo estaba con pequeñas cortaditas, y los huesos parecían triturados como si alguien me hubiera hecho polvo. Afortunadally, los dientes estaban en su lugar. El teléfono aún seguía sonando, mientras que yo seguía dentro del espejo con cara de incrédulo. Con pasos ciegos, me dirigí a la bocina, la levanté y, al contestar, una voz juvenil femenina y pasada por mucha tristeza me dijo que Mariana había muerto en la madrugada, y no solamente ella, sino que también habían muerto mis recuerdos y toda mi lógica. Ahora estaba atrapado en la parte del mundo extenso de la amnesia y jamás logré salir.

PSILOCIBINA EN EL SESO... COMO MANTEQUILLA UNTANDO EL PAN...

It's not enough. I need more. Nothing seems to satisfy again. I don't want it. I just need it. To breath, To feel, to know that I'm alive. Finger deeper in the borderline, show me that you love me and that we belong together, relax, turn around and take my hand. A song called Stinkfist-Tool.

El guerrero soñador en los cirios del cansancio, se junta con el sol mirándose en el espejo de los charcos que ignora las lágrimas del firmamento que han sido rezagadas cuando la necesidad se arrima, así que se rasga tensamente el matiz clandestino de las acciones de un demente.

FUNGUS FOREVER.

Aquí se pierde el tercer rectángulo...

4

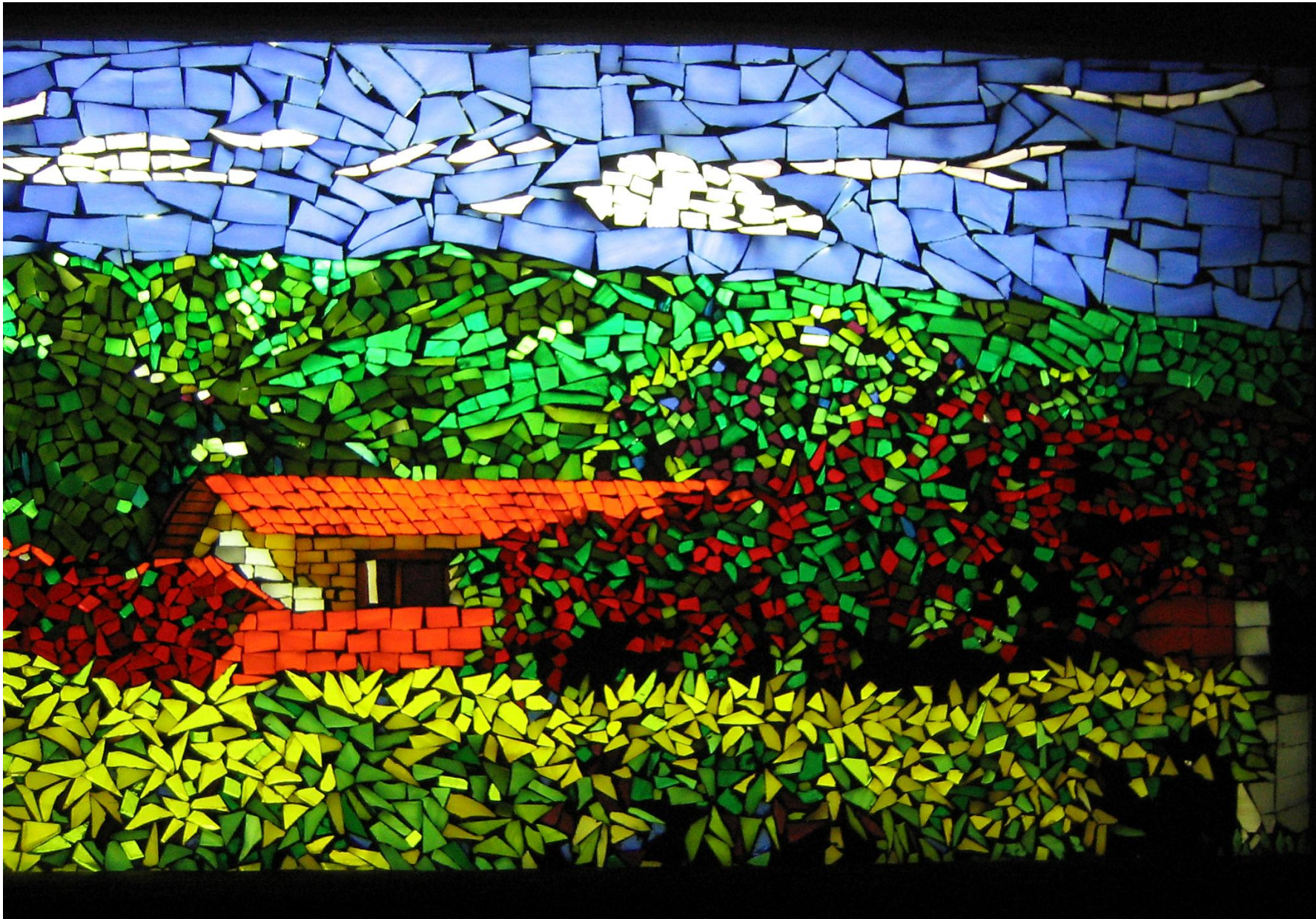
Disarm you with a smile and cut you like want me to
Cut that little child, inside of me and such a part of you
Ooooh, the years burn. I used to be a little boy
So old in my shoes and what I choose is my choice.

Smashing Pumpkins, Disarm.

Oh simple thing where have you gone,
I'm getting old and I need something to rely on
So tell me when you're gonna let me in
I'm getting tired and I need somewhere to begin.

Keane, Somewhere only we know.

Inmersión de letras como un remedio a los constantes dolores coyunturales mentosos en distractores d'empanizada soledad familiar.



-¡Alguien está chuzando las palomas y me quiere chuzar a mí también! ¡Quítenmelas de encima! ¡Me están punzando! ¿Por qué las molesta? ¡Algo agudo tiene su mano! ¡Por favor, húrtenle el puñal porque me van a trozar las entrañas!, ¡Quiero gritar más fuerte y no puedo! ¡Mis gemidos son ignorados! ¡Ayúdenme! ¡No me dejen ahora solitario con este cúmulo de sangre empañetada sobre el mantel! ¡Más palomas caen al suelo inerte con sus patas retorcidas! ¡Eran 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128!... ¡Mi sala está repleta de ellas y aletean muy rápido en mis oídos!, ¡No fastidien más! ¡Aléjense de mí! ¡Quítense de mis pies, de mi cuello! ¡No me hagan daño! –De esta manera, Don Elías gesticulaba en gritos de garganta rasgada, la secuencia atemporal que le ocurría repentinamente-; ¡Todo quiero menos morir desangrado! ¡Eso jamás!

Aquella flamante tarde del 86, Don Elías sin más energías cayó sobre sus rodillas. El verano era tan limpio que se lograba raptar por la ventana y refrescaba con su tierno olor los espacios

trasnochados de la casa añeja y misteriosa, donde los vecinos soñaron alguna vez tener un breve rato de acceso pero nunca lo obtuvieron. Había cierto tipo de curiosidad esculpida en aquellas dos gentes d'en rededor por espiar las paredes de grueso barro fundido, d'examinar los pasadizos subyacentes, de abrir las puertas y experimentar el despojo razonable, para luego salir al Jardín inexplorado y rumorado como precioso por la extraña posición geográfica, de visitar los cuartos enigmáticos y llegar donde colgaba una ventanita de madera de 60 x 60 CMS, con un espesor de oscuridad sobre oscuridad en natas, de eterna oscuridad sobre tinieblas toscas y ovilladas, de enterarse de anchas irregularidades que circundaban en un par habitantes. Era un hecho que había extraños rumores, pero nadie tenía la osadía de averiguarlo, había un profundo interés insano por interpretar signos opados, para luego divulgarlos con las amplificaciones y campos de resonancia exagerada. En definitiva, las masas rondaban con un innato peso de saberlo todo, figoneando y repelando sutilmente como un fantasma ronroneando a través del barro y la guadua.

La nieta de Don Elías no comprendía en absoluto los gemidos disonantes y alterados de su asustadizo abuelo. No obstante, abrió su boquilla y con una sincera inocencia sarcástica dijo:

-Abuelito, aquí en la sala no hay palomas. Las ventanas están de par en par abiertas. La mesa con el sucio mantel a cuadros está vacía y tú estás completamente solo conmigo.

Las palabras clarividentes de la niña emitieron un total declive, fueron dichas con un tono pulcramente correcto pero él no las degustó y como un yelmo desolado, los neologismos evacuaron hacia el exterior sin rumbo fijo. Las persianas anaranjadas parecían dos senos gigantescos al contacto ardiente del viento errante y la luna de huesa ternura pasaba desapercibida y perdida sobre el cielo de bermellón helado. El incienso que destilaba la cochera de marranos se embutía por la ventanita de madera. Don Elías encontró sosiego abrupto con los perfumes del estercoladero y al notar su postura arrodillada intentó controlar la delicada situación porque la niña atisbaba sus orbitas con extrañeza hacia él. Entonces, se puso de pies, alargó su mano y asió la cabeza de su nieta. Sus dedos se perdían en la pueril cabellera y la calma indescifrable erizó el pensamiento de ambos. No había raciocinio insoportable ni argumentos sólidos por temer. Cesó de acariciar a la nieta y sin comprender lo que había acaecido minutos a priori, salió disimuladamente de la casa, caminó unos cuantos metros, se

detuvo parsimoniosamente, miró atrás como la mujer de Lot pero no se transformó en una estatua de sal, y su vista pegajosa dejó de parpadear. No era su cuerpo un bulto de sal pútrida, ni la muerte lo había apergollado, no, nada que ver. Era simplemente la imagen del techo embalsamado que le gravitaba un recuerdo de su juventud que no recordaba. Sí, claro, intentaba por todos los medios rebobinar con lógica inconsciente la sensación que le hacía evocar teja por teja, calzada por calzada el culto oscuro de años atrás. Columpió su pescuezo como si asintiera una negación, arrugó el rostro cundido de machetazos causados por los cuatro pares de decenios y actuó extrañado de sí mismo por desplegar tonterías enrolladas. “No tengo derecho a pensar lo que ya he sentido”, -Decía severamente mientras brotaba en él una tímida sonrisa.

Eliana congelada por la incertidumbre paseaba por los cuartos como tratando de buscar una razón concisa y válida ante la escasez de abundancia que deambulaba muy dentro de su mentalidad dual. “¿Quién podría lastimar al abuelo?”. Esta pregunta la asombraba, sabiendo que no había ningún intruso, ni bichos volando, nada. Después de algunos intocables instantes, ella misma atravesó el jardín y se miró de soslayo al pozo. Su reflejo era nítido y de fondo en las alturas, el cielo diáfano asomaba los tendones de añil anomalía, haciendo como una especie de marco artístico fingido. Con las palmas de las manos agitó el agua y mojó con forzado ahínco sus ojos emperlados. “¿Será que me estoy quedando ciega?, ¿por qué mi abuelo ha visto cosas que mi ojo no se deleita en ver? y ¿por qué yo no puedo estar metida en sus ojos y ver con lupa lo de adentro indescifrable y lo de afuera que no perdura? Si mi la-t-ido amor hasta él me lo permitiera, creería que las preguntas se desenredarían. Los asuntos personales no son nada fáciles. Si mi abuelo se comporta así, habrá una no específica razón para ello”.

El perro del abuelo dormitaba con las patas cruzadas y el hocico tenso. Había tenido un bacanal grotesco la noche anterior y ante el cóctel de ladridos y una que otra mordedura, tomó la iniciativa de no acompañar a su amo camino al rebaño. El día se prestaba coordinadamente para un chapuzón de quietud. El perro criollo e igual de ordinario a su dueño, ya al dar hacía la fría luz del crepúsculo, despertó, y con la vista borrosa buscaba a la nieta. El animal estaba tan viejo que se estaba pelando y los pelos flotaban por el piso siempre sucio; su figura de años atrás remarcaba un aspecto desfigurado: tenía joroba de acordeón, tan solo tres puntiagudos dientes inferiores, las cataratas le habían inundado las pupilas cortantes, y constantemente se estrellaba contra las paredes, rocas gigantes y árboles. Dichos padecimientos eran exclusivos de

su compartida decrepitud. Sin embargo Chamuco (así era apodada la criatura), desde sus épocas de cachorrito hasta el día de hoy, padecía de unos extraños ataques, como si quisiera dar zancadas hacía arriba, indagando a las nubes, porque cuando quedaba absorto por los furtivos brincos que daba, se caía y se hacía un terrible daño contra las piedras. En dos ocasiones se fracturó una pata y Don Elías lo curaba rematándolo con nobles caricias a pura punta de pata. “Chamuquin, ya somos viejos y nada podemos hacer para rejuvenecer. Toca esperar a ver quien estira la pata primero”. -Ronroneaba Don Elías disertando un concepto lógico en competencia.

Don Elías como descuidado pastor de ovejas pensaba en aquel momento en su desaparecida esposa, correctamente bautizada Dolores, una señora de 1.40 cms de estatura que siempre vestía prendas negras y lucía un sombrero encintado con un rojo picho fruta. El viejo con un palustre en mano movía al rebaño a un lugar mejor con el fin de evadir el estigma de su esposa, para desdibujar su silueta que martillaba su mente iracunda, para evadir su voz tostada y disonante, pasar por alto el conjunto posesivamente noble de ella, y que él efectuaba bajo cualquier tipo de capricho en contra de su reticente voluntad. El abuelo estaba que ardía en cólera, al ser consciente que ella no estaba más con él, y él ya no tenía a quien alimentar de golpes para poder sanar sus propias heridas. Cada nudillazo que le descargaba a sus labios féminos, cada lanzamiento de patadas de mula al vientre dejándola sin aire, era el reflejo latente del ejemplo sagrado que fue inculcado por su antiquísimo padre. La sinfonía genética no miente. Llevamos miles de años transmitiendo un algo, como si fuera corriente eléctrica respecto a nuestras enseñanzas de origen sicológico. Unos golpean con sus brazos lección sobre lección, mientras que otros apabullan con palabras y justifican con sumidas mentiras su forma “correcta” de dar a luz un dolor re-pri-mi-do, q’ en ocasiones aparece y sin desearlo, destruye la inherente sensibilización que por lógica se debería tener. Por tanto, “transmitir” no es útil ni pa’un lado ni pa’l otro. Luego, ¿para construir una casa se transmite el conocimiento para hacerla? Se construye con técnica, gracias al ingeniero que anida unos planos.

Dolores quedaba privada con el dulce aroma a sudor añejo y tufo trifurcado en chicha, guarapo y tabaco; cultivando hematomas y enemas para luego sentir una pasiva y extraña excitación al succionar con chupalinas sus moretones y finalmente el viejo la violaba después de tan pavorosas palizas. De pronto, los golpes eran un afrodisíaco o tal vez era algo semejante a una terapia que lo de-liberaba de tanta paz que se acumulaba en largas semanas abismales de quietud y comodidad, porque como alguna vez él mismo lo dijo: “Soy un embustero apacible

carcomido por espíritu indómito”. En efecto, no fulminaba estereotipos de remordimiento para con Dolores, Chamuco, las ovejas y el cordero. En contraposición, amaba perfectamente a la nieta, aunque para ser distinta a su género, se entendían muy bien y ella podía domar su carácter álgido, fuerte, tóxico, omnipotente.

Dolores en la mente del abuelo. Dolores del alma. Dolores del corazón. Dolores en la chiza ensopada de pus semental. Había sucesos imborrables en los recuentos de saliva y reminiscencia en Elías, y entonces repasaba el acontecimiento tejido en ventosidad más chandosa para él sin lugar a dudas. Corría el año 76. Esa noche, al viejo se le estaba yendo la mano. Dolores de negro no resistió tantas patadas y nudillazos y con la más agobiante lástima se limpiaba la fresca sangre que bajaba por la nariz y arropaba las lágrimas que salían de lo más dentro de su diminuto ser. Unas gotas de humillación y resignación, con alientos de melancolía, trozaban su piel negra. Al defenderse por sus propios medios tapaba su aporreada cabeza con los brazos y corría desesperada y ensimismada a causa del mazo que le había fracturado un par de costillas. Hoy no entiendo cómo hizo para escabullirse de las garras energúmenas del viejo. Justo hoy, la abuela de Eliana embarcaba su destino ajeno, saliendo de la casa y abandonándola del todo. No importaba la lluvia torrencial y profunda y nocturna y taciturna que jalonaba la parcela rural, no importaba la intensidad de agua que aruñaba intermitentemente las ventanas y las hacía tambalear, no importaba la tormenta eléctrica sazónada en caldos de relámpagos blancos y rayos de acero. Ya no importaba absolutamente un poco de clemencia.

Don Elías apestado de alboroto ominoso no encontraba distensión. Al marcharse su mujer, las notas fastidiosas y al extremo tensas que encajaban como un estorbo en las cuerdas secretas del pecho peludo, ya no estaban. Se decía que los gritos de ella parecían notas rasgadas, como un sol mayor maldito, como un do de pecho tenebroso y oscuro, como una elevación de cabeza desafortada, como una nota fingida de locura, como un registro para nada celestial.

El abuelo quedó abolido en pedazos de roca al tocar sentimientos estables al lado de la estufa de carbón. El calor acabó de acoplar sus ideas, mientras que afuera, el agua en su máxima expresión se diluía rugiente. Menos mal, no estaba aquella criatura y poca cosa en la cocina. Ni se hacía notar. Don Elías asimiló con suma facilidad una verdad a secas dentro de él. “Factible la mujer al dolor, nació para degustarlo pasivamente, en cambio los hombres no sufríamos tanto, o no fingíamos el asunto”. Distinguió al fuego como un amigo cercano, no lo veía como un ente inerte ni mucho menos místico, sino como a un ser que fecundaba una vida renovada. Los

chamizos que Dolores recogió toda la tarde antes de llover estallaban en sucintas explosiones y un rugido gatuno se desprendía de las llamas.

La mujer magullada rondaba a las afueras del jardín. En los fríos helajes de un casi páramo ella daba pasos errantes, se decía que buscaba algo pero no lo hallaba. Los vecinos de la finca aledaña la vieron perderse a través de los frondosos árboles. Dizque caminó durante largas horas sin destino fijo, o bueno, sí arribó a su-ya evidente destino: antes de pasar el río había una cerca con un alambre de púas empolvado de óxido, y al intentar abrir la cerca para pasar al otro lado, un rayo asió su cuerpo mojado. El sombrero dizque cayó de un solo golpe a las aguas movedizas y la corriente se lo llevó. La corriente fue un lapso para escapar de las penumbras hostiles de la vida, fue aparentemente, un voltaje certero a su ya perdida existencia. El silencio reinaba y acampaba en el diluvio divino pulmonar del viejo. Para él, la cadencia perfecta terminaba con la ausencia de Dolores. Ya podía declararse libre e independiente. “Ella” se repite como un compás roto que ha sido una polifonía, y fue una apacible certeza que, esto estuviera escrito. Toda la familia aborta inferencias respecto a su total desaparición.

De madrugada, el abuelo solitario esperaba a que se detuviera la borrasca. Uno de sus secretos traumas era el agua fría. El viejo cuando era un niño pequeño estuvo a punto de ahogarse en el pozo del jardín de la casa y como a una rata cualquiera, un primo suyo logró sacarlo con una rama de un árbol esquelético y desde entonces, Don Elías evadía lavarse con el rocío o con los reintegros del cielo atormentado. Duraba 15 días sin bañarse el cuerpo, y el domingo, como le tocaba baño, prefería calentar el agua con calderos similares a esos para pelar pollos. De modo que, al ser muy graso su cabello, no segregaba caspa sino maíz pira y la nieta le decía que poseía tanta grasa mantecosa en la porra que, sentía la tentación de verterle un huevo en los pelos para que se fritara. El viejo replicaba que los huevos no eran de óptima calidad a comparación de los que se echaba en la juventud. En fin, ya al cerciorarse de lleno que ni una sola gota caía de lo alto, y al verse; ahora sí, tan preocupado por su esposa, salió sin candelabro, con botas de caucho hasta las rodillas, con la escopeta de fisto colgando de la espalda y acompañado de Chamuco que a cada segundo que pasaba, más ciego se le vislumbraba y aunque el sentido del olfato estaba semi-tapado, esforzaba el hocico para no perderse del todo.

El perro tomó la iniciativa y apuntó al sur. El amo, iba detrás del animal de monte, esperanzado en las bondades de un rápido encuentro con Dolores. Él sostenía la plena seguridad de que ella estaba jugando a las escondidas y que su escondite era un matorral cualquiera. Supuso entonces

que al hallarla, le daría una muenda de abrazos y le comunicaría solemnemente que su presencia era irrevocable en la antigua casa. Había bastante trabajo por hacer y la carencia de sueño destartalaba ya los deteriorados sentidos, y en efecto, la mujer ejecutaba las labores que el viejo detestaba. Don Elías creía que ellas evocaban una versión antagónica en contraste con los del género dominante y fuerte. Ella para él, era como un animalito simplón que se domaba acorde a las necesidades, y se utilizaba peyorativamente de acuerdo a las circunstancias. Por estos motivos, él aterrizaba ebrio en su casa y con especial, único y loable cariño la destrozaba a golpes, la cogía de cenicero al quemarle el seno a puros tabacazos. Esos detalles de dolores a Dolores, que Don Elías desbordaba, eran la manifestación más pura de su amor, y ella entendía sin titubeos el mensaje implícito cuando sus mejillas se enrojecían a causa de las cachetadas. De hecho, su rostro siempre fue un rojo tierno, y ante tal sobrecarga de amor, sus cachetes se sonrojaban de pena tímida, y a pesar de un extraño miedo que circulaba por sus venas, se dejaba despojar de sí misma para luego entregarse como una ofrenda al placer ilimitado producto de un abuelo enfermizo y debilitado.

Ahora bien, tanto amor no fue suficiente y ella no lo aguantó más. Tanto cariño y afecto la afectó, y como norma predecible, era de esperarse que no regresaría feliz a la cama gigantesca; que no se escondería en las cobijas y no se enrollaría en ellas como culebrita, y ya muerto el frío y estando al nivel perfecto de calor, no se perdería en pasadizos de sueño al sumergirse en un inestable descanso.

El perro tambaleaba y su silueta corría como hojas muertas sobre el piso sucio. Tantos contrastes de ubicación hacían que la búsqueda se perpetuara. Cayeron fragmentos de nubes, se asomó el alba. El sol dio apertura a su zarzuela matutina. Volvieron a casa muertos de sed y salieron de ella hacia la dehesa. Cuidaron las ovejas, retornaron de nuevo al hogar desolado. Los marranos tragaron. Volvió la noche y una especie de profundo olvido embriagó al viejo porque transcurrió una eterna semana sin novedad, sin reportar su ausencia. Una semana álgida e inadaptable que no hubo ni el más superficial detalle para seguir tras un vestigio común de Dolores.

Ya sin ella, perro y amo padecieron un trance de corte normalista y simplón. La más dulce simplicidad detonaba un matiz más alegre, más tranquilo. No había nadie que molestara con problemas inventados la paz no marchita que ya sentía el abuelo. Perro y amo fueron felices sin guisar las comidas, sin lavar ropa y pelos, sin limpiar las piezas que durante años a nadie se le

ocurrió entrar ni por pura curiosidad y asco, sin organizar la cocina cuyo recinto era más de mujer que de macho, sin la necesidad de entrar al baño de afuera, si había un amplio campo verduzco para llenarlo de croissanes y parásitos enculebrados, sin escuchar los achaques de una voz quejumbrosa que no dejaba dormir plácidamente a medianoche, sin representar una porción entera de amor con repetitivos nudillazos y palazos, sin trastocar un cuerpo excesivamente caliente entre sábanas que roncaba como lanzamiento de gargajo y ronroneaba la oreja, sin sentirla berrear por causa de vainas triviales, sin tocarla y, ni siquiera evocar su presencia.

En aquel entonces la nieta estaba con su progenitora en un pueblo sin nombre, sitiado por lo alto de una filosa montaña. Apenas había doce casas con techos de aluminio, coberturas de madera fina, y no digo fina por su valor, sino por su languidez. Había tres cantinas, no de lata para verter la leche de la vaca recién ordeñada, sino un espacio donde todos los hombres se reunían a beber con amor propio unas buenas chichas, y así, evadir las miserables vidas que guardaban en sus no ilustradas mentes. La niebla blanca era una característica dominante de aquellos espacios sumidos en precipicios. Allí no había tiempo que perder, sino tiempo para desperdiciar. No abundaba el estrés de ahora. Todo era tan monótono que los habitantes se reconstruían a ellos mismos con habladerías paganas que al ser contadas revoloteaban de esquina a esquina como un hecho no ficticio. Se inhalaba niebla blanca sobre el polvo que levantaba los caballos de las desnudas carreteras y le daba un aspecto deprimentemente borroso al pueblo. La gente se perdía en ese marco miserable de añejas mezclas. Unos no salían de sus ranchos y no era por temor a un forajido, o no era por temor al temor; era por pura monotonía.

El abuelo muy esporádicamente parchaba a dicho pueblo sin nombre y no iba a buscar amigos, ni a visitar a su familia doble, solamente iba a comprar pacas de las pacas de cigarrillos, porque para él, su mundo aislacionista era básicamente los cultivos de maíz, las ovejas, los marranos de su cochera y su añeja casa, no necesitaba más. Con lana de sus ovejas elaboraba unas ruanas gruesas y pomposas para amortiguar la algidez desafiante, hacía las cobijas abullonadas y creaba un misterioso remedio contra las pulgas. Con el tocino sacaba grasa, hacía velas y fritaba las tortas de maíz en la negra sartén, armaba envueltos, ilustraba postres, liquidaba las sopas, le daba evolución al guarapo, burbujeaba un fermento riquísimo a la chicha, aquella chicha con sabor a guadua ajenjosa que le hacía engatillar una nueva euforia evidente. Hizo un horno

gigante en barro, y allí, metía comprimidamente al cerdo destripado y lo ahogaba a la sazón del fuego y leña. Con las tripas hacía morcilla de gran calidad y de vez en cuando, espantaba las moscas a puros madrazos. Si no fuera por la necesidad viciosa de amarrar a sus labios bocanadas de nubes de nicotina, se quedaría adherido a sus animales, su tierra y lo que podría producir con ellos.

A plena luz de vela, el abuelo pasaba otra incontable noche más de su vida. Dormitaba sucintamente porque poco existir le quedaba, y él era consciente de ello. A veces se asombraba de él mismo por ser un ser distinto a los demás, y de hecho, no había punto de comparación, no se podía cotejar con alguien, ni siquiera con el vecino que nunca conoció. Por ejemplo, la nieta disfrutaba hondamente de la luz eléctrica que bañaba de vida el cuerpo nocturno, de la educación que le infundía un excéntrico profesor en una escuela muy pequeña, de los jeeps que escalaban empinadas y curvilíneas sendas renuentes, del olor a aliento de cerveza qu'empañetaba todos los recintos, y de pocas hormigas de personas que hacían una cálida compañía pasiva. Dicho de este modo, ese material era lo que le ofrecía el pueblo a ella; mientras que el viejo optaba por la luz de la vela porque las sombras si eran realmente sombras y el cuarto se destartalaba en una exquisita quietud a porcino difunto, para su sensible subjetividad, eso era poético sin conocer la palabra poesía. Don Elías se sentía orgulloso de su analfabetismo, aunque para las matemáticas, ejecutaba cálculos muy certeros, (Cotejaba los comportamientos de los animales y sembraba según las fases de luna), en vez de los jeeps prefería las bestias de 4 patas, o en su defecto, andaba a pie limpio sumergido por las trochas, por los atajos que su mapa conceptual pulió por años. Todo era diferente. Prefería igualmente las conversaciones presenciales hombre a hombre y nunca habló por teléfono, y por más que trataron de disuadirlo para que usara la bocina, obstinadamente se negaba. “Es mejor ver la persona, sus gestos, su movimiento de manos. La voz por si sola se pierde y no tiene validez. Si se les da la gana me vienen a visitar partida de perezosos”. –Decía el abuelo cuando los 15 hijos suyos le aconsejaban instalar línea telefónica.

La tecnología no asombraba al viejo. En contraste, a sus hijos le parecía bueno trabajar menos y ver el mundo lo más fácil posible, por ello el afán por conseguir cada día más dinero: para alterar sus necesidades. Todos ellos vivían del comercio en el pueblo sin nombre, y la nieta era la única que iba y se quedaba con él por ratos.

Después de meses de soledad rotunda Don Elías veía como el maíz crecía. Se inundaba en la contemplación de los surcos y regocijo sentía su alma por la vida sedada, vida ocupada y solitaria que procesaba. Las ruinas imaginarias mentosas y babilónicas en la porra del viejo, demolieron sus añejas estructuras y sus despojos están allí hasta el día de hoy. Sanas contradicciones divagaban por la cabeza del viejo; ni siquiera él mismo se podía comprender ahora. La soledad era un refugio pasivo ante sus desconocidos rencores, detestaba las pequeñas multitudes y por esa razón no subía al pueblo. No obstante, le hacía falta hablar con alguien; pero él jamás lo aceptó. Él era de aquellos que se tragaba el dolor y no lo dejaba salir.

Durante cargados años se interesó distantemente de sus dos vecinos. Conocía muy bien sus rutinas día a día, y aunque nunca comunicó sus pensamientos para con ellos, ni ellos para con él, convivían en un halo de silencio y reciprocidad ignorada. Siempre Don Elías se preguntaba que pensaban ellos de él, y en el fondo de su mente infería cosas no productivas. Algunas veces sus juicios de valor le aseguraban que ellos deberían ser como los otros animales: estaban inmersos en su cuento y no salían de él. Nunca se miraron de frente ni se estrecharon palabras y manos. Aquel hombre y mujer con un misterioso hijo, parecían ser otra clase de rarísimos seres. Otro color de piel los poseía, alta arcunia se delataba en sus rostros de piedra, un porte exquisito se descifraba en sus cuerpos, vestían de un modo incomprensible a la realidad del abuelo y esas diferencias eran tajantemente un muro entre el viejo y sus vecinos.

Temprano en la mañana, Don Elías, desinteresado en sus pocos pero sólidos y repugnantes problemas del alma, salió de su casa enfocado en desenfocarse del carril de sus mismos pensamientos. Nubes envenenadas de alquitrán envolvían las paredes traseras del cielo. El silencio como un aguacero de palos caídos, dominaba con demencia indómita los límites de porción de tierras al alcance del viejo. El cínico frío dopaba los espacios de un aroma picho e improductivo. Adormecido con su contraproducente soledad, acariciaba palos de maíz con manos empapadas de miedo y guiaba a similar sendero a sus ovejas sin fe, y allá en el jardín, desdoblaba su rostro estremecido por las grutas alcalinas del tiempo. El ruido más diminuto se había ido, tanto era la magnitud, que los oídos del viejo escuchaban el canto de piedras rojas montañosas escondidas en lo más profundo de su conciencia. Un temor depravado lo empataba porque si la naturaleza estaba en un seria recesión de perturbación, él estaba en una lucha desabrida contra una renovada, seca, fresca e inexplicable tristeza que se topaba a pulmón abierto oculto con un yelmo infracturable, con una cota de malla impenetrable a los proyectiles

y flechas más potentes. Tenía ya la partida perdida antes de jugarla, ya no podía escaparse de las celdas de escaques de los cuales ya estaba pre-destinado con el molde encadenado de adedina-tinina-guanina y citocina; ya estaba completamente abrochado. Por más aguerrido que hubiera sido, la pasiva guerra fría lo hacía rendirse ante uno de sus tantos enemigos deshollantes, uno que salía en escena de vez en cuando con fuerza: La depresión.

El viejo temblaba rítmicamente. Él sabía consecuentemente que al estar poseído por el demonio de la depresión, era factible que otros demonios lo arrastrarían así como cuando se desmigaja una gran montaña y arrasa con todo. Su rostro lleno de puñales invisibles por los años, cambió su estructura in so facto. A veces parecía un infante con ojos desorbitados de mentiras y al rato, sus pupilas circundantes se aguzaban y una temible facción de hielo e infecciosa beligerancia, engallaban su frente d'elefante, sus cejas de águila, y la mandíbula se apretaba de esquina a esquina como si la cara se fuera reventar repulsivamente de un iracundo asco. Así, concisamente se observaba él mismo sobre el pozo trémulo. Luego, del suelo agarraba una piedrita y con ella se frotaba un brazo hasta que gradualmente brotaba sangre terruna, e intentaba calmarse de esa manera, aunque era imposible porque pensaba que unos desgraciados hombres malvados emboscarían su actitud d'escape y lo atraparían en el jardín, atándolo de manos y pies, y lo zambullirían al pozo con un mazo pegado al pecho. Emulsionó la situación tan real que, se resguardó prestamente a su casa, cerró las puertas repetidas veces, selló las ventanas con el pegamento de sus dedos amorcillados y como en un sarcófago, se resguardó fastidiosamente a la cocina.

La nieta no estaba con él. La estufa de hierro helado y cenizas muertas. Las tinieblas condensadas de un macabro brillo opaco. La desesperanza. El aturdimiento giratorio. Las complicaciones sin solución líquida, sopera, mazacotuda. Dolores aparece ante la presencia de su esposo. Ella está sin vida pero anda tejida con su vestimenta que no era de campechana común, sino que le colgaba un ropaje de aquellos muy utilizados en las familias pobres del siglo XVII. Delicadamente, ella se sentó en las piernas inservibles del viejo, y él sintió una álgida masa sobre el gatillo de su pavo-r enruletado en impotencia y ensimismamiento.

La corporeidad de Dolores era un lunar verde asqueroso que contrastaba con su respetuoso sombrero negro, cuencas desorbitadas enruladas y piel carnosa de aguacate. Don Elías, (aunque quisiera), no tenía cabales, dominio y poder alguno para moverse; y como una roca rota, trataba de no engullir más miedo, del cual, había metido tanto de él en su corazón afiebrado en una

dulce taquicardia, que no tenía otra salida indeleble y concisa para safarse de aquel tormento que lo estaba ahogando. Ella se puso de pies, incrementó el fuego amontonado en la estufa, afinó una carcajada de diáfana opresión y gritó en registro "Demon Voice". Al rato, dejó de moverse, y congelada, ignorando las llamas temblorosas, miraba sin mirar al viejo con un matiz desaliñado y desafiantemente profundo, como una obra de arte desconsonante pegada detrás del lienzo. Él, bien saturado y tolerando la incómoda compañía, desplegó unas gotas de distante vitalidad y, como una marcha recursiva de noble de-función, salió con pasos de-formes de su fin-ca. Ella, a tres metros de distancia, como una sombra espesa de pesadillas leves, lo perseguía.

Montañas abismales desfiguraban la realidad distorsionada. El manto cardinal del "Pas blue ciel", pregonaba un color francés acecinado. El embate del viento a sorbos fríos cortab'a espadaos cualquier tipo de inhalación. La hierba en el piso se mecía tré-mula ante los vapores turbios que se liberaban de los poros apiñados de la fértil tierra. Los amplios espacios no lo eran. No había una treta más saludable que es-capar; sí, el viejo lo creía ilusionado. Era prácticamente safarse del candado de su men-te y desdoblarse d'ella. Era, poseer inmunidad sal-vaje para controlar su embustería visual, sensitiva y auditiva. Era la era verdad-era y durad-era que debería encarar así no tuviera la distinción de hacerlo por sí sólo.

Don Elías desplazaba su temor metamorfoseado hacía un punto de espera-nza: sus vecinos. Tal vez, al entrar abusivamente a la casa de ellos, podría mitigar sus temores y de paso, despojarse del "zombie" que amplificaba su siamés sombra. La paranoia carcomía a martillazos la espalda de acero del abuelo. Entonces, él mismo se hallaba enclaustrado en una especie de laberinto parsimonioso.

Un muro de collar amarillo de rocas pendía de frente. Sin ganas de nada, el viejo empezó a trepar a media destreza, roca a roca. Violó el límite, dio media vuelta y cayó al otro lado de las tinieblas di-men-Zion-ales. Se hirió el costado con un palustre. Por más duro que fue'l golpe, no hubo muestras de dolor. Todo estaba perfectamente oscuro, hasta lo más específico. Lo único que podía dilucidar nítidamente era la silueta entera de Dolores encima del muro, mientras escuchaba como una música desastrosa el aleteo de muchas palomas que por fortuna no veía.

El portón estaba abierto y la hierba parásita dominaba la entrada. Matas de lulos venenosos con hojas espinadas rosaban la piel cuerina del viejo que tropezaba con dentales alti-bajos de barro fundido en la suela del zapato.

Una traicionera o bendita laguna inundó el seso ya agotado del abuelo. Cuando él pudo entretejer sus recuerdos, se hallaba frente a una enorm'estantería, corpulenta ella y abarrotada de libros añejos de polvo. El frío sol de la mañana asomaba su candente luz. Eventualmente se dio cuenta que estaba en uno de los cuartos de sus vecinos. Corrió pensando que ellos estarían allí y que de pronto, lo podrían ver como a un ladrón, pero vaya sorpresa al darse cuenta que no había nadie, ni él mismo estaba graduado en sus cabales. Después de tantas horas carcomido por el pavor tangible, degustó una dulce tranquilidad, y pensaba dentro de sí, que no la había sentido en años. Fue como una cura pre-cedida por la nada, que recomfortaba su destartalado ánimo.

Nunca en su vida había visto una casa tan rigurosamente organizada. Todas las cosas correspondientes descansaban en su sitio sin alteración alguna. Había seis cuartos con sus camas pulcramente tendidas, armarios con ropa puesta del color más claro al más oscuro, de los cuales un lado estaba con un trancón terrible de libros y el otro; tediado d'erramientas que desconocía. El comedor era un pedazote rectangular de madera fina inundado de polvo sobre polvo. Tuvo curiosidad de tocarlo, pero como si éste estuviera maldito, no lo hizo. Le echó un vistazo a la cocina, al baño, luego se sentó toscamente en un sofá de la sala y se dispuso a ver esos incomprensibles cuadros que colgaban con una desafiante y dañina belleza. El sueño lo atacó y el agotamiento lo neutralizó. Ya no quería moverse más.

Al despertar salió de allí con una enigmática felicidad. El lugar era sosteniblemente amañador. Saltó el muro, y en la libertad de su albedrío, modificó el trabajo de sus parcelas, dio de beber a las ovejas, dio un hueso pelado a Chamuco, recaudó buen maíz, hizo tortas fermentadas, molió el alimento de oro con sus muelas, bebió agria chicha y para ahondar aún más su regocijo, su nieta había llegado a brindarle cal-u-rosa compañía después de agotadoras semanas de yo con yo en otros inexistentes capítulos de pesada y seria soledad.

La nieta al verlo con una sonrisa cautiva lo perforó de besos y abrazos, lo consintió con sus manitos juguetonas, se sentó en sus antiquísimas piernas y se perdieron sedientamente en el útil y pueril mundo del juego.

Ya de tanto reír y bailar a 20 dedos; la nieta habló tendidamente con su abuelo. Decía ella, que el pueblo X era muy acogedor, no por el sitio, sino por su gente. Ellos eran amigables y comedidos. Sin embargo, lo que más le había gustado era la forma colectiva como le enseñaron a leer y escribir de mano con las operaciones básicas. De hecho, ella abrió el libro de cuentos y leyó

Caperucita Roja en voz alta. El abuelo escuchaba atentamente no cada palabra; sino cada idea que se deshilachaba vertiendo un peligro latente, entonces él denotó identidad con la niña roja; y como niño pequeño antes de irse a dormir pidió más cuentos, que él escuchaba con agrado porque la impostación pulmonar de la nieta era puras melodías de ángeles.

Muchas noches nieta y abuelo pasaban edificando el mismo plan. No obstante, cuando terminó de leer todos los cuentos, el abuelo con más ímpetu que pena solicitó a la niña que le enseñara a leer. Ella, sin decir si o no; sacó su cuaderno y allí estaba trazado el abecedario. Entonces, la nieta le señalaba la letra la "a", y la articulaba verbalmente, y el viejo la repetía. Seguramente ocurrió así con el resto de las letras pero siempre con un ejemplo abordado a la realidad circundante de por medio: "m" de maíz; "o" de oveja; "c" de casa; "p" de perro, etc. El viejo estaba nervioso y emocionado al mismo tiempo, pero presentaba un detallado interés por aprender la dualidad de sacar signos del papel o meterlos. Ya con ansiedad evidente, el asió la pluma y transcribió el alfabeto con sus garabatos, fue realmente muy lento y entretenido realizar tan noble tareilla. Eliana no podía creer lo que estaba viendo, y además, ¿por qué tantas ganas de leer? En el pueblo, las personas adultas analfabetas decían que estaban muy viejos par'a-prender; qu'era una tarea para sus hijos pequeños con el fin de ir a la ciudad, conseguir dineros y no dejarse estafar. No era una distracción sino una obligación, y en la paz del campo, una sobrepresión recaía sobre el único professeur, y el profesor construía cimientos firmes, descifrando acertijos contundentes de conocimiento, u-nido a'tajos de aprendizaje, utilizando pro-cesos de sin-tesis y daba energía a los libros más compatibles par'ahondar la luz seca de los alumnos. Desde luego, la nieta tenía claro esto; aunque no era suficiente. Había varios compañeros que no comprendían todo lo que el maestro daba rumiado. De hecho, era para ella incomprensible que el res-to de alumnos no marchaba concretamente ante la preparación elaboradamente sencilla que él impartía. De todas formas, ni con la paciencia del preceptor, los estudiantes no aprendían de una voz multitonal y menos aún lo que estaba con letras grandes en la pizarra. Total, los que nacieron para la guerra van a la guerra, y los que nacieron compatibles al con-o-sí-miento, "el maldicho o mal-decido conocimiento los co-artará", así el mundo discrepe con ésta paradoja.

A diferencia de Don Elías, hombre ya viejo y con los sentidos trabajando a media máquina, apenas en un par de meses, sumido día y noche transcribiendo textos que ya sabía su contenido, leyendo en voz alta siguiendo las líneas horizontales de la punta de su dedo índice pegado al

libro, inquiriendo fondo y forma a los cuentos infantiles distraídos de extraídas moralejas, y alternando éstas cosas con sus labores; se dio cuenta que el hábito de leer y escribir era como tomar muchos sorbos de una medicina secreta. Había sido doloroso en el principio, pero gratificante tan pronto el caballo galopante de las letras se iba soltando con fluidez gradualmente, transportándolo a sitios jamás imaginados, a nuevas ideas, nuevas realidades subyacentes y otras evidentes, nuevas miradas más allá de lo que puede llegar la vista más micro-macroscópica y nuevas influencias conceptuales que efectivamente, inyectaban el mundo de su cavilación. A-partir de su nombre escrito, (que fue lo primero que aprendió), dedujo que podía seguir atado a la pluma y tr-azar un arte de letras vírgenes y no aisladas por si solas, para entrelazadas en redes sígnicas que cautivaban las fibras más internas, que gravitaban una escala matizada de realidades extendidas e infinitas. Ya le había soltado la rienda a la bestia, y ¡qué bien se sentía!

Al terminar de leer los cuentos de la nieta, Don Elías tuvo la idea de volver a la casa inhabitada de sus vecinos. Con el objeto de leer los libros que observó en aquella gigantesca estantería. Esta vez, sin temores revoloteando en su esternón de icopor, se dirigió tarde de la noche con la callada madrugada, crepitando en una pepa de luna roja por la senda conocida. Prestamente volvió a escalar el muro sin co-mplicaciones. Se lanzó de un salto libre mientras su sombra grandiosa y negra fresca se preñaba con el viento ya sano. No había nadie detrás de él. Entró. Cómodamente arribó a la biblioteca. Estaba tan fervientemente emocionado que no sabía qué iba a leer de apertura.

Se atravesó en sus dedos el libro de Robinson Crusoe de Daniel Defoe. Y al ir leyéndolo se percató qu'el protagonista era un hombre civilizado, atrapado en la naturaleza y solo. Don Helías se dio cuenta que en la más áspera soledad se podía vivir, pero no era suficiente. Luego leyó Frankenstein y hubo una unión perfecta, como si fuera un espejo de unión entre el monstruo de la novela y él, en sentido físico con la vejez, y en sentido sicológico con su profunda soledad. Catarsis y asombro apergollaban sus sentimientos trozados al ir leyendo más libros de literatura universal, qu'erán pan de gloria para su cerebro.

Esporádicamente, cuando la nieta iba a ver a su amado abuelo, se aplastaban al calor de la cocina. Charlaban ampliamente de las culturas del mundo, de la poca historia que conocían a través del legado de las letras, impartiendo excelentes inferencias. Analizaban y discrepaban conceptos y connotaciones morales subyacentes a las novelas que sintieron suyas; en los signos

implícitos y explícitos que hervían secuencialmente la sangría que oxigenaba el orden de ideas renovadas. Las tertulias eran cada vez más interesantes. Él imponía res-pe-tu-osa-mente su poco entendimiento tragando zancadas de rica chicha y la nieta, chupando caramelos de azúcar, paraba antena a cada gruesa expresión influida por los libros. El viejo leía las invenciones de los grandes escritores y todas las letras las sacaba a la realidad real, no era un legado de mentiras, sino la imposta reflejada de varias civilizaciones.

Algunas veces el tiempo embustero atraviesa sin piedad la existencia de cada simple mortal. El ayer es un hermano natural del hoy y ambos levitan por el cielo quimérico del futuro es-tirado e invisible. La niñez fue un esta-do - esta-dio que transcurrió con el paso de un mosquito que dura unos pocos instantes... vivo. La juventud fu'exclusivamente un espejismo roto con el em-bate de la re-bel-día. Te decían: "joven aún", y al ratito t'echabas una ojeadita al quebrado espejo de la desesperanza, y ya de "joven", ni siquiera quedaba el "aún". Cabe derecho por el recto proceder de-latar esto: nosotros, como nunca, somos seres humanos invadidos y emboscados por las mismas crisis: al nacer, en la niñez, en la pubertad, en la adolescencia, en la adultez juvenil, en la adultez madura, en la adultez picha, en la humillación de la vejez y en el maldito escarnio de la muerte. ¿No creen que la existencia es feminista? La única palabra masculina en el proceso es "*el nacer*" de una mujer. Claro que sí, sisas, faltan más crisis podrán decirlo, lo sé, pero ¡qué importa! ¿Sí o qué? ¡Ba! De modo que'l auge d'enunciadas crisis se realzan con la culpabilidad inoxerable del Tiempo... Time... Temps... Zeit... Tiempo templo encantado cuya finalidad recae'n marchitar todo tipo de sana vitalidad, arrugando el fleco natural y discursivo de las voces primaverales, destronando el año actual con el siguiente para drenar la experiencia camuflada con la estupidez y desenrollar cautelosamente las huellas de un des-tino pulcramente descrit-o-o des-crib-ido de-gen-era-ción en-de-generación: nació papi; tal vez se creció o se prendió de bebistrajó; de pronto pro-creó su ajenjo a los hijos; y positiva e irrefutablemente, (como a "Je" sumercé y a "Vous" y al resto de los pronombres), mu-rió, río, rió; esa es la ley in-vio-lable y ninguna carne proteica es indemne a ella.

El viejo desistió varios meses en leer y pidiéndole a la nieta un cuaderno y una pluma, dio inicio al ejercicio físico d'escribir como una especie de diario, por esto sé muchas cosas de él, porque mi señora madre tenía guardados dichos escritos desparramados que yo también leí con ímpetu anticuado. El problema más grande consistía en, que la letra era muy confusa, pequeña e ininteligible pero los aspectos relevantes estuvieron a flote a velocidad crucero, trastocando

fibras de antaño familiares. ¡Sí! es verdad, lo escrito per-dura. Ciertamente darle nivel a las letras no era una construcción en vano, más bien, era un efecto de magia des-cubrida, exquisita si se le deja añejar como al buen vino, cerrado al vacío de unos decenios y abierto en otros círculos armónicos. Poder leer la misma sangre de uno, dos, tres, cuatro tiempos por vía intravenosa de sueños líquidos aruñados con líneas que empapan el co-razón con un suero nostálgico. Adicionalmente, desterrar un combo grandioso de catarsis diarréica surgiendo desde'l nacimiento de las lágri-mas que de-sem-boca-ban precisamente en el papel donde Don Elías plasmó ladrillo a ladrido su anda-mia-je de tinta.

Hubo un cambio en la estructura de su segundo nombre. Originalmente en la cédula aparecía como: Marco Elías Gutiérrez, así que él mismo hizo una modi-ficación. Del Elías como tal, ensambló una H muda, porque según él, ansiaba el mítico calor del sol griego heliocentrista, así tuviera un bacanal de aspectos oscuros forrados en su conciencia. Así mismo, Don Helías, ya en estado decre-pito, co-tejó el *helio* con su evidente debilidad sub-jet-iva; sabiendo que dicho componente'ra un cuerpo simple, incoloro y de poca actividad química. Es más, era un gas inerte y poco denso que no se hacía notar ni siquiera ante la ingratitud misma.

Fueron tres años de obediente escritura. Relató la realidad con ojos muy subjetivos y poco objetivos. Su alrededor y volición sin pena ni ver-guenza, lograron apuntar miedos y heridas internas. Desató los nudos ciegos de las monótonas experiencias enfrascado en el barco pirata de la sol-edad. Re-bobinó con alambre de púas los re-cuerdos record-ados que sentía virginales sin himen y no intocables. Re-su-citó y re-midió recuerdos recortados que recortaba pero que sintieron hace mucho tiempo atrás, aun-que no los dilu-ci-daba para nada en ese "ahora". Describió paso a paso su-cesos ficticios e inventó unos poemas todos raros. Aquí un ejemplo:

**Pirinola empachada en suelo de mis lámparas de marte, arte manteca.
Gira a la izquierda desafiando el mundo de bola golpeada por el azteca.
Todos ponen su alma a la catarsis griega de una existencia de molinillo.
Toma todo y ruedan las piedras de papiro y se desenrolla el azul molino.**

**Métrica de ilimitada historia devorada con los colmillos pandos
Miel de oveja, rastrillo de perro, jardín de cerdos, hombre entintado.
Era de leche, era de hierro, de madera y madeja de mi lana esquilada.
Fuego santísimo, limpia la porquería de estas letras sin redención dada.**

De vez en vez, iba'l pueblo K a comprar tabaco y casi se atora con una esquelética bocanada al

darse cuenta que su nieta dejaba de ser niña. Ella poseía ya un cuerpo expresivo, provocativo a la vista y curvilíneo, y su par de limoncitos refrescaban el morbo de los hombres. Donde Don Helías no se hubiera cerciorado de aqu-Ella indeseable mutación, no habría sentido ajenos celos. Para él, siempre fue la chiquititica que jugaba con Chamuco y deambulaba por sus parcelas marcando diminutas huellas en los barrizales cantando, dando vueltas, como si tales niñadas hubieran sido propiedad exclusiva del viejo.

Gradualmente fue a-si-mi-la-n-do el cambio. Ya no tenía fuerza para alcanzarla y ya no se le sentaba en las piernas. Ya no llevaba muñecas sino un morral sabanero y un manojito de a-mig@s cer-ca-n-as. Ya no estaba tanto tiempo con él como antes. La razón era obvia: Era hora d'experimentar colectivamente nuevas sensaciones con afinidad encajada de lazos fuertes sin destrozar sus propias raíces como muchos lo hacen. Hubo un gran contraste: de niña ermitaña pasó a degustar una peligrosa popularidad. Era También admirada por unos y odiada por otros, y tuvo la presión de no desentonar al legado que deja una sociedad cualquiera: hablar. Hablar de allí y de allá, para poder hablar de todo el mundo y de nadie, conspirar inventos, y pasar de boca en boca los relativos procesos para martillar sin clemencia los errores morales junto a los fracasos fortuitos que desencajaban las grandes aspiraciones.

El viejo se hacía cada vez más vie-jo. Era inútil fingirlo. Ya su fuerza normal había quedado reducida a c-asi-nada. A la postre, una molesta tos encintó con vehemencia su estado de salud. Él creía que tenía atorado un grano de maíz en el guarguero, y con repetitivos intentos hacía de su dedo índice una herramienta en forma de gancho, y urgía intentando en balde sacar ese pedazo de cosa. También, chupaba el tabaco fosforescente y exhalaba con un ahínco cordial el humo gris para sentir alivio, pero empeoraba su aliento salado. Luego mermó la nicotina y la redujo considerablemente. Solamente bastaba echarse uno diario después del almuerzo.

La nieta, al ver a su abuelo tan enfermo, postergó sus planes en el pueblo X y se dispuso prioritariamente a'yudarle en sus asuntos. Por tanto, ell'arreglaba la casa, hacía de comer, alimentab'a las gallinas, cerdos, al perro y a cuanta bestia aparecía por temporadas, a ratos esquilaba las ovejas mientras Don Helías tendido en una silla se mecía lentamente y contemplaba el jardín a través de la ventanita. Así se des-par-p-ajaban los meses y la tos, como un agua-cero de pie-dras, no se mar-chaba. No valía ni siquiera el más potente re-medio casero ante l'ansiedad y desespero de un anciano que día a día esperaba fielmente una mejoría considerable, pero su padecimiento empeoraba por culpa de la tosferina.

Había otro tipo de desaso-ciego latente en Don Helías. Él notaba que su nieta tenía una protuberancia en el vientre, y estaba muy preocupado de que algo maligno le-a-conte-ci-era. No obstante, esa tripa no era asimétrica, sino que parecía un planeta en miniatura. Él le decía qu'estaba triponcita y ella se sonrojaba, agachaba la mirada y con una magistral pirueta resolvía el asunto. Sencillamente zarpaba una caricia al desvencijado cuello del abuelo, le servía el mondongo dominical, juntos tomaban del mismo plato, y los sorbos evocaban gratitud a-pesar de los quebrantos de carne y hueso almado; a-pesar de la sol-suci-edad com-partida. Ella solicitaba a los dioses continuamente por el bienestar de su querido abuelo, que cada vez lo veía más y más débil.

Eliana, ante la debilidad de dar a luz, pasó la cuarentena incómoda en la cama. Ahora se habían invertido los roles. Era el abuelo mareado quien cuidaba de la nieta y de su flamante bisnieta. A pesar de su notable decadencia física, él aún irradiaba algo de energía, aunque no tenía suficiente espíritu para hacerse cargo de los animales. Con el pasar de las albas, algunos de ellos murieron de inanición o se comían el uno al otro. Transcurrieron 40 días donde el caos se había apoderado de la finca, donde un hombre flémico daba todo de sí por una madre sin experiencia en asuntos de tetillas, donde abogaba con ternura por la hija que lloraba, berreaba y chillaba sobre aquellos explosivos días contaminados de sol lacrimoso y sediento. El viejo lavaba los pañales con jabón *Rey*. El lavadero qu'era una piedra de dinosaurio se mojaba con el agua caquita, espuma, olores pesados, el olfato ensimismado del viejo, el día que se abismaba, la teterada, llantos tiernos, gases por la boca, menos minutos para con-vivir.

Don Helías enmarcaba una necesidad inaudible por escribir. Pero estaba tan absorto en su fastidiosa tos camaleónica que agarraba vulgarmente la pluma con manos tem-blo-rosas y no popo-día en absoluto colocar una sola letrilla en el blanco papel qu'esperaba ser util-izado. Desde lu-ego, quería entonar suaves líneas de felicidad inconsciente ante la ven-ida de nueva vida, y de paso, re-sol-vía desentonar ásperas líneas relativas al misterio de la muerte; al revelo natural natural de una entrada y una salida. ¿Una entrada triunfante? ¿Una salida amarga con hierbas ajenjas saborizadas de de-rrota? Unos se van y otros se vienen. Con un toque de certeza, los que se van no se quieren ir y los que se vienen no tienen el(r)ección alguna: solo de quedarse. De todas formas, el líquido amniótico; y los cojines de un ataúd al-quil-ado, eran, son y serán una triste realidad en sentido general. Aunque, en algunas tribus indígenas escupen ríos de lágrimas marítimas cuando un infante se asoma de naufrago al mundo; pero atesoran una

eufó-rica fiesta cuando un integrante fall-ese. Pueden durar una s-emana al lado de la persona tiesa y sin im-portar el olor más fét-ido, ba-ilan al fil-o del as-tío, tocan los tambores de modo que los latidos del co-razón se congregan a una brutal vibra, abrazan de besos amigables al morraco y fina(l)mente, con risas torrenciales le tienden sábanas de tierra, y como si nada hubiera pasado, dormitan dichosos porque aquel que se fue no sufrirá ni un respiro más; a-lo mejor va a un trance o a un misticismo enig-mático.

La nieta cuando salió de la dieta, veía la cosa diferente. No es igual estar un mes y unos días met-ida en 4 pa-redes sin sentir la luz del sol mayor y el refrescante viento que desorganiza los árboles y hace viajar las hojas secas combinadas con polvo escarlatinado. Positivamente, organizó la finca, limpió y desinfectó tod-o tipo de su-ciedad, como fuente de di-versión tejía ropita para su hijo, le fabricó un poncho al abuelo ya decrepito, y a las bestias hambrientas rutina a rutina, lanzaba desechos muy alimenticios sobre una coca de plástico áureo. Chamucho con las costillas marcadas y en pleno enceguedo de demencia, tragaba cunchos babosos de los otros animales. ¡Había tantas cosas por hacer en la finca pero una pobre mano de obra no podía suplir tantas necesidades! Ante esto, Don Helías se retorció en altas fiebres y constantemente deliraba en perspectivas lejanas bajo murmullos estruendosos de un tos seca de perro encarranchinado. Asustada, la nieta aplicaba en la frente y en los pies un trapo húmedo y escalofríos epilépticos aparecían repentinamente. Ella hacía un esfuerzo sobrehumano para encargarse de su hija, del semi-con-vale-ciente, los cuatro baños, la eterna cocina, el patio, la sala, los tantos cuartos, cortar las plantas y flores feas del jardín, recibir los quejidos de los cerdos, soportar la inestabilidad del lánguido canino, de-mandar las ovejas por la tranquilidad del precipicio, y azadonar los cultivos degenerados. Eliana, al verse abrumada por tantas actividades y ante aquella espinosa latente pre-ocupación descarrilada que desacoplaba su miedoso corazón al ver al abuelo seco como un chamizo, podrido en ojeras negras, bañado de barbas de chivo café, callado y con un opaco brillo en las cuencas de los ojos desorbitados; optó por ir con resorte afanoso a lomo de mula al pueblo X en busca de una señora curandera, y sin perder ni un murmullo de tiempo, galopó adolorida mientras mezclaba un disonante pre-sentimiento que no la dejaba ni un segundo en paz.

Era un extraño caso la actitud de Don Helías. Daba la impresión que no deseaba morirse delante, ni al lado de su nieta. Por esta razón, cuando ella empapada en lágrimas punzantes le dijo que se iba'ausentar unas horas; el viejo asintió y con un sufrido alivio la dejó ir. Correcto, él

no tenía miedo a perma-necer solo encarando la muuuu... erte, luchando perdido ante ella. Toda de-función teatral o no, es dolo-rosa y el dolor no era el te-mort... El temor doloroso era *dejar-la* existencia en todas sus dimensiones. Ella, es-cena sobre escena pa-decía asustada, solita-ria, y ya como la había dicho, ensilló la bestia y con un presionado afán partió mezclada con el viento helado, mientras su hija dormitaba pesadamente al cuarto contiguo donde se hallaba el viejo.

Al regresar, la nieta quedó sorprendida. Cuando había salido de la finca, había dejado las puertas exteriores cerradas pero sin trancas y sin echarle llaves. La señora que acompañaba a Eliana, con la uña del dedo gordo intentaba desbloquear la cerradura sabiendo que esa técnica testaruda no funcionaría para nada, pero insistentemente la seguía ejecutando. Unos gritos insoportables se colaban hasta el exterior. Un par de horas tratando pene-trar a las malas la casa. La nieta, cundida en un agobiador desespero vio el hacha al lado del lavadero, se asió d'ella y de hachazo en hachazo; destruyó la ventanita de madera frágil e incómodamente pudo entrar.

La escena que observó fue terrible: Su viejo había vomitado un buen recado de coágulos de sangre sobre el pedazo de papel donde había des-crito sus pala-bras finales. Su rostro vencido y esfoliado por la doliente reacción se había desplomado y un líquido rojo-negrusco lo estaba ahogando. Un ronquido de gato gutural fue su postrera mala gesticulación. Desesperada, Eliana limpiaba y lamía con una de sus propias claras mangas las lágrimas de las blancas células de sangre y con caricias heridas lo recostó sobre la silla y con pasos untados de vino sanguinolento fueron al cuarto de su hija que aullaba en sollozos ato-r-menta-dos de insatisfacción. El infante gritaba porque tenía mucha hambre y-a-de-más, tenía su propio excremento salpicado como un mosaico en tod-o su cuerpo: Su-carita, y su cabeza mancillada, y como arcilla densa había más d'eso sobre sus dedos. El escándalo albo-rotador era una música maldita que se atoraba en los in-reaccionados pensamientos d'una Nieta sin Abuelo pero con un hijo-macho. El estercoladero ólor de la muerte inoportuna, produjo un lamento a pul-món agrietado. La gritería no cesaba y el unísono de madre e hijo golpeaban las paredes que se rajaban al no poder soportar tal quebranto.

Las palabras escritas por el abuelo, era como una especie de testamento. Por fortuna, la sangre no estropeó las ideas. Estaba tan mal que, despegaba la'sílabas. No sé si tení'alguna finalidad dicha separación con puntos suspensivos. Literalmente enunciaban esto:

**Ser... do... mina... do... Ya es tiempo... Mi voluntad es ser que... mado... Los cer... dos vi... vos
Edén... Pero se purifican... Qu'el fue... go me abra... ce...**

Aquí se pierde el cuarto rectángulo...

Deux capítulos prescindibles. (¡Buena Cortázar!)

5

You know I'm not dead. I'm not, I'm not dead.
Smashing Pumpkins, Everlasting Gaze.

Underneath the bridge, tarp has sprung a leak.
And the animals I've trapped, all become my pets.
And I'm living off of glass, and the dripping from the ceiling.

Nirvana, Something in the way.

And when I see you kitten as a cat
Yeah as smitten as that, I can't get that small
The way you fur, the how you pur
It makes me want to paw you all.

El Sarcófago de Cartón Astillado es el Antahordes para Evadir un Amor Distanciado en Cunchos de Inolvidable Oscuridad que se Pierde en una Sucesión de Fallidos Encuentros Sinceros. (Sentimiento Rasgado. Lado A)

Han pasado aproximadamente 25 días, y después de haber leído el libro rojo, añoro la presencia de Esteban, y él no aparece por ningún lado, solo por los espacios constantes y arrinconados de mi pensamiento. La distancia del apogeo, estipula que la saliva espesa e inestable de acecinar las carnes ocultas de mi ser, es la desazón de aire acondicionado en las paredes que limitan en líneas expresivas de viejas montañas, que se manifiestan ante los ojos caídos, que se esconden en mi rostro depresivo y maquillado con las sombras del tedio. Podría aprehender toda la belleza habitable que reluce en la esfera rural, podría así mismo, no soltar los recuerdos de su aliento guardado en el escondite de su negra capa, y perderme en sus ojos melancólicos, que tratan siempre de ser inescrutables por su oscura clarificación, que descalcificaban mi alma con sólo una diminuta infusión o adentramiento a mi existencia estresada y carente de energías emprendedoras. Extraño sus conceptos impenetrables que al decir mucho, no decían nada; o al no decir nada, querían decir mucho. Aquella voz crepitaba los oídos inseguros, que se atiesan en el destierro de árboles movidos por el viento de Babel. Esteban, Esteban, ¿dónde estarás? ¡Cómo me gustaría dilucidar mi imaginación orgullosa e ir en su búsqueda! ¡Cómo me gustaría ahora abalsamar el plomo de la austeridad, y guardar mi cuerpo en sus brazos! Estoy en la casa de mi madre, el jardín se muestra, sin menguar su rotunda belleza ante las paredes impecables de la construcción. Mis huesos se cuelan en una banca que está en el balcón colgante e inventado, y el bacanal de la vida juega con los subproductos vivos e inertes que gobiernan bajo el movimiento de la calma no desteñida, en lo natural sin empaques, sin pendejadas predictibles, sin la cavidad evidente de la muerte, sin Esteban. Mis labios libidinosos desearían aparearse con la lengua larga de mi ausente, para que la elación sea un tónico de desfigurada felicidad. Esta pesada rutina sin él, encoge las ideas porque Esteban ha denigrado la copa en forma de bota de mi ferviente dicha. Es una lástima no tenerlo cerca de mí, porque él es aquel que enajena esta existencia fallida por ratos. Creo que la fatiga de vivir es un meollo anfibiológico de no saber qué hacer ante ciertas situaciones más allá del horizonte, por que dos caminos se crean: el de

seguir sedada en el elixir afanoso de estar medio muerta en vida, o parar toda esta farsa que agrieta suspicazmente la rigurosidad que plantea una serie de hipnosis, para no remendar las troneras putrefactas que caen en mis delicados y marchitos pulmones.

Para salir de este crudo aburrimiento que padezco, en hojas separadas escribo lo más íntimo de mí, y luego cuando lleno una hoja desmigajada de letras creadas en agonía, las arrojo sobre el piso, sabiendo que cada gota de recuerdo es la distancia mojada de cuentos diferentes. Es así, como un fotógrafo quiere atrapar una imagen para perpetuarla, así se destiña el material con el sol succionante y ladrón de brillantes colores; es así que yo intento sacar todas aquellas memorias con un pedazo de papel y algo de tinta, para resucitar el espíritu extraño que está inmerso en el otro lado de mi ser, para escapar a una fábula con mucho sentido. Vale resaltar que desde el día de mi nacimiento hasta hoy, he estado dormida e inactiva en el núcleo del inconsistente aislamiento. ¿Le tengo entonces, miedo a la soledad? Eso es irrefutable, desde luego que le tengo pavor, y es porque estoy padeciendo esa desleal cavilación, tan negativa y vengativa que se camufla muy dentro de mi cabeza.

Un instante, un grito, un llanto de desesperación caído en la profundidad de la tierra, un instante más de antigua existencia angustiada como un susurro, un adiós sin decirlo, un retraso de varios días y pétalos coagulados de rosas lluviosas no descenden, un mareo en el conocimiento del naufragio, un pánico horrible, un pánico, dos pánicos, un vómito, el vómito, los vómitos vacíos, y siento una cantidad exagerada de vida debajo de mis pechos, hay un acto contradictorio porque una semilla se plantó en las entrañas de relieves explorados por mi amado, que odio pero no odio, un tinto caliente y cargado para sentir taquicardia, un poco de alcohol con el llanto que sube como chamizos de humo gris de un tabaco, un jardín al frente de la casa que se refuerza en vitalidad indestructible, un cielo azul que se cuaja con los ladrillos de las nubes, y por último, un sonido musical de la dulce voz de Esteban que se corta como leche, al recorrer la lejanía irresistible bajo sondas astilladas con el hacha aguda y sorda, ante un centelleo de ilusiones que nunca jamás serán el prospecto de encerrar su existencia a la mía.

Con la secuencia de descubrimientos nuevos y extraños, entré al castillo de la dicha. Qué bueno saber que una nueva vida creada bifocalmente, fuera a proporcionarme una cantidad de cambios. Dije "Bye, Bye" a los cigarrillos, al trago que desinhibía la visión, y al pozo que caía sobre el cielo de la tristeza. Es increíble como un nuevo ser, que se forma con el tejido del tiempo, que crece y crece, pudiera renovar todos mis ideales. Estoy armando con paciencia un

abrir de flores cundidas de sueños, con las manos que perfeccionan la bondad y el amor puro. Ya no me siento tan sola. Dentro del hogar ajetreado de mi cuerpo, las ventanas de mis ojos fulguran con pupilas de feliz esperanza, en la puerta de mis labios entran y salen suspiros de oxigenada paz y alegría. Las paredes cerebrales se refuerzan con un proyecto no esperado, ni planificado, mientras que en mi corazón fantasmal, abundan ríos de esmaltes deliciosos que pulen todos los diamantes de vida, que anteriormente eran negros y turbios, pero que ahora brillan y se desplazan por todo el cuerpo, porque cada vez que la mina de dicha palpita, el sótano visceral destila frescura porque es justamente allá abajo, donde un visitante se está agigantando dentro del útero fertilizado, que es como un cuarto abastecido de la libertad, que es una espera fascinante y viscosa sobre el techo protector de la subsistencia inacabada.

Sería perfecto que Esteban estuviera a mi lado, para informarle ésta agradable noticia. Sin embargo, me da mucha rabia que él sea tan egoísta, y hubiera pensado exclusivamente en su bienestar, de pronto, él se quiere matizar en un hijo perdido de trayectos bohemios, que pueden ser en parte buenos por los saberes un poco cretinos de nuevas gentes y tierras, aunque el engaño de la estabilidad estipula, que no hay nada seguro, y no es por desearle cosas malas, no es mi intención hacerlo, pero cuando un riesgo no encaja, sería mejor esperar a que el mar se trague a los ansiosos idiotas que les pintan pajaritos de felpa, para que modelen en la espuma lenta de las nubes aromáticas. Por mi parte, es creíble que el verdadero amor no es un cobre sellado y hundido en tretas copiosas y capciosas.

¡Todo alrededor de mí se torna tan magnífico! Van siete meses de espera en la protuberancia del centro de mi cuerpo, y él crece más rápido que la levadura. Es un inexplicable ser flamante, que va a ser frondoso, y más alegre que los rayos de luz que se cuelan debajo del jardín, que al trotar de los días, despliegan colores más vivos y sublimes. Al levantar un atardecer, un gato de ensueño apareció y me sorprendió con su suave compañía y yo de cariño lo nombré "Mimi" que al llegar a mi propiedad, acariciaba con sus patitas la piel del techo rojo pálido de la casa. Aquel gato no era mío, pero hicimos una amistad muy bonita. Es muy raro pensar porque llegó Mimi a la casa, sabiendo que no hay otras casas cerca, sino a millas de distancia. Ahora, lo cuido, lo alimento y le doy mucho afecto, y él en las afueras del campo verde, se la pasa como mediador, casando ratas. Antahordes desprende su cara en todos los cimientos del tiempo, como si fuera uno solo sobre los ojos gatunos que son dos líneas verticales en el día, pero en la noche son dos bolas de Júpiter que se pierden en el filo de las lunas.

Otro mes sin él. Van ocho meses en los cuales el infante ha interrogado sobre la ausencia de alguien. Pataditas tiernas danzan en el estómago. El bebé NADA en el mundo de mi vientre, que a veces se intenta ahogar con mis lágrimas de un par de Saturno envueltas en desesperación, y enredadas en miseria que se deslizan en mi piel de papel roto, lágrimas densas que caen al globo del cielo, la tierra y el sol de mi vientre, reconociendo que cuando estoy lo más de feliz y dichosa, él da botes al compás de sus propias carcajadas que cosquillean de placer. Ya casi nace, ya casi.

Mientras que esperaba la hora del parto, pensaba en Esteban. Sigo aterrada por su nivel elevado de orgullo, estoy segura que él me va a buscar y me encontrará, aunque no sé en que tipo de circunstancias. El amor que sentía por él, poco a poco está muriendo, decreciendo, descomponiéndose, porque me parece inconcebible desde todo punto de vista, que se haya parchado de mala gana y sin razón. Es tan difícil sentir confianza por alguien, pero es muy fácil la decepción, sabiendo que uno mismo es una total decepción, y ¡qué decepción! A lo mejor encontró otra mujer acorde a él, y se olvidaría de mí como algo inútil, o una total pendejada, o mi actitud hizo que él se aburriera de mí. Realmente el amor lo soporta todo, creo que él no me amaba lo suficiente, es por eso que me dejó tirada en todo el sentido de la palabra, y si así él cree que haciéndome sufrir agudamente, iba a sentirse satisfecho e importante, puedo concluir que es una posibilidad cercana a la verdad irreconocible.

Unida a mi hijo que en unos días nace, a mi gato, y a mis recuerdos, deduzco que todo dentro y fuera de una misma tiene solución, hasta los recuerdos envenenados que yo tomaba para sentir bienestar, a toda la espontaneidad depresiva que se consumía en hielo azul, a todos los órganos del cuerpo, a toda la soledad enredada que apretaba la guitarra eléctrica de mi voz alcohólica, a las ideas de alistarme a un viaje sin destino ni regreso, reconociendo que todo tiene una líquida solución que brinda una eufórica salida, que se plantea como una visión infinita a una nueva y traslúcida realidad pueril que no comprendo ahora.

Eliminar la maldad es el objetivo. La meta es vivir hasta aguantar lo más áspero, y no cuando yo misma lo imponga. Es complejo resistir la marginación, es molesto compartir la oscuridad sin las palabras de otros bichos raros como yo, es triste despertar sin la alegría de una visita que divierta y reconstruya un entorno más complejo de vida, como seres en la mente dentro de mí, y yo tendré que ser un emblema y ejemplo latente, porque así un millón de personas hablen acerca de estructuras laborales y académicas, es complicado elegir quien se queda y quien se va.

Debería abstraer lo servible y desechar lo nocivo, notando el cauce de tantas cosas significativas allá afuera, que no me he esforzado en rescatar, y me deprimó y deprimó y trato de estar bien, para que el infante amado no sospeche la agonía que algunas veces siento, encerrada en la sencilla casa de un solo piso en el cual murió mi madre, y que aún saboreo sus energías de su conciencia, arrojadas en el manto de las paredes sopladas de tristeza y cargas distorsionadas de ultratumba, que subyacen en el refrigerador de un incompleto hogar.

Resignada, tuve que salir de la casa forrada en el jardín del fresco espíritu rumbo a la ciudad. Dejé todos los espacios en orden. En la sala, encima de la amplia mesa que mi madre había pulido, reuní todas las hojas sueltas que escribí en el secreto de la más desgraciada melancolía. Dejé todas las ventanas abiertas, y un viento fuerte entró abusivamente sin clemencia, y arrojó las hojas escritas al piso, entonces sentía mi pecho en estado de coma, así que no recogí aquellas hojas. Al ir saliendo me despedí del jardín y de Mimi que frotaba sus patitas como si estuviera acariciando la lámpara de Aladino sobre mis pies inseguros, y el gato me robó una sonrisa fingida. Dios da lluvia y sol a las plantas; ratones, cucarrones y agua al gatillo. En la distancia, vi a Mimi boxeando con una camándula bien anaranjada como un espectro de rayos. La casa me decía sin decirlo: "Quédese un rato más". Sin embargo, no obedecía a su llamado, y con pasos ladeados me marché con la idea de nunca volver a los recuerdos de mi señora madre, ni mucho menos traer a mi hijo al frío más descarado de muerte que habitaba en esa casa.

Temblaba al llegar a la ciudad de Bogotá. Debía sacar fuerzas para recuperar los ánimos. Ahora el apartamento me recuerda a Esteban. El aroma de su vida quedó plasmado en todo el cuarto. El teléfono está sonando y yo estoy escribiendo mi pensamiento en total desorden. Puede ser él, puede ser él, pero no quería contestar, creo que ya le estoy cogiendo fastidio. Hace 25 minutos que suena el teléfono. Así que me levanté, para desenchufarlo, aunque con ansiedad levanté la bocina y no dije nada, únicamente me dispuse a escuchar.

-Aló, aló, -era la voz de Esteban-. Amanda por favor responde, te he estado llamando estos últimos meses. ¿Dónde has estado? Tengo que verte, realmente te necesito, dime algo por favor, sé que estás al otro lado. Perdóname por favor... Por favor.

En aquel instante corté la línea y seguí escribiendo. Tal vez lo perdone, pero él no está aquí. De pronto podría pensar que vendrá al lado de mi oído y al refugio de mis huesos, así me haya

dejado literalmente como basura. El médico me dijo que en menos de una semana iba a ser madre y que el bebé estaba en perfectas condiciones. Camila, una compañera de estudio, se ofreció comedidamente a ayudarme el día del parto, y dijo que me iba a cuidar en la dieta. Con voz dulce, ella evocaba que la llamara tan pronto tuviera los dolores para que no me sintiera sola. Todo estaba planificado y me creía reforzada porque Camila iba a estar a mi lado.

En mi depresión, llovía día y noche. Entonces me recosté en una silla, viendo como el cielo se desmigajaba en gotas de agua, en llantos tormentosos. Dormía y llovía. Me quedé dormida y soñaba que mi madre tenía en sus brazos a mi hijo, al lado del jardín, y que lo arrullaba con dulzura. Desperté con ganas de volver al pueblo, pero no podía hacerlo, porque los dolores estaban cerca y no tenía que ir y caminar largas distancias. Seguía escribiendo para ver si se reconstruía el ánimo sordo, porque no escuchaba el sonido defectuoso de las hojas que se reventaban con cada incoherencia, como si estuviera ya alucinando.

No aguanté los antojos de estar ESCONDIDA EN EL JARDÍN y jugar con Mimi. Así que volví a Cota, y después de varias horas sin parar, entré a la casa y me senté a descansar, mientras que veía el libro rojo recostado sobre la mesa, con un rojo más pálido. El jardín se perfumaba por sí mismo, con la transpiración de su más increíble belleza, pero vaya tristeza al no ver a Mimi que no estaba por ningún lado. Yo me encontraba totalmente mojada, y una tercera parte del techo se había estropeado con el viento inclemente y el peso de la lluvia, así que la corona de la casa se estaba rompiendo como cáscaras de huevo, y yo no podía repararlo porque estaba sin aliento.

Esperpentos macro se escondían detrás de las nubes grises que chillaban con escarnio. No les puse cuidado para nada a esas formas. Entonces salí de la casa a buscar a Mimi. El bebé estaba lo más de cómodo dentro de mí, y él no tenía mucho afán por salir al ojo de la otra existencia. Las tinieblas vendaban mis pupilas, mientras me preguntaba: "¿dónde estás Mimi? ¿Dónde estás?" Entonces, busqué en la amplitud del jardín pero el animalito no aparecía. Fui lentamente detrás de la casa, y al levantar una teja que había caído, encontré a Mimi muerto como juguete, y aplastado debajo de aquella lápida que cubría y protegía el hogar dulce hogar solitario. Empecé a llorar desesperadamente por él, que lo tenía fuertemente asido entre la congoja de mi pecho. Hace poco se había ido a lo inexplicable de la muerte porque estaba fresquito y calentito, y su sangre en mis senos, hacía perder esa terrible angustia que respiraba al verlo dormido y sin vestigios de vida.

La muerte se lo había tragado. Entonces, ¿qué podía hacer por él? Enterrarlo. Saqué una pala que estaba en la cocina y en un pequeño espacio, a un ladito de las astromelias, rosas, mirtos, pensamientos, árboles rojizos, azucenas, dalias clavelinas, margaritas, orquídeas, varsobias, agapandos, lirios, gradiolos, cartuchos, ortencias, anturios, estrellas, y una cantidad de formas y especies, hice un hoyo y guardé a Mimi en él, y lo arropé con la tierra negra líquida, hasta que quedó bien cubierto. Miré mi vestido de maternidad, y estaba manchado de un rojo radiactivo que contrastaba con todos los espacios acongojados.

Ahora estoy húmeda y sin fuerzas. Yo lloraba más que el aguacero ininterrumpido que caía como agujas sobre el tejido del lugar. El jardín se veía más bello a medida que yo estaba más y más triste, y mi amado infante dormía dulcemente al escuchar como las lágrimas de hierro rozaban mi rostro ojeroso, y desembocaban sobre las hojas regadas en todos los lados del piso de madera. ¿Por qué lo que más quiero se va? ¿POR QUÉ SE ALEJAN? ¿Por qué? Mi madre, Esteban, y ahora Mimi me abandonan. ¿Yo podré abandonarme a mi misma? Es por esta razón que no he podido salir del pasado, porque éste se repite en tiempos distintos. De modo que el antahordes es la representación del pasado diferencial que se embota en el presente, y se manifiesta en un futuro no existencial, que es la farsa de objetivas distracciones que sostienen el cumplimiento de un sistema métrico de vida, que en el fondo de irregulares convicciones, fecundan la ansiedad en candados sin llave del abandono. Entonces, ¿cuál fue el maldito embate que logró corroer todos los estereotipos de felicidad que se desplazaban en esa inexplicable existencia? Sigue cayendo lluvias verdes, tormentas que perturban mis oídos con las voces carrasposas de dioses discurriendo por el cielo indigesto de redundancias. Más lluvia. No puedo, no puedo. Me cuesta mucho deshilar las preguntas. Viajo en recuerdos opacos, y no he encontrado la causa principal. Tal vez estaré encerrada de continuo en un laberinto sin solución. En mis manos estará elegir la vida y relegar la muerte, porque es imperdonable que piense en hundirme, sabiendo que entre más tragedias y dolor haya, aprendo a coordinar la esperanza fallida, o por lo menos podré tener un acercamiento con los senderos del perdón, con las migajas de felicidad que se esconden. Eventualmente, lo único que me queda por hacer es buscar y buscar sin desesperar; buscar lo que Dios aparentemente oculta, buscar y buscar los secretos de la vida que la continuidad declina; buscar y buscar lo que nunca he comprendido; buscar y buscar sin desfallecer, ni languidecer en los tesoros abiertos de un bosque de personas

que buscan: UN MUNDO DE AFECTO QUE DESTRUYA EL DEMONIO DEL ABURRIMIENTO. Me sentaré, esperaré un rato, pensare y seguiré escribiendo lo que jamás he manifestado.

Al esperar su distante presencia, como costumbre pueril, bajé al sótano de la casa de mi madre, y me metí en la caja de madera grande que tantos años había estado allí sin estropearse, y con cinta gruesa sellé la parte de arriba, y en medio de la oscuridad, ya en el interior de la caja sin puertas ni ventanas, trataba de olvidarme de todo y nada, como si las paredes de un nuevo horizonte se descubrieran ante mí, como un sarcófago de ideas relativas a procedimientos alimentados por el olvido... haciendo contraste con la esperanza de que fuera rescatada por los brazos de una cálida compañía perdida en el bacanal del LODO.

Aquí se pierde el quinto rectángulo...

6

Yeah, and the feeling that you gave me

No matter what I do or where I go, it always will remain.

The Racounteurs, Blues veins.

Got up this morning, would you believe the break of day?

Just hugging the pillow, where my baby used to lay.

Son House, Dead Letter.

She's running out the door, she's running.

She run, run, run, run, run.

Radiohead, Creep.

Don't understand, don't feel me now.

I will breathe for the both of us.

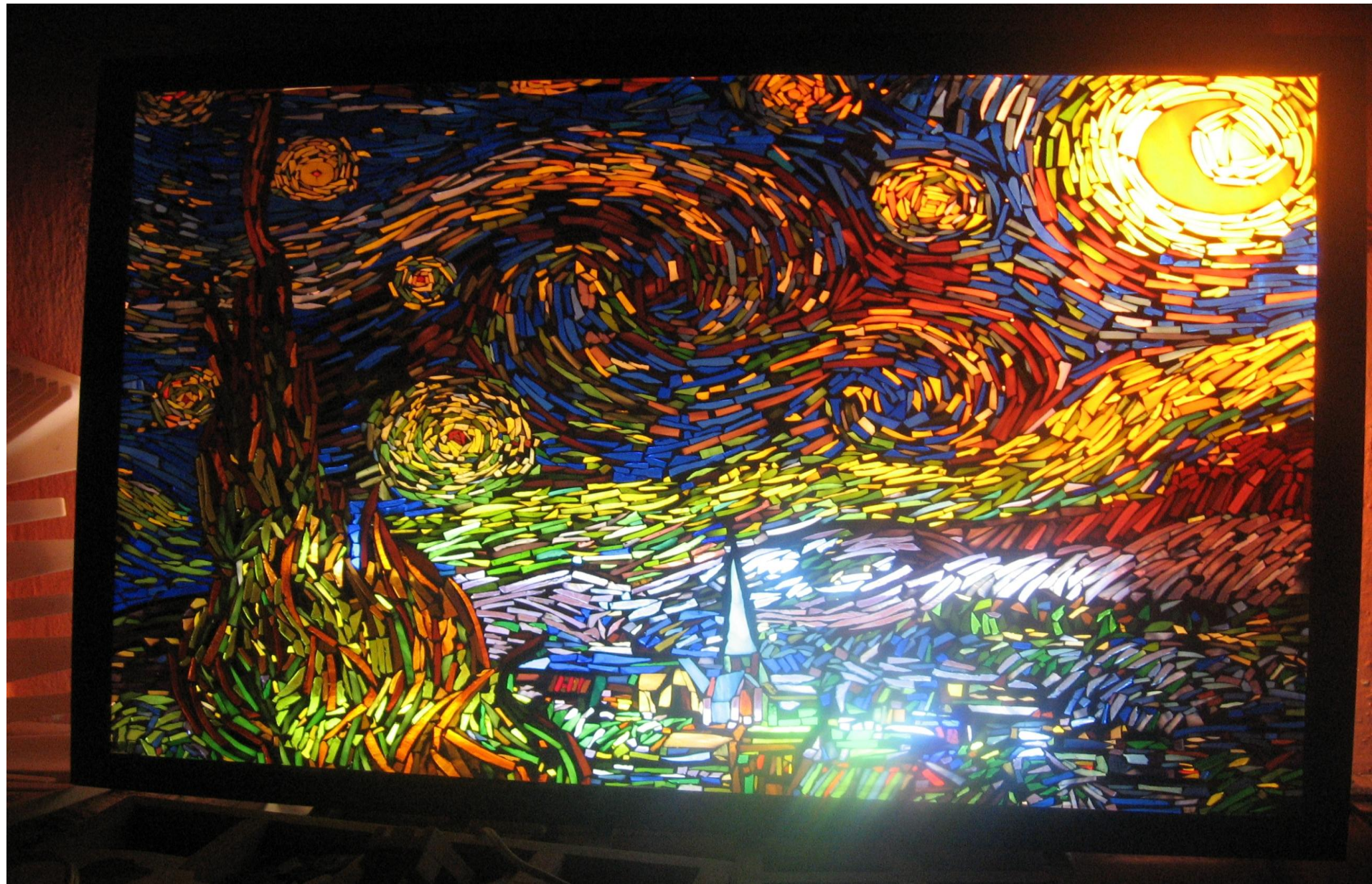
Travel the world, traverse the sky.

Your home is here withing my heart, and for the first time

I feel as though I am reborn in my mind.

Recast as child in mystic sun.

Smashing Pumpkins, Stand inside your love.



El Espacioso y Espeso Barzal del Perdón Caminado Ininterrumpidamente Hasta Llegar al Bálsamo de Aguadas Despedidas Sobre un Hogar sin El Techo de la Unión Eterna que se Encierra en una Lucha sin Poder Salir. (Sentimiento Rasgado. Lado B)

Estando sentado sobre una dulce palmera, veía el calor de la arena que acariciaba los pies desnudos. Al frente de mí, el mar infinito de Cartagena yendo y viniendo, mientras que unos niños jugando voleibol, se colgaban de una pelota grandota flotante, con tajadas anaranjadas y blancas, que pasaba por la red improvisada, al son de los dedos que se derretían en aquel infierno paradisiaco. Después de casi 10 meses estando allá, no podía adaptarme al calor, ni a los nuevos amigos y amigas, ni a los negocios de mis padres, no me podía adaptar a nada. El sol

enfermo de hinchazón, tocaba las paredes imponentes de aquel mar que era tan bello, que parecía un estado de bienestar y se mezclaba con el rojo del astro, y debajo de la perspectiva de sueños levitados, la calmada brisa desprendía dulces espejismos maravillosos, mientras que los ojos fijos soñaban con el precipicio horizontal, lleno en senderos de aguas con olas de miel untadas de escarlata, al son de refrescar mi trasero en las sombras de los cocos. La vista es amarilla en arena y sol, es azul en el mar que se refleja sobre la santidad en el cielo, o es el cielo que mira su extendida apariencia en los espejos del mar, el movimiento de la espuma, el flotador de los cuerpos, el comprimido bochornoso, el paraíso de cervezas frías, algo de trago, unos cigarrillos, y una que otra verdusca y plana colina que poseía vida pura, los barcos perdidos en las líneas de la perspectiva; todas esas cosas, eran representaciones que se teñían en lo absoluto de la nada, porque en aquellos nueve meses que estuve allí, pensaba todo el tiempo, todo el día, todas las horas, todos los minutos y todos los segundos lejanos en la esencia no desaparecida de Amanda.

Oscura era mi realidad sin ella, así estuviera el mar masajeándome los pies con su alegría. A veces la llamaba con la ilusión no perdida y no infalible de escucharla sobre la bocina tubular de una disculpa, para sentir su timbre de voz, con la oportunidad fallida de pedir un "lo siento con el fondo perforado de mi corazón". Realmente, reconozco que fui un ser egoísta, que pensó solamente en su propio provecho, y no me amarré a las sogas de la felicidad a su lado rojo de sus labios de atardecer tostado, ¿por qué no le hice caso? Era mejor haberme quedado sumergido entre sus pechos en tiempos de tristeza ajena, para que el mutualismo soldara todas las penas. Sin embargo, opté por dejarla como a un inservible objeto, porque no le iba a contar que mi semen estaba negro y que yo estaba paranoico, que miré mal mi pene en una errada noche, y a raíz de esto, yo estaba convencido que la iba a olvidar por culpa de la Peste Negra que no estaba dentro de mi cuerpo; sino dentro de mi imaginación descachada. Entre más pasaba la brisa del tiempo, más y más la quería, y la quiero, y la querré. Entonces, la desesperación puede matar sin balas, ni cuchillos, ni veneno, toda la existencia no perforada, y yo no resistía la ausencia de aquel ángel disfrazado de mujer; con su liso cabello y de amarillo sol, como palmeras en lo alto del azul perdido; con sus ojos de mirada inconfundible, que son dos mundos dilatados en las órbitas de sus pupilas que armonizaban con el iris flotante en fragmentos de felicidad, planetas con aguda visión como si fueran un día de descanso y despejado ant'el estrés de acumulados esfuerzos beligerados, con los labios del conocimiento, que eran carne adobada revuelta con

especias de fino vino que yo tenía el privilegio de tocar como melodías tangibles, que podía palpar y comer sobre el apetito de la pasión, con el rostro de contextura élite y refinada con el lado positivo de la amabilidad, aquellas facciones que Dios pudo pulir hasta conseguir las curvas de la perfección, un rostro crepuscular que hubiera sentido, con su cuerpo que era una sopa simétrica de ricas hormonas que podía tocar más diestramente que un instrumento de cuerdas, porque al hacer fricción digitando las notas protuberantes de su piel lunar, era capaz de inventar la canción más linda con el pulso de su carne que se mostraba en "las curvas de la vida", con el color minimalista de su pensamiento, que me hacía avanzar a un nuevo espacio y a un nuevo tiempo corrido como una cortina para que entrara la luz de un nuevo día. La necesito con ansia absoluta, porque estoy cansado de beber para evadirla, sabiendo que cuando me embriagaba, su recuerdo era más nítido, y me la pasaba llorando como un bebé por ella.

Yo no podía aguantar un instante más. Una carta de renuncia sin arrepentimiento. Un pasaje de avión. Una indolora despedida. Un fin de regalos para Amanda y mis hermanos. Una sensación de nostalgia y futura sorpresa. Un llanto por dentro como peritonitis. Una terrible sensación de miedo al pensar que Amanda ya se había olvidado de mí, por haberla dejado en la distancia. Una corazonada apagada de que todo volvería a ser como antes. Un pensamiento envenenado de que Amanda ya tuviera otro tipo. Una carta de amor reforzadamente inspirada con los clavos oxidados del dolor inaguantable. Una verdad que no quiero escuchar. Un mal presentimiento recorrido en las paredes de mis mansiones mentales. Una llamada sin respuesta y una respuesta engegueda por el olvido. Un ruego pidiendo el cacao del perdón en silencio. Una búsqueda para acabar la desesperación.

Necesitaba superar la agonía de sangría que se colaba en mi corazón impaciente. Llegué a Bogotá en la noche. La luna era llena, y en su círculo, todos los fantasmas se infiltraban por su iris montañoso, y ellos caían lentamente sobre la tierra como especímenes disfrazados, como en superficiales nubes que se bañaban con la pálida luz del Eterno. Fui a su apartamento y duré horas timbrando sin que nadie saliera. Me sentía enfermo, era una sensación de impotencia por no saber respirar el agudo aire frío y pesado. Realmente, el libro rojo no me importaba para nada, era mejor dejarlo en un cuaternario esquema sin sentido. El único y verdadero alivio era hablar y abrazar a mi Amanda del alma.

Abrumado por tanta soledad que se olía en las calles rurales, fui al Chorro de Quevedo. Vi los mismos muñecos colgando al lado de las estrellas, todas las cuerdas estaban inundadas de

charcos de aguas sinceras. Había llovido mucho en mi ausencia, como si alguien estuviera llorando en mi lugar. La música estruendosa de los bares se perdía con las voces del gentío de hormigas. Me senté en la misma banca mueca donde nos conocimos la primera vez. Se me olvidó hablar y creo que fue por imitarla, cuando ella decía delicias con su silencio. Irónicamente, extraño su voz. Desde que arribé a la ciudad, todo se me había olvidado por completo, el tiempo se derretía y mi boca no comía, no bebía, no permanecía donde me gustaba estar, no me bañaba la carne del cuerpo, no me cortaba las uñas que parecían la risa de un demonio en lo inmundas que estaban, no me afeitaba el rostro, no me esforzaba para nada en respirar como antes, y no sentía una seda sedante de sosiego, hasta que pudiera encontrar a Amanda y volviera de nuevo a ser feliz. Las lunas de las noches en secuencia desaparecieron ante el inclemente martillar del tiempo, y mi espíritu estaba perdido y sucio, porque no me resignaba a perderla.

Deducía que todo estaba saliéndose de mi cause. El bruñido del alma y el corazón me apestaban. Mi mente estaba apabullada al darme cuenta que el norte del pasado se había marchitado y yo no sabía la fecha, ni el nombre del día, ni el pétalo de la hora, solamente sabía que era luz y tinieblas cíclicas que retraían mi búsqueda. Afuera, mirando hacia el apartamento, la esperé en el sueño de la eternidad con un ramo gigante de rosas que se pudrieron en mis manos que se tornaban negras. Con aliento de muerto, volví a pasar por el Chorro de Quevedo, para ver si Amanda se hallaba sentada en la banca mueca. Pensé un instante en ir al pueblo de su madre, pero tenía el objetivo de encontrármela por los pasadizos de la ciudad lluviosa de Bogotá, que reflejaba sus antecedentes con la antigüedad de sus construcciones. Un tipo bien vestido se me acercó y preguntó que si tenía polvo blanco, pero yo le respondí negativamente con un movimiento gestual e infeliz que se hinchaba de desprecio. Repasé el Café 101 y no había rastro de ella. Mi mente siempre la relacionaba con otras mujeres de la misma característica y porte de Amanda. Su recuerdo maldito me perseguía, y detrás de la esperanza ensordecedora, sentía desesperación, por no probar su perfume delicioso que era como divagar en la mente de Dios. Amanda, Amanda, Amanda, tú eras el espacio sagrado que ocupaba toda mi vida, ahora sin los vestigios del despertar de tu cabello cobijado, me siento completamente solo y vacío, derrotado y apestoso.

Algunos podrán decir que un ser humano se degenera por el abuso de narcóticos, alcohol u otros demonios, o tal vez, por una anomalía mental. El bosque desértico del amor también

puede degenerar. Muchos se han cortado las venas, o se han suicidado ante el fracaso en la relación al no soportar "el pánico de la soledad". Ando errante por los caminos de polución, ya no soy yo sin ella. Hay personas que dicen que el agua del tiempo refresca y cura las heridas más ásperas, aunque no creo nada de eso. Tantos meses como un loco viendo la madre mar mareada, para desechar su completa y nostálgica compañía, y evocado en un rotundo anhelo amargo, porque su rostro se salía de la línea que separaba el océano y las distancias de los cielos, y descansaba al frente del garabato de mi imaginación. Tan mal me sentía, que me creía volando como una diminuta abeja en el centro del mar, con la esperanza segura de acariciar la muerte a medias, en un mundo aparentemente mielificado, pero aguado en nada, y claro en la parte salina no compleja, era como si mi Amanda ya no existiera. Ante más recorra el tiempo sobre los influjos del viento, más amor se consume hacia su corazón bondadoso, que no sé dónde estará. No le tengo miedo a la muerte, aunque si le tengo pavor a no encontrar jamás sus huellas en los hallazgos de la eternidad.

Envenenado por el tónico de la soledad, el perfume maloliente de la oscuridad y el encierro, para no salir por los senderos de progresos saturados de fiel felicidad, caminaba de un lado a otro afanosamente. Mi barba estaba exageradamente larga. Era evidente, que si no encontraba a Amanda, iba a morir de inanición, porque es el amor el alimento o combustible que hace estallar la vida como una mezcla de aire-gasolina y chispa rica, para mover el motor del corazón. El amor sostiene hasta la misma defunción compenetrada en una hostil canción. Si no llegara a sostener algo de amor en mí, no la seguiría buscando, y antes de hundirme en el barro de la total soledad, preferiría desaparecer sin ayudar, ni suplicar en el mundo vituperante y semi-santo que es como el mismo aire del tiempo.

Nunca va a volver. No, no volver a ser embaucado en los muros del enamoramiento que se desplomaron en mi pecho, y que fracturaron el corazón inmerso en fragilidad, y todo por mi culpa. Seré culpable por mis malditos errores. ¿Quién dijo que la existencia es gratuita? Luego, ¿no hay que pagar un precio moral o una deuda de voluntad fingida? ¿Las ojeras del conocimiento retraído se manifiestan como una escuálida escalera que se puede romper en lo más alto? ¿Es saludable subsistir incompleto? ¿Vale la pena morir por amor? ¿Encontraré a mi talón de Aquiles, casada con un hombre estable en conceptos y proyectos? ¿Habrá heridas que nunca curarán? ¿Por qué un dolor tangible se interioriza cuando se quiere algo? ¿Es mejor ser un perrito vivo o un león muerto? ¿Quién soy yo y por qué estoy vivo?

Corrientes de vientos jaraneados intentaban reventar mi alma desecha que se colgaba de un prospecto puro en la mente: Amanda. No quiero recordar los meses que estuve a su lado con el rojo-negro-blanco vivo del fondo estable de dulzura. Debo hallarla, así sea en el secreto del mundo, o en las espaldas de las piedras enterradas, o detrás de mi imaginación inconstante. Sé que ella está en algún lado, porque alrededor de las millas más largas, siento la luz de su energía vital. Estaba arraigado a la idea de que Amanda se escondía dentro de la ciudad, pero de todas formas tuve que resignarme y tan pronto asimilé la desilusión probable de que su idea de dama pincelada no levitaba por el cimiento urbano, tuve que cambiar de planes aunque no quería.

Iba con pasos jorobados hacia un solo destino: La casa de su señora madre que quedaba en un pueblo llamado Cota. Un manojo de billetes estaban guardados en el bolsillo izquierdo, así que podía irme en un autobús, pero como estaba lleno de paranoia, entonces suponía que en cualquier momento o parte la iba a encontrar. La lluvia más salvaje se desplomaba del cielo, junto a truenos que parecían raíces descendiendo a nuestro planeta triste-postre. Sudor y gotas de agua salían de mi cuerpo. El camino debía ser largo y muy solitario. No había afán por llegar al pueblo, porque si no la hallaba, moriría de pena moral, de eso estaba seguro ya que ella no es un recuerdo que no recuerdo, sino que es mi vida entera.

Deprimida estaba la gloria del mundo. El diluvio sentimental golpeaba los recuerdos de piola rota, al dar pasos sobre una cantidad de potreros que estaban pariendo nuevas lagunas. A lo lejos veía la imagen rocosa y con colores pálidos de una mujer que tenía un niño en brazos de roca, pero no veía bien porque la lluvia torrencial era tan poderosa que me embrutecía. Se acercaba la noche enseguida de pastales y plantas parásitas. Me despojé de los zapatos y las medias porque estaban sancochados de agua. Atravesé caminos destapados y deformes en traicioneros charcos. Fui a parar a un maizal más alto que yo, y me perdí un buen rato en él, sin ver el mundo exterior, y daba la sensación como si yo estuviera guardado en un mundo de maíz o algo así, como si fuera perdición adentro. Pareciera como si yo no hubiera dormido en años, así que en el núcleo del cultivo, alisté una cama de ortiga blanca para olvidar el dolor del amor con un dolor físico, y recosté el cuerpo pesado y derrotado allí...

Salí del maizal, me dirigí hacia una casa muy bella porque un jardín refrescante producía "nuevos alientos de vida". Golpeé la puerta y ella se abrió sola y un viento caliente cayó sobre mí, e hizo desaparecer el frío de los huesos. Había unos papeles en el piso pero no los leí. Una estructura sin nadie adentro, ni en la cocina, ni en el baño mohoso, ni en los cuartos. Entonces

entré al sótano. Reinaba la oscuridad allí. Una mujer jadeaba de dolor, así que le busqué como si yo tuviera ojos en las manos, hasta que logré sentir algo similar a una caja grande de madera de aproximadamente 140 centímetros de alta, por 2 metros de larga y 1 metro de ancha, y más cerca podía escuchar la angustia desteñida y rota de su cruda voz. En la parte de arriba de la caja, rocé mis dedos y era como si aquella mujer hubiera sellado con cinta gruesa el interior. Al abrir la caja, vi que era Amanda que emitía una triste luz sobre ella misma y su vientre estaba con una protuberante y gigante bola, era como si estuviera embarazada, y sus pechos desprendían sangre. Al observarla un buen tiempo, mis ojos lagrimearon de dulce felicidad.

-¡Hola amor! -Dije vestido de dicha-. Perdóname por haberme ido.

- Tú sabes que yo te perdono. Mira, vas a ser padre. -Contestó con el iris de la esperanza.

-¡Que alegría tan grande! ¡Que bonita es la vida! -La ayudé a salir de la caja y nos sentamos sobre las escaleras del sótano.

-Sabía que ibas a llegar a tiempo, que no ibas a tardar un segundo más. ¡Me hiciste mucha falta Esteban! –Dijo ella con voz de caricias frescas y sonoras.

-Tú también me hiciste mucha falta mi linda Amanda, tú también. Pero, ¿por qué tienes sangre sobre tus senitos? –Pregunté acelerado de pulso.

-Porque de tanto pensarte, el sufrido corazón de mi pecho, sacó sangre de dolor al exterior de mí, a causa del sincero amor que siento por ti, -dijo con todo el interés del corazón no comprimido en desconcentración.

-¡Tan linda mi amor! ¿Por qué eres tan linda conmigo?

-Porque te amo, y el amor siempre lo perdona todo. Debes saber que hasta en los polos de la muerte ESTARÉ CONTIGO. Adiós Esteban. Amanda se levantó de las escaleras y se encerró en la caja, y la vista negra de las tinieblas se meció en mí de nuevo. Yo iba a sacarla otra vez de allí, pero algo parecido a una pared de humo estático no me dejaba pasar, y por más fuerza que yo hiciera para romperla, más y más se fortalecía. Ya no podía hacer nada.

...AL DESPERTAR del largo sueño que tuve con Amanda, PODÍA INFERIR QUE ERAN LAS 5 DE LA TARDE, ASÍ QUE TUVE UN SUEÑO COMO DE 24 HORAS. UN PEDAZO DE SOL CREPUSCULAR SE CONCENTRÓ EN UN CHARCO SUCIO Y YO, AL VERME REFLEJADO EN ÉL, PUDE VER LA TRISTEZA VISCERAL QUE GUARDABA MI CORAZÓN. Sin modo alguno, pensé

mediocrementemente que si el agua más negra y grasienta en colores muertos y no radiactivos producía un reflejo, ¿por qué Amanda no podía entonces regalarme la oportunidad seria de estar con ella para siempre? ¡Sabíendo que ella es la emisión líquida de mí mismo!

Acongojado, seguí caminando mojado y con los pies lagrimeando sangre. Cogí una mazorca cruda y me la comí, salí del maizal sin comprender donde me había metido, porque ni siquiera pregunté en que parte'ra el pueblo porque tenía pereza de hablar. Amanda una vez me dijo que era al norte, y era a la entrada profunda del norte donde me dirigía. Me sentía completamente solo y perdido. Atravesé un riachuelo nadando como un pez cualquiera. Veía más potreros y potreros cercados, no había vacas. Intuí que era la última vez que iba a ver la sonrisa del sol, al encogerse sobre unas montañas azucaradas. El frío más impecable y diáfano trataba de paralizar todos los miembros.

Entonces, empecé a caminar muy lento, y en uno de los potreros se desplomó mi cuerpo a un charco, y mi rostro se sumergió en él. "Ya es hora de morir". Me dije a mí mismo sin escucharme, estaba boca abajo. Amanda decía qu'era mejor morir boca arriba para que el embate de la resurrección fuera un impulso a otra existencia; en cambio, si uno queda tieso mirando hacia las entrañas de la tierra es porque la rebeldía de no estar, es un tedioso concepto aceptable, al no reclamar nuevas formas, ni mucho menos reclinando la espalda a las alturas. Creo que es mentira eso, porque es muy complicado en que posición va a quedar uno al apagarse el aliento, o si queda algo de cuerpo por lo menos. Me estaba ahogando al tener la cabeza dentro del charco. Tomaba agua como un recién nacido pegado a los pezones cálidos de una mujer.

Silencio de fuego veía dentro del agua. Saqué la cabeza del charco y una molesta tos duró hasta que la noche cayó a pique. Qué raro, era como si las sondas del charco profundo me aconsejaran seguir andando, esquivando la cerca lejana que delimitaba los terrenos, y buscando lo que el silbido del misterio trataba de ocultar. Puse mis nalgas en un murito de piedras. No parpadeaba mi alma. No moví por largos instantes ni un solo dedo. No pensaba, aunque siempre las ideas se tejen. No estaba cómodo ni seco. No sentía el pulso. No saboreaba el apetito de la vida.

Mientras la atmósfera creaba sombras de tinto y las tinieblas abrazaban los conceptos taciturnos del estado de ánimo del mundo de la desesperanza y de la espera sin espera, volvía a

caminar detrás de la oscuridad literal. Llorando y llorando sin consuelo. Solo. Terriblemente solo. Deprimido. Ansioso por verla y nunca jamás soltarme de su ternura que se columpiaba en los sueños estructurados de unirnos bajo el pacto claro del matrimonio, teniendo 2 hijos, y que los cuatro, fuéramos una dicha anexada como los muros de una fortaleza, para no sentir el cielo agrietado, y no crear las nubes sombrías y el sol gastado de la soledad, para no oler más aquella soledad desgraciada que es una pesadilla en la realidad coherente y consciente que se esconde en alguna parte, y que luego reluce en los martillazos de la angustia del tiempo. El aliento de vida se estaba perdiendo con el llanto atragantado de no haber realizado todas mis metas que no salieron a la práctica, sino que se arrojaron dentro de mis cortos y enguayabados pensamientos.

Incubos sondeos se revestían en el alma nocturna de inmenso espacio, solfeando el lienzo de los golpes de gotas lluviosas que inundaban los potreros gigantes, y de paso inundaban el corazón para que retroalimentara el aguacero que nacía de mis ojos inertes. Debía resignarme. Era demasiado tarde para rectificar los planes que planteamos en una posesión de expectativas elevadas, de sueños despiertos que nunca se pudieron cumplir, porque Amanda desvalijó todas mis energías loables, no es culpa de ella que yo esté discurrendo sin sentido, que esté muerto en vida, no, no es así. Solamente mi religión en cuanto al esquema del amor, era que mi felicidad dependía, depende y dependerá de ella, y digo que esto no puede ser, porque yo sin ella me desfondo en el aislamiento de la felicidad. El dogma de sueños bifurcados, se sostenía con la misión de procesar la continuidad del amor contradictorio, y creo que yo he roto el cristal esferoide donde se guardaban las texturas de la ley dominante de la vida, e irrespeté sus dictámenes.

Finalmente en el principio de los recuerdos rebobinados mediocrementemente, retornó a mi mente sus palabras de niña inocente que me hicieron tan feliz en su tiempo: "CADA GOTA DE LLUVIA QUE CAE DEL CIELO ES UN TE AMO". Amanda me decía aquellas palabras como si fuera un hasta luego, un adiós, porque siempre que se marchaba a su apartamento o a la casa de su mamá, las plasmaba en mi cerebro como un recordatorio que sonaba como un papel al doblarse con manos de alegría en la estación invernal, que después de un año de largura, se repetía. Grité miles y miles de veces su nombre con el poco aliento que tenía, gritaba con un deleite

anestesiado, con el aullido turbulento que emigraba del espíritu que estaba profundamente dentro de mí: Amadaaa, y su nombre llenó el mundo con su regocijo pero nadie me escuchó. Caí de rodillas. Oraba para calmar el deseo picante de no estar en los colmillos afilados de la cesación de la inmortalidad. El hombre sin mujer es como cielo sin sol; como Yahvé sin Jesús; como el arte sin talento; como música afinada lanzada a la deriva sin sentimiento ni razón limpia; como un eclipse sin planeta, sol y luna; como una búsqueda a la deriva; como una guitarra sin cuerdas; como Esteban sin Amanda; como yo sin ella... Al cerrar los ojos y al colocar la frente sobre el pasto mojado como si fuera una oración oriental, resucitaba su rostro delicado, su voz de jardín de Edén, su esencia que era un éxtasis dulce. Abrí los ojos bruscamente, porque su recuerdo me estaba matando letalmente como una cerveza de cianuro, así que con el dolor más agudo en mis piernas paralizadas, corría y corría sin saber a dónde iba a llegar. El destino ya no existía para mí. Implícito era el chorro de agua que destilaba de los crustáceos cielos. Me cansé de correr y más bien, caminaba otra vez con agilidad, pasé un par de cercas más, y al atravesar una de ellas, se incrustó en toda mi frente un alambre de púas. No veía nada en absoluto, solamente el rojo vivo de la sangre que se desprendía y que se mezclaba con las lágrimas de mi alma y de nubes invisibles. Largas horas caminando sin desfallecer. La noche dejó de ser totalmente negra, y se transformó en una masa divinamente plateada. Pasaron unos minutos y paró de llover un rato, y que agradable sorpresa fue ver una carretera amplia, destapada y acogedora. Vaya anomalía al colocar los pies rojizos sobre la carretera, porque ni una sola gota de agua había caído sobre sus curvas y rectas, no entiendo porque estaba tan empolvada si no había parado de llover. Volví a sentir algo de satisfacción al enterrar mis pies en el hondo polvo, entonces revolqué todo mi helado cuerpo, que se secaba con el alboroto de las partículas que volaban y chocaban alrededor de mis penas. Caminé tranquilamente un rato, y la carretera pasó de ser curva, a recta. Llegué entonces a una entrada larga, donde árboles esqueléticos y de apariencia bronquial, se manifestaban a la izquierda y a la derecha, ensombreciendo el trayecto. Las hojas muertas, más secas que el fuego, ocultaron la carretera, y yo, a cada paso hacía sonar aquellas hojas tiesas. Lo único que escuchaba en ese espacio de plata era el crujido delicioso de mis pies deteriorados, que colapsaban con las palmas de los árboles, que eran dueñas de las alturas, pero que al caer el piso se vuelven humildes y embelesan la estética del paisaje, para ser libres al viento encantador, sin depender de la savia existencial. La imagen que se reflejaba era como de arco

iris mitad círculo, que se desintegraba con el impulso de un nuevo y furioso viento que desprendía más y más hojas de lo alto, y las botaba a los niveles del viento, y que se hundían en el mar del espacio que me envolvía detrás de un ángel invisible que volaba con las hojas. Al salir de esa carretera, volvió la oscuridad a fastidiar, y moles de barro tuve que tragar como un alimento vacío. La pequeña gota de malestar que sentí, cambió por la amargura de los sueños rotos. Lástima que los tiempos se escondieran bajo las tinieblas del sol, que se demoraba en colorear luz, lástima que los barcos de papel se hundieran en la sangría líquida del infierno. Es una lástima que las despedidas duelan tanto, sabiendo que se va un firmamento estrellado de recuerdos nostálgicos, que resplandecen en el mundo mental que se despiden constantemente porque nunca, nunca jamás se quieren despedir, que se despiden sin mirar atrás, y conteniendo el devastador llanto que entra espontáneamente en los años ventosos y pesados, que retroceden como si fuera un viaje sin maletas, que finalizan en un estado de perfecta felicidad circular y no rectangular, que es complementada y mezclada con gotitas de tristeza por no estar allí donde uno desea estar. La despedida de la resignación duele, pero es necesaria. En parte, es certero que somos posesión de alguien, es por eso que un último adiós deprime colectivamente, es por eso que, la libertad del afecto no es una improvisación que se brinda con hipocresía, sino que es el regocijo de estar colgado en la piola sostenible del amor plural, para elevar por los cielos azules la cometa multicolor, para poder visitar a Dios un breve rato, y despedirse de Él, y regresar a la tierra, y vivir rectamente, y morir riendo, y dando bienestar a los exprimidos oprimidos, y ser recordado cariñosamente por las buenas acciones. Así mismo, olvidando distantes "malos recuerdos", destiñendo traumas, borrando faltas con la nata del arrepentimiento, endulzando con miel las amarguras, meciéndose en la felicidad breve de los tiempos, siendo fuerte como un roble, y no languidecer jamás en el escondite del mundo negro del tedio.

A lo lejos me acerco a algo parecido a una casa, me acerco más y más, ya no hay cercas, solamente veo los muros de paredes, ya casi voy a llegar, cada vez estoy más y más cerca del aliento líquido de ella, puedo sentirlo en la cercanía de nuestras carnes, en el sueño muscular de nervios por sentir su aroma de rosas revueltas y esqueléticas con la fragancia de un viento tangible que se entrometía en mi alma débil.

No sé como en la distancia del abandono, mis pasos derretidos de LODO llegaron hacia ese barzal aborrecible de casa que estaba a lagunas amplias del pueblo tenebroso. En la noche negra me acerqué plagado de miedo, y vi como las dos ventanas del frente estaban rotas por las corrientes pesadas de muerte que salían con ímpetu solitario. La puerta de madera carcomida por el olvido, descansaba sobre el pasto elevado que era parecido a un monstruo de cabellos rojos puntiagudos. Aquella apariencia frontal de ese sitio inhabitable y vacío se asemejaba al rostro desfigurado, descuartizado, totalmente cortado, asimétrico, húmedo en fuego y maldadozo del más antiguo diablo. La voz de mi alma decía que me alejara del interior de la construcción fulgurante en cenizas pero, el olor doloroso no expoliado que salía del interior, me invitaba a entrar por la alfombra dominante de la curiosidad. Mi corazón temblaba frecuentemente al dirigirse por la senda invisible, que insta al refugio de infinitas tinieblas. Al entrar en la casa con innegables dudas, vi muchas ratas encima de unos papeles, y al tocar por accidente las paredes, sentí unos rectángulos en secuencia, uno dentro del otro. Los cielos nocturnos se desmigajaban en lluvia de gotas de fuego sobre el fracasado hogar sin el lomo del techo. El agua negra y roja derretía los roedores y los transformaba en palabras escritas por sí solas que flotaban en mil papeles esparcidos por todo el piso de madera astillada. Sentía, de repente, calma en la densa atmósfera aguada de humo que se escondía en mi barba de muchos meses sin cortar, porque hubo interés en interpretar las hojas aladas que se manifestaban con sutileza. Así que, los abismos de la existencia se deformaron en un pacto de sangre de rosas trémulas que son aceptadas por la volición de un arte sin rumbo. Entonces comencé a leer la revelación de las hojas que se tornaron en un remolino tormentoso del cual...

... Logré salir y encontré de nuevo lágrimas felices de cataratas, bajo el amor diáfano que me arrastró hacia el arrepentimiento, hacia una nueva esperanza de compartir hasta la vejez la reciprocidad de lo sucinto del tiempo, con el relato del pequeño instante a dos voces escritas en unísono, bajo una serie de alegrías afinadas que me abrazaron al cuerpo de Amanda y a un nuevo ser, y los tres flotábamos por los cristalinos cielos, por letras inteligentes que desfilaban sin parar ante la línea vertical de nuestros secretos balsámicos. Ahora, embriagado en tierna dicha, vislumbro que “LA PROFUNDIDAD DE UN AMOR VERDADERO Y PURO, DESPLOMA

LOS MUROS DE LA MUERTE”, porque el amor es la resurrección de todos aquellos hechos felices y reconfortantes que las secuelas del mal nunca podrá opacar, porque la vida es más feliz que triste, a no ser de que se tomen decisiones no acertadas, sabiendo que la sangre más roja no manchará las prendas arrepentidas del alma, porque los Amores Moribundos, Gladiando Vida, en Jardines Féretros, Remojadamente Perdidos, y Encerrados sobre Recuerdos Olvidados; representan la unión de dos almas tristes que reproducen nuevas existencias, que no se quieren separar en la lejanía plutónica, y no deseada de la humillante muerte, que no queremos padecer nunca JAMÁS...

Lejos y distante

Soñaba amándote

Alejarme era el objetivo,

A órbitas de tu cuerpo, vivo.

De ti, no debo estar separado

Porque... ya no te quiero dilapidar.

Yo... deseo un bendito sentimiento afinado.

Ante dulces melodías, que no tienden a terminar.

Paralizado de mente, sin respiración

Astillado de corazón, sin tu linda fascinación,

Divagaré por el futuro de incertidumbre, con esperanza

Y desgajaré tu mundo corroído, para apartarte de nítida tristeza.

No entrarás en la burbuja de la melancolía

Y, el romance de la cercanía será más brillante,

Porque el círculo imperfecto se despedirá en lejanía

Y me arrimaré a tí como sol, con este verso no deprimente.

**Me acerco a ti, con estas claras palabras
Que en cada escalón crecen para que las veas,
Para que se infiltren por tus pupilas, y se queden,
/muy dentro de tu corazón...
Y prontamente me aceptes como tu esposo, y tu eterno armazón.**

**Me estoy acercando a ti,
Para no alejarme de tu amor...**

• •• ••• •••• ••••• ••••••

Aquí se encierra por siempre, el sexto y último rectángulo.